

Índice

Prólogo	2
Introducción	3
Capítulo 1.	
Escogidos en Cristo (Efesios 1:1-14)	6
Capítulo 2.	
El ámbito de la salvación (Efesios 1:15-23)	27
Capítulo 3.	
La gracia, la fe y las obras (Efesios 2:1-22)	46
Capítulo 4.	
El hombre nuevo y la familia de Dios (o el pueblo) (Efesios 2-11-22)	61
Capítulo 5.	
La revelación de Dios y la Economía Divina (Efesios 3)	81
Capítulo 6.	
La unidad y la edificación de la Iglesia (Efesios 4:1-16)	91
Capítulo 7.	
El hombre nuevo (Efesios 4:17-32)	111
Capítulo 8.	
Andar como hijos de luz (Efesios 5:1-20)	127
Capítulo 9.	
Trabajo, familia y salvación (La realización de la salvación a nivel conyugal, familiar y laboral) (Efesios 5:21-33; 6:1-9)	144
Capítulo 10.	
Confrontación Iglesia-mundo (Efesios 6:10-24)	160

Prólogo leve a un libro profundo

¡De nuevo, un libro de José Manuel González Campa! Cuando la vena literaria riega con sangre ardiente los rincones más ocultos del cerebro pensante, resulta casi imposible detener el contacto con la Escritura. Por muchas paletadas de tierra y olvido que hayamos arrojado sobre ella, siempre alienta al fondo, arrastrándonos a sus lares.

Esto mismo le ocurre a José Manuel González Campa. Pero este hombre, ¿de dónde saca el tiempo para una obra tan voluminosa? Practica la medicina privada en la especialidad de Psiquiatría. Es la cabeza, el alma y el guía de una Comunidad Cristiana que él mismo fundó y que mantiene un crecimiento constante. Le llaman para conferencias en la España peninsular, en las islas insulares y en países al otro lado de nuestras fronteras. Y encima, escribe. Mucho y bien. ¿Cuándo duerme? ¿Cuándo vive?

En la obra que el lector ha empezado a leer por este prólogo suelto, sin pretensiones, destaca la figura del teólogo. Feuerbach decía que la teología es antropología, porque en el objeto de la religión, que los griegos llamaban Theos y nosotros llamamos Dios, no se habla más que del ser del hombre.

Campa es teólogo y es antropólogo. Teología y antropología se unen aquí para ofrecernos unas páginas bellísimas. El libro de Campa tiene una doble raíz. Por un lado, su inequívoca fidelidad a la Palabra inspirada. En segundo lugar, su di-

namismo expresivo, en el que se traslucen sus propias creencias. Campa no escribe ni una sola línea que no esté motivada por su concepción de la fe cristiana.

Tengo la seguridad de que este libro será aplaudido por su originalidad y oportunidad. Desde el siglo XVI, con la aportación de pensadores cristianos tales como Casiodoro de Reina, Cipriano de Valera, Juan de Valdés y pocos más, apenas hemos contado en países de habla hispana con teólogos que nos aportasen una visión cristológica, antropológica y eclesiológica enriquecedora y que fuesen más allá de los escasos desarrollos doctrinales clásicos.

No sé qué faceta destaca más en José Manuel González Campa, si la científica o la teológica. No me siento capacitado para juzgar la primera, aunque autoridades que se mueven en este campo han dicho de él que es uno de los grandes psiquiatras de la Europa de nuestros días. En cuanto a su perfil teológico, la competencia de Campa ha quedado ampliamente demostrada en los varios libros publicados, todos ellos agotados, y en la infinidad de artículos aparecidos en distintas publicaciones.

El estudio exegético y hermenéutico que el autor realiza de la Epístola a los Efesios viene a llenar un gran vacío en el protestantismo que lee el idioma de Cervantes y de Machado. Su exposición se corresponde con un estudio serio y riguroso del gran documento paulino. Campa vierte en este libro lo mejor del ropaje teológico acumulado a lo largo de veinticinco años de vida cristiana y de ministerio sin tregua.

Los diez capítulos que estructuran esta obra eminentemente original nos descubren toda la riqueza contenida en la epístola de Pablo a los efesios. Fue De Wetté en Alemania (1826) quien inauguró la crítica negadora de la autenticidad de Efesios. Desde entonces, no se han aportado

nuevos argumentos en pro de dicha negación. Masson admite Colosenses por auténtica, pero no Efesios. No obstante, Michaelis reconoce que la relación entre Colosenses y Efesios es tal, que la hipótesis de la autenticidad de ambas epístolas es la única solución para resolver el problema que la crítica plantea.

Conviene saberlo desde aquí, desde esta pequeña ventana al monumento literario que estoy prologando: para José Manuel González Campa, la Epístola a los Efesios es, sin discusión, de origen paulino. Es un documento divinamente inspirado que, tal como él lo maneja, nos deja atónitos; nos descubre, como nadie lo ha hecho hasta ahora, una Iglesia limpia, Cuerpo Místico de Cristo que, como él mismo dice en la Introducción, “es una realidad existencial que ‘Se deviene en el tiempo histórico’”.

Felicitaciones al autor por esta obra profunda y larga vida a un libro único.

*JUAN ANTONIO MONROY
Madrid, junio de 2001*

Introducción

El trabajo exegético y hermenéutico que se presenta, en éste Comentario, corresponde al pensamiento que ha venido gestándose en mí quehacer teológico a lo largo de las dos últimas décadas.

Trato de que mi aportación, en el campo del estudio bíblico, sea novedosa y enriquecedora, no por esnobismo sino para que se rompa el estatismo doctrinal alienante a que nuestras Iglesias han estado sometidas durante demasiado tiempo; situación histórico-adinámica que ha contribuido a generar elaboraciones doctrinales y teológicas reduccionistas, que a su vez han redundado en una proclamación kerygmática “espiritualizada”, animista, mística y totalmente desvinculada del medio socio-histórico, socio-cultural y psico-social en el que tenemos que predicar el Evangelio del Reino de Dios.

La desvinculación de nuestra perístasis obscurece nuestra conciencia de la realidad, creando una dicotomía entre la Iglesia y el Mundo; dicotomía, que nos aleja del medio en el que tenemos que realizar nuestra praxis cristiana, y nos encorseta en guetos de aislamiento que condicionan negativamente nuestro testimonio.

La exégesis y hermenéutica que presento en esta obra he procurado elaborarlas con una metodología rigurosa y científica en el campo de las ciencias bíblicas; por otra parte, he tenido en cuenta el momento sociohistórico y sociocultural en el que estamos deviniéndonos, existencialmente, como pueblo de Dios. Por consiguiente, el estudio bíblico realizado pretende actualizar conceptos de gran importancia teológica que nos permita una mejor concienciación de nuestra realidad eclesiológica y del peri mundo en el que vivimos inmersos.

La carta a los Efesios constituye un documento novotestamentario de carácter universal, pertenece a las denominadas “epístolas del cautiverio”, y en la misma aparecen conceptos de la mayor transcendencia desde el punto de vista bíblico y teológico.

En esta epístola se tocan aspectos que afectan a los conceptos novotestamentarios de salvación, predestinación, dispensación, como contenidos básicos de la Revelación de Dios.

El enfoque hermenéutico que se da en este comentario, parte de las enseñanzas que se derivan del estudio de la “Economía Divina”; en realidad, el presente trabajo podría denominarse “La Economía Divina”, exégesis y hermenéutica de la denominada epístola a los Efesios.

La Economía Divina se presenta como el conjunto de recursos de los que Dios dispone para realizar su Plan salvífico en el tiempo y en el espacio. Dios en su soberanía aparece como Gestor y Gerente de dicho plan.

Entre los diversos aspectos que se nos revelan en este documento paulino, se encuentra el concepto de tiempo cronológico (histórico) y de tiempo karático (no cronológico) y su interrelación en el devenir de la Historia de la Salvación. Devenir práctico del plan económico de Dios en la Iglesia, y mediante ésta, en la Historia y en el mundo. El devenir histórico, en el marco de la Economía Divina, aparece predeterminado por Dios en todos sus aspectos y no depende, en manera alguna, de cualesquiera otra circunstancia que lo pudiera condicionar.

La problemática del libre albedrío se contempla desde la perspectiva de la soberanía de Dios, o de lo que también podríamos denominar el despotismo divino. La razón última del Plan Económico (salvífico) de Dios, se encuentra en la misma interioridad de la Deidad.

Existen otros muchos aspectos que mantienen una vinculación primordial con el plan económico de Dios. Mencionaremos sólo algunos, que por su transcendencia teológica, doctrinal y práctica, nos parecen más relevantes:

- 1) El concepto de Persona Colectiva. Desde la perspectiva de mi conocimiento y entendimiento de la Revelación de Dios, este concepto presupone la infraestructura básica sobre la que se pueden ir elaborando contenidos doctrinales fundamentales y aplicables a la Iglesia como Cuerpo de Cristo. La realización colectiva de los cristianos es poco conocida, está muy olvidada y oculta por un denso manto de ideología individualista.
- 2) El concepto de Hombre Nuevo. Este concepto mantiene una relación directa con el apuntado en el punto anterior, y sólo se puede entender a la luz de la consideración de Jesucristo como una Persona Colectiva y como el único Hombre Nuevo.
- 3) El ámbito de la Salvación: concepto que nos pone de manifiesto que la salvación se deviene en el tiempo y en el espacio, y que abarca y trasciende a las personas, alcanzando una dimensión cósmica.
- 4) Los contenidos escatológicos de la carta nos informan de aspectos que tienen que ver con la inmanencia y transcendencia de la Iglesia. El acto soteriológico de Cristo tiene un alcance escatológico que supone la posibilidad salvífica de participar de la naturaleza divina.
- 5) La pneumatización de la materia, que supone la reconciliación de todas las cosas con Dios y la posibilidad de trascender la muerte.
- 6) El concepto del Cuerpo Místico de Cristo; concepto que, en esta epístola, se desmitifica para hablamos del Cuerpo Orgánico de Cristo como una realidad existencial que se

deviene en el tiempo histórico. La Iglesia aparece como una entidad transcultural (anterior a la cultura), transhistórica (anterior a la historia) y trascósmica (anterior a la creación).

Considerando el estudio de esta epístola desde la perspectiva de la Economía Divina, y a efectos didácticos, podríamos dividirla en cinco capítulos o apartados:

- a) La gestación o concepción del Plan Económico-salvífico de Dios, que se correspondería con el capítulo primero de la carta.
- b) La realización del Plan de la Salvación, que lo encontramos expuesto en el capítulo segundo.
- c) La Revelación del Plan de la Economía Divina, explicitado en el capítulo tercero de la epístola.
- d) La confirmación del Plan, revelación correspondiente al capítulo cuarto y
- e) La praxis del Plan Económico de Dios, que se revela en los dos últimos capítulos de este libro.

Para finalizar, ésta sintética introducción, debo de hacer referencia a la fuente original de la que empezó a manar la posibilidad de realizar el presente trabajo. Hace unos ocho años en los Campamentos bíblicos de Monteluz (Lliria-Valencia) para familias, y a los que asisten creyentes de distintas denominaciones, impartí nueve conferencias sobre la carta a los Efesios. El contenido de las mismas fue grabado y posteriormente transcrito por algunos hermanos y hermanas que colaboran en dichas actividades. Así fue como nació el primer borrador sobre el que comencé a trabajar para dar a luz al primer manuscrito que constituyó la infraestructura básica de éste comentario.

Al expresar mi agradecimiento y mi reconocimiento a todas las personas que han colaborado conmigo, a lo largo de éstos años, dándome aliento y apoyo, y animándome para realizar esta obra, tengo necesariamente que mencionar a dos mujeres: Mercedes Zardaín y mi esposa Sara. Mi esposa es la persona sin la cual este libro difícilmente hubiese sido posible; ella se encargó de trabajar, innumerables horas con el ordenador, para ir plasmando el primer texto; su entrega a esta tarea la realizó con amor y paciencia admirables, y supo soportar las dificultades que conlleva un trabajo tan complicado. Por consiguiente es mi deseo que este libro suponga para ella la expresión más profunda de mi amor y admiración hacia quién, además de compañera, ha sabido ser siempre mi amiga y colaboradora.

Mercedes Zardaín se encargó de reescribir y corregir el texto original varias veces, a fin de que yo pudiera ir perfeccionándolo y dándole la forma definitiva que hoy tiene. A esta querida hermana, y entrañable amiga, le ratifico mi agradecimiento y reconocimiento fraternal por haber colaborado conmigo de manera tan desinteresada y eficiente.

Deseo que este comentario redunde para la gloria de Dios y la edificación de su Pueblo, y le expreso al Señor mi gratitud por haberme dado la oportunidad de realizar este trabajo.

Oviedo, a 7 de Julio de 2000

Tras el éxito de la primera edición de este libro, se hace necesaria esta nueva edición cuyo texto ha sido revisado.

Septiembre de 2010

Capítulo 1

Escogidos en Cristo

(Efesios 1:1-14)

Antes de entrar en la exégesis y hermenéutica de esta epístola es conveniente que realicemos algunas matizaciones, a manera de presentación de la misma. Se trata de un libro comprometido en el marco de las Sagradas Escrituras, y fundamental para el conocimiento de la realidad estructural, orgánica y pneumática de la Iglesia. Considero necesario aclarar que todo lo que expongo, en este libro, es lo que, personalmente, entiendo que la Palabra de Dios enseña para los días actuales. Mis concepciones teológicas y mis elaboraciones doctrinales son el resultado del estudio, la reflexión y la investigación más rigurosa de que soy capaz. Considero que el estatismo doctrinario es uno de los males anquilosantes y fosilíferos en la Historia del Cristianismo. Me parece conveniente que el cristiano tenga una mentalidad abierta, y esté predispuesto a recibir la enseñanza actualizada de la Palabra, sin caer en rigideces, actitudes intolerantes y dogmatismos, que tanto han contribuido al oscurecimiento de la verdad, al tiempo que han impedido un verdadero crecimiento en el conocimiento de Dios.

En cuanto a esta epístola, es conveniente realizar alguna reflexión acerca del momento histórico en que se escribe y en relación al autor de la misma.

Esta extraordinaria carta, que contiene aspectos fundamentales de la Revelación de Dios a los hombres, tal y como figura en las diversas traducciones bíblicas (adelantamos que para la exposición que realizamos, en este libro, seguiremos el texto básico de Reina Valera-versión 1960) que contienen algunas inexactitudes (añadidas y restricciones), las cuales es necesario tener en cuenta, para proceder a una interpretación más adecuada de la misma. Considero que para crecer en el conocimiento de Dios hay que llegar a tener una madurez, mínima, que nos permita encajar hechos como estos. Este libro ha estado sujeto a los avatares de la Historia: los hombres han actuado sobre él proyectando, sobre su texto original, sus propias concepciones doctrinales e ideológicas; “han puesto cosas”, que no estaban en la mente original de aquel que lo escribió por vez primera, y han quitado “otras”. Esta realidad no menoscaba la grandeza y el valor del libro, ni debe de dejar mal parada la magistral traducción de Reina Valera a la que anteriormente aludíamos.

Exposición Ef. 1:1-14

Comenzaremos esta exposición diciendo que, ya, en el versículo primero nos encontramos con un asunto verdaderamente serio. Evidentemente, no parece que exista la más mínima duda de que esta epístola la escribió el apóstol Pablo; y no solo porque esté aquí la credencial de su mismo nombre ó por lo que al final de la misma dice (6:19-24), sino por el estilo, contenido, terminología griega original y por todo el desarrollo teológico que en la carta se contiene. Todas estas circunstancias vienen a ser argumentos, importantes, que avalan la paternidad del apóstol de los gentiles

como autor de esta epístola. Otra cosa distinta sería la respuesta que deberíamos dar a esta pregunta: ¿A quién va dirigida esta carta, quiénes son sus destinatarios? Aunque la respuesta pareciera obvia, en realidad, tiene una enorme trascendencia la clarificación de la misma.

En nuestras Biblias consta el siguiente epígrafe: *“La epístola del apóstol San Pablo a los Efesios”*. Esto es lo que normalmente decimos y creemos todos; pero no obstante, vamos a ver como el asunto de los destinatarios no está claro. Diversos autores piensan que existen argumentos sólidos, de peso, para llegar a la conclusión de que esta epístola no fue escrita de manera particular a los efesios.

Conviene recordar que no en todos los de la Historia se consideró a los efesios como particulares destinatarios de la epístola. En el siglo XIX y primera mitad del XX se deviene un movimiento teológico liberal-modernista, de carácter crítico, que se extiende fundamentalmente por todo el centro de Europa y cuestiona a los efesios como destinatarios de este escrito del apóstol Pablo.

Pero las dudas, a cerca de a quién iba dirigida la carta, son muy anteriores a este período de la Historia del Cristianismo. Tenemos que retroceder a los primeros siglos de la Era Cristiana para encontramos con el hecho, de que ya en aquellos tiempos, no estaba claro que los destinatarios de la epístola fuesen los efesios. En ningún códice, manuscrito o copia de esta carta anterior al siglo II existió un epígrafe ó título que dijera: A LOS EFESIOS. Por el contrario dicha intuición aparece en épocas posteriores.

Por consiguiente, disponemos de más de siglo y medio en que aquellos que estaban viviendo de manera muy cercana, en el tiempo y en el espacio, las fuentes de donde manó el escrito no tenían esclarecido, de manera determi-

nante, quiénes eran los destinatarios inequívocos de la epístola. Además en el siglo III y IV encontramos, dentro de los denominados Padres de la Iglesia, a los que consideraban que la epístola no fue escrita a los efesios. Nos parece que este argumento es de una solidez inquebrantable si tenemos en cuenta la relevancia, los dones, el ministerio, la categoría, la erudición y la vida personal de estos hermanos. Como ejemplos paradigmáticos apuntamos el hecho de que Orígenes no consideraba que esta epístola fuera escrita a los efesios; de idéntico parecer era San Jerónimo, el famoso traductor de la Vulgata. Por consiguiente recogemos la realidad histórica de que diversos autores del siglo III y IV, entre los que encontramos eminentes figuras de la Historia de la Iglesia, no consideraban que esta carta hubiese sido escrita a los efesios, sino a otra Iglesia; pero además los autores de ésta época a que hacemos referencia, manifiestan conocer antiguas copias de los textos originales, que no eran de manejo común, donde la carta no está dirigida a los efesios, sino a otros destinatarios. Cuestionar que en el siglo III ó IV personas como Orígenes o San Jerónimo estaban engañándonos carece de sentido. No obstante, lo anteriormente aducido, hoy en día podemos leer algunos comentarios que nos digan que en todos los manuscritos griegos, en el versículo primero del capítulo primero de esta epístola aparecen los términos “a los Efesios”. Para ser consecuentes con la verdad debemos de rebatir esta afirmación diciendo que en todos no, sí en la mayoría. Pero esta mayoría de documentos son muy posteriores a otros donde los términos “a los efesios” no constan; por consiguiente la argumentación “de la mayoría” no es válida. El papiro más antiguo que se conserva hoy en el mundo pertenece, exactamente, al año 200 de nuestra era y en el mismo se registra Efesios 1:1 de

la siguiente manera: “Pablo apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios a los santos y fieles en Cristo Jesús que están...”

El final del texto, tal y como viene recogido en nuestras traducciones bíblicas, “en Éfeso”, no figura en este valioso documento; que es, por otra parte, el testimonio más antiguo de que disponemos. Pensar que en el papiro ó pergamino original sí figuraban como destinatarios “los efesios” y que posteriormente los copistas, por razones absolutamente desconocidas y arbitrarias, decidieron eliminar dicho epígrafe no puede ser considerado como un argumento sólido, a tener en cuenta, sino a lo más como el producto de interpretaciones subjetivistas y personalistas condicionadas por prejuicios, quizás, de carácter institucional o dogmático. Normalmente los copistas reproducían un documento anterior con fidelidad, y si bien es verdad que en algunas ocasiones en las nuevas copias podían aparecer “añadiduras” (casi siempre con una intencionalidad hermenéutica), no es menos cierto que en rarísimas circunstancias se decidieron a sustraer o restringir una parte del texto.

En definitiva, la carta estaba escrita como una carta circular, que permitía poder poner en los mismos distintos y diferentes destinatarios; algo que resulta coherente y comprensible con el contenido doctrinal y el carácter universal de esta epístola. Esto no quiere decir que la epístola no fuese leída y meditada por los efesios, lo que probablemente sí ocurrió, pero no específicamente sólo por ellos. La carta está escrita desde la cárcel, sobre este aspecto no existe duda alguna (Ef. 6:20). En tres ocasiones, en sus escritos, al menos recuerda el apóstol Pablo que está encarcelado y que es “*un embajador en cadenas*”. La epístola que estamos tratando pertenece a las denominadas epístolas del cautiverio; es decir, a la serie de

cartas (Efesios, Colosenses, Timoteo y Filemón) que Pablo escribió a distintas Iglesias cuando estuvo encarcelado. Como anteriormente apuntamos la carta podría tener carácter circular y haber sido escrita con destino a una o a varias Iglesias en las que el Apóstol no había actuado como fundador de las mismas. También cabe la posibilidad, un tanto remota, de que esta carta tuviese como destinatario a alguna Iglesia de la región de Éfeso que él no conociera personalmente; pero sobre la Iglesia de los efesios que se encuentra historizada en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch. 19:1-41) se nos dan detalles en cuanto a las circunstancias y el período de tiempo que el apóstol Pablo dedicó a la fundación de la misma; por consiguiente conocería a casi todos o a la mayoría de los miembros de dicha Iglesia, y llama muchísimo la atención que al final de esta epístola (Ef. 6:21-24) menciona a una persona que envía como emisario informativo pero no concreta saludo alguno para distintos miembros o familias de la Iglesia como correspondería a su peculiar costumbre. Conocemos como al final de sus epístolas solía dar listas enteras saludando a la gente de aquí y de allá, y difícilmente nos podemos plantear que a una Iglesia, que él fundó y a la que dedicó años consecutivos de su vida misionera, la escriba diciendo cosas como esta: “*Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos*” (Ef. 1:15). El conoce la realidad de esta Iglesia porque alguien se la contó. Cuando escribe a los Colosenses también habla de la realidad de una Iglesia que él tampoco había fundado y habla no solamente de la Iglesia en concreto sino de “*todos aquellos que nunca han visto mi rostro*” (Col. 2:1).

La similitud entre Efesios y Colosenses es notable, aunque existen también diferencias; pero, en ambas cartas, se repiten frases y casi versículos enteros, y conceptos sobre la Iglesia,

la salvación o sobre la vida de la familia que corresponden, exactamente, a los mismos pensamientos; hasta tal punto que se ha dicho que Efesios es como un desarrollo teológico-dogmático del esquema básico que se plasma en la epístola a los Colosenses. Teniendo en cuenta que el correo que porta ambas epístolas es la misma persona (Ef. 6:21, Col. 4:7), consideramos que hay base suficiente para pensar, no para asegurar, que ésta carta fue dirigida a alguien en relación con las Iglesias de esta zona geográfica de la tierra, quizá a una Iglesia cercana territorialmente a Colosas, pero no a la Iglesia de los efesios. Los destinatarios podrían ser los laodicenses a la luz del contenido del final del capítulo 6 de Efesios (Ef. 6:21-24) y Col.4:7. En el final de este último texto la versión Reina Valera dice: *“Para que conozca lo que a vosotros se refiere”*. Esta traducción no es muy correcta respecto del sentido del original que debería traducirse de la siguiente forma: **“A fin de que conozcáis las cosas acerca de nosotros”**. Es obvio que el sentido del texto cambia de manera radical, y la conclusión es que la finalidad del viaje de Tiquico a Colosas es la misma que la de su viaje a los destinatarios de la supuesta epístola a los efesios; es decir, que cada una de estas Iglesias, que el apóstol Pablo no había fundado personalmente, conozcan lo que concierne a su situación personal y a la de sus colaboradores más íntimos. Por otro lado citando Col. 4:16, dice: *“Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la Iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros”*. Llegados a este punto tendríamos que plantearnos, muy en serio, que el apóstol Pablo escribió una carta bajo la inspiración divina, en pleno período de la Revelación, a la Iglesia de Laodicea, carta que por otra parte, no tenemos nosotros, al no aparecer en los códices originales que constituyen el canon del Nuevo Testamento. Es decir, que

los libros revelados del Canon novo-testamentario estarían incompletos, dado que, al menos, los libros inspirados que deberían contener no serían veintisiete, sino veintiocho. Toda esta problemática quedaría resuelta si admitiésemos que la denominada “epístola a los efesios” que Tiquico portaba junto con la epístola a los Colosenses, iba en realidad dirigida a la Iglesia de Laodicea.

Sobre esta última cuestión hay diversas teorías que resultaría demasiado prolijo ir enumerando. Propósito al que renunciamos en aras de una mayor objetividad hermenéutica, concluyendo que a la luz del contenido de ambas cartas, aquí mencionadas y especialmente al amparo de Col. 4:16, consideramos como muy probable que la denominada “epístola a los Efesios” correspondería a una carta que va dirigida, en el ámbito de las Iglesias de Asia Menor, a la Iglesia de Laodicea.

Una vez dicho esto, que supongo, no ha de romper ningún esquema fundamental, y considerando la riqueza y el contenido que tenemos en esta carta, debería darnos igual que la misma hubiera sido escrita a la Iglesia de Éfeso, a la de Laodicea o a cualquier otra; no obstante, se abre un interesante paréntesis; porque si las copias de los textos originales, que tenemos hoy, en el versículo primero del capítulo primero terminan con la frase *“a los santos y fieles en Cristo Jesús que están...”* y no hay más, pienso que estaríamos autorizados, por el Señor, para poner los nombres de nuestras Iglesias como destinatarios de esta epístola universal. Es precisamente la consideración de la universalidad de su contenido la que nos ayuda a entender mejor por qué en los originales hasta ahora conocidos no aparece como destinatario una Iglesia concreta; es decir, que en esta carta encontramos no sólo una revelación del sentido universal de la Iglesia, en cuanto a Iglesia total, sino una visión profunda de su dimensión cósmica.

Dicho de otra manera, no solamente encontramos aquí que la Revelación de Dios nos aclara el sentido de la universalidad de la Iglesia, sino también, el sentido de la trascendencia cósmica de la misma. Pensamientos que se desarrollan de igual manera en la Epístola a los Colosenses.

Para poder entender esta epístola hay que tomar en consideración una serie de vocablos fundamentales que no podemos analizar de manera minuciosa, uno por uno, pero será necesario detenernos en el estudio de términos como dispensación, operación, poder, predestinación, escogidos, que constituyen elementos fundamentales en esta epístola, y juegan un gran papel para su interpretación dinámica. Consideramos a esta carta como probablemente la más importante que el apóstol Pablo haya escrito. En ella se desarrollan conceptos que no están tan claros en otros escritos novo-testamentarios. Conceptos que constituyen el máximo exponente de la Revelación de Dios hasta el momento actual. La carta contiene una revelación profunda sobre aspectos fundamentales de la Salvación, y desde el punto de vista doctrinal constituye un documento importantísimo dentro del contexto de la Revelación de Dios a los hombres.

Si tuviésemos que pensar en un título que expresase el contenido de esta epístola, es decir, que nos diese el sentido de su tema fundamental, creo que no existiría otro más adecuado que aquel que hace referencia a la *“Economía Divina”*. El tema de la Economía Divina, es asimismo, el tema de toda la Revelación de Dios que podemos tener hasta el momento presente. Pero es necesario matizar que, hasta ahora, no disponemos de todo lo que Dios puede revelarnos, sino de todo lo que Dios ha querido darnos a conocer; es decir, que no debemos hacernos a la idea, errónea, de que la Revelación de Dios se agota con el libro que estamos estudiando, o con cual-

quier otro del Canon novo-testamentario. Diversos escritos, del Nuevo Testamento, dejan claro, que coincidiendo con los eventos escatológicos de la parusía o segunda venida de Cristo, se producirán nuevos aspectos y contenidos de la Revelación: es decir, la posibilidad de integrar, a los contenidos de nuestra conciencia, nuevos conocimientos que no pertenecen al tiempo presente. Esta última aseveración podría dar lugar a algunos equívocos, en el sentido de inclinarnos a tomar en consideración las supuestas “nuevas revelaciones” que algunos creyentes dicen recibir directamente de Dios. Esta posibilidad no es asumible desde la perspectiva de la misma Revelación bíblica que nos asegura que las Sagradas Escrituras, de las que disponemos, constituyen la única Revelación posible hasta que el Señor Jesucristo vuelva a esta tierra. Por consiguiente no existe un período intermedio, en el que algunos hermanos, especialmente iluminados, reciben revelaciones que van complementando las que ya tenemos en la Biblia, sino percepciones intra-psíquicas de carácter subjetivo que se presentan a nuestra consideración como proyecciones de contenidos noéticos (pensamientos) y afectivos reprimidos y devenidos a nivel inconsciente. En otras palabras, que las pretendidas “revelaciones” de algunos hermanos “espirituales” constituyen un fenómeno psicológico y no una manifestación teológica.

Al abordar el estudio de esta epístola es necesario entrar en algunas consideraciones sobre el tema de la predestinación, el cual, intentaremos considerar desde la amplia perspectiva de la Economía Divina. Cuando hablamos de la Economía Divina, estamos hablando de *“la dispensación del misterio”* (Efesios 3:9). Nos acostumbramos a manejar la palabra dispensación, con un sentido doctrinal dogmático e institucionalizado. No sé por qué se nos ha secuestrado en las

exposiciones, de tantos exegetas e intérpretes de la Palabra de Dios, el sentido literal y esencial de éste término. Si desde que Scofield elaboró sus famosas siete dispensaciones, hubiese tenido la delicadeza, ya que disponía de conocimientos y erudición suficientes, de aclarar que la palabra dispensación significa economía ¡Cuántas cosas se hubiesen aclarado! ¡Cuántos equívocos que constituyeron la infraestructura de supuestas doctrinas bíblicas, no hubiesen sido posibles! Pero la realidad histórico-exegética se devino de tal manera que el término dispensación se ha introducido, en determinadas corrientes del pensamiento evangélico, como una especie de neologismo extraño; es decir, cuando hablamos de dispensación parece que estamos hablando de algo misterioso y que no podemos entender, porque “*la dispensación del misterio*” es una realidad, de la que no se puede colegir que la dispensación sea, exactamente, el misterio. Como ya explicitamos, la palabra *dispensación* significa *economía* y cuando hablamos en términos teológicos de “*economía*” no estamos hablando esencialmente de dinero, no obstante, el dinero no está excluido del sentido teológico y soteriológico de lo económico. Cuando hablamos de Economía Divina estamos hablando de la gestión del Plan de la Salvación, y de todos los recursos de que Dios dispone para la realización de dicho plan. Cuando hablamos de dispensación no estamos hablando siempre, de períodos de tiempo históricos como tantas veces se nos ha dicho; más bien cuando hablamos de dispensación estamos ubicándonos más allá del tiempo y del espacio, no estamos, dispensacionalmente hablando, ni en el tiempo ni el espacio; salvo en determinados momentos históricos, del desarrollo económico de la Salvación de Dios, que se cumplen témporo-espacialmente. Por consiguiente cuando hablamos de dispensación, a la luz de la epístola que estamos tratando, estamos

hablando de una realidad que trasciende los conceptos espacio-temporales, estamos hablando de la Economía Divina, de la Economía de Dios.

El término economía se aplica, por analogía, al funcionamiento del organismo humano, y en éste sentido implica tanto el funcionamiento biológico (orgánico, somático) como el funcionamiento mental (ánimico, espiritual); es decir, que el sistema económico de una persona corresponde al funcionamiento integral de la misma, a su unidad funcional o psicósomática. La economía de un ser humano, es todo lo que tiene que ver con el sistema de gestión de la vida, de esa persona, en sus diversas manifestaciones. Es en este sentido que, salvando las diferencias, podemos hablar de la economía de Dios. Por consiguiente, nos planteamos el estudio de esta epístola desde la perspectiva de la economía divina, es decir, desde la consideración de los diversos recursos con los que Dios gestiona su Sistema Salvífico. En esta carta nos encontramos con el tema de la Economía de Dios, por lo menos, en tres momentos importantes de la misma. Para comenzar nuestro análisis, partimos de la consideración del pasaje Ef. 3:1-11: “*Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cual sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado*

según la operación de Su poder. A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la Iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor". En este pasaje, en dos ocasiones (vs. 2 y 9) nos encontramos con el término **administración**, término que corresponde a la voz griega "**oiconomía**" y que literalmente significa **economía**. Se nos habla de la Economía de la gracia de Dios (3:3). Existe pues una Economía de la gracia, o expresándolo de otra manera, digamos que la gracia de Dios se realiza conforme a un Plan Económico del mismo Dios. A semejanza de como una nación, dispone de un plan económico y ese plan constituye la infraestructura que permite realizar todas las obras necesarias para devenir su existencia como pueblo, y paliar sus necesidades, así Dios, dispone de unos recursos económicos que le permiten la gestión del Plan de la Salvación. En la esfera humana no se puede realizar un programa de estudios sin un plan económico que lo respalde, no se puede llevar adelante un plan sanitario sin los correspondientes recursos económicos; en definitiva, no se puede hablar de la gestión de un país sin una gestión económica, y en este sentido el plan económico constituye el conjunto de recursos que va a permitir dicha gestión. En el ámbito de lo trascendente existe una Economía de la gracia, y esa gracia se va a gestionar (realizar) conforme a la voluntad de Dios ¡Jamás conforme a la de los hombres! La Economía Divina se va a realizar conforme al propósito, al designio y a la voluntad de Dios; los hombres

no juegan papel alguno en esta gestión, los hombres sólo se benefician de la misma.

Dios es el gerente y director de Su Plan Económico; es quien lo pone en marcha y lo dinamiza conforme a Su poder, conforme a Su capacidad, conforme a Sus propósitos, conforme a Su determinación. Nadie puede parar, interferir o impedir la realización del Plan Económico de Dios; si esto fuese posible tendríamos que abocar a la conclusión de que Dios no es soberano. Llegados a este punto nos encontramos, en esta carta, con el tema de la Soberanía de Dios. En la carta se habla de la Soberanía de Dios como se habla de la Economía Divina. En el versículo 2 del capítulo 3 encontramos: "*si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros*", y más adelante en el vs. 9: "*y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas*".

La palabra administración (vs. 2) y el término dispensación (vs. 9) corresponden al vocablo griego "economía". Cuando hablamos de la Administración de Dios estamos hablando de la Economía de Dios, y cuando hablamos de la Economía Divina estamos hablando de la Dispensación de Dios. Esta realidad salvífica, económica y teológica tiene poco que ver con la ubicación de períodos dispensacionales (dispensaciones) limitados por la derecha y por la izquierda. La realización o el devenir del Plan Económico de Dios no nos permite establecer límites claros y definidos en su correlación histórico-salvífica. La concretización en el tiempo de la Economía Divina se corresponde con el desarrollo de un plan soberano que responde a las motivaciones del mismo corazón de Dios, y que por consiguiente, en su esencia más prístina y trascendente, se nos escapa. No somos capaces de alcanzar la esencia y las razones profundas de por qué Dios puso en marcha Su Plan.

No obstante, existen aspectos del mismo, que podemos intentar verificar a la luz de la Revelación de Dios, y de manera más concreta en esta carta; así en el Cp. 1:9-10, se nos dice: *“dándonos a conocer el misterio de Su voluntad, según Su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”*. En el vs. 10 nos encontramos con el término dispensación que corresponde al vocablo griego economía: **“En la economía del cumplimiento de los tiempos”**. Esta frase y conforme a los términos originales, se puede y se debe traducir así: la dispensación (*Gr = economía*) del cumplimiento (*Gr = plenitud*) de los tiempos (*Gr = momentos*). El término que se emplea para “tiempos” no tiene carácter cronológico, es decir, no corresponde al vocablo griego “*cronos*”, sino al término original “*Kairós*” y que es conveniente traducir por **momentos**. Los momentos constituirán realidades salvífico-trascendentes vivenciadas en conceptos temporales no cronológicos, y vendrían a coincidir con los momentos cruciales de la Historia de la Salvación. En la Biblia, y de manera más clara en el Nuevo Testamento, se dan por lo menos dos conceptos del tiempo que mantienen una interrelación salvífica; por un lado, nos encontramos con el **tiempo cronológico** que corresponde a aquel que nosotros medimos con nuestros aparatos de precisión y que se expresa por el vocablo griego “*cronos*”; pero además existe un concepto temporal no cronológico, que se expresa por el término griego “*Kairós*” y que se traduce por **momentos**. Cuando se trata el tema de la Economía Divina desde el punto de vista histórico dispensacionalista (concepción fundamentalista de los períodos dispensacionales) se fundamenta su realización temporal con una visión, exclusivamente, cronológica. Se pretende tener la

capacidad, mediante la investigación exegética, de poder realizar una hermenéutica que deslinde y delimite exactamente los diversos períodos histórico-dispensacionales. Se pretende tener conocimiento y erudición bíblica para caer en la osadía interpretativa de poder determinar, para cada dispensación el período histórico de su inicio y el de su finalización. Al final de este recorrido exegético-interpretativo se aboca a la conclusión de que el devenir dispensacional concluye con la superación de “el tiempo”. Es curioso que cuando se habla de las diversas dispensaciones, se las ubica y determina montándolas sobre el tiempo cronológico y se dice que la realización escatológica de las mismas, cuando se llegue a la plenitud del cumplimiento de los tiempos, supondrá la superación de la misma realidad temporal y la posibilidad de trascendernos más allá de ella. Esta concepción bíblica consideramos que entra en contradicción dialéctica, hermenéutica y etimológica con el término eternidad, tan difundido por toda la Escritura. La palabra griega que traducimos por “eternidad” en el Nuevo Testamento significa “los siglos de los siglos” y expresa, sin lugar a dudas, mi concepto temporal. La concepción de la eternidad como una realidad vivencial atemporal no corresponde a la Revelación de Dios, sino a una concepción extra bíblica, la de la filosofía griega. En la Biblia la eternidad no constituye la superación del concepto de tiempo, sino que antes al contrario la palabra eternidad, etimológicamente, significa algo así como “el tiempo indefinido”. La concepción de la eternidad que se explicita en la Revelación de Dios, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, y que fue asumida por los israelitas y por los judíos, choca radicalmente con el concepto de eternidad atemporal desarrollado por el pensamiento de la filosofía griega. Por consiguiente, la concepción atemporal de la eternidad corresponde a la introyección

y proyección de dicha filosofía en la historia del pensamiento bíblico exegético de algunos pensadores cristianos, pensamiento que revistiéndose de ortodoxia inapelable ha pretendido plasmarse en doctrina inamovible.

En definitiva, existe un concepto cronológico del tiempo y otro karatico, es decir, no cronológico. Este último se expresa por el término **momentos**; estos momentos temporales no son mensurables desde el punto de vista cronológico. Un ejemplo paradigmático de los mismos lo constituyen estas palabras de Jesucristo: *“Aún no ha venido mi hora”* (Jn. 2:4). El concepto expresado por el término **hora** es un concepto temporal no cronológico y corresponde a un espacio karatico del tiempo en la Revelación de Dios. Este concepto temporal acronológico está estrechamente ligado con el concepto de Soberanía de Dios y se corresponde con esos momentos que son temporales pero no cronológicos y que se devienen superpuestos, injertados y montados sobre el tiempo cronológico. Los diversos momentos kairóticos pertenecen a la esencia de la dinámica divina y Dios los coloca donde y cuando El quiere, y en ningún caso son mensurables desde la perspectiva humana. Si toda la concepción temporal que tenemos revelada en la Escritura fuese cronológica, posiblemente nos permitiera realizar un análisis dispensacional de la misma; pero el concepto karatico del tiempo rompe todos los esquemas del análisis dispensacional cuantificado. Esto nos aboca a la siguiente conclusión: los contenidos más importantes de la Revelación de Dios no se encuentran ubicados en el cronos, sino en el kairós. Esta idea se revela con claridad meridiana no sólo en el Nuevo Testamento, sino también en el Antiguo (Ec. 3:1-11).

La Economía Divina se corresponde con el Plan de la Salvación y constituye el conjunto de recursos que permiten la realización o devenir karatico-cronológico de dicho Plan.

Corresponde a la Soberanía de Dios la gestión y dirección de su realización económica. Nos vamos a encontrar con el concepto de Soberanía en el capítulo 1 y vs. 19 de esta epístola: *“Y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de Su fuerza”*. En este texto nos encontramos con el término **poder** en dos ocasiones; la primera mención corresponde a la voz griega **dinamo** y hace referencia a toda la capacidad dinámica y a toda la fuerza creadora de Dios; en la última parte del texto vuelve a aparecer la palabra poder: *“según la operación del poder de su fuerza”*. El término **operación** significa actividad, energía, y corresponde a la energía de Dios que mueve y dinamiza todo el Plan Salvífico; el vocablo “poder”, se puede y se debe de traducir por “soberanía”.

Existe, pues, una Economía Divina y una Soberanía de Dios que dinamiza y gestiona aquella.

Considerando el estudio de esta epístola, desde la perspectiva de la Economía Divina, y a efectos didácticos, podríamos dividirla en cinco capítulos o apartados:

- 1) La gestación o concepción del Plan Económico-salvífico de Dios, que se correspondería con el capítulo primero de la carta.
- 2) La realización del Plan de la Salvación, que lo encontramos expuesto en el capítulo segundo.
- 3) La revelación del Plan de la Economía Divina explicitado en el capítulo tercero de la epístola.
- 4) La confirmación del Plan, revelación correspondiente al capítulo cuarto y
- 5) La praxis del Plan Económico de Dios que se correspondería con los restantes capítulos de la carta.

A pesar de que parece que estamos moviéndonos en un plano meramente teórico, lo que intentamos es acceder a las fuentes de nuestra vocación, es decir, volvernos a nuestros orígenes. Interrogarnos sobre quién somos y de dónde venimos desde una perspectiva eclesiológica, para lo cual nos es necesario sumergirnos en el Plan Económico de Dios. Fuera de este contexto nos encontraríamos que no tenemos principio, ni orígenes, ni raíces; pero nosotros no procedemos de nosotros mismos, ni hemos emergido a la realidad existencial-trascendente como fruto de nuestras decisiones particulares. Sin embargo, hay quien piensa que somos Iglesia de Cristo porque así lo hemos decidido; pero la Biblia mantiene una enseñanza diferente. La Biblia nos revela que nadie puede decidir ser Iglesia de Cristo. Esto es algo que Dios ha decidido por nosotros y antes de que nosotros existiéramos; más aún, antes de que existiese el mundo, en el que nosotros vivimos, nos movemos y somos.

Si queremos conocer nuestros orígenes y el sentido de nuestra vocación, hemos de ir a la concienciación de la revelación contenida en el Plan Económico de Dios. La ocupación del correspondiente espacio de nuestra conciencia por dicha revelación no presupone la mera vivenciación teórica de la misma, sino que permite que dicha realidad soteriológica se plasme en una realización práctica, es decir, en una manera de vivir y de estar en el mundo. A esta praxis, que se deviene en el tiempo, corresponden los contenidos de los capítulos 5 y 6, de la epístola, donde se concretiza toda la elaboración doctrinal de la misma. Es decir que, en el tiempo, se produce un devenir práctico del Plan Económico de Dios en la Iglesia, y a través de la Iglesia, en la Historia y en el mundo.

Todos estos conceptos nos van a servir, más adelante, para entender muchas realidades socio-familiares y psico-

sociales, tales como la relación de los padres con los hijos y de éstos con aquellos; la relación de los maridos con las mujeres y de las mujeres con los maridos; la de los siervos con los amos y viceversa. Todo lo cual viene a demostrar que las realidades doctrinales no se devienen en esferas etéreas, sino que se realizan, sociológicamente, de manera trascendente.

Llegados a este punto, tenemos que entrar en el tema que se resalta en el capítulo primero de esta carta: **la predestinación**. El problema de la predestinación es necesario contemplarlo enmarcado en un campo salvífico mucho más amplio: el de la Economía Divina. Hasta aquí el asentimiento teológico podría alcanzar un amplio consenso; pero es precisamente a partir de esta realidad Económica de Dios que empiezan las divergencias doctrinales, más profundas, soteriológicamente hablando. Se nos dice, por parte de muchos, que la predestinación no se puede entender sino es “en Cristo”. Verdad teológica indiscutible y con la que difícilmente se podría estar en desacuerdo; pero el problema va más allá: el tema de Cristo no se puede comprender sino es dentro del Plan Económico de Dios. Esta última aseveración no suele prodigarse demasiado; se insiste en que estamos escogidos y predestinados en Cristo, y que en Cristo entendemos todo. Consideramos que es necesario profundizar esta realidad e ir más allá de esta aseveración cristocéntrica; debemos de continuar, al menos, hasta donde Dios nos lo permita, y en este sentido la investigación teológica termina abocándonos a este conocimiento: Cristo es la realización del Plan Económico de Dios, y, por consiguiente, para poder entender la problemática de la predestinación es necesario volver al principio. Y el principio es que Dios, en Su voluntad, en Sus designios, y conforme a los sentimientos más profundos de

Sí mismo, decidió un plan de Salvación, un Plan Económico para la salvación de los hombres y del mundo, y decidió que ese Plan se verificase en Cristo; por consiguiente, la verificación en Cristo corresponde a la concretización del Plan de la Economía Divina.

El tema de la predestinación, hay que decirlo de manera clara, no está resuelto. El hecho de que esta problemática no se encuentre resuelta no debe de producir inquietud salvífica en los creyentes. No obstante, puede significar, para aquellos que no tienen fe, una piedra de tropiezo; especialmente cuando se racionaliza la Revelación de Dios. Pero los creyentes no somos llamados a racionalizar, ni siquiera a explicar la Revelación de Dios en sus motivaciones más profundas; nosotros somos llamados a aceptar, asumir y proclamar esa Revelación. No estamos capacitados para explicar a Dios, y cometemos una gran equivocación al intentarlo. Las cosas son como son y nuestra realidad es como es, y si quisiéramos interrogarnos sobre las razones más profundas de nuestra realidad existencial, aquí y ahora, las respuestas racionalizadas no serían suficientes; tendríamos que asumir la voluntad de Dios como respuesta más satisfactoria. Como nosotros entendemos la fe, a la luz del Nuevo Testamento, las casualidades no se devienen en el contexto de la voluntad divina; dentro del Plan Económico de Dios no hay lugar al azar. No hay casualidades. Dios tiene una programación que no falla; las cosas se realizan conforme al propósito de Dios, y este propósito se va realizando de manera inexorable, aunque en ocasiones, las circunstancias peristáticas, en las que vivimos inmersos, pudiesen apuntar a todo lo contrario. Pongamos un ejemplo paradigmático: la condena a muerte de Jesucristo. Los que le condenaron consideraban que estaban realizando un acto absolutamente libre, determinado por sus

motivaciones volitivas. Es decir, que le iban a quitar la vida porque ellos así lo estaban decidiendo. Esto era verdad, pero no era toda la verdad. Es decir, Jesús de Nazaret no iba a morir en una cruz porque era impotente o carecía de todo recurso para salvarse; es cierto que sus enemigos más enconados habían tomado una decisión institucional para condenarle a muerte, y que esa decisión era vinculante para su responsabilidad personal. Por descontado. Pero es más cierto, según afirma el Nuevo Testamento, que había sido *“entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios”* (Hch. 2:23). Los hombres no estaban siendo unas marionetas en la Historia, pero la Historia estaba realizándose, en el tiempo, conforme al Plan de la Economía Divina. Lo que estaba ocurriendo, estaba en el Plan de Dios y tenía, necesariamente, que devenirse históricamente de esa manera. ¡Cuántas veces, en el Nuevo Testamento, encontramos la frase *“para que la Escritura se cumpliera”*! La Historia no tiene sorpresas para Dios, antes al contrario, Él es el Señor de la Historia. Los acusadores de Jesús hacían uso de su libertad cuando le condenaban, pero la libertad de ellos no invalidaba la actuación soberana de Dios. La Soberanía de Dios, aunque nosotros no lo entendamos, no les excusaba de su responsabilidad en el hecho que estaban determinando; no obstante, también es cierto que se afirma, que en algunos aspectos, estaban actuando por ignorancia: *“Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes. Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos Sus profetas, que Su Cristo había de padecer”* (Hch. 3:17-18). Ellos no tenían todo el conocimiento de lo que estaba ocurriendo. Detrás de la realidad histórico humana se encontraba, informándola, la realidad económico-salvífica de Dios. La Soberanía de Dios es o no es,

un Dios soberano a medias, no es un Dios soberano. Soberanía quiere decir, que lo que desde esa realidad salvífico-soteriológica se decide nadie lo puede interferir. El mundo no funciona tan al azar como los hombres piensan, aunque en algunas ocasiones pudiese parecer que la casualidad es el elemento consubstancial y definitorio de la Historia. La Historia sólo se puede comprender en su génesis, realización y trascendencia a la luz de la Soberanía de Dios. Existe un Plan Económico de Dios que se concretiza en la misma realización histórica de los hombres y del mundo.

El problema de la Salvación implica, pues, el problema de la predestinación, y se realiza en el marco de un Plan que estaba gestado por Dios antes de que ningún hombre existiera; es decir, el Plan de la Salvación de Dios es anterior a los Siglos (el tiempo) y al espacio, según encontramos en dos citas de esta epístola. En primer lugar, en el versículo 9 del capítulo 3: *“y de aclarar a todos cuál sea la dispensación (Griego = economía) del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas”*. Aquí encontramos que el Plan Económico de Dios corresponde a un “misterio”. Misterio escondido en la misma intimidad de Dios. Siendo esto así, no resultan admisibles nuestras racionalizaciones para intentar explicarnos y explicar a los demás “el misterio de la salvación”. No podemos pretender conocer qué es la salvación en su esencia genuina y cómo se deviene, históricamente, en su trascendencia soteriológica. En cuanto a la Salvación tenemos un conocimiento revelado que nos permite conocer, al respecto, qué es lo que Dios ha hecho, cómo lo ha hecho y por medio de quién lo hizo; pero lo que no se nos va a revelar tan claro, para que lo podamos entender hasta sus últimas consecuencias es, por qué Dios lo hizo. Esta realidad corresponde a los arcanos más profundos de Dios y coincide con *“el misterio es-*

condido desde los siglos en Dios”. Realizando una exégesis del texto que hemos citado nos encontramos con que la preposición “desde” traducida literalmente significa “aparte”, “lejos de”, y “fuera de”; es decir que aplicando el sentido etimológico del término “desde” al texto, para proceder a una visión hermenéutica del mismo, nos encontraríamos con “el misterio escondido aparte de los siglos, lejos de los siglos y fuera de los siglos: es decir, el misterio (de la Salvación) escondido más allá del tiempo; o sea, antes de que el tiempo existiera; lo que nosotros conocemos por la Revelación de Dios, el Plan Económico de Dios, estaba hecho y terminado. Hecho y finalizado en Cristo. Eso es lo que nos dice la Biblia y, lo que está ocurriendo ahora, significa que ese Plan Económico de Dios se va plasmando en el tiempo. Dicha realización no ocurre porque el plan esté inacabado sino como verificación histórica de su realidad trascendente y metafísica. A Dios no podemos sorprenderle con nuestras decisiones personales. No hay sorpresas para Dios. En cualquier caso, los sorprendidos seremos siempre nosotros.

Hemos analizado la relación que el Plan de la Salvación guarda con la realidad temporal. Vamos a ocuparnos a continuación de la relación que el Plan mantiene con el espacio.

En el capítulo primero y en los versículos 3 y 4 encontramos: *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él”*. “Antes de la fundación del mundo”. La palabra “fundación”, significa principio, comienzo y fundamento. Por el análisis exegético de 3:9 habíamos aprendido que el Plan Económico de Dios era anterior a la misma existencia del tiempo; la interpretación de 1:4 nos pone de manifiesto que

dicho Plan Salvífico también era una realidad anterior a la existencia del espacio, había sido creado antes de la fundación del mundo; es decir, era anterior al cosmos. El contenido de 1:3-4 se encuentra más allá de nuestras posibilidades en cuanto a profundización de conocimiento y explicación didáctica. La realidad es que el Plan Económico de Dios, anterior al tiempo y al espacio se va realizando en el espacio y en el tiempo. Respecto de dicho Plan se nos revela que Dios lo hizo, para qué lo hizo y cómo lo hizo. Que Dios es su autor lo encontramos en 1:3 *“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”*. Muchas veces en esta epístola nos vamos a encontrar con la expresión “lugares celestiales”; pues bien, es necesario hacer una salvedad para aclarar que la traducción correcta de la frase “los lugares celestiales” es: **los celestiales** dado que el término “lugares” que aparece en la mayoría de las versiones no es original. Por consiguiente, el vocablo “lugares” es una añadidura o interpolación que jamás escribió el apóstol Pablo, y esto nos conduce a pensar que desde el punto de vista bíblico teológico, en esta epístola, no se pueda hablar de lugares celestiales. Lo celestial tiene otra dimensión que aquella que pudiésemos extrapolar desde una perspectiva meramente humana; en este sentido “lo celestial” no es lo perceptible, desde nuestra realidad, como “lo cósmico”. Desde mi punto de vista, la expresión “los celestiales” nos habla de la misma dimensión de Dios, de la realidad ontológica de Dios, y desde esa dimensión del Ser Supremo hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en Cristo. Ahora bien, lo que Él hizo no es solamente bendecirnos sino escogernos según encontramos en el versículo 4: *“según nos escogió en Él”*. La palabra “escoger” tiene el sentido de mandar, de dar una orden (Dios) con referencia a alguien. Es decir, la cuestión de

“escogernos” no es aleatoria, ni teológica. Nos encontramos, pues, ante una problemática fundamental: compaginar la Soberanía de Dios con la libertad del hombre. El libre albedrío, tal y como se ha presentado por aquellos que están convencidos de que el hombre tiene capacidad para decidir su conducta con libertad no condicionada, me parece muy difícil de asumir. Personalmente, no encuentro por ninguna parte que el hombre sea libre en el sentido que se pretende. Por un lado se puede afirmar que desde el punto de vista biológico el hombre no es libre. Su código genético lleva implícito una programación, transmitida de antemano por sus progenitores, para toda su vida. No vivimos los años que queremos; en tal caso, vivimos los años que están programados en nuestro código genético, y esa programación corresponde, sin duda, a la Soberanía de Dios. Desde el punto de vista orgánico no somos libres. El funcionamiento fisiológico de nuestro organismo está condicionado por muchas circunstancias, tales como el aire que respiramos, los niveles de contaminación ambiental, la temperatura. No somos libres para sentirnos corporal y somáticamente como nosotros quisiéramos; por ejemplo no somos libres para sudar a nuestro antojo. Para el devenir de toda nuestra realidad somática y biológica estamos condicionados. Si esto es así en nuestra esfera física lo es aún más en lo que hace referencia a los condicionamientos mentales y psicológicos que perfilan y definen nuestra realidad existencial, y que por otra parte son complicadísimos. Sobre este fondo estructural y dinámico yo no veo al ser humano, antropológicamente hablando, como un ser libre, que se pueda devenir realizando actos de libertad asépticos de condicionamientos internos o peristáticos al cien por cien.

El hombre no es libre políticamente, ni socio-económicamente. Considero que no se encuentra en la Palabra de Dios,

ninguna verificación de que el hombre sea libre desde el punto de vista ético y moral; por el contrario existe abundante material, en la Revelación divina, que nos pone de manifiesto que el hombre es un esclavo. El ser humano está encadenado a una esclavitud que se llama pecado, que le domina, que le gobierna y que no le permite hacer con su vida los deseos de su voluntad. Es por esta razón que necesitamos, para nuestra realización espiritual, ética y social, un Plan Económico de Salvación. Como ejemplo clarificador de lo que venimos argumentando se puede traer a colación aquel episodio ¡tan importante! que vemos relatado en el evangelio de Juan capítulo 8:31-47. A hombres religiosos que habían “creído” en Él, y que se consideraban libres, Jesús les dijo: *“Si vosotros permaneciereis en Mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”*. Ellos le respondieron: *“Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: “De cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, es esclavo del pecado”*. Los interlocutores de Jesús pensaban que disponían de libre albedrío y que se devían en la vida haciendo lo que querían y cuando querían. Jesús les demuestra su gran equivocación: *“el que hace pecado, es esclavo del pecado”*. En otras palabras, el que hace pecado comete errores, cae en el fracaso y vivencia la frustración. Error, fracaso, frustración, constituyen diversos aspectos del significado etimológico y ontológico del término griego “amartia” que se traduce en el Nuevo Testamento por “pecado”. Los razonamientos filosóficos y las racionalizaciones de los teólogos pretenden armonizar y compaginar la Soberanía de Dios y la libertad del hombre. Pero humana y racionalmente este ensamblaje de voluntades no parece que encaje muy bien. Si Dios es soberano ¿cómo puede el hombre

ser libre? y por otra parte, si el hombre no es libre ¿cómo puede ser responsable? ¿Cómo va a dar cuenta a Dios de una conducta que no ha realizado bajo los dictados de su libre voluntad? El problema está ahí. En ninguna parte de la Biblia, al menos que yo conozca, se nos dice que para solucionar esta problemática, trascendente, haya que racionalizarla. Cuando ocurre esto, estamos introduciendo nuestros razonamientos humanos en la Revelación divina y lo que es más grave, estamos proyectando nuestros sentimientos de justicia y nuestras vivencias afectivas, desde una ubicación antropológica, sobre la persona de Dios. Estamos antropologizando a Dios, o dicho de manera más sencilla, estamos inventando a Dios.

Estos dos problemas, que el hombre es un esclavo y que Dios es soberano, constituyen dos contenidos básicos de la Revelación de Dios. Dios es soberano, el hombre no es un ser libre y sin embargo tiene una responsabilidad delante de Él. El sentido de la responsabilidad del hombre desde un punto de vista bíblico es necesario considerarlo e interpretarlo desde una perspectiva atávica, es decir, mirando antropológicamente, hacia atrás. No se trata tanto de estudiar la conducta del hombre, aquí y ahora, sino en cuanto a lo que ocurrió en el pasado, en hechos primarios desde el punto de vista antropológico. Es necesario volver a Adán para entender el sentido de la libertad y de la esclavitud en el hombre. Desde el punto de vista teológico y bíblico, es decir, desde la misma revelación de Dios, Adán y yo (Adán y cada ser humano) somos la misma persona. Entre Adán y yo no hay una distancia histórica, ni antropológica. Nosotros somos Adán. Por otro lado entendemos perfectamente que antes de la “caída” del hombre (es decir, antes de la introducción amártica en la realidad existencial del antropos) éste era responsable delante de Dios en el ejercicio de su libertad. Puesto que nosotros

también somos Adán participamos de su misma responsabilidad transhistórica. La demostración teológica, existencial, antropológica y biológica de esta aseveración se concretiza y se verifica en el hecho incontrovertible de la muerte. La muerte es una consecuencia de la transgresión de Adán, de *“la introducción del pecado en el mundo por un hombre”*. Dicha consecuencia trascendió la esfera antropológica, de los dos primeros individuos, y afectó a toda la humanidad: *“así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”* (Ro. 5:12). La única respuesta que existe en la Biblia para explicar este hecho trascendente y singular es que *“el viejo hombre”*, Adán, somos todos. Es desde esta perspectiva que se podría encontrar una solución al problema de la confrontación dialéctica entre Soberanía de Dios y libertad del hombre.

En la Escritura, cuando se plantea el tema de la Soberanía de Dios y del libre albedrío del hombre (epístola a los Romanos capítulos 1-11), se desechan las racionalizaciones como argumentos clarificadores de la tensión que la confrontación dialéctica de estos dos conceptos desencadena. El apóstol Pablo como conclusión de toda su argumentación teológica, en cuanto a la Soberanía de Dios y a la libertad humana, aboca a la siguiente exclamación: *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios e inescrutables Sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? (Ro. 11:33-34)*. Pablo habla de las profundidades de Dios y de los contenidos de Su Revelación que están más allá de su capacidad intelectual y noética. Renuncia a los razonamientos humanos para esclarecer las verdades más profundas y trascendentes de Dios.

Pero volviendo a la aseveración, cuya apoyatura fundamental es esta epístola, de que *“Dios nos escoge en Cristo”*, se suele intentar armonizar la Soberanía divina y la libertad hu-

mana elaborando la siguiente argumentación: Dios, como es omnisciente, ve de antemano la Historia y su devenir; por consiguiente, Dios conoce lo que va a pasar en el futuro. Dios trasciende el tiempo futuro con Su pensamiento omnisciente. Para Dios no hay pasado ni futuro. Dios es una realidad que es y en este sentido hay que entender la famosa definición que dio de sí mismo a Moisés en el Antiguo Testamento: *YO SOY EL QUE SOY* (Ex. 3:14). En definitiva, lo que con este enfoque se quiere decir es que Dios está, ahí, viendo todo el proceso, histórico de la predicación del evangelio, y tiene la posibilidad de *“conocer de antemano”* las respuestas de los hombres a dicha predicación.

Dios podrá saber lo que va a ocurrir en el tiempo antes de que éste se realice, y por consiguiente, quiénes van a ser los que darán una respuesta afirmativa o negativa a la predicación kerigmática. Como consecuencia de ese conocimiento Dios predestina en Cristo a los que van a ser salvos. El único problema que se plantea a toda esta argumentación filosófico-teológica es que la Escritura no revela que el conocimiento de Dios se fundamente en tal argumentación. Antes bien, si el conocimiento de Dios solo estuviera fundamentado en Su visión escatológica de la Historia, Su Soberanía (escoger y predestinar en Cristo) estaría determinada por la voluntad humana. Dicha Soberanía, en su sentido más genuino, tendría que ser cuestionada. Llegados a este punto, tendríamos que preguntarnos: *¿La Soberanía de Dios puede estar fundada en las decisiones del libre albedrío de los hombres?* Es evidente que esto no es así. La Soberanía de Dios se realiza conforme a la voluntad divina y no tiene condicionamientos; y si los tuviera, los mismos dimanarían de la misma intimidación de Dios y nunca dependerían de la conducta de sus criaturas. La salvación de los hombres se deviene conforme a la voluntad de

un Dios soberano en todas y cada una de sus particularidades. ¿Significa esto que unos son predestinados para ser salvos y otros para ser perdidos? Ni en el capítulo primero de esta epístola, ni en el resto de la misma, ni en ninguna otra parte del Antiguo o del Nuevo Testamento, encontramos una respuesta afirmativa a la anterior pregunta. En el pasaje que estamos examinando solo se habla de los salvos y de cómo su salvación ha sido gestada y realizada en el “cielo”; no se nos está explicando aquí qué es lo que acontece con los que se pierden; por el contrario, se nos confirma que existe un Plan soberano de Dios que se cumple de manera inexorable, y que se cumple en aquellos “que van siendo salvados o que están siendo salvados o que se están salvando” (Hch. 2:47), es decir, en aquellos en los que la salvación de Dios se va deviniendo en el tiempo de la Historia; pero estos sujetos de la salvación no se salvan a sí mismos, no se justifican en Cristo por sí mismos; su justificación en Cristo no se fundamenta, básicamente, en la respuesta afirmativa que dan cuando se les predica el evangelio de la gracia de Dios. Su justificación en Cristo es por la fe, pero ¿qué fe? Ya veremos cuando lleguemos al capítulo dos, que, efectivamente, existe una fe que salva, pero dicha fe no es aquella que el hombre puede fabricar; porque si la fe que salva corresponde a un “hecho antropológico”, es decir, corresponde a una realidad creada por el ser humano en la esfera de su intimidad, entonces tendríamos que concluir que la salvación es por las obras. Daría igual que la obra que justifica al hombre consistiera en actos sacrificiales de naturaleza física, que en una creación psíquica explicitada y concienciada como fe. Yo creo que la Escritura no conoce una fe de esas características. La fe que justifica jamás puede ser gestada por el hombre, ni en el hombre. La fe que justifica sólo puede ser recibida por el ser humano como un don de

Dios. Si cuando algunos afirman que la salvación es en Cristo, que la predestinación es en Cristo y que somos escogidos en Él, lo están haciendo sobre la base de una fe elaborada por nosotros mismos, entonces considero que su argumentación teológica no se adapta ni al espíritu ni a la letra de la Escritura. Está claro a la luz de la Revelación divina que la elección, la predestinación y la salvación “son en Cristo”. Pero “en Cristo” dentro del contexto de la Economía Divina. Cristo es quien realiza el Plan de la Salvación; es quien gestiona y convierte en realidad el Plan Salvífico de Dios. Por consiguiente, es claro, que somos escogidos (elegidos) en Cristo porque Cristo es ya, desde el principio, el escogido de Dios. Dios nos escoge en el escogido; si entendiésemos esto, seríamos capaces de superar tantas elucubraciones, escritas y expresadas verbalmente, sobre la problemática de la salvación. Cristo es el escogido de Dios. ¿Cuál es la razón? ¿Podemos preguntarle a Dios por qué escogió a Cristo? Si podemos preguntar eso, también podemos preguntar por qué escogió a los que se salvan. Preguntar por algo que corresponde a lo secreto del Dios inefable y trascendente, solo tiene como respuesta el silencio; o en cualquier caso, aquella que se le dio al profeta Habacuc, cuando cuestionaba la justicia de Dios: “mas el justo por su fe vivirá”. (Hab. 2:4). En relación con la Salvación, la revelación bíblica está llena de elementos positivos, pero los elementos negativos no se mencionan en la Escritura y sólo son producto de las deducciones racionalistas del pensamiento humano. A pesar de toda la complejidad del problema de la predestinación, la Biblia afirma, como un presupuesto básico, “que Dios no hace acepción de personas” (Dt. 10:17; Job 32:21; Job 34:19; Hch. 10:34; Ro. 2:11; Gá. 2:6; Col. 3:23; 1.P. 1:17), y para que no exista la menor duda, esta aseveración se encuentra en la misma epístola que estamos investigando. Ef.6:9.

Como conclusión de lo anteriormente expuesto alguno podría decir: “bueno, pues entonces no lo entiendo”. Por nuestra parte, el comentario a dicha aseveración se concretizaría de esta manera: Pero ¿es que tengo que entenderlo? O dicho de otra forma, ¿estoy capacitado, aún siendo creyente, para investigar lo más profundo y trascendente de Dios? Por nuestra parte, la respuesta es que ni yo puedo entender a Dios, ni tampoco puedo explicarlo; porque si yo pudiese explicar a Dios, si Dios pudiese ser reducido a mi capacidad intelectual, ese Dios tendría que ser absolutamente cuestionado. Lo más probable es que un Dios comprensible y explicable por el hombre no coincidiría con el Dios Trascendente y Supremo, sino con la proyección de una imagen elaborada a nivel del inconsciente del hombre. En definitiva, un Dios semejante, sería un Dios que el hombre hubiese creado a su imagen y semejanza. No es necesario insistir que la Escritura afirma todo lo contrario (Gn. 1:26-27). La problemática de la Salvación y sus motivaciones más profundas, hay que admitirlas tal y como las tenemos reveladas en esta carta. Somos escogidos en Él antes de la fundación del mundo, y que la palabra “escogidos” tiene el sentido de un mandato por parte de Dios. Escogidos en *amor habiéndonos predestinado*; teniendo en cuenta que “predestinado” significa, también determinar o predeterminar; y sobre todo tiene una significación de una claridad meridiana: “fijar antes”. Esta traducción no se puede adular bajo el presupuesto de la pretendida defensa de doctrina alguna que los hombres hayan elaborado en su proceso racionalizador de la Escritura. “Fijar antes” significa, antes de que ocurra el devenir histórico, o dicho de otra manera, que la predestinación como acción determinante de Dios, no está en función de decisiones humanas, sino que por el contrario, en los propósitos de Dios, ocurre antes de que

las acciones humanas se verifiquen. Si Dios predestina, exclusivamente, en función de un pre-conocimiento, su predestinación como tal, es más que cuestionable; porque en tal caso, lo que Dios está haciendo no es determinar o predeterminar de antemano, es decir, “fijar antes” los acontecimientos salvíficos escatológicos, sino que en función de su pre-conocimiento testimonia de que dichos acontecimientos van a realizarse en la Historia. Dios al predestinar estaría revelando el devenir histórico, pero no ejecutando su voluntad soberana.

En 1:5 también se manifiesta lo que Dios ha hecho por nosotros al hacernos hijos de Dios o *“ser adoptados hijos Suyos”*. Ahora bien, Dios que hizo estas cosas ¿para qué las hizo? La respuesta a esta cuestión la encontramos en el vs. 4 del capítulo primero: *“según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él”*. Dios no solamente nos escoge, sino que nos escoge para que seamos santos, nos escoge para que seamos sin mancha delante de Él, nos escoge para alabanza de la gloria de su gracia (vs. 6), nos escoge para darnos a conocer Su voluntad (vs. 9) y, en definitiva, nos escoge para hacernos sus herederos (vs. 11). En este último texto leemos: *“en Él asimismo tuvimos herencia”*. El sentido de la palabra herencia es más que significativo y hace referencia a algo a lo que nosotros no tenemos derecho, algo que nos toca en suerte.

El medio por el cual se realizan estas donaciones salvíficas es Jesucristo y su muerte en la cruz del Calvario. Así lo afirma Pablo en todos los versículos que hemos citado (4, 5, 6, 9, 11). Si nos preguntamos el por qué Dios hace esto (la realización de Su Plan Económico) y por qué lo hace de esta manera, la respuesta ya no es tan clara como lo que hemos visto hasta aquí. Hemos visto que Él nos escoge, que nos predestina, que nos hace hijos y herederos Suyos; hemos visto con un poco

de luz, para qué lo hace y por medio de quién lo hace. ¿Para qué lo hace? la respuesta la encontramos en el vs. 5: *“habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos Suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de Su Voluntad”*. ¿Por qué lo hace? Porque quiere. La respuesta es así de compleja y de sencilla y la encontramos en el mismo versículo 5: *“según el puro afecto de Su Voluntad”*. La palabra “afecto” es la misma que encontramos en 1:9 traducida por “beneplácito”: *“dándonos a conocer el misterio de Su Voluntad, según Su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo”*. El afecto de Dios es el beneplácito de Dios, la buena voluntad de Dios, la buena intención de Dios y en definitiva la resolución de Dios. Si volvemos a preguntarnos ¿Por qué lo hace? La respuesta está clara: por Su buena intención, por Su deseo, por Su beneplácito y la referencia, de Sus motivaciones, es siempre, a Sí mismo. La razón última del Plan de la Economía Divina se encuentra en la propia interioridad de Dios. Ahora bien, ¿podemos llegar nosotros, en nuestra investigación bíblico-teológica, a esa interioridad? La Biblia nos enseña hasta donde podemos llegar y hasta donde no podemos. La Escritura nos dice que la razón última del plan de salvación está escondida en Dios, y que existen, por consiguiente, aspectos, dimensiones y contenidos de dicho Plan, que todavía no podemos ni debemos conocer.

En cuanto al propósito salvífico de Dios encontramos, en el vs. 11, una palabra cuyo análisis puede arrojar más luz sobre esta cuestión. El texto dice: *“En Él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de Su voluntad”*. En este texto se nos descubre un poco el velo, a la luz del estudio del término “designio”. La palabra “designio” significa voluntad, determinación, propósito, plan, consejo, delibera-

ción y reflexión. La conclusión es que se produce una reflexión de Dios, en función de un Consejo de Dios, y de esa reflexión sale un plan: el Plan de la Economía Divina, el Plan de la Salvación, que se va a verificar en Cristo. El Plan Económico de Dios es una realidad salvífica, soteriológica, pneumática y trascendente antes de que el mundo exista. Este Plan Salvífico es pre-existente al tiempo y al espacio y fue determinado en el mismo Consejo de Dios. Para clarificar un poco el concepto “Consejo de Dios” vamos a recurrir a una ilustración bíblica. En Génesis 1:1 leemos: *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”*. El término que en el hebreo se emplea para Dios, en este texto, corresponde al vocablo ELOHIM. La traducción literal de este término es *“Uno en el que hay varios”*. Es decir, Dios es UNO en el que hay VARIOS. En ese UNO en el que hay varios se produce un consejo, y en ese consejo se da lugar a una reflexión que configura un plan, y se determina la verificación del mismo en Cristo. Todas estas realidades metafísicas se devienen espiritualmente antes de que el mundo exista.

Una de las conclusiones más importantes y trascendentes de todo lo anteriormente expuesto es que el Plan de la Salvación se realiza y se verifica en Cristo. Dicho de otra manera: somos escogidos en Cristo, predestinados en Cristo, salvados en Cristo, y hechos Sus hijos y Sus herederos en Él. Por otro lado, toda esta realidad salvífica y soteriológica no la podemos desconectar de la Soberanía de Dios. Todo lo que Cristo hace, lo hace en sometimiento a esa Soberanía y en cumplimiento de la voluntad divina. Jesús de Nazaret en Su ministerio no hace más que repetir esta verdad: *“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y acabe Su obra”* (Jn. 4:34). *“Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”* (Jn. 5:30). *“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”* (Jn. 6:38). Por

consiguiente, el Plan Económico de Dios se realiza en Cristo, y el momento central en la realización de dicho Plan lo constituye la muerte de su Hijo en la cruz del Calvario y su posterior resurrección al tercer día. El acto soteriológico de Cristo es el centro del Plan y lo que permite que el mismo se realice y se lleve adelante.

A la luz de estas realidades reveladas, difícilmente, podemos seguir pensando que somos escogidos y predestinados en Cristo conforme a la visión omnisciente que Dios tiene del futuro, y que le permite conocer de antemano los que van a dar una respuesta positiva o negativa a la predicación del evangelio. Es necesario considerar lo que se nos dice de Cristo en este contexto, es decir lo que Dios creó en Él antes de que este mundo fuese. La respuesta a esta interrogación es un elemento fundamental para entender el misterio de la salvación. En este sentido, es imprescindible clarificar si todas las realidades salvíficas (personales y materiales) devenidas en la Historia no estaban creadas y realizadas en Cristo antes de la creación del mundo, antes de que el tiempo y el espacio existieran. Si esto fuera así, la salvación de los hombres no dependería tanto de su respuesta positiva a la predicación de las buenas nuevas, como al cumplimiento, en su devenir espiritual y biológico, de la misma voluntad de Dios. En otras palabras, su respuesta positiva al llamamiento kerigmático estaría enmarcada, condicionada y determinada por la voluntad divina. En Colosenses 1:15-17 (epístola que trata temas comunes con la carta que estamos estudiando), leemos: *“El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de*

todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten”, Si entendemos lo que se quiere decir, en estos textos, podríamos avanzar un poco en la comprensión del Plan Salvífico de Dios y de su realización soberana. Una de las afirmaciones esenciales y fundamentales que aquí se enuncia, es de que en Cristo fueron creadas todas las cosas. Cuando pensamos en esta cuestión, quizás, no nos detenemos a considerar el significado, profundo, de la afirmación anteriormente citada y no valoramos, en su verdadera medida, toda la enjundia y contenido trascendente de la frase. Podemos comprender, bastante bien, *“que todo fue creado por medio de Él”* y que *“todo fue creado para Él”*; sin embargo, es posible que cuando llegamos al análisis, de que *“todo fue creado en Él”*, se pudieran oscurecer, nuestros pensamientos. La luz necesaria para mantener una visión más adecuada del sentido, más profunda y reveladora de la frase *“porque en Él fueron creadas todas las cosas”*, dimana del análisis de los términos *“Él es la imagen del Dios invisible”* (Col. 1:15). La palabra *“imagen”* corresponde a un vocablo griego, cuyo significado se podría traducir como que **Cristo es el duplicado perfecto y exacto de Dios**; en definitiva, la traducción, literal, del término griego *eikon* (imagen) sería así: duplicado perfecto, exacta representación. Cristo, como imagen del Dios invisible, es el duplicado perfecto y la exacta representación del mismo; pero al mismo tiempo Él es también el primogénito de toda creación. En definitiva, el primogénito en el que fueron creadas todas las cosas. Como veo yo el tema, es así: la creación de Cristo conllevaba todas las demás creaciones. Esta afirmación puede quedar clara, a la vista de que *“en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades”* (Col. 1:16). Consideramos que el texto afirma que en Él fue

creado: criaturas, autoridades, potestades, hombres, estrellas, árboles, ríos, montañas y todo el cosmos y su contenido. Es decir, todo fue creado en Él, o dicho de otra manera, nada de lo creado, (histórico) en cualquier tiempo cronológico o momento karático, fue creado fuera de Él, antes de Él, o después de Él (Jn. 1:1-3). Cuando decimos que todo fue creado en Él, estamos haciendo referencia a la “creación” de Cristo y, consiguientemente, estamos entrando en el manejo de conceptos muy difíciles, porque Cristo es Dios, y Dios no fue creado por nadie. Lo que queremos decir, es que en Cristo, en el momento que Cristo es una realidad trascendente (Cristo es Dios, y Dios es una realidad desde siempre) ya estaban creadas en Él todas las cosas que iban a ser creadas en el futuro. Por eso Él es el primogénito de toda creación, y el hecho de ser el primero de toda creación, implicaba y conllevaba toda la creación que vendría después. El primogénito de la creación hacía necesaria una creación posterior que se plasmase, cronológica y kairóticamente, en el devenir histórico Salvífico de la Economía Divina. La frase “todas las cosas” comprendería todo lo creado en Cristo. Por lo tanto, el Plan Económico de Dios se realiza en Cristo, porque en Él, ya estaban creadas todas las cosas antes de que este mundo fuese. Por consiguiente, antes de la existencia cósmica fue creado en Él, toda nueva criatura, toda nueva creación, es decir: los salvos, la Iglesia de Dios. Cristo contiene todos los arquetipos, es decir, todos los tipos antiguos, correspondientes a realidades a devenir cronológica y kairóticamente. Se puede considerar la Revelación de Dios desde una visión arquetípica. Por ejemplo, cuando Dios le ordena a Moisés el hacer un tabernáculo o santuario, para habitar en medio de su pueblo, le dice: “conforme a todo lo que Yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de sus utensilios, así lo haréis” (Ex. 25:8-

9). El tabernáculo en el desierto era un tipo del verdadero arquetipo que existía en el cielo; cuando se dice que en Cristo fueron creadas todas las cosas, se está corroborando la narración del libro de Éxodo. Cristo es el Templo de Dios por excelencia. En el libro de Hebreos se dice que “*las cosas que fueron hechas*”, fueron confeccionadas conforme a un diseño que correspondía a otra dimensión, a una dimensión celestial, donde estaban en Cristo contenidos todos los arquetipos (mundo invisible); los cuales serían tomados como modelo para la realización de las cosas hechas (mundo visible). Así leemos en Hebreos: “*Fue, pues, necesario que las figuras (griego = modelo, tipo) de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura (griego = antitipo) del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios*” (He. 9:23-24). El Plan de la Salvación o la Economía de Dios va a favorecer que aparezcan o se formen los tipos de los arquetipos; es decir, que esos arquetipos, que esos tipos antiguos que estaban creados en Él, puedan tener una realidad y una trascendencia histórica. Realidad y trascendencia que se devendrá en el tiempo y en el espacio. Dentro de esos arquetipos se encuentra el hombre nuevo (Ef. 2: 15) del que forma parte la Iglesia; o dicho de otra manera, del que forman parte “los que se salvan o los que están siendo salvados” (Hch. 2:47).

Como conclusión de todo lo expuesto, hasta este momento, tenemos que decir lo siguiente: que los creyentes que somos salvos, por haber experimentado el nuevo nacimiento (Jn. 3:3, 5, 6, 7 y 8), hemos sido escogidos en Él antes de la fundación del mundo, hemos sido predestinados (gr. = fijados antes) conforme a la voluntad de Dios, hemos sido hechos

aceptos en el Amado (esta frase es muy importante: **aceptos en el Amado** significa, literalmente, que nos agració, que gratuitamente nos ha impartido su gracia, o que nos colmó de favores) por parte de Dios y no por nuestra parte. Todo este periplo y devenir salvífico, se ha realizado conforme a la voluntad y al beneplácito de Dios, que tenía el propósito de reunir todas las cosas en Cristo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos (Ef. 1:3-11). Es decir, de reunir todas las cosas en Cristo, en la Economía de la plenitud de los tiempos, así las que están, en los cielos como las que están en la tierra (literalmente: “así las en los cielos, como las en la tierra”). Desde el punto de vista de la epístola que estamos estudiando todo el Plan de la Salvación de Dios, a nivel humano, se concretiza en la oferta de reconciliación con Él a dos pueblos: judíos (israelitas) y gentiles. (Ef. 2:11-16). La oferta de la Salvación se explicita mediante la predicación del evangelio a toda criatura. Las personas que aceptan, por la fe, la proclamación salvífica son sellados con el Espíritu Santo de la promesa que garantiza su salvación eterna (Ef. 1:13-14). Todo este proceso soteriológico se realiza conforme a la voluntad soberana de Dios y no de acuerdo con las decisiones de los hombres. La conclusión obvia, al final de éste primer estudio, es ésta: la Salvación es sólo y absolutamente de Dios.

Capítulo 2

El ámbito de la salvación

(Efesios 1:15-23)

En este segundo estudio vamos a realizar una exposición de Efesios 1:15-23.

Intentaremos desarrollar, con más profundidad y detalle, algunos aspectos que hasta ahora hemos venido tratando de manera más generalizada. Haciendo un resumen o síntesis de lo estudiado, hasta este momento, podemos concluir: que esta epístola del apóstol Pablo trata, fundamentalmente, el tema de la Economía Divina, de la Economía de Dios o, lo que es lo mismo, el Plan de la Salvación. Cuando hablamos del Plan de la Salvación, y lo vamos a ver más adelante, no estamos refiriéndonos, exclusivamente, a la salvación de las personas como habitualmente ocurre en nuestros medios evangélicos, en particular, y en los medios cristianos en general. Cuando al hablar de la Salvación se está pensando, casi exclusivamente en las personas, se está sometiendo el Plan de la Economía Divina a un serio reduccionismo. La Salvación abarca más que la salvación de las personas. Dicho de otra manera, Dios no ha efectuado jamás, una Salvación solo para las personas; o si queremos, también podemos aducir que el Señor Jesucristo no murió en la cruz del Calvario solo para que los hombres (es necesario entender el término hombres en

sentido genérico, es decir, seres humanos de sexo masculino o femenino) sean salvos. No existe ninguna parte de la Escritura que nos enseñe que el Plan Económico de Dios es sólo para los hombres; cuando nosotros reducimos el acto soteriológico de Cristo a este ámbito, meramente antropológico, estamos haciendo exactamente igual que el pueblo de Israel a través de toda su Historia (que llegó a creer que su Dios Yahvé, y la Salvación dimanada del mismo, le pertenecía de manera preferente y exclusiva), estamos secuestrando la Salvación de su dimensión universal y cósmica, para darle concretización en el ámbito meramente humano. No podemos ni debemos hacer esto. No podemos oscurecer el testimonio de Dios en el mundo. No podemos presentar el Cristianismo como un mensaje que se refiere a la salvación del “alma” de las personas, y que ni siquiera parece tener relación con la dimensión corporal o somática de las mismas. El Cristianismo supone una alternativa para cambiar este mundo en todos sus aspectos, una alternativa para cambiar este sistema humano, en el que vivimos inmersos, por el sistema de Dios. Eso es el Cristianismo. Cualquier opción salvífica o soteriológica que no asuma la presuposición anteriormente apuntada, no se puede considerar cristiana. A la luz de la Palabra de Dios, solo existen dos sistemas, posibles, para el gobierno del mundo: el sistema de Dios y el otro. A lo largo de la Historia de la humanidad se han ido deviniendo (aunque cada vez en menor número) diversos sistemas, socio-políticos cualitativamente diferenciados, pero que en el fondo terminan todos confluyendo en una misma esfera de intereses socio-económicos.

Fue Jesús de Nazaret quien dejó claro, la confluencia de los diversos sistemas socio-políticos en el devenir histórico de los pueblos. Lo hizo de manera magistral, cuando en un

momento del denominado sermón de la montaña, dice: *“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, ó estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”*. (Mt. 6:24) Esta aseveración constituye uno de los momentos más importantes de la Revelación de Dios a los hombres. Aquí está explicada la última y más importante contradicción y confrontación dialéctica. A la luz de este texto, de Mateo, podemos afirmar que los diversos sistemas, socio-políticos, terminan convergiendo, en el devenir histórico, en UN SISTEMA socio-económico único. Este sistema está y estará regido por el dios de las riquezas: por Mamón. En la época actual estamos comprobando, como las diversas alternativas, socio-políticas, que han surgido en la Historia de la humanidad (Liberalismo, Capitalismo, Socialismo, Comunismo, etc.) están convirtiéndose a un sistema socio-económico y socio-político soberano y hegemónico: El Sistema Capitalista, o dicho de otra manera, el dios de las Riquezas (Griego = Mamón) del sermón de la montaña. Desde mediados del siglo XIX, con el nacimiento del Socialismo Científico o Marxismo, hemos venido teniendo la impresión de que en esta tierra existían dos grandes sistemas socio-políticos: el Capitalismo y el Socialismo. Ha sido necesario llegar a la época actual, para comprobar que, en el fondo, los dos sistemas venían sirviendo a los mismos intereses y al mismo dios. Quizá no haya sido una interpretación baladí aquella que calificaba al Comunismo como Capitalismo de Estado. La reconversión de los llamados países socialistas al sistema capitalista o neo-capitalista viene a darnos la razón en nuestra interpretación, histórica política y socioeconómica, del devenir de la humanidad de acuerdo con los contenidos revelados en el Evangelio. La última y fundamental confrontación dialéctica, no es entre Dios y el Marxismo, no es entre Dios y el

Comunismo, sino entre Dios y el Capitalismo, entre Dios y las riquezas. El último sistema socio-político que gobernará este mundo, antes de la segunda venida de Cristo, creemos que será un sistema que ejercerá un monopolio sobre las personas (control riguroso de las mismas y de todas sus actividades económicas y financieras) y sobre sus bienes. Los posibles Estados Unidos del Mundo bajo la dirección de un gran líder, controlarán a las naciones y a sus habitantes por la fiscalización económica. (Ap. 13:1-18).

Por consiguiente, los problemas sociales, políticos y económicos de este mundo, tienen una gran importancia a la hora de buscar una alternativa que los resuelva. La proclamación kerigmática presenta al Evangelio de Jesucristo como la ÚNICA ALTERNATIVA posible. Dicho de otra manera, el evangelio tiene una dimensión espiritual (pneumática), anímica (psíquica), política, económica, social y biológica (somática). Es por esta razón que su predicación no puede convertirse en mera exposición de una alternativa “espiritualizada” para el alma de las personas. Esta apreciación soteriológica es muy necesario tenerla en cuenta, porque es muy probable que muchos seres humanos, si se les hubiese presentado un Cristianismo en toda su dimensión, lo hubieran contemplado con otros ojos. No hubieran pensado que Dios es un recurso para neuróticos frustrados, para personas angustiadas que no tienen solución a sus conflictos intra-psíquicos. Esta es una de las interpretaciones que mayor número de apologistas ha tenido por parte de los críticos del Cristianismo. Una explicación de la búsqueda de Dios, por parte de los hombres, es ésta: los seres humanos se consideran, a sí mismos, débiles, frustrados e impotentes para enfrentarse a una realidad adversa. Entonces se inventan a un Dios que los libere de su esclavitud. Dicho Dios sería omnipotente (tendría todo poder), omnisciente

(tendría toda la sabiduría) y omnipresente (estaría en todo lugar), pero en realidad no pasaría de ser una mera proyección metafísica de los contenidos inconscientes del corazón humano. Contenidos originados por la represión (expulsión del campo de la conciencia) de sentimientos yoicos frustrados, en su realización histórica, a nivel individual y colectivo. Pero el Dios que proclama el Cristianismo no es éste; entre otras cosas, porque el llamamiento evangélico no garantiza a ningún cristiano que no va a sufrir, una vez que entre dentro del marco de la Salvación, sino todo lo contrario. Su vocación le adelanta que en su devenir como testigo (Gr. = mártir) va a realizarse en la adversidad y en contradicción frontal con el sistema humano que gobierna el mundo. La tensión y confrontación dialéctica en la que tendrá que verse inmerso un cristiano auténtico queda puesta de manifiesto, de forma paradigmática, en aquellas palabras que encontramos en la epístola de Santiago: *“¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”* (Stg. 4:4).

Cuando nosotros ofrecemos a la gente un evangelio “que lo soluciona todo”, tenemos que poner la máxima atención y ser muy escrupulosos con lo que le estamos diciendo. Es verdad que el creyente no va a tener problemas con Dios, en cuanto a los contenidos ideológicos de su fe, pero sí que puede tenerlos con los hombres. El Cristianismo es crítico hacia todo lo que constituye el sistema que gobierna este mundo. La denuncia del mensaje evangélico tiene que resultar vinculante para el cristiano; si somos consecuentes, con el Cristianismo, tendremos que ser críticos, y los críticos son molestos, y a los que molestan, si se puede, se les elimina. La oferta de Dios, a los hombres, en el evangelio, no es la maravillosa elucubración de los contenidos armoniosos de un

cuento de hadas. Ser cristiano significa asumir un compromiso de estar con Cristo; y estar con Cristo supone estar frente o contra el sistema, nunca estar al lado de o permanecer neutral. Esta es la realidad que se desprende del texto citado anteriormente de la epístola del apóstol Santiago: “la amistad con el mundo es enemistad contra Dios y viceversa”. Esto no significa que el cristiano se constituya en enemigo de los hombres. El cristiano por su vocación es un enemigo del sistema, pero no de las personas, ni siquiera de aquellas que aparecen como más representativas del mismo. Desde el punto de vista de la ética cristiana hay que hacer una diferencia entre el sistema y aquellos que lo gestionan, que lo representan, o que viven inmersos en él. El mundo es un enemigo del creyente, pero los hombres que lo constituyen no deben serlo.

El Plan Económico de Dios tiene una confluencia y una realización en Cristo. Dios hizo su reflexión en el seno de Sí mismo (puesto que Dios es uno en el que hay varios, Dios constituye una pluralidad. Ese es el sentido del término hebreo Elohím de Gn. 1:1); se celebró un Consejo de Dios, del que nació el Plan de Salvación, que había de cumplirse en Cristo, en su devenir histórico-salvífico. El plan Económico de Dios presupone y condiciona que hay unas personas que son conocidas, escogidas, predestinadas, llamadas, justificadas y adoptadas como hijos de Dios, y que son las que van a recibir y experimentar la Salvación alcanzada por el acto soteriológico de Cristo en la cruz del Calvario; acto salvífico, que no solo reconcilia a los hombres con Dios, sino que tiene una dimensión universal y un alcance cósmico: reconciliando con Dios todas las cosas. Esta realidad, abarcante, de la Economía Divina, se encuentra explicitada en la carta que el apóstol Pablo escribió a los Colosenses: *“Y por medio de Él (Cristo)*

reconciliar consigo todas las cosas, así las que están, en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de Su cruz” (Col. 1:20). La misma realidad se confirma en la epístola que estamos estudiando: *“Dándonos a conocer el misterio de Su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en Sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”* (Ef. 1:9-10). Dice el apóstol *“dándonos a conocer el misterio de Su voluntad”*. La palabra griega *“telematos”* (voluntad) significa *“mirar lejos”*. La voluntad de Dios es, pues, una voluntad de mirar lejos; entiendo que la Palabra de Dios quiere decir que esta revelación que Pablo recibe, que los profetas y apóstoles reciben, en la época novotestamentaria, y que posteriormente nos transmiten, no queda con ellos ni con nosotros sino que nos trasciende, a todos, para ir más allá de nuestra propia época. La voluntad de Dios, el deseo de Dios es mirar lejos a la recapitulación de todas las cosas en Cristo, a la Salvación del mundo como finalidad praxica del Plan Económico de Dios. Reunir o recapitular todas las cosas en Cristo; es decir, que en Cristo no sólo se reuniese toda la humanidad, sino todas las cosas. Todas aquellas cosas que un día se separaron de Dios, porque es obvio que si es necesario reunir las se debe a un proceso de separación previo. Proceso con el que empieza la Historia humana; lo que supone que ésta no empezó con una confluencia, en cuanto la podemos experimentar como una realidad subjetiva y trans-histórica, sino con una dispersión. Desde el punto de vista de Dios, se empieza con una confluencia y desde el punto de vista del hombre, como gestor del sistema, con una dispersión. Es decir, hay que reunir porque ha habido una dispersión antropológica y cósmica. La dispersión significa se-

paración de Dios. El momento en el que se introduce ontológicamente la dispersión, constituye un momento histórico, étnico, antropológico, biológico (físico-material) y neumático (espiritual). Este momento dispersivo se constituye en una realidad trascendental a nivel cósmico, dado que la dispersión no sólo va a afectar al hombre sino a toda la creación de Dios. Creación de Dios que fue constituida, en principio, armónica y equilibrada, y que el error, el fracaso, la frustración, (en términos teológicos el pecado) la van a introducir a una realidad de desestructuración y dispersión.

La desestructuración amártica (el término griego *“amartia”* = pecado)* a nivel antropológico va a producir alteraciones que se realizan en una amplia gama de posibilidades: desde aquellas que afectan a nuestro código genético y que traen como consecuencia la imposibilidad de ser perfectos, hasta las que se devienen en la esfera de la intimidad sicopneumática, a nivel inconsciente, dando lugar a que, desde las esferas más profundas de nuestro ser, emerjan una serie de impulsos o deseos, que invaden el campo de nuestra conciencia y condicionan nuestra conducta, abocándonos a una realización praxica que no coincide con los deseos y la voluntad de Dios. La introducción del pecado supone la dispersión; pero el pecado le llega al hombre como una realidad peristática, como una realidad proveniente de su peri mundo, que le afecta, desestructurándole, a nivel neumático (espiritual), psíquico (ánimico) y somático (biológico), y que no se genera en él. Cuando algunos críticos del Cristianismo, representantes de filosofías tan importantes como el Marxismo, han dicho que la conciencia, ética ó moral, no era más que la introyección (meter dentro del *“YO”* algo que está fuera de él, en su peri mundo) de una realidad peristática, estaban sin saberlo, desde el punto de vista teológico, confirmando una

gran verdad. Evidentemente existe, desde una perspectiva ética y ontológica, una realidad exterior al hombre que, en un momento de su devenir existencial, ha sido introyectada en él. El pecado, como entidad amártica (como error, fracaso y frustración) y ética, no se originó en el antropos (en el hombre), sino en la esfera de la intimidad de un ser angelical que se devenía en su peri mundo (Ez. 28:12-19). Esto que es cierto en el principio, ya no se realiza así en el presente. El pecado no es una realidad que surgiera, de manera espontánea, en el corazón del hombre. Es decir, la realidad amártica no nace de la (o en la) esfera de la intimidad del ser humano tal y como Dios en el principio lo había hecho. El hombre fue creado “*a imagen y semejanza de Dios*” (Gn. 1:26-27). ¿Qué significa esto? A Dios se le define en Gn. 1:1 con el nombre hebreo *ELOHIM*. El término “Elohim” significa literalmente: UNO EN EL QUE HAY VARIOS. Por consiguiente Dios es Uno en el que hay Varios. Cuando Dios crea al hombre lo crea “*a Su imagen y semejanza*”, es decir: lo crea a imagen de Uno en el que hay Varios. Por consiguiente cuando Dios crea a Adán, lo crea como “uno en el que hay varios”. Dicho de otra manera: Dios al ser UNO en el que hay VARIOS, se revela como UNA PERSONA COLECTIVA. Por consiguiente el hombre (Adán) es también, en su creación original, UNA PERSONA COLECTIVA. Así es: Dios crea al hombre a Su imagen y semejanza, pero lo crea “como VARÓN y HEMBRA”, según recogemos en Gn. 5:1-2: “*El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó el nombre de ellos ADÁN, el día que fueron creados*”. Los dos primeros individuos que poblaron esta tierra no se llamaron Adán y Eva desde el principio, sino que cuando Dios creó al primer varón y a la primera hembra les puso un solo nombre a los dos. Los DOS eran EL HOMBRE. Los DOS eran ADÁN.

Con la entrada del pecado, en el hombre, se produce la dispersión y se rompe la unidad antropológica varón-hembra; es decir, se origina una desestructuración de la persona colectiva que era el hombre tal y como Dios lo había creado en el principio. El plan de la salvación está al servicio de la reestructuración y recapitulación en Cristo de la persona colectiva desestructurada por la introducción amártica. ¿Qué significaba esa persona colectiva? La respuesta es obvia: un medio de realización del hombre. Cuando Dios coloca al hombre, por primera vez, en la tierra, lo coloca para que se realice de manera colectiva. En ese momento del devenir histórico de la humanidad el individualismo, como forma de realización, está excluido; el individualismo surge con y por la ruptura de la unidad antropológica varón-hembra, por la dispersión, por la introducción del error, del fracaso, de la frustración, en definitiva del pecado. Cuando el hombre transgrede “sus límites” (los límites que Dios le había puesto), o dicho de otra manera, cuando el hombre pretende ser como Dios, está obedeciendo y dando su aquiescencia a la sugerencia diabólica de que no morirá sino que por el contrario adquirirá la capacidad de elevarse al mismo nivel de Dios, será como Él. Dios había marcado una prohibición en el contexto donde el hombre estaba ubicado: no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Es necesario tener en cuenta que las palabras que se encuentran escritas en la Biblia mantienen todo el valor de su significación, más profunda y trascendente, y no están recogidas en la Sagrada Escritura al azar. Al hombre se le prohíbe comer del árbol de la Ciencia y no de ninguna otra cosa que por otro árbol pudiese estar simbolizada; no podemos hacer filigranas con la Historia de la Revelación, ni someter la misma a reduccionismos simplistas; aquí no se está hablando de “ninguna fruta especial”, como motivación para elaborar un extraño

cuento de naturaleza mitológica, que no expresaría más que aspectos infantilistas del alma humana; aquí se habla de comer del árbol de la Ciencia, hecho que por demás fue consumado. El resultado de la transgresión realizada por el hombre, al comer del árbol de la Ciencia, se proyectó en la realización histórico-empírica, del devenir humano, como una verificación práctica de la realidad ontico-ética del bien y del mal. Desde el punto de vista de las posibilidades del hombre la realización científica se explicita en su devenir histórico-existencial como Ciencia del bien y del mal. No existe sólo realización científica del bien. Para el hombre, el acto de comer del árbol de la Ciencia del bien y del mal, supone la posibilidad de ampliar el campo de su conciencia; en definitiva, supone la posibilidad de adquirir conciencia ética. Conciencia, en el sentido genérico, el hombre ya la tenía antes del momento amártico; el hombre sabía quién era él, quién era su mujer, quién era Dios y quiénes eran los demás seres de la creación en su entorno. La nueva ampliación del campo de su conciencia permite un desarrollo de su personalidad adquiriendo una nueva dimensión de la misma: la dimensión ética; es decir, la adquisición de la conciencia del bien y del mal. Paradójicamente la ampliación del campo de su conciencia supone la desestructuración de su personalidad y la posibilidad de la dispersión amártica. Dispersión que no queda ubicada en el marco antropológico (en el hombre) sino que le trasciende y se trasmite a la tierra y a toda la creación cósmica. Esta desestructuración y dispersión cósmica se recapitula, dentro del Plan Soteriológico de Dios, en Cristo. Cristo muere para reconciliar a los hombres, y a todas las cosas, con Dios.

Con la acción soteriológica de Dios, en Cristo, aparece en la Historia el segundo hombre, que es a su vez el postrer

Adán, el último hombre, el hombre escatológico. En la epístola del apóstol Pablo a los Corintios y en el capítulo 15, estos conceptos antropológicos, que hemos esbozado, están suficientemente claros; en este capítulo se habla del primer hombre que se llama Adán y del postrer Adán que es el último hombre (Cristo). En realidad, en el griego, este segundo Adán corresponde al Adán escatológico.

Existen diversos comentarios, de la epístola que estamos estudiando, que nos dicen que en la misma apenas hay dimensiones escatológicas; sí que las hay, lo que pasa es que están presentadas de una manera muy peculiar. Cuando estamos hablando de reunir o de recapitular todas las cosas en Cristo, estamos tratando de la dimensión escatológica del mundo de mañana; mundo que hoy no existe pero al que los cristianos tenemos derecho a aspirar y a proclamar. Cuando las ideologías se hunden y se devienen en su ocaso, cuando las utopías aparecen como más inverificables que nunca, cuando las expectativas que los seres humanos han tenido como más nobles, para transformar este mundo, parece que no tienen ninguna posibilidad, los cristianos tenemos el compromiso ético, y el deber vocacional, de proclamar a los hombres que éste mundo está en un devenir escatológico; que el mundo va a cambiar y que lo va a hacer sobre la base que incluso los mismos hombres han apuntado en sus elaboraciones filosófico políticas, sobre la base de un hombre nuevo. Algunas filosofías han postulado este aspecto del devenir y han pretendido ser gestoras de un nuevo hombre; pero la realización escatológica del mundo se asienta sobre la base de un hombre nuevo que no es fabricado por los hombres, un hombre nuevo que ya está hecho por la acción de Dios y que si nosotros queremos participar del mismo tenemos que ser injertados en Él. Y esa posibilidad existe, por que *“Dios quiere*

que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1ª Ti. 2:4).

El mundo, que ha sido desestructurado en toda su dimensión cósmica, se encuentra en situación agónica; sufre, en palabras de la Biblia, una frustración y está sujeto a “vanidad”, como dice el apóstol Pablo escribiendo a los romanos, “no por su propia voluntad, sino por causa de Aquél que lo sujetó en esperanza” (Ro. 8:20). Este mundo, sujeto a frustración, gime y espera el día de la libertad gloriosa de los hijos de Dios. El cosmos tiene conciencia amártica y escatológica. Espera cambiar, espera ser liberado de la esclavitud de la corrupción. En el Universo se da un lenguaje, lenguaje que han puesto de manifiesto científicos, filósofos y poetas, y que se encuentra verificado en la misma Palabra de Dios. Este lenguaje supone una posibilidad de comunicación intracósmica y, él mismo, sirve para expresar los deseos de toda la creación que anhela ser liberada de la esclavitud de corrupción, y que, en el presente, vive en angustiosa expectativa mientras se va deviniendo escatológicamente su liberación. La creación no va a poner resistencia a su posibilidad de redención, sino que la está deseando desde el mismo momento en que fue desestructurada por el pecado. Paradójicamente los seres humanos, con un nivel de conciencia infinitamente superior y mucho más elaborado, pueden rechazar la oportunidad de reconciliación que Dios les ofrece, pero el mundo como tal estructura cósmica, no sólo no rechaza la acción salvífica de Dios, sino que la desea, la anhela y la espera.

La creación sufre y gime, y los mismos ecologistas confirman esta realidad aunque la verifiquen desde puntos de vista ideológicamente diferentes. Muchos son los escritores que se han ocupado de este tema; de las diversas obras realizadas

mencionamos un libro, del escritor español Miguel Delibes, titulado “Un mundo que agoniza”, donde se pone de manifiesto la muerte ecológica, de este planeta tierra en el que vivimos, como consecuencia del desarrollo tecnológico y científico, es decir, como consecuencia del desarrollo de la Ciencia del bien y del mal.

La realidad anteriormente apuntada supone la dispersión amártica. Con esta desestructuración cósmica empieza a gestarse y a devenirse el sistema que va a gobernar, con dimensión escatológica, la vida de los hombres en esta tierra y en su contexto cósmico. Este momento del devenir histórico supone, también, el comienzo de la carrera del superhombre, es decir el principio del intento del hombre por conseguir transformarse en Dios.

Llegados a este momento, es necesario preguntarse ¿para qué viene Jesucristo a este mundo y para qué sirve Su muerte en la cruz? La respuesta, desde el punto de vista bíblico, no ofrece la más mínima duda: el Cristo realiza su acto soteriológico para que el hombre pueda ser elevado a la dignidad de poder participar de la naturaleza divina, pero por un camino diferente del que él había escogido. El Hijo de Dios, Jesús de Nazaret, experimenta, en Sí mismo, la desestructuración amártica, para que mediante Su acto salvífico y vicariante “todas las cosas dispersas, por la acción del pecado, sean recapituladas en Cristo y por este medio reconciliadas con Dios”. Cristo es Quien muere para redimirnos de nuestros pecados, y así leemos en 1:7: “En Quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados”. En este versículo 7 el término utilizado para “pecado” no es el habitual que encontramos en el Nuevo Testamento; literalmente el término significa caídas. Por consiguiente la palabra pecado en este texto no significa error, fracaso o frustración, sino caídas o transgresiones que

el hombre realiza en un momento determinado de su devenir histórico-existencial.

La obra redentora de Cristo tiene una dimensión cósmica, y en éste sentido se puede y se debe hablar del Cristo Cósmico que muere para reconciliar con Dios todas las cosas. Esta realidad salvífico escatológica quiere decir, que un día, producto de la muerte de Cristo en la cruz del Calvario, cambiará todo el sistema que gobierna y deviene este mundo. Lo que ha sido una posibilidad utópica para tantos sistemas filosóficos y políticos, se convertirá en una realidad espléndida con dimensiones en todas las esferas donde el ser humano alcanza posibilidades de realización plena. Cuando se produce una gran frustración existencial, en el ocaso de las ideologías, los cristianos seguimos creyendo en la posibilidad de la transformación soteriológica del mundo, y mantenemos una firme esperanza en un mundo donde todos los deseos paradisiacos del alma humana sean posibles, no por la acción del hombre, sino por la misma intervención de Dios.

El hombre adámico que se desestructura por la acción amártica (del pecado) se corresponde con lo que la Biblia llama el primer hombre, y Jesucristo con lo que las Escrituras denominan el último hombre, el hombre escatológico. Es decir, en la Historia de la humanidad, desde el punto de vista de Dios, no existen más que dos hombres: el primero, Adán y el último, Cristo. Esto es así en función de que Dios sigue contemplando a los seres humanos, como una persona colectiva; por consiguiente si el primer Adán no hubiese “caído”; es decir si el primer varón y la primera hembra (varona), no hubiesen caído y no hubiesen sufrido su desestructuración personal, trascendiéndola a la tierra y al cosmos, si eso no hubiera ocurrido, la humanidad, hoy, sería un solo hombre cons-

tituido por muchos individuos y mantendría un solo nombre, Adán, para toda la especie.

Pero dado que la desestructuración se introdujo, en el devenir histórico de los seres humanos, apareció el segundo hombre, el segundo Adán, que es también el último hombre: Cristo.

En la epístola del apóstol Pablo a los Corintios, y en el capítulo 15 se encuentran plasmados estos conceptos. Se habla del primer hombre como Adán, y del último hombre como el postrer Adán. En realidad en el griego al hablar del último hombre se le presenta como el Adán escatológico. Muchos comentaristas de esta epístola (Efesios) mantienen que, en la misma, a penas encontramos contenidos de dimensiones escatológicas. Esta aseveración no corresponde con la realidad exegética. Lo escatológico está presente en la epístola, si bien es cierto que se encuentra presentado de una manera muy peculiar; porque cuando estamos hablando de reunir o de recapitular todas las cosas en Cristo, estamos hablando de una dimensión escatológica (futura) del mundo. Mundo, que hoy no existe, pero al que los cristianos tenemos derecho a aspirar y a proclamar. Algunas filosofías han postulado esto: ser gestoras de un nuevo hombre. Las posibilidades se dan sobre la base de un hombre nuevo que no sea el producto de la realización humana, sino un hombre nuevo que ya está hecho en Cristo por la acción salvífica de Dios. Por consiguiente si nosotros queremos participar de ese nuevo hombre tenemos que ser injertados en Él. Esa posibilidad existe, porque Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

El mundo, que ha sido desestructurado, en toda su dimensión cósmica sufre una experiencia agónica; sufre, en palabras de la Biblia, una gran frustración. “*Está sujeto “a vanidad”,*

como dice el apóstol Pablo escribiendo a los Romanos, “no por su propia voluntad sino por causa del que le sujetó en esperanza” (Ro. 8:20). Este mundo está sujeto a frustración y gime y espera el día de la libertad gloriosa de los hijos de Dios; este mundo espera cambiar, espera ser liberado de la esclavitud de corrupción por la acción salvífica escatológica de Dios. El Plan Económico de Dios se deviene o se realiza, en la práctica, de la siguiente manera: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él; fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Ef. 1:13-14). Aquí hay una dimensión escatológica del acto soteriológico de Cristo. Es decir, la Salvación, que ya se puede verificar en la esfera de la intimidad de un ser humano, tiene una proyección y dimensión hacia el futuro. Esa dimensión futura se encuentra en devenir, pero ya existe la garantía, de su realización escatológica, dentro de la esfera de la intimidad de las personas que aceptan el mensaje del evangelio: La presencia del Espíritu Santo o el Espíritu de Dios. No puede hablarse de una manifestación más genuina de Dios que hablar del Espíritu Santo, porque Dios es Espíritu. Dios mismo por Su Espíritu viene a vivir (morar) en la esfera de la intimidad, de los creyentes, como una garantía de que nuestra esperanza salvífica-escatológica se va a verificar y no podrá frustrarse de manera alguna. Porque en definitiva el plan económico de Dios tiene una finalidad: LA PNEUMATIZACIÓN DEL MUNDO. “Pneuma”, en griego, significa “espíritu”; cuando yo digo: pneumatización del mundo, estoy diciendo también, ESPIRITUALIZACIÓN del mundo. En definitiva, se trata de la pneumatización de la materia. Es interesante tener en cuenta este concepto, porque los contenidos moralizantes del pen-

samiento religioso apuntan a una concepción llena de prejuicios, anti bíblicos, en cuanto a la materia. Muchos se pasan la vida despreciando la materia y predicando contra ella, ignorando que la finalidad del Plan Económico de Dios (del Plan de la Salvación) es la pneumatización o espiritualización de la misma; pero esta dimensión de la acción salvífica de Dios sobre la materia todavía se puede expresar con vocablos, teológicos, más fuertes. La pneumatización de la materia se correspondería con un proceso de “divinización” de la misma. Soy consciente que el empleo de esta terminología, no usual, nos adentra en cuestiones teológicas complicadas, pero que por otra parte, considero que están reveladas en la Biblia. La divinización de la materia implica la consideración del momento en el que se inicia la pneumatización de la misma. Ese momento se ubica histórica y salvíficamente a nivel antropológico, a nivel de los seres humanos.

Al hombre, se le ofreció, un día, “ser como Dios” (Gn. 3:5). Aunque nos parezca extraño, ese ofrecimiento tenía posibilidades, aunque no por la vía que al hombre se le indicaba. Dichas posibilidades las corrobora y afirma el Nuevo Testamento. En definitiva, se nos dice que nosotros, los creyentes, somos salvos “para ser hechos participantes de la naturaleza divina” (2ª P. 1:4). Esta afirmación puede resultar muy fuerte, pero existen textos que todavía nos llevan más lejos. En definitiva, la salvación tiene como finalidad elevar al hombre a la misma dignidad de Dios. ¿Por qué Dios ha querido hacer esto? Nadie lo sabe. La realización soteriológica apunta la posibilidad de alcanzar los niveles más altos en cuanto al proceso de pneumatización se refiere. Ser hechos participantes de la naturaleza divina presupone alcanzar el nivel de lo trascendente para lo cual es necesario vencer la muerte y superar la realidad de lo tánico en todos sus aspectos; es decir,

incorporar a nuestra experiencia escatológica, la vida como trascendencia.

Algunos de los premios noveles que se dedican, sobre todo, a la investigación genética, en el prólogo de algunos de sus libros ponen de manifiesto que el último enemigo que le queda al hombre por vencer es la muerte, y que esto, resulta intolerable, para el ser humano, desde el punto de vista científico.

Los creyentes, según la revelación del Nuevo Testamento, tenemos, ya, el Espíritu Santo viviendo en nuestro corazón. Esta aseveración no constituye una presunción de arrogancia; por el contrario es producto de la gracia de Dios y de su acción salvífica en favor de los seres humanos. La realidad peumocéntrica en el hombre nuevo (hombre convertido) no se puede demostrar por métodos científicos, más bien corresponde a una vivencia ión intra-psíquica. La salvación se vive, se siente, se experimenta, pero resulta imposible demostrársela a los demás como experiencia trascendente que se deviene en la esfera de la intimidad. Sólo las obras pueden avalar de manera testimonial, y desde lejos, dicha experiencia. Por otro lado el creyente sigue siendo un ser imperfecto; la Biblia nos dice que hasta que no llegue el día de la resurrección del cuerpo, hasta que la salvación no alcance toda su dimensión, es decir, hasta que los beneficios de la muerte de Cristo en la cruz del Calvario no se apliquen a nuestra biología (cuerpos), no habrá hombres perfectos. Es necesario que la imperfección o desestructuración que también se ha realizado, en el hombre, a nivel orgánico y biológico (Ro. 7:23-24), sea superada por el poder de la resurrección de Cristo. Es decir, cuando hablamos de que el poder de la resurrección alcanza la dimensión de lo somático, queremos decir que la Salvación no se deviene completa hasta que no se produce el momento de

la pneumatización de nuestros cuerpos, es decir, de la pneumatización de la materia. Por consiguiente hemos vuelto a encontrar con la divinización de la misma.

Los creyentes vamos a tener un cuerpo (soma) en la resurrección semejante al cuerpo de Jesucristo (1ª Jn. 3:1-2; Fil. 3:20-21). Semejante no significa parecido, sino, prácticamente, de la misma naturaleza. La salvación nos hace participantes de la naturaleza divina. La aplicación de la salvación a lo somático (lo corporal) nos aporta por la resurrección, un cuerpo gobernado por el espíritu (en griego: un soma pneumatikón. 1ª Co. 15:44); pero un cuerpo de semejante naturaleza, sigue siendo, en alguna manera, un cuerpo verificable por procedimientos organolépticos (de los órganos de los sentidos). El cuerpo de Jesús después de resucitar no constituía una entidad fantasmática, no era una especie de cuerpo astral que se aparecía pero que no se podía tocar; no, el cuerpo de Jesús de Nazaret resucitado era un cuerpo verificable, tocable, palpable, experimentable; pero también era un cuerpo que ya no estaba sujeto a la *“ley del pecado y de la muerte”*, un cuerpo que había trascendido lo tánico y ahora estaba gobernado por otros principios. Cuando nosotros lleguemos a esta realidad salvífico-escatológica se dará la posibilidad de que los hombres y las mujeres, superadas sus diferenciaciones específicas, sean perfectos. Para que esta realidad trascendente pueda devenir fue necesaria la muerte de Cristo en la cruz del Calvario y Su resurrección al tercer día de entre los muertos.

La aplicación de lo soteriológico (salvífico) a lo somático, supone la pneumatización de la materia. Verdad teológica de la máxima importancia, ya que existen muchísimos prejuicios sobre esta cuestión; son todavía demasiados los creyentes que se encuentran en una postura ideológica de dualismo

cartesiano y casi aristotélico y que piensan que el cuerpo (lo material) del hombre es malo y que el alma (lo espiritual) es bueno. Esta concepción filosófica tiene su arranque fundamental en la filosofía griega. Platón concibe el alma como una entidad trascendente que se encuentra prisionera en un cuerpo material y que desea liberarse de la esclavitud de la materia para proceder a su plena realización. Tenemos que manifestar que esta visión sobre la realización del hombre es totalmente opuesta a la que se nos explicita en la Revelación de Dios. Desgraciadamente teólogos cristianos como Tomás de Aquino contribuyeron a revitalizar la filosofía dualista de los griegos y a dar una interpretación hermenéutica de la Sagrada Escritura informatizada por los principios aristotélicos. Pero la Biblia no nos presenta a la persona con una concepción dualista. El concepto de persona, revelado en las Sagradas Escrituras, es un concepto unitario. El hombre es UNO, en la medida que Dios, a cuya imagen y semejanza fue hecho el hombre, es UNO (Gn. 1:26-27; Dt. 6:4). Es verdad, que la misma revelación de Dios, nos enseña que la unidad del ser humano se expresa somáticamente (en el cuerpo), psíquicamente (en el alma) y pneumáticamente (en el espíritu). El hombre integral se constituye en una unidad de cuerpo, alma y espíritu (1ª Ts. 5:23). Solamente la muerte introduce, de manera parentética (temporal), una separación entre el cuerpo y la esfera de la intimidad (alma-espíritu) de la persona. Esta realidad que se deviene existencialmente, desde el punto de vista escatológico, corresponde a un paréntesis; porque no hay dimensión futura de la persona sin cuerpo, o dicho de otra manera, no hay salvación completa sin salvación del cuerpo. Jesucristo no murió para salvar “las almas” de las personas, murió para salvar a las personas de manera integral; por consiguiente, la salvación en su dimensión escatológica pasa por

la redención del cuerpo, redención que esperamos, que anhelamos y que constituye nuestra esperanza más sublime (Ro. 8:23). Por otra parte no hay Salvación de los seres humanos sin salvación de la tierra y de toda la creación cósmica desestructurada (Ro. 8:20-21; Col. 1:20). La redención abarca al hombre, a la tierra y a todo el cosmos. De la misma manera que por el primer hombre (Adán) entró el pecado en el mundo, (cosmos), por el segundo hombre (Cristo) se produce la reconciliación de todas las cosas (hombre-tierra-cosmos) con Dios. La salvación de los hombres supone pues la salvación de la tierra y la salvación del universo. Esto es así: Habrá cielos nuevos y tierra nueva, porque habrá un hombre nuevo (Cristo) en el que estarán integrados todos los que hayan creído en Él. Siguiendo con el tema de la trascendencia somática de la salvación, es necesario poner de manifiesto que en la Biblia no hay oposición entre espíritu y cuerpo, o si preferimos entre espíritu y materia. Por el contrario, la confrontación se da en el terreno de lo ético y de lo neumático, entre espíritu y carne (Gá. 5:17). La materia es una realidad que tiene posibilidades trascendentes. La trascendencia metafísica del ser humano es una trascendencia pneumática (espiritual) y somática (material) es una trascendencia de la persona. No hay persona sin cuerpo, y es precisamente a nivel corporal donde se verifica la pneumatización trascendente (espiritualización) de la materia. Por consiguiente debe quedar claro que la oposición, en el plano soteriológico y escatológico de la salvación, no se da entre espíritu y materia sino entre espíritu (griego-neuma) y carne (griego-saz). ¿Qué es “carne”? Es el principio que informa a las personas que están en situación amártica. Es decir, es el principio que gobierna y dinamiza a los seres humanos que por la acción del pecado, después de la caída, viven una realidad existencial alienada

(separada, extrañada) de Dios. Para favorecer la clarificación de éste importante y difícil concepto pondremos un ejemplo que nos ayude a la comprensión del mismo: El hombre adámico, antes de la caída, constituido por su cuerpo (soma), alma (psique) y espíritu (neuma) era “imagen y semejanza de Dios”; por el contrario, el mismo hombre con semejante estructuración antropológica, después de la caída se ha convertido en lo que el Nuevo Testamento denomina “el hombre viejo”, es decir, se ha convertido en “carne”. Es verdad, que a veces, el empleo del término carne, en la Biblia, hace referencia a la carne del cuerpo humano o de cualquier otro ser vivo (1ª Co. 15:39); pero, por excelencia “carne”, en la sagrada Escritura, es todo aquello que se opone al espíritu. La carne representa, por así decir, el sistema que domina y gobierna los designios que suponen una realización contraria a la voluntad de Dios.

Cuando el apóstol Pablo escribía a los Gálatas no hablaba de confrontación dialéctica entre espíritu y materia sino entre espíritu y carne. En esta epístola se revela que la confrontación entre espíritu y carne se deviene como una lucha a muerte. La carne como principio que informa el instinto tático (de muerte) se proyecta y se concretiza en la muerte como realidad pneumática biológica que cercena las esperanzas y los deseos de eternidad del hombre (Ec. 3:11).

Una cosa es la muerte y otra el instinto de muerte que la informa. En cada ser humano hay una confrontación dialéctica que se deviene a lo largo de toda la existencia, entre la vida y la muerte; es decir, entre el instinto de la vida y el instinto de la muerte que actúan de manera simultánea y sincrónica en cada uno de nosotros a lo largo de toda nuestra vida. Esta confrontación dialéctica parece que se resuelve, al final de una vida humana, con el triunfo de la muerte; pero

ésta apreciación oscurecería la realidad, más trascendente, que la subyace. Cristo murió matando a la muerte para que la vida triunfara y fuera trascendente y metafísicamente hegemónica (2ª Ti. 1:9-10; He. 2:14-15). Al resucitar de entre los muertos sacó a la luz la vida y la inmortalidad. Este hecho trascendente constituye el centro del Plan Económico de Dios que, ahora, por el evangelio, se oferta al mundo, como posibilidad para reconciliar con Dios todas las cosas (no sólo las personas), así las que están en la tierra como las que están en los cielos haciendo la paz mediante la sangre de Su cruz (Col. 1:20).

Pasamos ahora, siguiendo nuestro comentario de esta epístola al versículo 15 del capítulo primero, que nos apunta la posibilidad de que el apóstol Pablo no conocía personalmente a ésta Iglesia, porque dice: *“Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos”*. El apóstol conocía la fe y el amor de ellos por referencia de terceras personas. A partir de 1:15, se nos habla de que el apóstol está pidiendo a favor de los creyentes, a favor de los que han entrado en esta dinámica del Plan de la Salvación, porque han aceptado el evangelio que se les ofrece, para que tengan un mayor conocimiento acerca de este Plan, y lo expresa de la siguiente manera: *“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento”* (vs. 18). Esta última frase *“alumbrando los ojos de vuestro entendimiento”*, traducida, del griego, de manera más literal, quedaría así: *“Habiendo sido iluminados los ojos de vuestro corazón”*; habiendo sido iluminados o *“habiendo sido alumbrados o para que sean alumbrados los ojos de vuestro corazón”*. Es de notar que en el griego no se encuentra el término *“entendimiento”* sino el vocablo *“corazón”*. ¿Qué quiere decir

todo esto? Que necesitamos crecer en el conocimiento de Dios desde dentro, y que a la esfera de nuestra intimidad es a donde nos tiene que llegar esa luz que nos clarifique el Plan de la Salvación de Dios. Luego se nos habla de nuestra esperanza y del poder y de la Soberanía de Dios: *“la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales”* (vs. 19 y 20). Esta última frase es necesario leerla “en los celestiales”, dado que el término “lugares”, es una añadidura, y además, personalmente creo que la referencia de los textos no es a un lugar, sino a una posición y a una situación en relación con Dios. Es muy importante tener en cuenta, en los textos mencionados con anterioridad, el juego exegético y hermenéutico de las palabras poder y operación. *“La grandeza de Su poder”*. La frase hace referencia al poder de Dios, y la traducción literal de la palabra que en el original griego se emplea para poder, sería DINAMO. De acuerdo con nuestro idioma es necesario que nos preguntemos: ¿Y para qué sirve una dinamo? Para generar luz, para generar energía. *“La supereminente grandeza de Su poder es para con nosotros los que creemos, según la operación”*. El término operación significa actividad, energía. Por consiguiente aquí se está hablando de energía, de actividad, de poder, en definitiva, se está hablando de la Soberanía de Dios. *“Según la operación (griego, energía-actividad) del poder (griego soberanía) de su fuerza”*. En definitiva, llegamos a la siguiente conclusión: que este Plan Económico de Dios es soberano, que Dios lo elaboró en su Soberanía y que se realiza por la propia energía y dinamismo de Dios. Por consiguiente no depende de ninguna actividad externa a la misma realidad de Dios. Depende de la energía y del dinamismo de Dios. De-

pende de la fuerza activa de Dios y por consiguiente, Dios es el único gestor del Plan de la Salvación y los hombres somos receptores de la gracia de Dios, pero en ninguna manera podemos influir o condicionar la realización soberana del Plan Económico de Dios. Los últimos textos del capítulo primero de Efesios ponen de relieve el señorío de Cristo y la realidad trascendente de la Iglesia: *“sentándole a Su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es Su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”*. Volvemos aquí al problema de la pneumatización de la materia. En estos últimos textos del capítulo primero vamos a encontrarnos con aspectos impresionantes, de la Revelación de Dios, sobre la Iglesia.

¿Qué se dice de Jesucristo? ¿Quién es Jesús? En la epístola a los Colosenses se nos da una respuesta definitiva y clarificadora: *“El es la imagen del Dios invisible”* (Col. 1:15). La palabra imagen (griego *eikon*) es un término que significa: duplicado perfecto, exacta representación. Lo que quiere decir que Cristo es el duplicado y la exacta representación de Dios. Jesús era Dios, y esto es necesario proclamarlo así de claro. Jesús de Nazaret era Dios entre los hombres, lo pretendió, lo dijo y lo predicó de manera transparente y diáfana. Jesucristo es el único personaje de la Historia que ha dicho respecto de Sí mismo, lo que nadie se ha atrevido a decir (exceptuando los enfermos esquizofrénicos o parafrénicos que sufren un delirio de naturaleza paranoica y de contenido mesiánico). Cuando hace referencia a sus señas de identidad y pone de manifiesto la conciencia que tiene de sí mismo, dice: *“Yo y el Padre uno somos”* (el tér-

mino uno en el griego tiene el sentido de un sólo ser. (Jn. 10:30). *“El que me ha visto a Mí ha visto al Padre”* (Jn. 14:9). La cosa no puede ser más clara: Jesús de Nazaret desarrolla, plenamente, la conciencia de que es Dios. Esta es la razón fundamental, desde el punto de vista teológico por la que es condenado a muerte por el Sanedrín. Cuando en cierta ocasión le querían matar, por lapidación, Jesús les dice: *“Muchas buenas obras os he mostrado de Mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque TÚ siendo hombre, te haces Dios”* (Jn. 10:32-33). Los judíos, los teólogos y los entendidos de Su tiempo, los escribas y los doctores de la ley, así como la gente sencilla, habían llegado a comprender que Jesucristo predicaba *“que era Dios entre los hombres”*, y por eso le condenaron a muerte.

Volviendo a los conceptos teológicos, que expone el apóstol Pablo a los Colosenses, nos encontramos con que Jesucristo es la imagen del Dios invisible. Desde la perspectiva de la acción salvífica de Dios que tiende a la pneumatización de la materia, tenemos que considerar que el Hijo de Dios, el Verbo, es preexistente a Jesús de Nazaret. Jesús de Nazaret es el entronque y la encarnación del Hijo de Dios en la Historia; *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios* (Griego = “estaba cerca de Dios”) *y el Verbo era Dios* (Griego lit. = “y Dios era el Verbo”... *Y Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó* (Griego = acampó) *entre nosotros (y vimos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”* (Jn. 1:1 y 14). Por consiguiente este Dios que se hace hombre, que irrumpe en la Historia para hacerse hombre, contiene o lleva en Su materia, en Su soma, en Su cuerpo, toda la plenitud de Dios. Esta verdad, trascendente, la encon-

tramos explicitada en la epístola a los Colosenses: *“Porque en Él habita corporalmente* (Griego = somáticamente) *toda la plenitud* (Griego = pleroma) *de la Deidad”* (Col. 2:9).

En este sentido, se produce el verdadero proceso de pneumatización de la materia. Conviene no olvidar estos conceptos para cuando procedamos a la exégesis de Efesios 1:22-23, y lo que allí se nos dice respecto de la Iglesia.

Sabemos que Jesucristo era Dios, y conocemos que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios, y por consiguiente el Hijo del Hombre. Entendemos que era al Hijo del Hombre no por ser el hijo de María, sino por ser el Hijo de Dios (Dn. 7:13-14). Jesús se denominó a Sí mismo como *“el Hijo del Hombre”*. Los relatos de los Evangelios sinópticos, y del cuarto evangelio nos reseñan que los hombres, en general, y sus discípulos en particular, llamaron a Jesús de muchas maneras (Maestro, Rabí, Señor, Hijo de Dios, etc.) pero nunca se dirigieron a Él como el Hijo del Hombre. Por el contrario, esta denominación constituía el título predilecto que Jesús de Nazaret utilizaba para referirse a Su propia persona y presentarse ante los hombres de Su tiempo. Entendemos que el hecho de que nadie se atreviera a denominarle *“Hijo del Hombre”* tendría que estar relacionado con el sentido sacrosanto que dimanaba de la interpretación hermenéutica, que las distintas escuelas rabínicas, daban a pasajes como el citado anteriormente, en el libro del profeta Daniel.

De todo lo anteriormente expuesto, queda claro, que éste Jesús, que es el hijo del Hombre, y en quién habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, resucitó al tercer día, venciendo a la muerte y fue colocado en los lugares celestiales, por encima de cualquier autoridad, a la diestra de Dios (Ef. 1:1-20). Esta realidad es la que nos inviste (a los creyentes como Iglesia) de autoridad para predicar el Evangelio;

por consiguiente, la autoridad para la proclamación kerigmática emana de Dios y de Cristo. En este sentido, no necesitamos ninguna autorización humana.

De Cristo se dice, que en Él habita toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9), y de la Iglesia se nos declara, que “*es el cuerpo de Cristo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo*” (Ef. 1:23). También se afirma en el versículo 22 del capítulo 1 de esta epístola, que *Cristo es la cabeza de la Iglesia*. La cabeza forma parte de una persona. En la figura que contemplamos en los últimos textos del capítulo primero, una persona está constituida por un cuerpo y una cabeza. La cabeza es Cristo y el cuerpo es la Iglesia. Cristo y la Iglesia constituyen Una sola Persona. La dispersión original (amártica) que se produjo por la entrada del pecado, se recapitula en Cristo. El primer hombre Adán desestructurado, y dispersos los diversos individuos que lo constituían, por la acción amártica, vuelve a ser reestructurado e integrado, como una Persona Colectiva, en Cristo. Esta persona colectiva (que desarrollaremos más ampliamente cuando comentemos el capítulo 4 de ésta epístola) está constituida por Cristo como cabeza y la Iglesia como cuerpo (Griego = soma) de la misma.

La avocación a estas realidades, hermenéuticas, nos plantea el problema del desarrollo de nuestra vocación cristiana. Lo que en el principio de la creación de Dios (período pre-amártico) era una posibilidad de realización colectiva, vuelve a serlo en Cristo, que es “el Nuevo Hombre” con proyección escatológica (Ef. 2:15). Esto constituye una llamada, sería, a los creyentes, para que tengamos presente que somos llamados, no tanto a una realización individual, cuanto a una realización colectiva. La Iglesia es llamada a una vocación diferente, en el sentido que los principios que informan la misma, no son concordantes con aquellos que

constituyen la infraestructura del sistema que gobierna este mundo. Tenemos como misión nuestra realización colectiva, y si los creyentes no somos capaces de realizamos, y ser felices colectivamente, es que algo falla en cuanto a los principios por los cuales regimos nuestro devenir existencial.

El individualismo como ideología nada tiene que ver con el cristianismo como praxis.

La defensa de las libertades individuales es legítima, en sí misma, como derechos inalienables que Dios ha concedido a todos los seres humanos. No se trata de derechos que los hombres se dieron a sí mismos, sino de derechos concedidos por Dios a los hombres. Nuestra arrogancia quisiera convertirnos en gestores únicos de nuestra propia historia y en responsables últimos de nuestra ontogénesis. Los derechos llamados humanos son inalienables, y asumibles y defendibles desde una postura cristiana clara. La realización de los derechos humanos debe de coincidir con la realización colectiva de la humanidad. La defensa de los derechos individuales debe verificarse en función de una meta superior, la realización colectiva de todos los hombres. El individualismo a ultranza, no es algo que el Cristianismo pueda postular como contenido esencial de su doctrina; por el contrario, una realización colectiva, donde la libertad de los individuos no se aliene, y la justicia y la igualdad constituyan pilares esenciales de la misma, debiera de coincidir con la realización a que somos llamados, como Iglesia, en Cristo.

En su momento tendremos que analizar de manera más profunda, el significado de la Iglesia como “cuerpo de Cristo”. Generalmente este concepto, lo tenemos asumido, pero en una dimensión espiritualizada. Es necesario puntualizar, que desde un punto de vista estrictamente bíblico, no es lo mismo espiritualizar que pneumatizar. Se afirma que la Iglesia es el

cuerpo místico de Cristo. Ya veremos si esta afirmación es auténticamente genuina, desde el punto de vista bíblico y teológico, ó más bien constituye una deformación hermenéutica al servicio de una teología no comprometida con la praxis. Según la visión que tengamos, de lo que en realidad es el cuerpo de Cristo, vamos a funcionar, en nuestro devenir histórico práctico, de una manera o de otra. En función de esta visión vamos a espiritualizar lo que no es espiritualizable, y como consecuencia vamos a eliminar toda la actuación, que como testimonio cristiano, debemos de realizar sobre la materia. Puede resultarnos, esta última aseveración, un tanto extraña: pero es claro, que a la luz del Nuevo Testamento, nuestra vocación se realiza al actuar sobre lo material. De la Iglesia se dice, en este primer capítulo a los Efesios: “la cual es Su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo”. Esta afirmación resulta impresionante. La traducción literal del griego tiene el sentido de lo que hemos escrito. Pero es conveniente, que sepamos la expresión literal del autor de la carta: “La cual (Iglesia) es el cuerpo de Él, la plenitud del que todas las cosas, en todas las cosas llena”. Es decir, que Aquél que llena todo en todo, Aquél que es la plenitud de todas las cosas en todas las cosas, tiene un complemento en la Iglesia. Es muy difícil saber cómo se puede expresar esta sublime verdad. Yo no sé el valor que los creyentes, que los hijos de Dios, que los seres humanos alcanzados por la salvación, tienen a los ojos de Dios. Esta cuestión es algo que a mí, personalmente, me desborda. Pero la afirmación de la Revelación es clara: La Iglesia es la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo. En griego se utiliza el término “pleroma” para expresar el sentido de ésta plenitud. Este término se emplea varias veces en esta epístola; por ejemplo, en el versículo 10 de este capítulo primero: “...reunir todas las cosas en Cristo en la dis-

pensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra”. El término “cumplimiento” corresponde al vocablo griego “pleroma” o pleromatos. Se trata aquí del pleroma o plenitud de los tiempos, de los momentos; no tanto de los tiempos cronológicos como de los tiempos kairóticos (momentos). Es decir, la plenitud de los tiempos en la que se realiza, plenamente, toda la economía de Dios.

Es precisamente este término, pleroma, que se aplica a la Iglesia, para revelar que, la misma, es la plenitud (griego = pleroma) de Aquél en el que habita corporalmente la plenitud (griego pleroma) de la Deidad. (Ef. 1:23; Col. 2:9).

La plenitud de Aquél en el que habita corporalmente la plenitud de Dios. ¿Qué significa el término, que aquí se utiliza, para plenitud? Veamos algunos de los significados más importantes: plenitud, acabamiento, satisfacción, cumplimiento. El término que analizamos se deriva de un verbo que significa “cumplirse”, pero sobre todo, significa realizar, saciar y completar. Entre todos los significados destacamos, el que nos parece más relevante y trascendente: realizar... Escojo este sentido porque considero que es el que mejor expresa lo que se nos revela en Efesios 1:23. Al resto de significados (saciar, cumplir, completar) es necesario darles un valor absoluto. El que de entre todos ellos, destaque “realizar” está en función de que esta opción me permite decir algo, que verdaderamente, resulta impresionante y desborda nuestros pensamientos más ambiciosos: somos, los creyentes, la plenitud de Aquel que llena todo en todo. ¿Cómo podemos ser la plenitud de Aquél que es, El mismo, la Plenitud? ¿Cómo valoramos esta realidad soteriológica, cristológica y eclesiológica?

En función de lo que supone ser la plenitud de Aquél que lo llena todo en todo ¿cómo vamos por la vida?, o como se

dice ahora, ¿de qué vamos por la vida? Es decir, ¿Qué conciencia tenemos de lo que somos, a los ojos de Dios? Porque a la luz de lo que venimos analizando, es evidente, que somos algo muy importante; teniendo conciencia por otra parte, de que desde el punto de vista ético y moral, venimos a ser una auténtica basura. Esta afirmación, no quiere incidir peyorativamente, sobre la conciencia de nadie, pero Pablo decía: que todo lo que tenía en su vida, lo había estimado como pérdida, (en el original basura, y literalmente, estiércol) para ganar el conocimiento de Cristo (Fil. 3:7-8), para entender a ese Dios que le había salvado, y conocer a ese Hijo de Dios que había muerto por él en la cruz del Calvario. Bueno, pues siendo nosotros, realmente, basura; ahora, por la acción salvífica de Dios, y por medio del acto soteriológico de Cristo, somos hechos depositarios del Espíritu Santo, como garantía de nuestra transformación o de nuestra completa pneumatización, para nada menos que ser el complemento, el pleroma, de Aquél que llena todas las cosas en todo. En definitiva, aplicando al término plenitud, el significado de realizar, obtendríamos la siguiente traducción de Efesios 1:23: “La cual (Iglesia) es Su cuerpo, la REALIZACIÓN de Aquél que todo lo llena en todo”. ¡Asombroso! ¡Increíble! La Iglesia constituye un medio de realización del mismo Dios. O dicho de otra manera: Cristo se realiza en Su Iglesia. Es necesario entender este hecho teniendo en cuenta que esa realización supone una plenitud de Aquél que lo llena todo en todo, supone la realización de Dios.

Generalmente estamos acostumbrados a hablar de la realización del hombre, pero nos resulta extraño el pensamiento, que aborda la cuestión de la realización de Dios. Entendemos que el hombre necesita realizarse porque está incompleto, y en su devenir existencial es infeliz. Evidente-

mente, este aspecto de la realización no es el problema de Dios; pero es necesario admitir que Dios tiene un nivel de realización, y que la realización de Dios se deviene en la Iglesia, “la cual es Su cuerpo, la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo”. Considero que en este texto, se nos está diciendo, declarando, cosas muy importantes. Vamos a ampliar el contenido de Efesios 1:23 con un texto que encontramos en la epístola a los Colosenses (llegados a este punto es necesario recordar que ambas epístolas son de la misma época, y tratan, prácticamente de los mismos temas y de los mismos problemas doctrinales): “*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo* (griego = estoy completando) *en mi carne lo que falta* (literal = las deficiencias) *de las aflicciones de Cristo por Su cuerpo, que es la Iglesia*” (Col. 1:24). Debemos fijarnos con detenimiento sobre las cosas que se nos dicen de esta Iglesia, como pleroma de Aquél que es la realización de todo en todo: la plenitud, el que llena todas las cosas en todo. ¿Qué cosas se dicen de la Iglesia, o de un miembro de la Iglesia, que es lo mismo? El apóstol Pablo, como Iglesia que es y como siervo de Dios que forma parte de la misma; es decir, como miembro de esa Iglesia afirma que “*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su cuerpo, que es la Iglesia*”. Este texto ha sido muy mal interpretado y ha sido aducido, como base para demostrar que los sacrificios personales aportan méritos a la salvación. Una exégesis honesta nos demuestra que el contenido del texto, no tiene nada que ver con el problema de la salvación por las obras. “Las aflicciones de Cristo por su Iglesia”, por Su cuerpo, (en este caso vivenciadas en un miembro de la Iglesia), siguen siendo las aflicciones de Cristo, no las nuestras.

Lo anteriormente expuesto nos lleva a la conclusión de que hay una realización de Cristo en el sufrimiento de Su propia Iglesia, de Su pleroma.

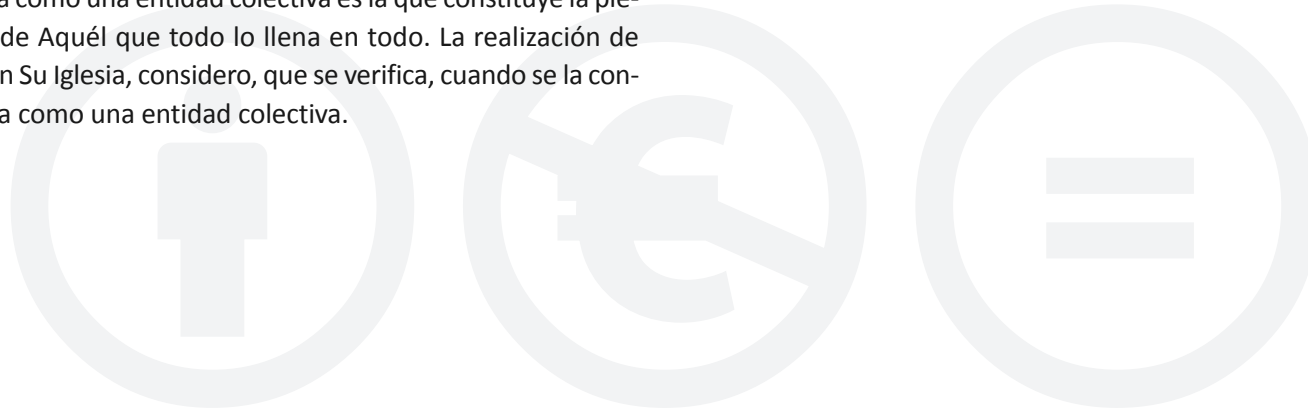
Procedamos a la explicación breve de Colosenses 1:24. *“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros y cumplo (griego = estoy completando) en mi carne (aquí al término carne hay que atribuirle el significado de persona) lo que falta (griego-literal = las deficiencias) de las aflicciones de Cristo (las aflicciones son de Cristo por Su cuerpo, no las aflicciones de los miembros del cuerpo por el cuerpo de Cristo) por Su cuerpo que es la Iglesia”*. Vamos a poner un ejemplo sencillo, e histórico: el Señor Jesucristo murió una vez, por todas, en la cruz del Calvario, para reconciliarnos y reconciliar todas las cosas con Dios. Este mensaje se encuentra universalizado en la Escritura, revelado en el Antiguo y en el Nuevo Testamento; no puede un solo versículo (Col. 1:24), entendido en el sentido de justificación por las obras, invalidar el mensaje de toda la Revelación de Dios. No puede haber un versículo que se encuentre en contradicción con toda la teología de Pablo, de Juan, de Santiago, de Judas, de Isaías, de David, etc. Lo que ocurre, en cuanto al texto en cuestión, es que el apóstol Pablo profundiza, en lo que se ha llamado la teología del cuerpo, como nadie. Esta apreciación teológica debiera de empezar a revelar a nuestras conciencias que “lo del cuerpo místico de Cristo” es una quimera, porque aquí Pablo está hablando de un cuerpo de Cristo que sufre somáticamente, orgánicamente, que sufre de manera real y no de forma simbólica, eufemística o mística. Cristo sufre en este cuerpo, en nuestro cuerpo, no para salvarlo y para hacerle Iglesia, sino porque ya es Su Iglesia: *“Si a mí me han perseguido, a vosotros también os perseguirán”* (Jn. 15:20). *“Es necesario, dice la Biblia, que a través de tribula-*

ciones entremos en el Reino de Dios” (Hch. 14:22). Las tribulaciones no tienen un sentido soteriológico, no se devienen para entrar en el Reino de Dios, sino por estar dentro. No ocurren para salvamos sino porque ya somos salvos. Son las aflicciones de Cristo por Su cuerpo que es la Iglesia. Cristo muere para reconciliar a los hombres con Dios, y los que aceptan este mensaje forman parte orgánicamente, como miembros, de la Iglesia de Cristo, y por su testimonio, como cristianos, sufren, y Cristo sufre en ellos. El Señor ha prometido no dejarnos solos: *“Y he aquí Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del siglo”* (Mt. 28:20).

El apóstol Pablo decía: *“Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”* (Gá. 2:20). Yo creo que podía haber escrito, que también Cristo sufría en él. Cuando Pablo rememora su conversión recuerda que fue un perseguidor de la Iglesia, y nos relata la experiencia vivenciada durante su famoso viaje de Jerusalén a Damasco, en busca de cristianos a quien detener y reprimir; le cuenta cómo fue detenido por Dios en el camino y cómo sufrió una experiencia de conversión que cambió su vida. Fue lo que ocurrió, en ese momento vivencial, lo que nos puede clarificar, un poco, el sentido “de las aflicciones de Cristo por su Iglesia”. La Iglesia, en este momento de la historia, se encontraba sometida a diáspora y persecución; muchos hermanos entregaban su vida por el testimonio del Evangelio, y el Señor Jesucristo se había ido de este mundo, encontrándose, según las Escrituras, en lugares celestiales a la diestra de Dios. Cuando el apóstol Pablo tiene su visión celestial en el camino de Damasco, nos relata que sostiene una conversación con Dios. Escucha una voz que le dice: *“Saulo, Saulo, ¿por qué Me persigues?”* El temblando y temeroso dijo: *“¿Quién eres Señor?”* Se le respondió: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues* (Hch. 9: 1-5).

¿A quién perseguía el apóstol Pablo? La respuesta es obvia: a los cristianos. Pero a la pregunta de Pablo “¿Quién eres Señor?” se le contesta: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues.” En definitiva, Jesús se sentía perseguido en los cristianos, en sus amigos y hermanos como nos clarifica la Escritura. Pablo perseguía a los que sufrían por el testimonio cristiano; pero Cristo estaba allí sufriendo las deficiencias, lo que faltaba de las aflicciones (de Él) por Su Iglesia.

La Iglesia es la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo. Yo creo que Dios se realiza en la Iglesia. La Iglesia considerada como una entidad colectiva es la que constituye la plenitud de Aquél que todo lo llena en todo. La realización de Dios en Su Iglesia, considero, que se verifica, cuando se la contempla como una entidad colectiva.



Capítulo 3

La gracia, la fe y las obras

(Efesios 2:1-22)

Continuaremos con el estudio y la exégesis de esta epístola en el capítulo 2 de la misma.

Recogemos de manera breve y sucinta la idea general que venimos desarrollando en este estudio. Hemos partido de la idea de que el tema fundamental de esta epístola es el de la Economía Divina. La concepción y la gestación de este Plan correspondería al contenido y enseñanzas del capítulo primero; en el capítulo segundo nos encontraríamos con la realización del Plan, con la concretización del mismo, y siguiendo en este orden de desarrollo doctrinal, progresivo, nos encontraríamos en el capítulo tercero con la revelación del Plan Económico de Dios; en el cuarto con la confirmación del Plan, y en los últimos capítulos de la epístola, con la praxis o la realización objetiva y práctica, por parte de la Iglesia, de este Plan de la Economía Divina.

Hemos intentado ver, de una manera lo menos parcial posible, la problemática de la Soberanía de Dios; buscando, en esta carta, los términos que apoyen la propia concepción semántica de la misma. Vamos a seguir con el desarrollo de la Economía Divina en el capítulo 2, dónde se concretiza, en lo que respecta a la Iglesia, cómo se realiza realmente este Plan;

es decir, cómo se realiza este Consejo de Dios, esta reflexión de Dios, esta voluntad de Dios, en el tiempo, en la Historia, y aún podríamos decir más, en el espacio. Esta realización se contempla no sólo deviniéndose a nivel del espíritu, sino a nivel antropológico concreto. La finalidad del Plan de la Economía Divina, del Plan de la Salvación de Dios, supone la salvación de las personas y la reconciliación con Dios de todas las cosas; se trata pues de un Plan de dimensión y trascendencia cósmica y que afecta a todos los seres humanos y a toda la creación de Dios. Este mismo Plan se puede ver desde la perspectiva de la pneumatización (espíritu = griego *neuma*) de la materia. Esta perspectiva histórico-escatológica no está demasiado clara en el ámbito del Cristianismo; debido sin duda, a la visión reduccionista de la Salvación a la esfera anímica (el alma) del hombre. Todavía el Cristianismo no ha tomado conciencia de que no existe un antagonismo, ni una confrontación dialéctica entre el espíritu y la materia en la Revelación de Dios; sino que lo antagónico y lo contradictorio se da entre el espíritu y la carne; entendida esta última, no tanto como materia, sino como el principio que informa el funcionamiento del hombre caído. Por consiguiente, la finalidad del Plan de la Salvación tiende hacia la pneumatización trascendente de la materia; es decir, tiende a hacer que lo material trascienda su propia realidad, para que el principio de la muerte sea superado, dando primacía hegemónica al principio de la vida.

En el capítulo primero hemos tratado, ampliamente, el tema de la Soberanía de Dios; en el capítulo segundo nos ocuparemos del tema de la libertad del hombre, de la capacidad que el hombre pueda tener para salvarse, o dicho de otra manera: si existe alguna faceta de la salvación que dependa del hombre y no dependa de Dios.

En este capítulo dos hay algunas palabras, que vienen traducidas en la Biblia R.V.-60, que no corresponden al escrito original de la carta; entendido éste, en el sentido de lo que se plasma en los manuscritos más antiguos que de la misma conocemos. Por consiguiente será necesario, que a lo largo de la exposición de este capítulo dos aclaremos y maticemos algunos aspectos de los textos que contiene el mismo. Por ejemplo: en el primer versículo dice: “Y Él os dio vida a vosotros”. En esta frase hay algo que sobra: “Él os dio vida”, esto es una añadidura, que no figura en el manuscrito original y que seguramente se elabora en función del contexto de este capítulo (2:5). En el caso de la frase que analizamos hay que leer así: “Y a vosotros”. La realidad textual de 2:1 es así: “Y a vosotros cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados”. Esto es el tema; es decir, que el autor de la carta va a hablarnos de personas que alcanzan la Salvación partiendo de una situación concreta: estar muertos. Esto es muy importante; es decir, partiendo de la situación de “estar muertos” alcanzan la Salvación.

Ahora bien, todos los términos que se emplean para *muerte*, en el Nuevo Testamento, no tienen el mismo significado. En el griego del Nuevo Testamento encontramos un término que, transliterado, corresponde al vocablo “*tanatos*” y que se traduce por “*muerte*”, pero que no corresponde a lo que conocemos como muerte física o biológica. No corresponde a la muerte material, sino al principio que informa dicha muerte. En el versículo primero de este capítulo 2 el término “*muertos*” corresponde al vocablo griego “*necros*” del que se deriva en castellano el término necrosis y necropsia que se corresponden con lo que en el lenguaje técnico de las autopsias se denomina “*cadáver*”. Un cadáver se corresponde con un muerto desde el punto de vista físico y biológico. Por

consiguiente cuando nos encontramos con el texto “y vosotros estabais muertos...”, habla de cadáveres. Ahora bien, debemos preguntarnos: ¿Es posible que un cadáver pueda hacer algo, por sí mismo, para volver a recuperar la vida? Es obvio que no. Pero volviendo al texto, tal y como está en la versión Reina Valera del 60: “Y Él os dio vida a vosotros cuando estabais muertos”, es decir, cuando erais cadáveres, entendemos que lo de “Él os dio vida” es una añadidura, pero que al mismo tiempo constituye una interpretación teológicamente correcta en función de todo lo que después se nos revela en este capítulo 2. ¡Cadáveres que viven, esto constituye una maravilla! Cadáveres que viven, esta es una realidad que es necesario contemplar desde una visión soteriológica retrospectiva. Yo al menos, tengo la concepción personal de que era un cadáver que un día, por la sola gracia de Dios empecé a vivir; si nosotros no nos consideramos como cadáveres, desde el punto de vista de la Salvación, difícilmente vamos a llegar a vivenciar la misma como experiencia propia. “*Cuando estabais muertos*”, o erais, realmente, cadáveres *en vuestros delitos y pecados* (delitos que significan transgresiones u ofensas a Dios, y pecados que es algo más profundo, que significa la razón última y primera porque somos cadáveres) *os dio vida juntamente con Cristo*; este es el sentido, auténtico, teológico y hermenéutico del texto.

Antes de entrar, dentro del ámbito de la Economía de la Salvación, debemos preguntarnos: ¿Por qué somos cadáveres? Porque estamos muertos en delitos y pecados. La palabra que aquí se emplea para pecado (*griego = amartia*) es la que tiene la clave de nuestra muerte; el concepto que dicho término implica corresponde al principio desestructurador del hombre y de toda la creación de Dios. Esta realidad se encuentra explicitada en Romanos 5:12: “*Por tanto, como el pecado*

(griego = *amartia*) *entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte (griego = *tanatos*) pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*". El término *amartia*, que se emplea para pecado en Romanos 5:12 y en Efesios 2:1, no expresa, simplemente, una ofensa o transgresión; esta palabra va al fondo de la cuestión y se aplica a todo lo que se desestructuró en el hombre cuando este transgredió los límites que Dios le había puesto; o si lo queremos decir de otra manera: cuando el hombre decidió ampliar el campo de su conciencia (Gn. 3:4-7). Sobre este momento histórico, antropológico y salvífico, se han pronunciado muchos escritores y científicos. Entre ellos merece la pena destacar al famoso psicoanalista Eric From, que en su famoso libro *El miedo a la libertad* realiza un análisis de lo que pudo haber pasado en este momento tan importante de la Historia humana.

Lo amártico actúa a nivel de los seres humanos o de los seres vivos, pero, a su vez, los trasciende realizándose a nivel cósmico; es decir, que la desestructuración, introducida y generada por el pecado, no quedó ubicada a nivel antropológico sino que alcanzó una dimensión cósmica y, por lo tanto, la tierra en que vivimos fue desestructurada por el llamado pecado original. Leemos en las Escrituras *"Que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos"* (Ro. 8:22-23). El sentido del texto, es que la creación y nosotros gemimos al unísono, o dicho de otra manera: emitimos los mismos gemidos. Gemidos que son consecuencia de la desestructuración que el pecado introdujo; dicha desestructuración afectó al hombre desde la esfera de su intimidad hasta alcanzar plena dimensión somática, material y biológica en el mismo; pero desde lo antropológico,

la acción amártica se devino a nivel del medio entornante del hombre, de la tierra, y alcanzó a toda la creación.

La tierra sufre el principio de la muerte, principio que comprendemos mejor cuando lo relacionamos con el hombre mismo. Dentro de los seres humanos, por hacer una síntesis didáctica, anidan una serie de instintos que, haciendo un esfuerzo de abstracción, podemos reducir a dos: el instinto o principio de la vida y el instinto o principio de la muerte. En este sentido, al ser el hombre una realidad dinámica, su vida se deviene como una confrontación, permanentemente, entre estas dos tendencias de la vida y de la muerte. Los dos instintos actúan al unísono, y esta confrontación dialéctica se refleja a lo largo de las páginas de las Sagradas Escrituras. Esta realidad dramática se corresponde hoy con una verificación científica plena, y de la que no queda la más mínima duda. Ya hace mucho tiempo, que a un eminente médico e investigador francés (Dr. Claudio Bernard) que se había dedicado a la investigación biológica, en un empeño por descubrir las realidades que constituyen la infraestructura de la vida, le hicieron esta pregunta: ¿Qué es la vida? Su respuesta fue impresionante: ¡La vida es la muerte! Esta respuesta se encuentra contenida en las Escrituras, y ha sido plasmada por alguien que no era médico y en unos momentos históricos en los que se desconocían, científicamente, las bases biológicas de la vida. El concepto bíblico de que el principio de la vida y de la muerte actúan al unísono en los seres humanos, pertenece, fundamentalmente, a las enseñanzas del apóstol Pablo: es decir a la teología paulina (2ª Co. 4:7 al 5:4).

La muerte se realiza, tanáticamente, no sólo a nivel antropológico y biológico en general, sino también sobre la tierra y a nivel cósmico. Hoy en día se habla, científicamente, de la muerte cósmica; es decir, de la muerte de las estrellas,

de la muerte del sol, etc. ¿Qué se quiere decir con eso? Se quiere afirmar que el universo se muere porque está sometido a frustración la cual se deviene de manera permanente. Esta frustración cósmica, significa que el universo quiere realizarse y no lo consigue. Esta afirmación aparece en boca de los científicos más cualificados, como los astrofísicos, que entienden que la frustración cósmica se da en función de la denominada situación entrópica (entropía), que a su vez queda verificada por la segunda ley de la termodinámica. El universo contiene determinada cantidad de energía; para que el universo funcione es necesario consumir una parte de la energía que contiene. La energía que se consume, por ejemplo, en el funcionamiento de una estrella, como el sol, no se repone; y esto es lo que constituye la situación entrópica propiamente dicha. Cuando el sol que alumbraba y vitaliza la tierra en la que vivimos, consume energía para cumplir con su función vivificante, y no la repone, se desgasta, se enfría, y se va muriendo. En este sentido, es en el que lo tanto se realiza, a nivel cósmico, entrópicamente. Esta realidad se encuentra expresada, teológicamente, en Ro. 8:2 como *“la ley del Espíritu de vida... y la ley del pecado (amartia) y de la muerte (tanatos)”*.

Volviendo al principio de nuestro capítulo 2, nos encontramos con el hecho de que antes de ser creyentes *“estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, (aquí el término tiempo-pote-significa: en otro tiempo, en un tiempo cualquiera, alguna vez, y es aplicable a la experiencia de la vida de cada uno) siguiendo la corriente de este mundo”* (Ef. 2:1-2). La realidad que se desprende de la última parte de estos textos, es que no anduvimos o andamos, en nuestros delitos y pecados, sencillamente porque así se nos antoja, y porque lo decidimos en un acto libérrimo de nuestra voluntad. Nuestra conducta no de-

pende, ni con mucho, exclusivamente, de nuestros deseos particulares. No actuamos de determinada manera, porque, sin más, así lo deseamos. Detrás de lo que parecen actos de nuestro libre albedrío, se encuentran motivaciones vinculantes que no dependen de nosotros mismos; motivaciones que nos inducen y condicionan a la realización de hechos concretos, que se verifican, a lo largo de nuestro devenir existencial. Como dijera el fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud: no somos dueños de nuestra propia casa. La lectura del capítulo 7 de la epístola a los Romanos es la corroboración y la confirmación, desde el punto de vista bíblico, de esta aseveración científica. En este pasaje de Romanos se habla de alguien que no estando conforme con hacer el mal, tiene que constatar la verificación del mismo en su propia existencia; se trata de alguien que queriendo realizar el bien, fracasa en su intento y se encuentra realizando el mal que no desea. Esta realidad existencial pone de relieve, que la supuesta libertad del hombre constituye, más una declaración de intenciones que una posibilidad de realización volitiva. Como afirmó el gran reformador Martín Lutero, más que un libre arbitrio, existe un servo arbitrio.

La acción del Diabolo consiguiendo la desestructuración del hombre, al inocularle la realidad amártica, tenía como finalidad no sólo la caída de los seres humanos, sino que esta, favoreciese la desestructuración cósmica. Creo que el Diabolo consiguió, con su incitación al pecado, colocar en el interior del hombre, en la esfera de su intimidad, un dispositivo automático para que salte cuando él lo desee. Los contenidos del corazón humano constituyen los diversos elementos de dicho dispositivo. Los deseos del Príncipe de este mundo y los deseos de los seres humanos son los mismos. Cuando quien mantiene una alternativa a Dios quiere algo, encuentra eco

en las motivaciones más profundas del corazón del hombre. Esta realidad amártica, antropológica, psicológica y existencial, es la que se nos presenta en el capítulo 7 de Romanos; cuando el apóstol Pablo dice:

“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero sino lo que aborrezco eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí (‘lo malo está presente conmigo’)”.

La comprensión de todo este pasaje supone admitir la existencia de dos esferas o estratos que constituyen la realidad psíquica del hombre: la esfera consciente y la esfera inconsciente. La esfera consciente o YO, contiene todas aquellas realidades psíquicas de las que yo tengo consciencia; la esfera inconsciente, o ELLO, contiene todas las realidades intrapsíquicas que yo desconozco, pero que pertenecen a la esfera de mi intimidad. Estos últimos contenidos psíquicos se devienen de manera inconsciente, nacen de lo más profundo del corazón del hombre y constituyen la infraestructura que condiciona su conducta. De todos los contenidos psíquicos los que corresponden a la esfera inconsciente suponen un 75%. De este 75% de contenidos inconscientes, que informan la conducta humana, habló el Señor Jesús, diciendo: *“lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la male-*

dicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Mr. 7:20-23).

Si un setenta y cinco por ciento, de nuestra dimensión espiritual, lo ocupan los contenidos inconscientes ¿Cómo vamos a hacer, libremente lo que deseemos? La mayoría de los movimientos, las reacciones y las conductas, que verificamos, están condicionadas por impulsos inconscientes, y se verifican más allá de nuestros deseos volitivos, y en ocasiones a pesar de ellos.

El hombre se encuentra con todos los impulsos, dimanados de sus contenidos inconscientes, invadiendo el campo de su conciencia, y sintiéndose empujado a la verificación de los mismos, a no ser que alguien le libere de la esclavitud de corrupción que anida en su propio corazón.

¿Por qué pensamos, si es que alguna vez lo hacemos, que cuando una persona se convierte el Espíritu Santo, es decir, Dios como Espíritu, viene a morar en la esfera de la intimidad de su propio ser? La respuesta, desde el punto de vista de las necesidades del hombre, es obvia: el Espíritu de Dios mora donde es más necesario, para su realización. El apóstol Pablo, confirma esta realidad cuando en el capítulo ocho de su epístola a los Romanos nos dice: *“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad (griego = astenia, flaqueza); pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, (griego-literal = porque que oremos conforme es menester no sabemos) pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles (griego = inexpresables). Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención (griego = manera de pensar) del Espíritu porque conforme a la voluntad de Dios (griego = de acuerdo con Dios) intercede por los santos”.* (Ro. 8:26-27). Pablo confirma, en estos textos, que en una persona convertida, es decir, en una persona que ha experimentado

el nuevo nacimiento, el Espíritu Santo vive en la esfera de su intimidad, y es el que intercede por esa persona, inconscientemente, ante Dios. Dicho de otra manera: se da una corriente de comunicación, entre el creyente y Dios, que se deviene a nivel inconsciente y que garantiza su salvación. Este aspecto soteriológico es muy importante y excluye cualquier posibilidad de auto-justificación, por medio de la capacidad volitiva de una persona, ante Dios. Mientras que el inconsciente sea patrimonio, fundamental, de la esfera espiritual o anímica del hombre, éste ni puede ser perfecto ni tiene libertad ni capacidad para realizar esas buenas obras, que pueden justificarle para alcanzar la salvación por vía autogestionaria: porque una cosa es lo que el hombre quiere hacer y otra muy diferente lo que consigue. El hombre puede desear ser bueno pero no dispone de recursos espirituales, anímicos y somáticos para conseguirlo. Los deseos de alcanzar una vida ética modélica están más allá de las posibilidades del ser humano; cuando este actúa fundamentado en sus propios recursos, deviene su existencia al margen de Dios. Por consiguiente llegará un momento, en su experiencia existencial, que le será necesario exclamar: *¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?* (Ro. 7:24).

El hombre que vive muerto en sus delitos y pecados, vive siguiendo la corriente de este mundo. (Ef. 2:1-2). “La corriente de este mundo” es una frase complicada; literalmente podría ser traducida por “los signos de este mundo”. ¿Cuál es su sentido? El delito (del hombre) es que está muerto en delitos y pecados de acuerdo con el espíritu de los tiempos que vive, o dicho de otra manera, de acuerdo con el sistema en el que se encuentra inmerso. En griego, literal, la frase “siguiendo la corriente de este mundo” se podría traducir así: “siguiendo la corriente (griego = siglo, espíritu de los tiempos) de este

mundo” (griego = cosmos). La esfera inconsciente, del hombre, mantiene una relación estrechísima con todos estos conceptos. Nadie sabe explicar, dentro del marco de las disciplinas científicas humanas, cuando nació el inconsciente en la esfera de la intimidad del hombre; pero esta realidad anímica ha sido descubierta, o puesta de manifiesto, de manera más clara, por la escuela psicoanalítica. Aunque ya los griegos hablaban del inconsciente, fue Freud y sus discípulos y seguidores, entre los cuales es necesario destacar a C. G. Jung como una de las mentes más egregias de la Historia de la humanidad, y que llegó a ser presidente de la Sociedad de Psicoanálisis Mundial, viviendo su maestro y fundador de la misma, Sigmund Freud. Estos dos científicos, de trascendencia universal, hablando de la libertad del hombre (libre albedrío) en relación con su esfera inconsciente, llegaron a afirmar: “no somos dueños de nuestra propia casa”. Con esta frase lapidaria, querían expresar esa esclavitud que llevamos dentro. La confrontación con esta verdad es, en definitiva, una confrontación con nuestra misma realidad interior. Es por esta razón, por la que necesitamos la salvación, por la que necesitamos un Salvador y, en definitiva, por lo que necesitamos a Dios viviendo dentro de nosotros. El vivir conforme a la corriente de este mundo, supone un devenir existencial en el que no nos ejercitamos libremente, sino condicionados por el sistema entornante; condicionados “por el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef. 2:2-3). El sistema (moral, social, cultural, económico, político, etc.) que nos condiciona, tiene un coordinador, tiene un gestor y padre: el espíritu que ahora

opera o se ejercita en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos, en otro tiempo, en los deseos de nuestra carne. Esta última frase “*los deseos de nuestra carne*”, tiene una gran importancia. Con ella se está diciendo mucho. Para dilucidar su sentido, más profundo, sería necesario realizar una investigación que abarcara toda la Biblia, toda la Revelación de Dios. “*Deseos de nuestra carne*”, expresa mucho más de lo que a primera vista pudiera parecer; la frase nos está hablando de esa realidad (espiritual, emocional y biológica) en la que el hombre quedó prendido después de salirse de los límites en que Dios le había colocado. (Gn. 3:1-24). La desestructuración amártica, convirtió al hombre en “carne”, y desde esta realidad antropológica tenemos que preguntarnos: ¿Qué son los deseos de la carne? Los deseos de la carne son aquellos que corresponden a la propia esencia del hombre caído, del viejo hombre, y se corresponde con lo que en la epístola de Santiago se traduce por “concupiscencia” (griego = *epitumias*), cuando se dice: “*Cuando alguno es tentado* (inducido al mal), *no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni Él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido*” (Stg. 1:13-14). Fijémonos “*que cuando alguno es tentado*”, inducido al mal, lo es *cuando de su propia concupiscencia es atraído* (griego = *arrastrado*) y *seducido*. El término *seducido*, significa enganchado por el cebo; es decir, que el cebo en el que el hombre pica y se engancha se encuentra en el centro de su propio corazón, en la misma esfera de su intimidad; y es desde ahí, de donde nacen y emergen todas esas cosas que impiden que nosotros podamos hacer el bien o ser gestores del mismo por nosotros mismos. En conclusión, nuestra conducta se deviene “*haciendo la voluntad* (o los deseos) *de la carne y de los pen-*

samientos, y éramos por naturaleza hijos de ira lo mismo que los demás” (Ef. 2:3-4).

Vamos, ahora, a entrar en la consideración de tres aspectos importantísimos que han ocurrido ya, como una realidad soteriológica, es decir, como una realidad salvífica. Se trata de realidades trascendentes devenidas pneumáticamente en la vida de los creyentes, en la vida de aquellos que están siendo salvados (Hch. 2:47), en la vida de la Iglesia, en cuanto realidad somática-pneumática (*corporal-espiritual*) constituida por personas convertidas y salvas.

Los tres aspectos, de los que hablamos, constituyen otras tantas aportaciones a los contenidos, de proyección escatológica, que se dan en esta epístola. Se trata de tres realidades salvífico-soteriológicas que “ya” han sido devenidas espiritualmente en las personas que son salvas, en las personas que “ya” han sido salvadas por la muerte de Cristo.

El primero de estos aspectos, se refiere al contenido revelado en Efesios 2: 1 y 5. Se trata que siendo “cadáveres”, es decir, partiendo de una situación necrótica (griego = *necros* = *muertos*, cadáveres), han recibido vida. “*Aún estando nosotros muertos en pecados nos dio vida juntamente con Cristo*”. En los textos de Efesios 2:5-6, se encuentran tres términos muy significativos, que en el fondo, vienen a expresar lo mismo, pero que traducidos al castellano pueden darnos la falsa idea de que se trata de palabras diferentes, al ser expresadas de una u otra forma; pero en el original griego se trata del mismo término. Cuando se nos dice: (vs. 5) “*nos dio vida juntamente con Cristo, y juntamente con Él* (vs. 6), *nos resucitó, y asimismo nos* (vs. 6) *hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*”, las expresiones resaltadas, se traducen literalmente así: *co-vivificó* (es decir, cadáveres co-vivificados con Cristo; para recibir vida con Cristo, es necesario primero, morir con

Él, según se expresa, también, en otras epístolas del Nuevo Testamento, tal como 2ª Co. 5:14-15, donde, entiendo que se habla de morir con Cristo de manera real, desde el punto de vista salvífico-escatológico, y no de manera simbólica), *co-resucitó* y *co-sentó*. Estos tres términos expresan realidades trascendentes desde el punto de vista de la salvación. El famoso teólogo europeo Oscar Cullman, se ocupó de forma magistral, de estas dimensiones soteriológicas; y dentro de su línea de pensamiento, teológico, realizó una aportación, inapreciable, al problema que nos ocupa. Problema que representa o que supone una tensión dialéctica, en el corazón de la misma Revelación de Dios; se trata de lo que Él definió como “el ya” pero “todavía no”. Las cosas que ya son (en Cristo) pero que todavía no se han realizado en el devenir histórico-escatológico. *El ya pero todavía no*: “ya estamos resucitados con Cristo”, pero la resurrección corporal, cuando se produzca la trascendencia salvífica de lo somático (biológico) en su proyección histórico escatológica, es una posibilidad a devenir. Nuestros cuerpos van a resucitar, precisamente, porque “ya estamos resucitados con Cristo”. El poder que levanta para salvación, a un ser humano, de entre los muertos, ya está operando en el corazón de esa persona. Eso es lo que tenemos explicitado en Romanos 8:11. “Y si el Espíritu de Aquel que levantó (resucitó) de los muertos (griego = cadáveres) a Jesús mora (griego = habita) en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por Su Espíritu que mora en vosotros”. Esas son nuestras arras para la posesión de la herencia adquirida (Ef. 1:14). El Espíritu Santo dentro de nosotros, en la esfera de nuestra intimidad psico-somática, constituye la garantía de nuestra transformación espiritual y biológica. Cuando en el Nuevo Testamento se afirma, que vamos siendo transformados de gloria en gloria

en la misma imagen, como por el espíritu del Señor, (2ª Co. 3:18) se nos están revelando aspectos muy serios acerca de nuestra trascendencia espiritual, anímica y corporal. Ya estamos resucitados con Cristo, pero todavía no se ha verificado, en el devenir histórico, esa resurrección a nivel orgánico; no obstante, y dado que, el Espíritu Santo actúa ya en nosotros a nivel somático podemos considerar que estamos más cerca de nuestra salvación, que cuando creímos (Ro. 13:11). Pablo afirma en Romanos 8:13 “si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis”. En la segunda parte de este texto, el término “carne” corresponde al vocablo griego “soma” que significa “cuerpo”. Esta clarificación, terminológica, corrobora la realidad salvífica de que ya, en el presente, la pneumatización de nuestro cuerpo constituye una posibilidad que se deviene. El Espíritu Santo, no sólo actúa en la esfera de nuestra intimidad penumático-psíquica, sino que desde la misma se constituye en la infraestructura que posibilita nuestra transformación biológica; y por lo tanto hasta que esa salvación, que tenemos, y esa redención, no abarque también lo biológico; hasta que la salvación no sea aplicada a lo biológico y esto sea trascendido, o dicho de otra manera, hasta que no sea *pneumatizada la materia*, no llegaremos a la plenitud de la Salvación; por eso la finalidad del Plan de la Economía de Dios es la *pneumatización de la materia*.

Co-sentados con Cristo en los cielos “ya estamos”, pero “todavía no” se ha verificado esta realidad en el devenir salvífico en el sentido de plena realización de la salvación. En definitiva hay cosas que ya son pero que todavía no se han realizado en sentido pleno y concluyente; y en este contexto, creo que, hay otros temas en la Escritura que es necesario contemplarlos desde la perspectiva del *ya pero todavía no*.

Por ejemplo, la relación hombre-mujer. La Escritura nos dice que en Cristo *“ya no hay varón ni mujer”* (griego = no hay masculino ni femenino. (Gá. 3:28) y sin embargo la superación de esta dualidad tiene que devenirse en aspectos biológicos, endocrinológicos y antropológicos en la Historia de la Salvación. La muerte de Jesucristo en la cruz del Calvario y su posterior resurrección constituyen el centro de esa Historia. La Historia de la Salvación, que trasciende el tiempo histórico, coincidió con el mismo en el devenir de la Historia humana al integrarse el Hijo de Dios en la Historia de los hombres: *“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo* (griego = cronos), *Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”* (Gá. 4:4-5). La finalidad del desarrollo económico del Plan de la Salvación de Dios se explicita en Efesios 2:7: *“para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de Su gracia en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”*. En los siglos venideros, en los que tienen que venir; aquí sí que encontramos una proyección escatológica de la realidad salvífica devenida en el acto soteriológico de Cristo.

Siguiendo con el análisis exegético de Efesios 2, llegamos a los versos 8 y 9. Versículos que constituyen dos de los textos más importantes en la Revelación neotestamentaria; *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”*. Estos textos han sido campo de batalla, entre posturas teológicas antagónicas, respecto de la soberanía de Dios, respecto de la problemática de la predestinación, y respecto a la realidad de la Salvación revelada en Cristo. Uno puede ir viendo la línea de expositores considerados ortodoxos y que, con conocimientos y erudición, van desarrollando el contenido teo-

lógico de estos textos. Algunos de estos exegetas y hermenéutas nos enseñan que en cuanto a la salvación Dios es Soberano y todo depende de Él, pero que hay una cosa que depende del hombre: y es creer; en este aspecto el hombre aporta “algo” a su proceso salvífico. Dicho de otra manera, todo el Plan de la Salvación está concebido y hecho por Dios, y la realización del mismo depende de Su Soberanía; no obstante el hombre aporta algo a la concretización histórica de este Plan. El hombre decide creer o no en el plan, aceptarlo o rechazarlo, y por lo tanto es un elemento, muy importante, a tener en cuenta, para que el Plan de la Salvación pueda convertirse en una espléndida realidad. Este tipo de consideraciones teológicas, de significación arminiana, consideramos que no se ajustan a la revelación de Dios; y pensamos, que tampoco son conformes con lo que en estos textos se nos enseña, sino con todo lo contrario. En este capítulo 2 de Efesios se nos está diciendo que el hombre, considerado en su estado natural es, espiritualmente hablando, un cadáver. Y dudamos que un muerto, que un cadáver, pueda aportar algo que avoque a su revitalización o revivificación. Interpretado pneumáticamente: ¿Puede, espiritualmente hablando, un cadáver creer? Hay que tener en cuenta todo el contexto de Efesios 2:1-10, para dilucidar esta cuestión; se nos enseña en este pasaje que el creyente es co-vivificado (vs. 5), co-resucitado (vs. 6) y co-sentado con Cristo (vs. 6); es decir, al cristiano se le introduce a una participación en la vida, en la resurrección y en la glorificación de Cristo por el designio de la voluntad soberana de Dios. Para proceder a la exégesis de Efesios 2:8, no se puede jugar de manera arbitraria, con los signos gramaticales del texto. No se puede traducir el mismo, colocando los puntos y las comas donde convenga más a una elaboración doctrinal (generada a priori y de antemano) conforme a los

intereses de una particular interpretación de la condición humana; es decir, de una particular interpretación de la problemática del libre albedrío. Al cambiar el lugar de puntos y comas se cambia también el sentido original del texto, que terminará diciendo lo que nosotros queremos y no lo que quería decir el autor de la carta. Lo que el apóstol Pablo quiso transmitir está claro en el texto a que hacemos referencia, y debemos matizar que la traducción de Reina Valera-60, es correcta: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”*. En este texto se habla de la gracia como don, como regalo, y se matiza que la fe “que salva” no es el producto del ejercicio de la libre decisión del hombre, sino del resultado de la aplicación, al corazón del hombre, del don salvífico de Dios. La Salvación por medio de la fe no se deviene como resultado de la acción humana, sino como don divino. La fe es un don de Dios y la justificación no es *“por obras, para que nadie se gloríe”* (Ef. 2:9). La fe surgida como realidad del ejercicio de libre albedrío constituiría en sí misma “una obra”, y en el supuesto de que esta fe justificase al hombre delante de Dios, la Salvación ya no sería por gracia sino por obras; lo que nos abocaría a la conclusión de que estaríamos tratando de una salvación ajena a la que se menciona en Efesios 2:8-9. Vamos a considerar dos textos en la carta a los Filipenses. Primero Fil. 1:6: *“Estando persuadido de esto, que El que comenzó (griego = inauguró) en vosotros la buena obra, la perfeccionará (griego = completará o realizará) hasta el día de Jesucristo”*. Dios empieza la obra de la Salvación en las personas, Dios la continua y Dios la termina, realizando plenamente todo el proceso salvífico. En definitiva, la Salvación es de Dios en todos sus aspectos y dimensiones.

En Fil. 1:29, encontramos *“Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en Él, sino también*

que padezcáis por Él”. En este texto se contempla “el creer” como una concesión de la gracia de Dios; pero aún el texto revela un aspecto más importante del devenir salvífico de una persona: el padecimiento como cristianos constituye, también, un privilegio que Dios, por Su gracia, concede a los creyentes. Dicho en términos paulinos: *“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad”* (Fil. 2:13).

En la epístola a los Gálatas, en su capítulo 5 y versículo 22, se nos habla del fruto del Espíritu: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe”*. La fe que salva, la fe que justifica, no la genera ningún corazón humano; la fe que salva es un producto de la gracia de Dios, y este aspecto está suficientemente claro en el texto de Efesios: *“Sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Ef. 2:8-9). Si consideramos al hombre desde un punto de vista antropológico, tanto en el aspecto estructural como dinámico, tendríamos que gozarnos al comprobar que las cosas son así, porque estando muertos en delitos y pecados, como Dios no interviniera para resucitarnos y darnos vida, estaríamos perdidos para siempre.

Llegados a este punto, tendríamos que preguntarnos: ¿Qué papel juegan las obras en sentido soteriológico? Las buenas obras tienen un gran valor delante de Dios, pero no como aportación de méritos para la Salvación sino como expresión praxica de la misma. Dicho de otra manera, las buenas obras no tienen valor para salvar, pero tienen valor como fruto de la Salvación. No es que Dios no desee que los seres humanos hagamos buenas obras; antes al contrario, Dios nos salva para hacer buenas obras. La Salvación, entre otros aspectos de su gestión, realiza buenas obras por la acción del Espíritu

de Dios en la vida de los salvados. La Salvación no supone una actitud quietista y adinámica y el permanecer en una situación etérea y espiritualizada, desconectada de la realidad, y ajena a los problemas, reales y concretos, de la existencia: por el contrario, la Salvación que Dios, por Su gracia, imparte al hombre, capacita a éste para poder realizar aquellas buenas obras que puedan colaborar a la transformación de la realidad personal y peristática de los seres humanos. En Efesios 2:10, encontramos el texto que clarifica este tipo de pensamiento: *“Porque somos hechura suya (literal = cosa de Su hacer), creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*. Así lo entendieron los cristianos en algunos momentos de la Historia. Épocas excepcionales, pero gloriosas, en las cuales la Salvación se realizó entre los hombres profundizando en la transformación social y económica de su realidad; como ejemplo podríamos recordar la comunidad de bienes vivida y practicada por la primera Iglesia cristiana en la ciudad de Jerusalén. Respecto de esta experiencia ejemplificadora, se han dado muchas explicaciones y se han vertido algunas actitudes críticas que a mí me parecen graves; por ejemplo: se ha dicho que la comunidad de bienes de la Iglesia jerosolimitana fue una equivocación. Considero que interpretaciones de este tipo dañan el sentido más fecundo y transformador del testimonio cristiano. Me parece que tal interpretación de la Historia de la Iglesia, supone la proyección de intereses egoístas reprimidos y de la egolatría de un individualismo trasnochado, ineficaz y obsoleto. Pensar que el hecho de terminar, en un marco social concreto, con la pobreza de aquellos que vivían en una situación de marginación e indigencia, constituye una equivocación, supone aunque no se tenga conciencia de ello, la defensa de la desigualdad, de la opresión y de

la discriminación entre los hombres. Teniendo en cuenta que el Dios de la Revelación es Aquel que no hace acepción de personas, y que Jesús de Nazaret toma, de manera clara, una opción por los pobres, desvalidos, marginados y enfermos, me parece que interpretaciones iconoclastas de la dimensión social del Evangelio, entran en franca contradicción con los contenidos esenciales del Cristianismo. La Iglesia de Jerusalén, por su actitud espiritual y práctica, consiguió un impacto extraordinario en el medio social e histórico en que se devenía. Las gentes de aquella época, encontraban a Jesús de Nazaret en la vida y obra de los primeros cristianos: *“Y reconocían que habían estado con Jesús”* (Hch. 4:13). Les reconocían más por sus obras, y por su manera de vivir, que por sus palabras. Existen otros momentos históricos, aunque escasos, en los que la Iglesia brilló por su testimonio cristiano y por su praxis. Siempre que el Evangelio se convierte en realidad objetiva y transformadora de una situación histórico social insolidaria, cautiva y arrastra los corazones de muchos seres humanos que encuentran, en él, la liberación y realización que han venido anhelando durante mucho tiempo. En el Siglo XVI hubo algunas experiencias vividas por personas, que vieron transformada su vida por el mensaje evangélico, que constituyen un valioso ejemplo de cómo la Iglesia puede vivir en comunidad y practicar la comunidad de bienes con un balance de gestión positivo; algunas de estas Iglesias o comunidades estuvieron constituidas por miles de personas que funcionaban como una entidad viva que predicaba un Evangelio integral, que creaba cultura y pensamiento, y que desarrollaba el plan salvífico, contenido en la Revelación de Dios, proyectándolo, sobre una gran parte del mundo, mediante personas financiadas por la misma comunidad y dedicadas exclusivamente a la predicación del Evangelio. También es cierto que en el mismo Siglo

xvi algunos creyentes, que quisieron llevar el Evangelio a sus últimas consecuencias en su dimensión socio-económica, tuvieron que ofrendar su vida como pago a la integridad y fidelidad de su testimonio cristiano. Entre estos últimos se encuentran algunos discípulos, excepcionales, de Martín Lutero, que fueron llevados a los pies del Señor, por el gran reformador alemán. Daban gracias a Dios por el conocimiento del Evangelio, y por el medio que Dios había escogido para llevarles a dicho conocimiento; pero no quisieron quedarse en un Evangelio de trascendencia individual y mística, sino que aprendiendo de los Hechos de los Apóstoles, de las epístolas de Pablo, Juan y Santiago, y del mensaje socio-salvífico de los Profetas del Antiguo Testamento, quisieron comprometerse con un *Evangelio integral* devenido hasta sus últimas consecuencias. No comprendían que un pueblo cuyos dirigentes leían y aceptaban la Escritura, podían mantener incólume estructuras socio morales, socioeconómicas y psico-sociales incompatibles, por discriminatorias y vejatorias, con los contenidos esenciales del Evangelio. Su valentía cristiana, y su osadía espiritual, les llevó a querer imitar en su medio, en su tiempo y en su espacio, la experiencia de la comunidad de bienes de la primera Iglesia Cristiana que existió en el mundo: quisieron acabar con la discriminación y la pobreza entre ellos. Fue así como Tomás Muntzer y otros creyentes, cuya nobleza de espíritu embellece a la historia, decidieron poner en marcha, la liberación de los campesinos en determinadas partes de Alemania. Pronto la sangre de aquellos creyentes, que consideraron que el Evangelio era una opción y una alternativa histórica, social, práctica, y no sólo un discurso de palabras, empapó la tierra a la que pertenecían y escribió una de las páginas más tristes de la Historia de la Reforma. Fue precisamente Martín Lutero, aquel hombre que les había predi-

cado un Evangelio de liberación, el que aconsejó a las autoridades políticas, la necesidad de hacer un escarmiento ejemplar con aquellos cristianos que entendían que en Cristo “*ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*” (Gá. 3:28).

Dios nos salva para buenas obras, pero las buenas obras no son las que nos justifican para salvarnos. Nos justifica la muerte de Cristo y nos salva Su sangre derramada a nuestro favor.

El estudio de la libertad humana, a la luz de la Revelación del Nuevo Testamento, nos lleva a considerar, si los seres humanos actuamos “libremente” y desconectados del medio en el que vivimos, o por el contrario, funcionamos condicionados por él. El medio constituye el sistema del que venimos hablando. Es necesario tener en cuenta quien controla el sistema. En realidad existen solamente dos sistemas: el de Dios y el otro.

El otro sistema constituye la alternativa al sistema de Dios. El personaje que lidera dicho sistema se propuso desestructurar todo lo que Dios había hecho. En eso consistía su alternativa. El Diablo no consiguió sus propósitos partiendo de su misma realidad, y decidió cambiar de ámbito de actuación para poder conseguir desestructurar la creación de Dios iniciando donde tenía más posibilidades de realizar sus propias motivaciones (“ser como Dios o ser Dios”) y deseos. Desde mi punto de vista, el hombre se concibe, teológicamente, como una persona colectiva. En este sentido, es como yo entiendo la afirmación del Génesis de que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Esta última afirmación quiere decir, a la luz de la epístola de Santiago, que de todos los seres que Dios había creado, incluidos los ángeles, el hombre era lo más

parecido a Dios; dicho de otra manera, la realidad creada que mejor reflejaba la realidad de Dios era el hombre. Al ser el hombre creado de la tierra y en íntima relación con la misma y con todo el Cosmos, la Biblia nos revela que no hay futuro, ni devenir del hombre, desligado del futuro y del devenir cósmico. El diablo entendió que si desestructuraba al hombre, podría llegar a *conseguir* una desestructuración cósmica, partiendo de la realidad antropológica de la creación. Y fue así. El diablo se levantaba como una auténtica alternativa, y Dios mismo, le consideró un enemigo digno de medirse con él. Esta realidad *amártica* (pecaminosa) devenida en el tiempo eterno, nos podría llevar muy lejos, y entre otras cosas podría abrirnos un camino, que nos condujese, a través de un proceso de investigación ontológica, a buscar una explicación de la realidad del mal en el mundo. ¿Alguien sabe cómo se explica la realidad del mal en el mundo? Para abordar esta profundísima problemática es necesario hablar de la génesis del mal. Esto nos llevaría al capítulo 28 del libro de Ezequiel, donde se nos presenta un personaje calificado como el rey de Tiro del que se hacen afirmaciones que trascienden cualquier realidad y posibilidad humana; tales como: *“Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste;... Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, ...Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste”* (Ez. 28:12-16). Según estos textos, el pecado se genera, como una realidad ética y ontogénica, en la esfera de la intimidad del diablo; es decir, esa realidad, que desestructura la creación de Dios, se genera en la esfera de la intimidad de aquel ángel de luz. En cualquier caso, nos encontramos ante una visión descriptiva

y fenomenológica de una realidad trascendente, pero de ninguna manera esta visión, nos explica, de forma satisfactoria, la génesis del mal. Como mucho nos dice donde se ubica, donde nació el pecado, pero no nos dice cómo nació el pecado. Incluso cuando se nos afirma que el diablo era homicida desde el principio (Juan 8:44), tampoco se agota la explicación de la génesis del mal. Existen aspectos, de esta realidad, que se nos escapan; hay algo más allá, que todavía no sabemos, y el secreto de ese algo, contiene la posibilidad de que el diablo pudiese levantarse como alternativa a Dios: ¡Ese es el problema! A partir de ese momento el personaje de Ezequiel 28, investido de un poder enigmático, se convirtió en el Príncipe de este mundo, en el gobernador de este mundo y en el dios de este siglo.

Hemos venido hablando de la Soberanía de Dios, y manteniendo los mismos presupuestos y aseveraciones anteriormente explicitadas, nos vemos en la necesidad de introducir, en la dinámica de la Historia de la Salvación, el otro sistema que no es el de Dios. Dentro de este sistema (que no es el de Dios) funcionamos los seres humanos, especialmente, cuando estamos sin Dios y sin Cristo. Pero no funcionamos disponiendo de un libre albedrío incondicionado, sino que funcionamos dentro de ese sistema, conforme a ese sistema y limitados por ese sistema; o sea que el concepto de libertad, en el que se deviene un ser humano, es relativo y está condicionado por múltiples circunstancias intrapsíquicas y peristáticas.

Se ha considerado “la caída del hombre” como un gran acto de libertad (Eric From). En esta afirmación hay cierta parte de verdad. Yo no creo en el libre albedrío del hombre, y en la medida que se deviene la Historia, cada vez creo menos en esa posibilidad; pero sí creo, que una sola vez en la Historia,

en su propia Historia edénica, el hombre fue libre, y que por usar *plenamente* de esa libertad, la perdió; o dicho de otra manera, como lo expresaba el famoso filósofo cristiano Sciaca; “el hombre al realizar el acto más sublime y libre de su historia, cayó en la trampa”. Es decir, perdió la libertad al utilizarla. Yo considero que el único acto libre que el hombre realizó fue cuando, en el huerto de Edén, decidió ampliar el campo de su conciencia. El hombre consideró que la aseveración del diablo “*Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*” (Gn. 3:5) no era mentira. Sin embargo sí constituía una mentira (o falsa verdad) la primera parte de la aseveración diabólica “*no moriréis*”. La última parte, del contenido del mensaje de Satanás, correspondía a una posibilidad de ampliación del campo de la conciencia y de enriquecimiento del conocimiento de la realidad. La prueba evidente, de esto que decimos, se encuentra en el mismo comentario de Dios después de la caída del hombre: “*He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal*” (Gn. 3:22). Por consiguiente hay un aspecto en que el hombre no fue engañado, y es en el de la posibilidad de ampliar el campo de su conciencia; es evidente que el hombre sabía más después de su transgresión que antes de la misma. El precio de su conocimiento resultó muy alto: perdió su libertad. El hombre había transgredido los límites que Dios le había recomendado respetase, y realizando un acto supremo de libertad absoluta: había caído en la trampa, generando dentro de sí mismo, en la esfera de su intimidad, las posibilidades de devenir desestructuración, de devenir pecado. El pecado no es solo, en sentido bíblico, hacer una cosa que está mal y que la ley sanciona; el pecado es mucho más que eso. La palabra *amartia* (pecado) significa, *error, fracaso y frustración*, y supone, que por esa transgresión, del hombre, se generó en la esfera de la intimidad de

su ser psico-biológico una desestructuración universalizada a todos los estratos de su persona. A partir de ese momento, el hombre podía experimentar la muerte y todas sus consecuencias. Pero la muerte necrótica, la muerte biológica, la muerte física, es solo la expresión concretizada, y la consecuencia devenida, del funcionamiento del instinto tántico. A partir de este momento, histórico y antropológico, se introdujo en la experiencia existencial humana la confrontación dialéctica entre la vida y la muerte. Esta desestructuración amártica trascendió desde el hombre a toda la creación de Dios. Esa era la finalidad buscada por el diablo como alternativa. Cuando hablamos de alternativa, se pueden encontrar ciertas dificultades de comprensión, si nuestro pensamiento ha sido educado con un sentido dogmático-eclesial de que Dios no tiene alternativa. Yo, considero que las páginas de las Sagradas Escrituras demuestran que existe una alternativa a Dios; si así no fuera todo el contenido de la Historia de la Salvación carecería de sentido, sería difícil explicarnos que la Revelación nos hable de un Dios y de un anti-Dios, de un Cristo y de un anti-Cristo, de un Bueno y de un Malo. Alternativa a algo o a alguien no quiere decir que esa alternativa triunfe, sino, sencillamente, que existe. Surgió un anti-Dios en el marco de la Historia de la Salvación, que se constituyó en alternativa a Dios, y que su plan de operaciones alcanzó dimensiones celestiales.

La obra del Señor Jesucristo, especialmente Su muerte y Su resurrección, vino a resolver todas las contradicciones existentes, y a reconciliar con Dios todo lo que había sido desestructurado, por la acción del pecado.

Según Efesios 2:10, los creyentes somos hechura suya, literalmente: “cosa de su hacer”. El creyente es una nueva creación en Cristo, es una nueva creación de Dios; es Dios

quien nos recrea *“en Cristo Jesús, para buenas obras; las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (Ef. 2: 10).

“Preparo de antemano”: Todo ha sido preparado, en cuanto a nuestra conducta, conforme al plan de la soberanía de Dios. Las buenas obras, en las que debemos andar, han sido preparadas de antemano, y no a partir del momento de nuestra conversión. Ya estaban preparadas para que las hagamos conforme al Plan salvífico de Dios.

Como conclusión a esta primera parte del capítulo 2, podemos decir, que hay un Plan Económico de Dios que se deviene conforme a la Soberanía de Dios. Frente a esta Soberanía surge la alternativa a Dios, personificada en un ser (un querubín) que se convierte en el príncipe de este mundo o en el príncipe de la potestad del aire; la alternativa crea un sistema. Los seres humanos, al transgredir los límites recomendados por Dios, han caído en la trampa, y ya no son dueños de su propio destino: viven muertos en delitos y pecados. El plan económico de Dios tenía prevista la justificación del ser humano, y la creación de hombres y mujeres nuevos (aunque solo hay un hombre nuevo, como veremos más adelante en esta epístola). Estas nuevas criaturas son llamadas a la realización del bien, aquí en la tierra, conforme al Plan soberano de Dios, que preparó de antemano buenas obras para que caminásemos en ellas.

Capítulo 4

El hombre nuevo y la familia de Dios (o el pueblo)

(Efesios 2:11-22)

“Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisos por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de Ellos unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los

apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”.

En el capítulo anterior, recordábamos la división que, a efectos didácticos y esquemáticos, habíamos sugerido para el mejor estudio de esta carta, teniendo en cuenta que el tema general de la misma, es “La Economía de la Salvación”. Decíamos que en el capítulo 2, se trataba de la realización de este Plan de la Economía Divina. Dicho de otra manera, en la primera parte del capítulo 2 de esta epístola, (versos 1-10) el Señor nos ha permitido ver cómo se realizaba o cómo se realiza, porque se sigue deviniendo, este Plan Económico de Dios, a favor de nuestra Salvación, a nivel de la transformación de los seres humanos: es decir, de la conversión de cadáveres, en personas con vida.

En la última parte de este capítulo, en los textos reseñados más arriba, se habla, de una manera más generalizada, de cómo este Plan de la Salvación, este plan “Económico” de Dios llega, no sólo a las personas, sino a las naciones, a las razas, a las distintas etnias e incluso trasciende a los mismos cielos.

En los capítulos anteriores de este libro, veníamos teniendo en cuenta, que hay algo fundamental, en la realización de esta Economía de la Salvación: y es, que se trata, de una Salvación (realidad) que se produce por la voluntad de Dios, conforme al designio de Dios, y por el poder de Dios. Se trata, pues, de una Salvación por “pura gracia”; es decir, porque Dios quiere beneficiar a los hombres, y al mundo con sus posibilidades de reconciliación. Por otra parte, veíamos, también, que las buenas obras no son los medios por los

cuales Dios nos justifica para entrar a formar parte de su pueblo, sino que las obras constituyen una realidad práctica que se sigue como consecuencia de la salvación que, primero, recibimos de Dios; y que *“somos hechura Suya”*, o cosa de Su hacer, para que andemos (caminemos) en buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

Enlazando con este último pensamiento, el apóstol dice: *“por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne”* (Ef. 2:11), desde el punto de vista de la descendencia del linaje humano, *“erais llamados incircuncisos por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne”* (Ef. 2:11). No es mi deseo detenerme, demasiado, en consideraciones exegéticas minuciosas en cuanto a este texto. Bajo el punto de vista bíblico, Israel es un pueblo que Dios escoge, no para que él mismo tenga un privilegio salvífico, discriminatorio con respecto a los demás pueblos que hay en el mundo, sino para que este pueblo sirva como medio de comunicación, o de vehiculización, para que el Plan de la Salvación de Dios llegue y alcance a todos los pueblos de la tierra. Dios establece un pacto con este pueblo, a este fin, y este pacto, desde el punto de vista material, queda sellado con un rito, que es la circuncisión.

La circuncisión es una operación (de tipo quirúrgico) sencilla, que se realizaba ó se realiza en el órgano viril masculino y que constituye la expresión material de un pacto, que trasciende a la propia materia. Es necesario saber, que no solamente el pueblo judío practicaba la circuncisión, ésta también se daba en otros pueblos; pero Dios quiso dar al pueblo de Israel una señal, exterior, de su pacto con Él, mediante la circuncisión. Normalmente las demás etnias humanas no solían practicar este rito, razón por la cual los israelitas

consideraban a sus miembros como incircuncisos. *Por tanto acordaos que en otro tiempo...”* (Ef. 2:11). Aquí el término tiempo, se corresponde con el vocablo que analizábamos al principio del capítulo 2 (Ef. 2:2) y quiere significar “un tiempo cualquiera, alguna vez, en un momento determinado”; *“vosotros los gentiles”* literalmente significa “las etnias”, y hace alusión a todos los pueblos que no eran judíos. Se trata de las diversas etnias *“en cuanto a la carne”* es decir, bajo el punto de vista y del linaje humano, *“erais llamados incircuncisos por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne”*. ¿Esto qué quiere decir? Quiere decir que el pueblo de Israel, que había sido escogido para ser un vehículo (ó medio) que llevase, el Plan de la Economía y de la Salvación de Dios, a los demás pueblos y razas de la tierra, se había desviado de esta vocación, a la que había sido llamado, y estaba tratando, de manera despectiva, al resto de las etnias ó razas, llamándolas incircuncisas; es decir, era como una manera de aseverar: nosotros somos el pueblo de Dios, vosotros no; a nosotros nos ha escogido Dios para salvación, y a vosotros no; nosotros tenemos las bendiciones de Dios, vosotros no. Esto es el fondo de la cuestión. A continuación el apóstol Pablo va a entrar en una temática muy importante, es decir, en una realidad que se daba al margen de las consideraciones de los israelitas respecto de los demás pueblos, o razas del mundo. *“En aquel tiempo”* (Ef. 2:12). Aquí la palabra *“tiempo”* no es como la anterior, un tiempo cualquiera, alguna vez, sino en *un momento* determinado de la historia, no en mi momento cronológico, pero sí, en un momento fundamental en este Plan de la Economía de la Salvación. *“En aquel tiempo”*, en aquel momento (como habría que traducir literalmente), *“estabais sin Cristo”*; es decir, está hablando de la situación de todos los gentiles antes de que se formase

la Iglesia (entidad salvífica que constituye un Pueblo en el que se conjuga y reúne todo lo que estaba disperso). Con anterioridad habíamos hablado de un momento importante, en el devenir de la Economía de la Salvación, cuando se introduce la desestructuración antropológica (desestructuración amártica) en el hombre, y la desestructuración cósmica a partir del mismo. Bien, pues, Cristo prometió, en un momento determinado de su vida y de su ministerio, la reconciliación del hombre y del mundo con Dios, mediante la edificación de la Iglesia. Este hecho ocurre, como respuesta a una afirmación fundamental de sus discípulos. Cuando Jesús de Nazaret sube, por última vez, a la ciudad de Jerusalén, desde las regiones de Galilea, en el camino les hace una pregunta fundamental: *¿Quien dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?* Le respondieron: *Elías, Jeremías, Juan el Bautista resucitado, alguno de los profetas*. “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Hay una respuesta, por parte de uno de los discípulos que va a jugar un papel único y fundamental en la Historia del Cristianismo y, más concretamente, en la Historia de la Iglesia y en la fundamentación de su nacimiento. La afirmación del apóstol Pedro, ha sido interpretada, por una gran parte del Cristianismo nominal, de una manera dogmática y como justificación del establecimiento del Papado. Pero nada tiene que ver, lo que la Palabra de Dios nos revela, con el dogma Católico Romano. Pedro dice: *“Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*, y ante esta respuesta, Cristo afirma: *“Y yo también te digo que tu eres Pedro y sobre esta piedra, edificaré mi Iglesia”* (Mt. 16:13-19). Jesús está hablando en sentido futuro, y a partir de aquí podemos considerar dos momentos: antes de la Iglesia y en la Iglesia; por consiguiente, cuando el apóstol Pablo dice: *“en aquel tiempo”* está hablando de antes de que se forme la Iglesia;

hay, por consiguiente, un tiempo antes de la Iglesia y otro después de la Iglesia. Normalmente se dice que la Iglesia nació el día de Pentecostés, pero es muy probable que un análisis teológico más profundo, nos ubique el nacimiento de la Iglesia en un momento soteriológico previo a dicho día. La Iglesia es el hombre nuevo y, por consiguiente, su nacimiento auténtico hay que considerarlo el día que Jesucristo resucitó. El día de Pentecostés, desde mi punto de vista se selló con el Espíritu Santo, lo que era una realidad soteriológica y cristológica devenida ya en la Resurrección de Cristo.

Si hemos sido resucitados con Cristo, esto constituye la Iglesia. La resurrección de Jesucristo es obvio que ocurre antes del día de Pentecostés. Esta idea sobre el momento cronológico y karático en el que se produce la formación de la Iglesia es personal y respeta, teológica e intelectualmente, otras concepciones elaboradas sobre esta realidad salvífica. Volviendo a los textos de Efesios 2, en el versículo 12, encontramos *“en aquel tiempo (antes de que se forme la Iglesia), estabais sin Cristo (quiere decir separados de Cristo), alejados de la ciudadanía de Israel, ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”*. Este texto es fundamental para explicar y comprender muchas cosas, *“estabais sin Cristo”* no tiene más complicación que traducirlo como *“separados de Cristo”*; *“ajenos a los pactos de la promesa”*, pero antes, el versículo nos dice: *“alejados de la ciudadanía de Israel”*. La palabra que se traduce aquí por *alejados*, la volvemos a encontrar en el capítulo 4, verso 18, traducida por *“ajenos de la vida de Dios”*. Se trata de la misma palabra que se traduce por *ajenos* y *alejados*, pero este término tiene un significado impresionante y sabemos cuál es: *alejados de la ciudadanía de Israel*. Esta frase implica muchas cosas y tiene connotaciones y complicaciones hasta de tipo

político. En diversas ocasiones, y a veces de manera coloquial en reuniones informales, he dado mi visión personal, al respecto, y que, en síntesis es la siguiente: quien piense que el programa de Dios para el gobierno del mundo es un programa apolítico, considero que se encuentra totalmente equivocado; lo que pasa es que la política de Dios es la única que merece la pena. El Reino de los Cielos es un reino con todas sus consecuencias y por ello conlleva unas leyes y tiene una Constitución, que conocemos, aunque la mantenemos olvidada y reprimida en función de nuestros intereses personales y colectivos. Esta Constitución se denomina El Sermón de la Montaña. Conozco que existen pensadores, dentro del campo de la exégesis bíblica, que consideran que el Sermón de la Montaña y la Iglesia no mantienen una relación vinculante. Si esto fuera así, la Iglesia, que está dentro del ámbito del Reino y del Reinado de Dios, constituiría, paradójicamente, un reino sin leyes y sin constitución. En una palabra, el Reino de los Cielos sería desde el punto de vista de la Salvación un reino aconstitucional. Un reino que tiene Constitución jamás puede parecerse a los sistemas socio-políticos que carecen de la misma. Los reinos constitucionales son participativos y los ciudadanos viven, en lo que se conoce, como “un estado de derecho”, donde están amparados por las leyes que constituyen el reino. En los regímenes aconstitucionales los ciudadanos, que los integran, carecen de los derechos más elementales y son gobernados, desde “arriba”, piramidalmente y por decreto. Así, por exclusión del “sermón de la montaña” en nuestros principios doctrinales, son gobernadas, muchas de nuestras Iglesias, de manera despótica y dictatorial, ahogando en ellas todas las posibilidades de realización dinámica y trascendente que tienen.

Nos interesa conectar el Evangelio con la realidad, y en este sentido tenemos que clarificar que la palabra *ciudadanía*, a que aludimos en los textos anteriores, tiene que ver con realidades socio-políticas del mundo en el cual vivimos; literalmente el término *ciudadanía* significa “política”. Podríamos traducir, legítimamente, la parte correspondiente a Efesios 2:12 como “alejados de la política de Sión”. No se refiere el sentido de esta traducción a la actual política (en el sentido institucional) que se realiza en Oriente Medio, ni siquiera a la política del pueblo de Israel, en la actualidad. Estos textos de Efesios no suponen una alabanza en el sentido socio-político al pueblo de Israel, como tal entidad étnico-política, sino que la política de Israel, de la que aquí se habla, supone el pacto salvífico que Dios había realizado con este pueblo, y que significaba el cometido de llevar al resto del mundo el Plan de la Economía Divina: ¡Esa era la política de Israel, trascender al mundo los principios del Reino de Dios para la realización de todas las razas, de todas las naciones y de todos los pueblos de la tierra. En esta misma epístola se va a decir algo al respecto más adelante: “Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca” (Ef. 2:17). Unos estaban más lejos que otros, pero aún aquellos más cercanos estaban necesitados de la proclamación kerigmática o soteriológica, porque tampoco ellos, aunque estuviesen cerca, estaban dentro. Se empezó predicando el evangelio a los judíos, a los israelitas, e inmediatamente se fue transmitiendo el mensaje a todas las demás familias de la tierra, partiendo de la utilización del pueblo de Israel para la proclamación universal y cósmica del Evangelio de la salvación y de la vida. Este programa estratégico, correspondía a las motivaciones primigenias de Dios. Dicho de otra manera, lo que no cumplió el pueblo de Israel como tal

entidad histórico-política, como tal pueblo, en cuanto a su misión histórico-trascendente, lo cumplirían “aquellos verdaderos judíos e israelitas” (Romanos 2:28-29) que constituyeron la base y la infraestructura de lo que denominamos Iglesia de Jesucristo. Es decir, la misión evangelizadora del mundo partió de la proclamación del Evangelio por parte de los primeros cristianos (judíos-israelitas) que integraron la primera Comunidad Cristiana establecida en la época novotestamentaria: la Iglesia de Jerusalén. Se cumpliría así la recomendación del Señor Jesús, al despedirse de los suyos, cuando les dijo: *“Hoy me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”* (Hch. 1:8). Por consiguiente el plan salvífico de Dios y Su propósito de reconciliar al mundo con El, se fue cumpliendo paso a paso, y deviniendo en el tiempo, a pesar de la rebeldía del pueblo de Israel. Las llaves de las puertas del Reino de los Cielos fueron entregadas a judíos-israelitas que constituyeron los primeros discípulos integrados en la Iglesia, y fueron utilizadas por el apóstol Pedro para abrir primero el Reino a los judíos y posteriormente a los gentiles desde el propio marco de la Iglesia cristiana y partiendo de la ciudad de Jerusalén (Hch. 2:14-42); Hch. 10:1-48). Dios había escogido a un pueblo que desde el punto de vista “político” en el sentido de Efesios 2, constituyó un fracaso, y no fue capaz de convertirse en un buen gestor, al servicio de Dios, para la proclamación del mensaje que anunciaba la redención, de la humanidad, en Jesucristo. Llevar el Reino de Dios, el Plan de la Economía de la Salvación, a todos los pueblos de la tierra, era el cometido del pueblo de Israel desde que Dios le llamó, y le escogió, para que fuese Su testigo: *“...vosotros seréis Mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque Mía es toda la tierra. Y vosotros Me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”*

(Éxodo 19:5-6). Esta es la verdadera razón del llamamiento y selección del pueblo de Israel: la difusión soteriológica de la proclamación salvífica en el mundo. Sabemos, históricamente, que el pueblo de Israel fue rebelde a este mandato divino y no cumplió con la misión que se le había encomendado, pero sin embargo fue a través de este pueblo (los primeros componentes de la Iglesia eran en casi su totalidad judíos) que el Evangelio llegó a todas las etnias, pueblos y familias de la tierra. Primero fueron judíos que predicaron a judíos, luego fueron judíos que predicaron a gentiles, y finalmente vinieron los gentiles predicando a gentiles y a judíos. A pesar de la rebeldía del hombre, el Plan Económico de Dios en cuanto a la salvación se va realizando en la Historia de los hombres y del mundo. En esto consiste la Soberanía de Dios. Si tuviésemos en cuenta estos aspectos de la Revelación, que constituyen un momento crucial y fundamental de la manifestación de Dios al mundo, elucubrariamos menos en relación con algunos otros que tienen que ver con el devenir del pueblo de Israel; es decir, con su pasado y sobre todo con su futuro. Dicho de otra manera, ¿en el momento que se forma la Iglesia, el pueblo de Israel ya no tiene nada que ver con ella? Sí y no. Parece que hay cosas que debieran de estar suficientemente claras; entre ellas, las siguientes: se considera que a partir de Pentecostés se constituye la Iglesia. Entonces, ¿Quién utiliza las llaves del Reino de los Cielos para abrirselo al mundo? Unos hombres y mujeres que eran judíos. Es verdad que el Nuevo Testamento habla de que existió un apóstol de los gentiles, llamado Saulo de Tarso, pero quien abrió la puerta por primera vez a los gentiles, quien les dio la posibilidad de integrarse al Plan de la Economía de la Salvación de Dios, en el marco del cuerpo de Cristo, no fue el apóstol de los gentiles de ciudadanía romana, sino el apóstol de

los judíos, un sencillo pescador del mar de Galilea, que se llamaba Simón Pedro. Es importante tener en cuenta estos hechos. Respecto de los gentiles en su condición de inconversos dice el apóstol Pablo en Efesios 2:12: “...*alejados de la ciudadanía de Israel*”; como aclaramos la palabra *ciudadanía* literalmente significa “política”, pero su dimensión etimológica es más amplia, y podríamos decir que expresa, de manera clara, la realidad que se traduce por el vocablo “república”. Es decir, la ciudadanía tiene que ver de manera vinculante, explícita y concreta, con la “cosa pública”; lo que quiere decir que al hablar de la Salvación en Cristo, estamos introduciéndonos en el ámbito de lo colectivo; o dicho de otra manera en el ámbito de la Economía de Dios al servicio de la realización colectiva de los pueblos y de las naciones de la tierra.

Existe una cláusula, en Mateo 24, lugar de la Escritura donde se registra el denominado sermón escatológico, cuyo contenido teológico es fundamental para entender lo que anteriormente veníamos exponiendo. Muchos de los lectores pueden conocer, las denominadas posturas dispensacionistas radicales que mantienen que en el sermón escatológico de Mateo 24, no se hace referencia alguna a la Iglesia. Dicho de manera más concreta, la Iglesia no se encuentra en los contenidos revelados en el capítulo 24 de Mateo; para estos expositores de la Palabra, el discurso escatológico del evangelista, va dirigido, de manera exclusiva y específica, al pueblo de Israel como entidad étnico-política. Yo les invito a esta consideración: Si en Mateo 24, no está la Iglesia, y si el capítulo mantiene una cláusula fundamental, que tiene necesariamente que cumplirse, para que el Señor vuelva, que es que “será predicado este evangelio del reino a todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el

fin” (24:14). ¿Qué entidad salvífica o pueblo escogido, por Dios, la cumple? Necesariamente se crea la consiguiente confrontación o tensión dialéctica: Si durante el denominado período intermedio (Oscar Cullman), es decir, aquel que media entre la ascensión del Señor a los Cielos y Su regreso a esta tierra, en la parusía, el pueblo de Israel no tiene como misión la proclamación kerigmática del Evangelio; y por otra parte no se puede aplicar a la Iglesia el texto referido, ¿Quién es el pueblo responsable de la predicación del evangelio del reino a todo el mundo (Griego = toda la tierra habitada), que se exige en Mateo 24:12, como condición escatológica ineludible, para que pueda realizarse, en el momento determinado por Dios, la segunda vuelta de Su Hijo a esta tierra? ¿Quién está cumpliendo la denominada Gran Comisión de Mateo 28:16-20, desde hace 2000 años? ¿Quién predica en la actualidad el evangelio del reino a todas las etnias del mundo sino la Iglesia? Considerado de otra manera: ¿Está predicando, ahora, el evangelio del reino a todas las naciones de la tierra el pueblo de Israel como tal? A la luz de estas consideraciones ¿se puede seguir manteniendo que la Iglesia no se encuentra incluida, como elemento central, cristológico y soteriológico, en el capítulo 24 de Mateo?

Volviendo al texto de Efesios 2:12, y en relación con las consideraciones realizadas en Mateo 24, pensamos que es necesario que este evangelio del reino sea predicado a todo el mundo y después vendrá el fin. El asunto de la salvación podría ser contemplado así: “*Alejados de la ciudadanía de Israel*”, de la política de Israel, de la república de Israel, y de la cosa pública, en relación con el pueblo elegido de Dios en épocas pretéritas. El término ciudadanía o república también se puede traducir legítimamente, por democracia, y el sentido que tiene es el del “gobierno de los ciudadanos por sí

mismos”. Este aspecto de la realidad soteriológico-salvífica que se aplica al Israel de Dios (Gálatas 5:16), implica algo muy importante: entrar a formar parte de la ciudadanía de Israel, y adoptar y aceptar un sistema de gobierno, peculiar y específico, para la IGLESIA. La Iglesia no se puede gobernar desde mi perspectiva, y con un sentido auténticamente bíblico y neo-testamentario, como un sistema piramidal donde los detentadores del poder imponen por decreto a sus gobernados las normas que rigen el funcionamiento de la comunidad, amparados en que los contenidos de sus argumentaciones son inspirados directamente por el Espíritu Santo. Tal sistema de gobernar es similar al que se desprende de cualquier régimen dictatorial que atenta contra los derechos fundamentales e inalienables de las personas. La Biblia es la Constitución de Dios para ser aplicada a la vida de todo Su pueblo, y aquellos que disponen de determinados dones, que les capacitan para su legítima interpretación, deben de enseñar al pueblo, sin adulteraciones, todo el consejo de Dios; pero apareciendo ellos mismos, en primer término, como ejemplos o dechados de la grey en la que Dios mismo les ha querido constituir como pastores y maestros. El sistema de gobierno piramidal, rígido y verticalista, es contrario al espíritu y a la letra de las Sagradas Escrituras. Cuando se dice, en Efesios, que los gentiles estaban alejados de la ciudadanía de Israel, se está manifestando que estaban alejados de la república de Israel o que estaban alejados de un sistema que implicaba el gobierno de los ciudadanos por sí mismos, con un mandato para que sus representantes legítimos, aquellos a quienes el Espíritu Santo ha dado determinados dones, ejerciesen dicho gobierno de acuerdo con las normas del reino dictadas por el Supremo Legislador, y no por los caprichos arbitrarios, de hombres o mujeres, que tantas veces son puestos en emi-

nencia al frente de las congregaciones, mediante maniobras y estrategias humanas, propias de las instituciones seculares, cuyos miembros menos éticos buscan la ambición desmedida del poder.

Cuando se dice que la Iglesia no es una democracia, se está haciendo una afirmación, apriorística, que jamás ha sido demostrada teológicamente de manera convincente. Conozco perfectamente que el término democracia, en el devenir histórico político del mundo, ha sido menospreciado, pisoteado, distorsionado y escarnecido hasta extremos más que lamentables; y sé también, que lo que hoy se conocen como democracias, a nivel de los gobiernos de esta Tierra, constituyen sistemas socio-políticos donde el término democracia implica contenidos meramente teóricos y su realidad una representación fantasmagórica de lo que debiera ser la aplicación práctica de la misma. Pero la vocación democrática participativa, de auténtica comunión fraterna, que constituye la vocación de la Iglesia, demanda otra cosa. En muchas ocasiones se nos han presentado, en las Iglesias, algunos tipos o formas de gobierno, político, como ideales (léase por ejemplo monarquía en cualquiera de sus manifestaciones) para que los cristianos nos identificásemos en nuestros pronunciamientos políticos a su favor; esto constituye una manipulación intolerable en el ámbito de la Iglesia, que ni sus líderes ni el conjunto de la congregación debiera permitir jamás. Cuando se afirma que el sistema de gobierno ideal, que Dios aplaude y apoya, es una monarquía, aunque esta sea de carácter absolutista, se están traicionando los principios básicos del Cristianismo, y olvidando las solemnes lecciones y advertencias que Dios expresó sobre los gobiernos monárquicos en la época del Antiguo Testamento (1^o Samuel 8:1-22) Estas aseveraciones que hago, considero que están

plasmadas en las páginas de las Sagradas Escrituras con una claridad meridiana. Siempre que en las Escrituras aparece una situación de concentración del poder, de oligo o monopolio, Dios actúa para proceder a la descentralización del mismo. Pongamos algunos ejemplos que pueden ser paradigmáticos: Moisés recibe un llamamiento, de parte de Dios, para que un pueblo que vive esclavo de un sistema dictatorial (monarquía absoluta con pretensiones de ser considerada encarnación viva de la Divinidad Trascendente) sea liberado. Esta gesta de liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto constituye el primer hito de defensa de las libertades y de la autodeterminación de los pueblos en la Historia de la humanidad. Hablamos de Historia, de Historia elaborada, programada y realizada por la misma iniciativa de Dios. A Moisés se le dice que vaya y le diga al rey de un Imperio Mundial (según tantos entienden una autoridad legítimamente establecida por la misma voluntad de Dios), al Faraón de Egipto: *“Deja salir a este pueblo para que me sirva”*. Y ese pueblo que por fin sale, después de muchas dificultades y vicisitudes, y camina a través del desierto del Sinaí, va a tener un gobierno que emerge de la propia iniciativa y del pensamiento de Dios. Moisés ha vivido demasiado tiempo en Egipto, ha sido educado para ser un día Faraón, ha sido investido de una gran autoridad sobre todos sus súbditos; y es evidente que toda esta carga educacional ha influido en su propia concepción del mundo y del gobierno de los pueblos. Se trata de un condicionamiento que se proyecta y que ciega la visión de la realidad, no permitiendo tener otra diferente a aquella que fluye de las motivaciones de su propio corazón. Por si todo esto fuese poco, Moisés es un hombre que ha sido educado *“en toda la sabiduría de los egipcios”*; y esos conocimientos podían ser elementos refor-

zadores de la concepción que de la Historia había recibido en la corte del Faraón.

Por otra parte, Moisés pertenece étnicamente al pueblo de Israel, y es posible que condicionamientos bio-psicológicos y étnico-sociales influyesen, desde lo más profundo de la esfera de su intimidad, en una dirección contrapuesta a toda la educación sociopolítica, socio-cultural y socio-religiosa recibida. Un día, sentimientos devenidos a nivel de su inconsciente individual y colectivo, ascienden al campo de su conciencia y crean en él una nueva visión de su realidad entornante; es entonces cuando aparecen los primeros inicios que le apuntan hacia el futuro como el gran liberador de su pueblo. Dios hace un llamamiento a Moisés, al pie del Sinaí, para que vuelva a Egipto, desafíe el poder omnímodo del Faraón y dé la libertad a un pueblo sometido a la esclavitud durante más de 400 años. Moisés obedece el llamamiento de Dios, se pone a la cabeza de ese pueblo y monopoliza el poder sobre el mismo; es decir, reproduce los principios de autoridad aprendidos en la corte faraónica y los aplica al gobierno del pueblo de Israel. Dicho de otra manera, se convierte en un gobernante autocrático, intransigente y rígido. Todo pasa por él. Sobre ningún asunto que tenga que resolverse, de mayor o menor importancia, se pueden tomar decisiones sin la aquiescencia y el visto bueno del gran líder. Dios, tiene que volver a salir al paso de Moisés, para desaprobando su conducta, y su forma de actuación en el gobierno del pueblo. Cuando Moisés vivía en Egipto, sabía que nada se podía hacer sin que el Faraón dijese: ¡Hágase o cúmplase!; ahora Dios le va a decir a Moisés que debe proceder a una descentralización del poder para que el gobierno de Dios sea más dinámico y fructífero, y para que la realización de todos y cada uno de los individuos que constituyen Su pueblo, sea

más factible. Para este propósito, Dios utiliza a un hombre sencillo, tosco, habituado a vivir en el desierto y en la libertad. Un hombre que nunca ha estado en la corte, que carece de experiencias cortesanas y está libre de las intrigas políticas al uso, pero que es una persona íntegra, fiel al Dios creador de los cielos y de la tierra del que ha aprendido el verdadero sentido de la libertad y de la dignidad humana. Se trata de su suegro Jetro, que un día sale al encuentro de Moisés; contempla la complejidad social del pueblo de Israel y la forma de gobierno que Moisés ejerce sobre el mismo, y le dice a su yerno, como consejo, juicio crítico y recomendación: “Esto, Moisés, no funciona”. Es conveniente que procedas, de manera inmediata, a una descentralización de las responsabilidades que asumes. Has concentrado en tu persona todo el poder, y te estás convirtiendo, sin darte cuenta, (de un hombre que expuso su vida por salvar la dignidad de sus hermanos, y sufrió la persecución a muerte y el exilio) en un déspota y dictador del pueblo a quien Dios pretende redimir. Ya sé que la Biblia no contiene los términos que yo plasmo en este libro, con la dureza que los expreso, pero creo firmemente que lo que los textos bíblicos contienen, en el libro del Éxodo, en su sentido más profundo, corresponden a la percepción que yo intento plasmar aquí. En Éxodo 18:1-27 se encuentra historiado el relato que sirve de fondo a mis disquisiciones teológicas, del cual destaco algunos textos. Éxodo 18:14-17: “Viendo el suegro de Moisés todo lo que él hacía con el pueblo, dijo: ¿Qué es esto que haces tú con el pueblo? ¿Por qué te sientas tú solo, (Hebreo = por ti mismo) y todo el pueblo está delante de ti (Hebreo = en pie) desde la mañana hasta la tarde? y Moisés respondió a su suegro: Porque el pueblo viene a mí para consultar a Dios. (Literal-Hebreo = porque viene a mí el pueblo a consultar a Dios).

Cuando tienen asuntos, (Hebreo = cosa o palabra) vienen a mí; y yo juzgo entre el uno y el otro, y declaro las ordenanzas de Dios y Sus leyes. (Versión moderna = y les doy a conocer los estatutos de Dios y Sus leyes) Entonces el suegro de Moisés le dijo: No está bien lo que haces. (VM. = No es bueno lo que haces)”.

Jetro, en definitiva, le viene a decir a su yerno, que es comprensible y adecuado que se preocupe por las cosas de máxima responsabilidad, pero que es necesario que descentralice el poder de su persona; porque entre su pueblo, existen muchas personas capacitadas para resolver gran número de asuntos en los que no es imprescindible, ni necesario, que Moisés intervenga. Éxodo 18:18-27: “Desfallecerás (RVA = te agotarás) del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo. Oye ahora mi voz; yo te aconsejaré, y Dios estará contigo. Está tú por el pueblo delante de Dios, y somete tú los asuntos a Dios. Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde deben andar, y lo que han de hacer. Además escoge tú de entre todo el pueblo varones de virtud, (Hebreo = hombres fuertes-capaces) temerosos de Dios, varones de verdad, /Hebreo =hombres íntegros) que aborrezcan la avaricia; (literal = soborno ganancias deshonestas) y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez. Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; y todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño (de menor trascendencia). Así aliviarás la carga de sobre ti, y la llevarán ellos contigo. Si esto hicieras, y Dios te lo mandaré, tú podrás sostenerte, (Hebreo = estar en pie-aguantar) y también todo este pueblo irá en paz a su lugar. Y oyó Moisés la voz de su suegro, e hizo todo lo que dijo. Escogió Moisés varones de

virtud (Hebreo = hombres hábiles) de entre todo Israel, y los puso por jefes sobre el pueblo, sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta, y sobre diez. Y juzgaban al pueblo en todo tiempo; el asunto difícil lo traían a Moisés, y ellos juzgaban todo asunto pequeño. Y despidió Moisés a su suegro, y éste se fue a su tierra”.

En la famosa imagen del sueño de Nabucodonosor (Daniel 2), imagen a la que por otra parte, se recurre para hacer una apología de una aceptación política autocrática y absolutista, tenemos revelada la misma idea del concepto de la descentralización del poder. La imagen se presenta con una cabeza de oro que representa, políticamente, de manera clara, la monarquía absoluta, y basándose en que el oro es el metal máspreciado se deduce, hermenéuticamente, que este sistema de gobierno sería el ideal y el más recomendado por Dios; contradicción evidente con todo lo que Dios piensa de las monarquías absolutas y el poder del dinero, no sólo en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo. (1º Samuel 8:1-22; Mateo 6:24). En la medida en que se van describiendo los diversos elementos que componen la imagen, plata, bronce, hierro y barro cocido, van siendo representados, mediante los mismos, los diversos sistemas de poder o imperios que gobernaron o gobernarán en esta Tierra. En el libro de Daniel se va haciendo una interpretación de los imperios o reinos que representan los diferentes elementos estructurales de la imagen, y desde la cabeza de oro, de la que se dice claramente a Nabucodonosor: *“Tú eres aquella cabeza de oro”* (Daniel 2:38), hasta el poder representado por la confederación de reinos expresada a través de los diez dedos de los pies, resulta, políticamente evidente, que se está hablando de diversos sistemas que gobernaron el mundo y en la Historia con poder más o menos

absolutista y dictatorial, pero progresivamente descentralizado. Resulta evidente, que no es igual que las decisiones sobre el mundo sociopolítico, socio-económico y socio-religioso sean tomadas por un sólo déspota, que por diez. Pero además, estos diez reinos representados en los dedos de los pies de la imagen, aunque constituyan cada uno de ellos, por sí mismo, una dictadura, se encuentran en correspondencia con los demás en una relación de iguales, constituyendo una especie de consejo o gobierno mundial. Entendemos que desde la época de Nabucodonosor, como único rey de un imperio que gobernaba la Tierra, hasta el momento del gobierno de la confederación de los diez reinos, se va dando una descentralización progresiva del poder.

Parece ser que formar parte de la Iglesia, entrar a formar parte de esa ciudadanía de Israel, de esa política de Israel, implica embarcarse en la empresa del gobierno de los ciudadanos por sí mismos; dicho de otra manera, el gobierno de la Iglesia no puede ser autocrático, despótico, personalista y absolutista. Las personas que constituimos la Iglesia, tenemos que decir algo, o dicho de otra forma, se nos debe escuchar porque algo tenemos que decir. Una congregación cristiana no merece tal nombre cuando su sistema de gobierno es de carácter piramidal, donde unas pocas personas (casi siempre masculinas) monopolizan todo el poder, y los demás, tienen que hacer lo que dichos gobernantes determinen aunque esto no estuviera en la Biblia. Confundir “servicio” con “mandato” es un asunto grave, muy grave. El Señor ha permitido que existan diversos dones para el funcionamiento armónico del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. A la luz del Nuevo, y también del Antiguo Testamento, los dones tienen como finalidad el servicio de los demás, y no suponen un privilegio para que los demás les sirvan. Ese servicio a los

demás, si se realiza de manera consecuente y digna, debe de ser reconocido, apreciado, estimado y respetado por toda la Iglesia; pero el Espíritu de Dios no es monopolio ni de pastores, ni de ancianos, ni de consejos, ni de obreros, ni de misioneros, sino que es el don inefable que Dios concede a cada hijo Suyo para que more en la esfera de su intimidad y cuando el gobierno que se ejerce sobre el pueblo de Dios es de Dios, a nivel de la percepción humana dicho gobierno es (voy a decir algo que puede escandalizar a muchos) casi una acracia. No estoy hablando de la anarquía en términos sociopolíticos desmesurados, sino de lo que significa verdaderamente la palabra acracia, que considero, que desde el punto de vista cristiano, supone el gobierno del pueblo de Dios fundamentado en los principios de Dios y no en los de los hombres.

La Iglesia tendría que funcionar con un sentido de libertad y de participación de sus miembros, del que en la mayoría de los casos carece. Comunión significa participación en lo que tenemos en común; comunión no es sentarnos alrededor de una mesa, tomar un trocito de pan, beber de un vaso y permanecer en actitud reverente durante la Cena del Señor; comunión es mucho más que todo eso. La participación del pan y de la copa no la realizamos para tener comunión, sino para expresar la comunión que tenemos. Cuando no existe comunión, que brota del amor que llena el corazón de las personas, los actos participativos, del pan y de la copa, se convierten en ritos intrascendentes y en expresión de la verdadera no-comunión. No vamos al culto para tener comunión. Acudimos a una reunión o asamblea cristiana para expresar la comunión que tenemos como miembros del cuerpo de Cristo. Comunión significa: COMÚN-UNIÓN, y participar en lo común, es participar en todo lo que nos une;

por consiguiente, los miembros de la Iglesia (cada uno de los creyentes que tienen comunión por el hecho de ser miembros del cuerpo de Cristo) deben de expresar dicha comunión en la participación del gobierno de la Iglesia a que pertenecen. NO SE DEBE GOBERNAR A LA IGLESIA SIN LA IGLESIA. Esta es la idea que tenemos expresada en la frase de Efesios 2:12: *“Alejados de la ciudadanía de Israel”*. Los gentiles estaban alejados de la ciudadanía de Israel, pero, ¿Qué significa “alejados”? El significado del término es el mismo de Efesios 4:18: “Ajenos”. Literalmente, el término alejado o ajeno, es muy importante, y significa “enajenados o alienados”. Esta es la idea que se expresa para decirnos que los gentiles estaban separados de Dios, de Cristo; es decir, enajenados o alienados de la ciudadanía de Israel, y por consiguiente, ajenos a los pactos de la promesa, y sin esperanza y sin Dios en el mundo.

Un creyente que no participe en la vida, decisiones y gobierno de su propia Iglesia, es un creyente enajenado, alienado, y por lo tanto ajeno a la posibilidad de realización en el marco de su propia comunidad local. El término enajenar tiene el sentido de “extrañamiento de sí mismo”. En Psiquiatría se emplea para expresar el estado de determinadas enfermedades mentales, como la esquizofrenia, en la que por el proceso de enajenación psíquica una persona pierde el sentido de su propia identidad, y considera que se ha convertido en otro ser, pareciéndole el perimundo, en el que tiene que vivir, extraño a su propia percepción de la realidad. La esquizofrenia espiritual, de nuestras Iglesias, consiste en que muchos de sus miembros han perdido el sentido de su identidad y viven como extraños en su propia casa.

Estamos entrando en una cuestión delicada: la enajenación o la alienación de Dios. ¿Por qué los gentiles, es decir,

las naciones no judías, estaban en esta situación? Dicho de otra manera: ¿Por qué los seres humanos antes de ser Iglesia, están enajenados de Dios? La Biblia dice, claramente: “Que no estar en Cristo, que no ser Iglesia de Dios, significa estar ajenos (enajenados o alienados) de la política de Israel, de la política de Dios”.

¿Por qué ésta situación era posible? ¿Por qué todas las etnias, del mundo estaban en situación semejante? ¿Cuál es la respuesta? Creemos que porque en el Antiguo Testamento la promesa de Dios, en el ámbito de lo salvífico, incluía a todos los pueblos de la tierra. El llamamiento que Dios hace, cuando empieza a desvelar el Plan Económico que tiene para la Salvación de las etnias, de las razas, de todos los hombres, no lo realiza a través de ningún judío ni de ningún israelita, dado que en ese momento de la Historia, dichos ciudadanos no existen; Dios realiza Su llamamiento de salvación universal dirigiéndose a un gentil, a un habitante del mundo, que vive en Ur de los caldeos. Dios llama a Abram y le dice: *“En tu descendencia, en tu simiente, en alguien de tu descendencia serán bendecidas, benditas o realizadas, todas las naciones o familias de la tierra”* (Génesis 12:1-3). Por lo tanto el llamado y la oferta de Dios; es decir, el punto de partida para la Salvación de los hombres, se le hace a un habitante de esta tierra, con muchísima anterioridad a la existencia del pueblo de Israel. El llamamiento es universal: para todas las familias de la tierra. Más tarde con el transcurrir del tiempo, nos encontramos con que las diversas etnias humanas se encuentran fuera del ámbito de la promesa de Dios; en realidad “no están fuera de la promesa, sino fuera de las bendiciones que la promesa implica”; se encuentran ajenos a los pactos de la promesa. Los pactos siguen, pero los hombres están alienados o enajenados de esos pactos.

¿Cómo llegamos los seres humanos a esa enajenación? Para clarificar este aspecto, es necesario proceder al análisis del término “enajenar” o “alienar”. Este término se utiliza mucho dentro del campo de la salud y de la patología mental. Cuando una persona se encuentra mentalmente enferma, decimos que su salud mental está enajenada o alienada. A una persona enajenada o alienada, le ocurren por lo menos estas tres cosas: 1) una despersonalización, por lo tanto una pérdida del sentido de su identidad. 2) Otro proceso más complicado, por el que ocurre lo anterior: la irrupción e invasión del campo de su conciencia por contenidos que proceden de la profundidad de su ser, de la esfera inconsciente de su persona. En algún momento del estudio que venimos realizando, en este libro, manifestaba mi opinión sobre el momento y circunstancias del nacimiento del “inconsciente”. Para mí el momento coincide con el relato registrado en el capítulo 3 de Génesis, y que denominamos, en lenguaje teológico eclesiológico, como “la caída”. La esfera inconsciente del corazón humano es la responsable de todas nuestras imperfecciones. En esa esfera inconsciente hay contenidos que están controlados por la conciencia: cuando digo conciencia, no estoy refiriéndome ahora, exclusivamente, a la conciencia ética y moral, a lo que en el lenguaje psicoanalítico, se denomina el super-yo, sino a la conciencia en sentido general, a la conciencia en el sentido de darse cuenta de las cosas ó tener conciencia de las mismas; la conciencia ética o moral solo constituye una parcela de la conciencia que en el devenir psico-biográfico, de un ser humano, corresponde a una adquisición antropológica reciente y tardía. Un niño pequeño, va adquiriendo conciencia de sí mismo y de su peri mundo, pero la última dimensión de conciencia, que adquiere, es la conciencia de lo bueno y de lo malo, es decir, la conciencia ética.

Considero que de manera similar a lo descrito anteriormente, se fue deviniendo la realidad humana. Cuando el hombre fue creado, tenía conciencia de muchas cosas: de quién era él, de quién era su mujer, de qué relación tenían, de la situación espacio-temporal en la que se encontraban, y hasta de quién era Dios. De lo que no tenía conciencia, era del bien y del mal; carecía, por tanto de conciencia ético-moral, y ésta última adquisición, la integró al campo de sus contenidos psíquicos cuando transgredió el mandamiento de Dios y se salió de sus límites. Fue pues la conciencia ético-moral la última adquisición, del hombre, en el desarrollo de su personalidad.

Como veníamos diciendo, en el inconsciente (esfera más profunda del corazón humano) existen contenidos psíquicos, controlados por la conciencia. Este control es necesario para mantener el equilibrio psico-emocional de una persona. Cuando la conciencia pierde su función de “vigilancia”, de agente “supervisor”, algunos de esos contenidos inconscientes, que están pujando por salir, salen y se instalan como elementos extraños en el campo de la conciencia; es entonces, cuando el YO (la conciencia) se desestructura, se aliena, y la persona pierde el sentido de su identidad; empieza a tomar conciencia de que es “otro”, de que se está transformando en otro, en definitiva, de que deja de ser el que era. En esencia, en esto consiste la alienación: En elaborar una conciencia con extrañamiento de uno mismo; uno no se reconoce a sí mismo como tal, ha perdido el sentido de su propia identidad, se considera un extraño para sí mismo, convirtiéndose en un enfermo mental.

Un día la raza humana “se salió de sus propios límites”. ¿Se preguntan por qué? Porque se alienó. ¿Cómo ocurrió este hecho? Creo que algo que tiene que ver con la esencia

del mismo, lo encontramos en las enseñanzas del apóstol Pablo en la epístola a los Romanos, capítulo 1, y también lo tenemos reflejado en este libro, que comentamos, en el capítulo 4:17-18: *“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad (vacuidad, vacío mental; es decir, buscando una realización que no se encuentra) de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”*. El término ajenos, en griego corresponde a un vocablo que tenemos que traducir por alienados; es decir enajenados de la vida de Dios, fuera de la vida de Dios. Fuera de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón. ¿Cuál es la razón? ¿Por qué el hombre, que estaba dentro de esa promesa de Dios, perdió el sentido de su identidad, se alienó, tuvo un proceso de extrañamiento de sí mismo y quedó fuera? La razón está en que su entendimiento fue “entenebrecido”. El término entenebrecido, corresponde, literalmente, a una palabra que pertenece a la jerga médica, de los oftalmólogos, y que se corresponde con un síntoma óptico, que se experimenta, en algunas enfermedades de los ojos. Consiste, en que a veces, una persona no puede percibir, claramente, todo el campo visual que tiene por delante; es decir, ve unas zonas claras y otras oscuras. A estas zonas oscuras se les llama “escotomas”. El término escotoma traduce, literalmente, el vocablo bíblico “entenebrecido”. Siguiendo el argumento teológico, tenemos que concluir, que en un momento determinado del devenir del hombre, surgieron zonas de oscuridad en su corazón. Los escotomas en el corazón del hombre, constituyen, para mí, el momento del nacimiento del inconsciente. Cuando David dice, al final del Salmo 139: *“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce*

mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno". ¿Qué está reconociendo? Que cuando, él, hace un estudio introspectivo, e intenta captar su realidad intrapsíquica, encuentra dentro de su corazón zonas de oscuridad, zonas escotómicas, que sólo Dios puede iluminar y revelar. Corresponden a esas zonas del corazón del hombre, a su inconsciente, aquellas palabras del Señor Jesucristo, cuando dice: *"Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, (inmoralidades sexuales, pornografía, prostitución, etc.) los homicidios, los hurtos, las avaricias, (ansia de tener más y más) las maldades, el engaño, (dolo) la lascivia, (desenfreno del instinto sexual, desvergüenza, libertinaje; quitar el freno, quitar la vergüenza) la envidia, (mal de ojo) la maledicencia, la soberbia, la insensatez (la locura)"* (Marcos 7:21-23).

Cuando el hombre se salió de sus límites, al trasgredir el mandamiento y la recomendación de Dios (Gn. 2:16-17; 3:1-24), se enajenó. Surgió en la esfera de su intimidad la realidad psíquica de su inconsciente: estrato psíquico cuyos contenidos alienan su personalidad, y le convierten en un ser extraño para sí mismo y para Dios, deviniendo su existencia sin Dios y sin esperanza en este mundo.

Todo lo que venimos desarrollando, en Efesios 4:17-19, lo encontramos explicado de manera más amplia, y por el mismo autor, en el capítulo primero de su epístola a los Romanos. Pero antes de entrar en la exégesis, más pormenorizada, de este capítulo, vamos a volver a recordar, lo que San Pablo nos dice en esta carta: *"Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en*

ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, (se pierde la sensibilidad cuando algo acontece en la conciencia, cuando hay una patología a nivel de la conciencia) se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza". Es decir, cuando va bajando el nivel de conciencia, la persona va perdiendo su capacidad de sentir, de tener conciencia de las cosas; una persona en coma, desde el punto de vista médico, no siente absolutamente nada. El coma, a ese nivel clínico, es la ausencia de toda conciencia biológica; pero la conciencia, es más que la conciencia biológica. En la medida que baja el nivel de conciencia se va perdiendo la capacidad de percepción y de sentido de la realidad. Una persona anestesiada no suele tener conciencia de lo que la está sucediendo; pues bien, nuestro texto dice: *"después que perdieron toda sensibilidad (toda conciencia), se entregaron a la lascivia, (literalmente al desenfreno, al libertinaje), para cometer con avidez toda clase de impureza (de depravación. Es decir, la conciencia ético-moral, es la parte de la conciencia que constituye "el freno". Cuando se quita el freno se dispara o libera lo que está contenido por el mismo. Ese freno ético-moral controla contenidos a nivel del inconsciente humano. El inconsciente tiene reprimidos diversos contenidos, que por estarlo son los responsables del devenir de diversas penalidades y sufrimientos en la vida, como veremos después; pero también contiene reprimidas otras tendencias, que si no estuvieran controladas por el yo, por el freno, en definitiva, por la conciencia, los seres humanos nos destruiríamos los unos a los otros sin la más mínima duda. Sigmund Freud habló mucho de la represión y de lo negativo de la misma, pero llegó a admitir, en su día, que sin una determinada cuota de represión, la vida y la convivencia de los seres*

humanos sería absolutamente imposible en esta tierra. Les invito a tener una consideración en cuanto a lo que está sucediendo en el mundo, en estos tiempos; hay una parte de la Palabra de Dios que pregunta: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros?” (Santiago 4:1). ¿De dónde nacen? La respuesta sería que desde ahí, desde esa zona de escotomas y de sombras en el corazón de los hombres; cuando se quita el freno, se liberan impulsos destructivos de nefastas consecuencias; impulsos que arruinan y deterioran la vida y la convivencia de los seres humanos.

Vamos ahora con el análisis de Romanos 1, para entender mejor como se alienó el hombre de Dios. En este capítulo el apóstol va a hablar de cómo esta humanidad quedó fuera del marco de esas bendiciones de la promesa, quedó alienada y enajenada de Dios, y cómo fue ese proceso. Dice en el capítulo primero y a partir del verso 18 “*Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, Su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, (estamos ya casi recogiendo las palabras de Efesios 4) Y su necio corazón fue entenebrecido*” (Ro. 1:18-21). El término *entenebrecido* del verso 21, corresponde al vocablo griego que hemos traducido por “escotomas”. Se trata del mismo concepto que hemos encontrado en Efesios 4:18; es decir, se trata de que en la esfera de la intimidad, en el corazón del hombre, surgieron, como consecuencia de la caída, zonas y niveles de oscuridad,

que impiden, por una parte, que el hombre pueda conocerse a sí mismo desde su yo, y por otra parte, que pueda controlar los impulsos que brotan desde lo más profundo de su corazón; y que por lo tanto, pueda dirigir con capacidad volitiva su propia conducta. Seguimos preguntando, a la luz de Romanos 1: ¿Cuál es la razón por la que el hombre se ha enajenado de Dios? Creo que la respuesta está en el versículo 18 del capítulo primero de Romanos, donde hemos leído: “*Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad*”. La clave está en esta última frase: “*que detienen con injusticia la verdad*”. ¿Qué significa la palabra *detener*? Se le pueden dar diversos sentidos y significados, pero yo voy a darle el que creo que es más fundamental: el significado, casi literal, de esta palabra sería “reprimir”. A la luz de este sentido tenemos que admitir que aquí, en Romanos 1:18, se está hablando de un momento, en la Historia del hombre, en el que él mismo reprimió la verdad. Se trataría de una verdad que estaba formando parte esencial, de los contenidos de su conciencia, y que fue desplazada fuera del campo de la misma, y ubicada a nivel subconsciente o inconsciente; es decir, que fue reprimida. Esta es, posiblemente, la explicación psicológico-teológica, más plausible, a mi manera de ver, de cómo el hombre en su devenir histórico perdió “la conciencia de la verdad”.

3) ¿Qué fue lo que reprimió el hombre? Creo que está claro, y que lo encontramos en el contexto de Romanos 1. El hombre reprimió a Dios (o Su imagen o la conciencia que del mismo tenía). Y cuando el hombre reprimió a Dios, se salió fuera, se alejó, se alienó y se enajenó; quedó ajeno a los pactos de la promesa y se encontró sin esperanza y sin Dios en el mundo. Sin esperanza y sin Dios no porque no hubiese Dios, sino porque él sacó a Dios fuera del campo de su

conciencia. El hombre que Dios había creado, a su imagen y semejanza, tenía conciencia de Dios, pero en el hecho de la caída, se crean unas profundidades, en la esfera de la intimidad del hombre, que constituyen lo que conocemos psicológicamente como la esfera del inconsciente o *ello*; es en estas zonas escotómicas, inconscientes, de oscuridad, donde el hombre reprime con injusticia la verdad; es decir, donde el hombre almacena la verdad que desplaza fuera de su conciencia. El fenómeno de la represión, es un fenómeno que ocurre sin que el sujeto que lo experimenta se dé cuenta de lo que le está pasando. Esta es la razón porque los humanos, hasta el día de hoy, no tienen conciencia de haber reprimido a Dios. Y por eso, en la medida que el hombre va desarrollándose en el camino del super-hombre, va excluyendo a Dios de su vida. Cada vez más en la sociedad actual, en la que vivimos, se pasa de Dios; se refuerza la represión de Dios. Hay muchas influencias que concurren para reforzar esta represión.

Por otro lado, también sabemos, que en lo más profundo del corazón del hombre, hay unos contenidos que intentan emerger a su conciencia para acercarle a la Divinidad, y que tienen que ver con lo que últimamente venimos comentando. Salomón escribe en el libro de Eclesiastés lo siguiente: *“Todo lo hizo hermoso (Dios, este es el sentido) en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin”* (Ec. 3:11). Es decir, que el testimonio de Dios en el corazón del hombre, que corresponde, en parte, con esa represión de Dios, es inconsciente para el hombre. El hombre no entiende, comprende ni capta, los movimientos más profundos que se devienen en la esfera de su intimidad en relación con lo Trascendente.

Como consecuencia de ese acto de *represión*, el hombre se enajena y entonces se queda sin esperanza y sin Dios en el mundo. El término “sin Dios”, literalmente es muy importante y, corresponde al vocablo griego *“ateos”*. Es decir, en el momento que los seres humanos reprimen a Dios se constituyen en ateos; según la Filosofía, ateo es aquel que no cree en Dios, pero según la Teología, ateo es aquél que vive sin Dios y sin esperanza. Ateos son personas que viven sin conciencia alguna de Dios, porque tienen a Dios reprimido en el centro de su mismo corazón.

¿Qué es lo que hace Dios con un ser humano cuando le salva? Me parece que algo parecido a lo que hacemos al actuar psico-terapéuticamente para ayudar a una persona que sufre conscientemente, la consecuencia de tener reprimidos determinados complejos a nivel inconsciente. El psicoterapeuta trata de que la persona conozca sus contenidos reprimidos, los haga conscientes y se libere del sufrimiento que le infringen. Se trata de que lo inconsciente suba y ascienda a la conciencia, a fin de que YO pueda controlar, conscientemente, a la persona, y ésta pueda liberarse de aquellos problemas que la han llevado a la enfermedad y al sufrimiento. Lo que Dios realiza en la conversión, de un ser humano, por la acción de Su Espíritu Santo, consiste, esencialmente, en el mismo proceso: Hacer consciente lo inconsciente. Se trata de que el hombre a través del proceso de arrepentimiento (cambio de mente o de la manera de pensar) y de la conversión (cambio de dirección) tome conciencia de Dios. Nadie puede tener conciencia de salvación sin tener conciencia de Dios. En esencia, la conversión consistiría en hacer consciente al Dios inconsciente y reprimido en el corazón del hombre. Quizá esta sea la razón más poderosa, por lo que las Escrituras nos dicen, que el Espíritu Santo va a habitar o morar en

el corazón del hombre, va a vivir en esas profundidades y zonas de oscuridades escotómicas con la finalidad de hacer consciente lo inconsciente. Por eso el Espíritu Santo es el que redarguye (hace tomar conciencia) a los hombres, de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8-11). Porque solo Dios tiene fuerza y capacidad, para que la Divinidad reprimida (o la imagen de la misma) pueda subir a la conciencia de las personas. Volviendo a Efesios: *“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos (lo de “pueblos” no es original, pero se entiende por el contexto) hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella (literalmente, en Él, en Cristo, que es el que muere) las enemistades”* (Efesios 2:13-16).

En estos textos hay muchas cosas interesantes en las cuales no me voy a detener con demasiada minuciosidad, para no alargar desmesuradamente la exégesis. Pero vaya decir algunas cosas, que son en mi consideración, las fundamentales. La pregunta de mayor relieve que puede asaltar a nuestra mente, es ésta: ¿Qué es la Iglesia? Lo que la Iglesia es se nos expresa con figuras distintas, pero todas y cada una de ellas, tienen esta característica o distinción: ¡Todas son figuras colectivas!

Primero se nos dice que la Iglesia es un pueblo formado por la unión de dos pueblos. A mí me viene al pensamiento, ahora, aunque quizá está fuera de contexto, aquello que el Señor Jesucristo respondió cuando le preguntaron acerca

del problema del divorcio. Volviendo a los argumentos primarios de la Revelación de Dios, e intentando llevar el pensamiento de sus interlocutores al libro del Génesis, les respondió, que la concesión al divorcio permitida por Moisés, estaba en función de la dureza de sus corazones, más les añadió: *“pero al principio no fue así”*. No fue así, y llega un momento en que les dice: *“lo que Dios juntó no lo separe el hombre”*. Y aunque sé, como argumentaba anteriormente, que la cita de esta confrontación dialéctica entre Jesús y Sus adversarios, se encuentra fuera de contexto, la traigo por vía de ilustración, en cuanto al concepto de Iglesia como Pueblo se refiere. *Porque no hay más que un pueblo para el futuro*. Se elucubre escatológicamente como se quiera, no existe, en relación al futuro, más que un pueblo. Existen muchas etnias, pero en cuanto a la visión que encontramos implícita en Efesios 2, no existe más que un solo Pueblo. De los dos hizo uno: la Iglesia. La Iglesia constituye un Pueblo, es decir, una colectividad. Cuando se realizan separaciones muy rígidas, entre Israel y la Iglesia, escatológicamente creo que se están olvidando u obviando, capítulos enteros de la epístola a los Romanos, tales como aquellos en los que el pueblo de Dios (la Iglesia) aparece bajo la figura de *un sólo árbol*, del que se parte y del que es parte integrante y fundamental el pueblo de Israel: La salvación viene de los judíos. Que Jesucristo era judío, es obvio, en cuanto al entronque biológico, existencial y material de Dios con la Historia, con el mundo y con los hombres. Jesucristo era un judío y así se le consideraba: *“¿Cómo tú siendo judío...?”* decía una mujer sencilla que apreciaba la realidad. Los israelitas, los judíos, fueron desgajados del árbol de la Salvación, para que fuésemos injertados otros (los gentiles), pero en un futuro los desgajados también volverán a ser re-injertados en el mismo árbol.

Es del máximo interés considerar, que escatológicamente, sólo se contempla *un árbol y un pueblo*.

Más adelante se nos dice que la Iglesia es una *familia* (Efesios 2:19). Es decir, que los creyentes somos familiares de Dios, miembros de la familia de Dios. Una familia constituye, por excelencia, *una entidad colectiva*.

También se nos enseña que la Iglesia es *un edificio* (Ef. 2:20-22). “*Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas*”. Unido con esta idea de edificio, se nos explicita que el tal es *un templo* (Efesios 2:21). Tanto el concepto de edificio como el concepto de templo, nos hablan de una realidad que se deviene colectivamente. Dentro de esta concepción de la Iglesia como una entidad colectiva, nos encontramos con la conjugación o el resumen magistral de todas las figuras aducidas (pueblo, familia, edificio, templo), cuando se nos enseña que la Iglesia es “UN HOMBRE”; este concepto antropológico, nos lleva a la consideración de que la Iglesia es una persona colectiva. Es decir, “UNO”, constituido por muchos miembros, pero “UN HOMBRE”. Cuando en nuestro lenguaje corriente manejamos la idea de que cada creyente que se salva, es, por sí solo, un hombre nuevo, estamos cometiendo un error teológico fundamental. Planteado de otra manera: ¿Cada uno de nosotros somos un hombre nuevo, por libre, por nosotros solos? ¿Cuántos hombres nuevos hay? ¿Cinco mil, seis mil millones? La respuesta sería: ¡qué sé yo cuantos! La Biblia nos resuelve la dificultad y nos da una respuesta clara, cuando nos afirma que sólo existe UN HOMBRE NUEVO: “*Para crear en Sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre*” (Ef. 2:15).

Somos (cada uno de nosotros) el hombre nuevo, si estamos injertados en Él. Si estamos injertados en el único Hombre Nuevo, en el hombre escatológico, en el último hombre,

en el postrer Adán. Jesucristo es, el Hombre Nuevo, y en su dimensión soteriológica, en su resurrección de entre los muertos ha levantado con Él, a todos los que constituyen el “Hombre Nuevo”, dándole al mismo, una dimensión escatológica. Somos el Hombre Nuevo, porque estamos... “muertos con Cristo y resucitados con Cristo”. Pero somos el hombre Nuevo en Él. Despojarse del viejo hombre, y vestirse del nuevo, es despojarse del hombre adámico, del primer hombre, y vestirse del hombre escatológico, del último hombre. Pablo en la primera epístola a los Corintios (y también en Romanos 5) no conoce en la Historia de la humanidad, más que dos hombres. Nos habla del conocimiento de muchos individuos, pero su afirmación teológico-antropológica básica, se refiere al conocimiento de DOS HOMBRES, o DOS PERSONAS COLECTIVAS. Dos hombres: el primero y el último. Así se afirma en el original griego: “*Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial*” (1ª Co. 15:45-49).

En la porción de Efesios que estamos tratando, en la última parte del capítulo 2 hay algunos aspectos importantes, sobre los que vamos a tener algunas consideraciones, antes de terminar con la exégesis de este capítulo. Cuando se dice que la Iglesia es un edificio, se nos habla que está edificada sobre un fundamento. Para muchos españoles que se consideran cristianos (católico-romanos), la enseñanza que han recibido es que la Iglesia se encuentra edificada sobre una

sola persona, y que esa persona se llamaba Simón Pedro. A este apóstol se le considera como el primer Papa, establecido como tal, por el mismo Jesucristo. Veamos si los textos de Efesios 2:19-22, apoyan tal tesis doctrinal. En este pasaje, que comentamos, se nos dice que la Iglesia está fundada o edificada *“sobre el fundamento de los apóstoles y profetas”*. Es clarísimo que la Iglesia tiene un fundamento, pero también es una verdad meridiana que dicho fundamento es colectivo: Apóstoles y profetas. ¿Por qué se ha escatimado esta verdad tan clara? Nadie va a discutir que uno de los apóstoles que constituyen el fundamento de la Iglesia, es Simón Pedro, pero ¡él no es el único elemento constituyente de dicho fundamento! El fundamento está integrado por los apóstoles y profetas. Los apóstoles, en principio, eran 12; pero el Nuevo Testamento, añade a estos 12 algunos más, y especialmente el llamado apóstol de los gentiles: Saulo de Tarso. Por si fuese poco este fundamento colectivo, a los apóstoles, antes referidos, se les añaden los profetas. No es muy probable, desde el punto de vista hermenéutico, que los profetas a los que aquí se hace referencia, se correspondan con los del antiguo régimen viejo-testamentario. Consideramos que la Iglesia está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas de la época novotestamentaria. El Nuevo Testamento nos enseña que en los primeros años de vida y desarrollo de la Iglesia, existían profetas, cuya característica y ministerio, diferían, en parte, del carácter y contenido del ministerio de los profetas del Antiguo Testamento. Además el Nuevo Testamento enseña, que los profetas de las primeras décadas de la vida de la Iglesia, no solo eran varones, sino también *mujeres*. Esta última aseveración constituye otra verdad que también ha sido escamoteada, en el análisis teológico, en todo el amplio campo del deno-

minado Cristianismo nominal. Es sobre este fundamento de “apóstoles y profetas” que la Iglesia fue edificada. Pero Efesios 2:20-21, añade algo fundamental para entender que el soporte, básico, del fundamento de la Iglesia, descansa sobre una persona que no es el apóstol Pedro: *“edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en Quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”*. Por debajo de ese fundamento de apóstoles y profetas existe una PIEDRA ANGULAR, una ROCA, que sustenta todo el peso de la Iglesia, y que constituye la verdadera infraestructura sobre quien toda la Iglesia va siendo edificada. Jesucristo es la principal piedra del ángulo. Esta verdad, constituye la corroboración de su afirmación, durante Su ministerio aquí en la tierra, en la región de Cesarea de Filipo: *“edificaré mi Iglesia”* (Mateo 16:18).

El edificio que es la Iglesia debe de crecer coordinado, con la finalidad de constituirse en *“un templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”* (Ef. 2:21-22).

Cuando Salomón edificó su magnífico templo, el día de la inauguración, en la oración que elevó al Señor, entre otras cosas decía: *“He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? y añadía: “Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? (1º Reyes 8:27)*. La Iglesia, sin ninguna pretensión de orgullo, es el espacio y el lugar donde Dios ha querido morar: *“en Quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”*. La Iglesia es el cuerpo de Cristo y Dios mora en él. El Nuevo Testamento nos enseña, que cada uno de los creyentes somos miembros del cuerpo de Cristo; pero la enseñanza, llega más lejos, cuando

afirma, que nuestros cuerpos (*Griego = soma*) materiales, son miembros del cuerpo de Cristo. Nos encontramos, una vez más, con el fenómeno que yo, he denominado “la pneumatización de la materia”. Sabemos, que en el creyente, se produce, por el hecho del arrepentimiento y de la conversión, “una pneumatización del espíritu”: es decir, la presencia de Dios en nuestro corazón, en la esfera de nuestra intimidad; pero esta realidad supone que nuestros cuerpos mortales actuales, son, a su vez, el templo de Dios: el lugar donde el Espíritu Santo mora. (1ª Co. 6:19-20).



Capítulo 5

La revelación de Dios y la Economía Divina

(Efesios 3)

Recordando un poco el cuadro sinóptico, a efectos didácticos, que habíamos hecho de esta epístola, el tema general de la misma parece ser el de la Economía Divina. Hasta este momento hemos tratado dos aspectos de este Plan general: la concepción o la gestación del Plan en la misma interioridad de Dios, y la realización del mismo. En el capítulo tres, nos encontraremos con la revelación del Plan Económico de Dios para la reconciliación del mundo con Él.

El capítulo 3 constituye un capítulo central donde se nos habla o se nos revela el Plan de la Economía Divina. Se trata de un capítulo fundamental, en cuanto encontramos en él el término economía. Dicho vocablo, se encuentra al menos en dos ocasiones en este capítulo 3 de Efesios. En primer lugar en el verso 2: *“si es que habéis oído de la administración (Griego = economía) de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros”*. El desconocimiento del idioma original, crea y ha creado confusiones a nivel del uso y manejo de determinados términos que se utilizan en el ámbito religioso o eclesiológico. Tal es el caso de lo sucedido con el término

griego, “economía” que aquí se traduce por “administración”. Cuando en algunas órdenes religiosas del ámbito del Catolicismo Romano se designa a algunos de sus miembros, con el término “ecónomo o ecónoma”, aunque nos resulte, en otros medios cristianos, un tanto extraña la utilización de dicho vocablo, la verdad es, que el término tiene una correspondencia bíblica y novo-testamentaria exacta. Los ecónomos son los administradores de la asamblea, congregación o comunidad, en el sentido del Nuevo Testamento. Por consiguiente, también es correcto para los mismos fines, la utilización del término “administrador” en el ámbito eclesiástico. El capítulo 3 de Efesios nos presenta al apóstol Pablo, como el “administrador o ecónomo” del Plan Económico de la Salvación.

La segunda cita del término economía la encontramos en el versículo 9 del capítulo 3: “y de aclarar (Griego = sacar a luz) a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas”. El término dispensación corresponde en el original al mismo vocablo (economía) que se traduce, en Efesios 3:2, por administración. La traducción del término griego economía por la palabra dispensación no tendría mayor inconveniente, si en su traducción, exégesis y hermenéutica, se mantuviera el sentido genuino del original, y no se sometiese dicho término a deformaciones doctrinales e ideológicas, que han dado lugar a la creación de supuestas “doctrinas ortodoxas” que dejan muchísimo que desear, a la hora de confrontarlas con la Revelación más completa de todo el Consejo de Dios. Es necesario analizar el término economía, en el contexto en que se encuentra. La traducción del mismo, por el vocablo dispensación, no puede servir como pretexto teológico, para convertirlo en un término escatológico, porque no existe autoridad exegética ni hermenéutica que apoye dicha reconversión. La verdad es, que el

Plan Económico de Dios, se deviene, se cumple, en el tiempo. Por lo tanto lo que se ha cumplido, hasta ahora, y lo que falta por cumplirse, (aspectos escatológicos del plan) forman parte de una misma realidad económica. Convertir el término que expresa la esencia del Plan Salvífico de Dios, en un término orientado, hacia un aspecto, meramente dispensacionista, es desvirtuarlo de su auténtico sentido y trascendencia. En una palabra, abortar su contenido teológico. El apóstol Pablo habla de cómo este Plan había estado escondido, y lo dice así: *“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas”* (Ef. 3:8-9). El término “escondido” tiene el sentido de un lugar inaccesible, inescrutable e insondable. Es decir, que nadie podía llegar al conocimiento de ese Plan Económico de Dios, si Dios no hubiese querido revelarlo; y por eso, siempre que se habla de la revelación del Plan de Dios, en esta epístola y en otros contextos, se emplea un término que nos es bastante conocido, pero que también ha sufrido deformaciones en cuanto a su significado más esencial y básico. Algunas de las deformaciones tienen carácter escatológico, y el término al que nos estamos refiriendo ha terminado identificado con un solo libro de la Escritura: el Apocalipsis. Pero el término griego *apocalipsis* que traducimos por *revelación*, trasciende el ámbito restringido de carácter profético escatológico que se le ha dado por muchos autores. Apocalipsis es, sin más, Revelación de Dios. Por consiguiente, la Revelación de Dios (toda) es el apocalipsis, y es por esto que no podemos reservar el término apocalipsis en referencia a un solo libro del Nuevo Testamento. Debe de quedar claro, que desde la perspectiva del

presente existe un apocalipsis o revelación pasada y un apocalipsis o revelación futura. Es necesario añadir, que cuando se relaciona apocalipsis con aspectos escatológicos de naturaleza catastrófica y futura, sólo se está hablando de una parcela del Apocalipsis o Revelación total de Dios, la cual está llena de abundantísimos contenidos que nada tienen que ver con el catastrofismo. La Revelación de Dios comprende aspectos muy amplios a los que los seres humanos no habríamos podido tener acceso por nosotros mismos. El mismo apóstol Pablo reconoce, que su conocimiento del Plan Salvífico de Dios, le fue dado mediante revelación: *“me fue dada esta gracia de anunciar (predicar) entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar (sacar a luz) cual sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios”*.

Ya hemos visto, al principio de este libro, que el término *desde* (en relación con los siglos, Ef. 3:9) se explica, no desde el momento que aparece el tiempo, sino desde una perspectiva pre o atemporal. El vocablo griego por el que se traduce “desde”, significa: aparte, lejos de, fuera de, sin, etc. Volviendo a la frase del versículo 9, “escondido aparte de los siglos en Dios”, y aplicándole la traducción literal que hemos apuntado, el resultado sería el siguiente: “escondido aparte de los siglos en Dios, escondido lejos de los siglos en Dios, escondido fuera de los siglos en Dios, escondido sin los siglos en Dios”. Es decir, el misterio que constituye el Plan Económico de Dios era una realidad anterior al tiempo, o al menos, al concepto de tiempo que nos ha sido revelado. Este misterio, había sido tejido en la propia interioridad de Dios, y según Su Consejo.

Se trata de un misterio que en otras generaciones, en otros momentos de la Historia de la humanidad, no se dio a

conocer a los hijos de los hombres como ahora (época neo testamentaria hasta la segunda venida de Jesucristo) “*es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu*” (Ef. 3:5); queda claro, en Efesios 3, que esta revelación de la Economía de Dios, es una revelación que se hace a determinadas personas de una manera especial. Este aspecto, es de la máxima importancia; es decir, la Revelación de la que venimos hablando no se hace a todo el mundo por igual, se realiza a determinadas personas, de manera peculiar, para que esas personas, a su vez, actúen económicamente: es decir, vayan difundiendo este Plan y administrándolo para que otros muchos puedan llegar a su conocimiento. Respecto del Plan, se dice como es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu; la revelación por el Espíritu de Dios, constituye la manifestación esencial de la Deidad. Ahora, ¿cuál es el contenido fundamental y central del Plan Económico de Dios?: “*Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio*” (Ef. 3:6) Cuando se habla de los gentiles, se está hablando de todos los pueblos, de todas las razas y de todas las etnias, como coherederos y como miembros (Griego = co-miembros) del mismo cuerpo. Los gentiles son co-miembros y copartícipes de la promesa, en Cristo Jesús, por medio del evangelio. En otra parte de esta obra nos preguntábamos: ¿por qué las etnias, las naciones, en general, quedaron fuera de la promesa? ¿Por qué quedaron al margen, alienados y enajenados de la república y de la política de Israel? ¿Qué fue lo que pasó? En su momento dimos la respuesta que nos parecía más adecuada, y ahora en este capítulo nos encontramos que en este Plan de la Economía de Dios, se contiene una Revelación que estaba oscurecida, para todo el mundo, para todos los pueblos y naciones, incluido el propio pueblo de Israel.

Este pueblo pensaba que el Plan de la Salvación de Dios era exclusivamente para él. Cuando se afirma que los gentiles son coherederos, co-miembros, y copartícipes en el mismo cuerpo, se entiende que lo son con los israelitas; co-miembros, copartícipes y coherederos de la promesa que Dios había hecho a Abraham, y a su descendencia, la cual es Cristo.

La revelación de la que venimos tratando, le fue hecha al apóstol Pablo, según su propia versión: “*del cual yo fui hecho ministro (Griego = diácono) por el don (Griego = regalo) de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de Su poder*” (Ef. 3:7) En este texto el don, es un regalo y no un carisma. No se trata de un don del Espíritu Santo, específico, como aquel que se refiere a apóstoles, evangelistas, maestros y pastores (Ef. 4:11). Es un regalo: Pablo fue escogido para este ministerio (diaconía), porque Dios quiso, y por la voluntad soberana de Dios fue hecho Su ministro, “*según la operación de Su poder*”. El término operación, significa energía, y el término poder, significa dinamismo; es decir, toda la energía de Dios, todo el dinamismo, toda la capacidad y todo el poder de Dios se va a canalizar a través de unas personas que Él escoge, para que sean sus heraldos y gestores, frente al resto de la humanidad, de este Plan de la Salvación. Es en este sentido que el apóstol Pablo dice: “*A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas*” (Ef. 3:8-9).

A la luz de todo lo expuesto, volvemos al pensamiento del principio, que quien conoce el evangelio, lo conoce por la voluntad de Dios y por medio de su Revelación. Se trata de que este conocimiento de Dios llegue a las personas por la acción

del Espíritu Santo. Nadie tiene capacidad para profundizar, para desentrañar las inescrutables riquezas de Cristo.

Cuando el apóstol Pablo escribe esta carta se encuentra en prisiones (Ef. 3:1). Es necesario tener en cuenta este aspecto, a la hora de valorar el contexto psico-social, anímico y espiritual en el que escribe. En Efesios 3:1, leemos: *“Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles”*. Pablo servía con una vocación clara el ministerio para el que había sido llamado, pues estaba preso porque estaba llevando el evangelio a todas las partes que Dios le permitía en los designios de Su suprema voluntad. Hay una finalidad importante en el encarcelamiento del apóstol Pablo. La Iglesia a la que va dirigida esta carta se encontraba triste a causa de sus prisiones (Ef. 3:13), y el apóstol les recomienda que cambien de actitud, dado que lo que está ocurriendo, con sus prisiones, redundará más bien para la gloria de ellos y no debe de ser motivo de tristeza; para la gloria de ellos porque son gentiles y han podido conocer el Evangelio de la Salvación, y también porque estas prisiones van a servir para que otras personas lo conozcan. Es en este sentido que no deben de dar cabida a la tristeza, sino estar gozosos, dado que el encarcelamiento del apóstol, es el medio que Dios ha escogido para que el evangelio pueda alcanzar ámbitos cada vez más amplios, se vaya formando la Iglesia, y surja, desde su seno, un ministerio que la trascienda: *“Para que la multiforme (o multicolor 1ª Pedro 4:10) sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”* (Ef. 3:10). En esta carta se nos dicen cosas importantes, y sorprendentes, acerca de la Iglesia. Y llegamos ahora, a una de ellas: en el último texto, que hemos citado, se da un aspecto, muy interesante, en relación con la proclamación del evangelio. Cuando hablamos de nuestra vocación

como Iglesia, estamos pensando en la responsabilidad que tenemos en la evangelización del mundo (personas, pueblos y naciones); estamos pensando en lo que se ha denominado la Gran Comisión: *“Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mateo 28:19-20). Es evidente que ésta es una misión primordial que la Iglesia tiene que cumplir. La Iglesia tiene un ministerio, un servicio, una diaconía a devenir en el tiempo y en el espacio. Existe una diaconía colectiva de la Iglesia, pero no sólo para predicar a las personas, a los pueblos y a las naciones, a fin de que sea conocido el plan Económico de la Salvación; sino que la capacidad que Dios ha dado a la Iglesia, así como su responsabilidad, es la de difundir el mensaje, mucho más allá de la esfera de los seres humanos. La proclamación de la multiforme sabiduría de Dios, por parte de la Iglesia, tiene un alcance y una dimensión cósmica.

La muerte de Cristo en la cruz del Calvario ocurrió, como hecho salvífico, para reconciliar con Dios todas las cosas: *“Y por medio de Él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de Su cruz”* (Colosenses 1:20). Se da una dimensión cósmica del testimonio cristiano; es decir, el testimonio de la Iglesia como su ministerio y magisterio, va más allá, de las personas, alcanzando a toda la creación: *“Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la Iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”* (Ef. 3:10-11).

La Economía de la Salvación se concretiza en un Dios que llama, que escoge, que predestina, que salva, que redime

conforme al propósito eterno de Su soberanía. Los hombres pretendemos agotar el secreto o los arcanos de Dios, en cuanto al misterio de la Salvación, y nos encontramos con que, aún, seres en esferas celestiales carecen de ese conocimiento. Según la Escritura los principados y potestades celestiales no tienen un conocimiento más profundo de la Salvación que aquellos que constituimos la Iglesia de Jesucristo; antes al contrario, les llega el conocimiento de la multiforme sabiduría de Dios, a través del ministerio y enseñanza de la Iglesia. Respecto de los hombres y mujeres elegidos por Dios, para salvación, en el Antiguo Testamento, su conocimiento acerca del Plan de la redención, era también inferior al nuestro: *“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban (Griego = ministraban) las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el Evangelio por medio del Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”* (1ª Pedro 1:10-22). *“Cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”*; el verbo *mirar*, es un verbo más que gráfico porque literalmente significa, inclinarse o agacharse y doblarse para mirar de cerca. Hay una expectativa, a nivel cósmico, por desentrañar esta economía de la salvación. Nosotros tenemos un mayor conocimiento de la misma y lo hemos adquirido con prioridad a las autoridades, principados y potestades en lugares celestiales. Mi pensamiento es que los ángeles a los que se refiere 1ª de Pedro, no pertenecen a la clase de los denominados “ángeles caídos”; por el contrario, considero que sí son ángeles caídos a los que se refiere el ca-

pítulo 3 de Efesios, al englobarlos en los términos principados, potestades y gobernadores de las tinieblas, etc. En general, en el Nuevo Testamento, nunca se emplean los términos principados, potestades, gobernadores de las tinieblas, más que para referirse a los ángeles caídos; es decir, aquellos seres que se unieron al diablo en su rebelión cuando él se levantó como alternativa a Dios. La Iglesia tiene ahora la responsabilidad de dar a conocer, a los principados y potestades en los lugares celestiales, la multiforme sabiduría de Dios. Podríamos preguntarnos: ¿Qué finalidad tiene este ministerio? Si los ángeles a los que se testifica son ángeles caídos y si ya están destinados a un lugar de perdición, de separación de Dios, no tienen ninguna posibilidad de realización salvífica, ¿entonces para que llevarles el conocimiento de este Plan Económico de Dios? Se me ocurre una idea, que espero no sea el reflejo de un mero sofisma. Si alguna vez hubiera podido pasar por la mente de quien creyó que era la alternativa a Dios, que le iba a poder sorprender, ahora tendría que comprobar, por este ministerio de la Iglesia, que estaba totalmente equivocado, que a Dios no se le puede coger de sorpresa, entrando por la puerta de atrás. El diablo intentó la desestructuración, del Plan de Dios, actuando a través de la desestructuración del primer hombre, (Adán) que había sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gn. 3:1-24; Ro. 5:12-21). Pero Dios tenía un Plan Económico de Salvación de dimensión cósmica, y de reestructuración, mediante el acto soteriológico del segundo Adán (Cristo) (1ª Co. 15:45-49). La Iglesia que constituye, ahora, el cuerpo de Cristo (del cual Él es la cabeza) y por consiguiente el NUEVO HOMBRE, es la que tiene la responsabilidad de testificar de la realización del plan de la salvación a los principados y potestades en lugares celestiales. Por consiguiente, si nosotros reprimimos ahora, el conocimiento de

Dios, y nuestro testimonio no funciona dinámicamente adquirimos una gran responsabilidad, no solamente ante los hombres, sino mucho más allá de ellos. Nuestra responsabilidad es de alcance cósmico, universal.

Se nos dice que esta sabiduría de Dios, es multiforme. El término multiforme, se encuentra aquí (Ef. 3:10) y en 1ª de Pedro 4:10 *“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores (Griego = ecónomos) de la multiforme gracia de Dios”* La gracia de Dios es una, pero se expresa de manera diversificada. La palabra *multiforme* es un término muy rico y tiene diversos significados; puede expresar, no solo varias formas de dicción, sino varios colores. La gracia de Dios, que se puede y debe expresar de manera multiforme, no debe de estar sometida al corsé de un testimonio uniformado. No se puede reprimir la multiforme sabiduría de Dios, no se deben establecer o institucionalizar departamentos estancos, rígidos, que estrangulen la riqueza multiforme de la Revelación en nombre de una supuesta ortodoxia; ortodoxia que, en tantas ocasiones, no corresponde más que al pensamiento miope de una denominación o de algunas personas dentro de la misma. Hay una Palabra de Dios multiforme en su expresión revelada, así como hay una sabiduría multiforme, variada, de amplios matices y coloridos; y por tanto, la responsabilidad de la Iglesia es tener un ministerio que ha de dar a conocer ese tipo de sabiduría. Considero que no estamos a la altura de las circunstancias, como Iglesia de Jesucristo, en cuanto al testimonio de expresión multiforme que se nos demanda. Con anterioridad comentábamos, que los gentiles estaban fuera de la ciudadanía de Israel, y que la palabra ciudadanía significaba república, y que este término se podría traducir con el sentido de democracia. La democracia supone la posibilidad de que

los diversos miembros o individuos de una comunidad o Iglesia, tengan la oportunidad de participar como co-miembros del mismo cuerpo, como coherederos y copartícipes y por consiguiente con derecho a regular y controlar esa multiforme sabiduría de Dios. Cuando la intolerancia dogmática realiza una exégesis y una hermenéutica unidireccional, se está desvirtuando y adulterando el testimonio que la Iglesia tiene que ofrecer como expresión de la multiforme sabiduría de Dios.

Los términos “principados y potestades” (Ef. 3:10) los vemos a encontrar en el capítulo sexto de esta carta: *“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”* (Ef. 6: 12).

Estoy convencido de que estos principados y potestades, no son, precisamente, los ángeles que siguieron fieles a Dios, sino aquellos que se levantaron contra Él, siguiendo la dirección del Príncipe de este Mundo, como alternativa al Supremo Hacedor. Dicho de otra manera, se trataría de los denominados ángeles caídos; considero que la Palabra de Dios, establece una relación estrecha entre estos principados y potestades y las autoridades de este mundo. Esta relación es, una vez más, una expresión de la soberanía de Dios y del gobierno del Altísimo sobre todas las cosas. Recordemos un ejemplo: el juicio de nuestro Señor Jesucristo; cuando una autoridad de este mundo (Poncio Pilatos), un principado, una potestad, le dice al Señor Jesús: *“¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?”* (Juan 19:10). Jesús le respondió: *“Ninguna autoridad tendrías contra Mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene”* (Juan 19:11). Jesús le quiere decir, que existe alguien detrás del gobernador que

tiene más poder que el representante del Imperio Romano, y que ese poder lo proyecta a través del personaje en la tierra y en la Historia. La conexión de los principados y potestades con las autoridades de este mundo se pone de manifiesto en el estudio de las Sagradas Escrituras en el Antiguo (Ezequiel 28: 1-19; Daniel 10:1-18) y en el Nuevo Testamento de manera bastante clara. La idea es que detrás de las autoridades visibles, tangibles y verificables de manera objetiva, que desempeñan sus funciones al frente de las naciones y de las instituciones humanas, existen otras autoridades invisibles que las inspiran, dirigen y controlan; y que a su vez, por encima de estas autoridades de las esferas celestes, se encuentra la Suprema Autoridad y Soberanía de Dios (Eclesiastés 5:8). En Efesios 6:12, se dice claramente *“que no tenemos lucha contra carne y sangre”*. Pero el apóstol Pablo está hablando de cristianos que están siendo perseguidos por autoridades humanas, que están entregando su vida, en razón de su testimonio cristiano, en diversas partes del mundo, especialmente en Roma; cristianos perseguidos, y condenados a muerte por las autoridades establecidas en esta tierra, y representadas de manera paradigmática, en el Cesar de Roma. A pesar de toda esa realidad, dice que nuestra lucha no es contra carne y sangre; es decir, contra hombres visibles investidos de poder político, sino que nuestros verdaderos enemigos trascienden la esfera político-social e institucional, y es necesario encontrar su razón de ser en las motivaciones de seres invisibles en lugares celestiales; seres que controlan el sistema que gobierna este mundo y que son los verdaderos detentadores del poder; constituyendo las autoridades, de las naciones, meros instrumentos manejados por ellos.

Este funcionamiento, y relación entre las autoridades visibles e invisibles, suele devenirse a nivel de los mandatarios

humanos de manera inconsciente. El testimonio que la Iglesia aporta sobre cuestiones de tan enorme trascendencia, pasa desapercibido, es ignorado y rechazado por aquellos que están puestos en eminencia en esta tierra. El apóstol Pablo habla del desconocimiento de las autoridades de este mundo, respecto del fundamento último del sistema cuando afirma: *“Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria”* (1ª Co. 2:7-8); *“Antes bien, como está escrito: –Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman–. Pero Dios nos las reveló* (Griego = apocalipsis) *a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, (o sondea) aun lo profundo de Dios* (las profundidades de Dios). *Porque ¿quién de los hombres sabe* (Griego = comprende, percibe, contempla) *las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, (en el Griego = “concedido gratuitamente” lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas* (Griego verbo “aprender”) *por sabiduría humana, sino con las que enseña* (aprende) *el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural* (el hombre carnal, el hombre psíquico, el hombre de alma) *no percibe* (Griego= recibe) *las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, (Griego = conocer) porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga* (Griego = discierne) *todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció*

la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente (Griego = inteligencia, pensamiento, espíritu y memoria) *de Cristo”* (1ª Co. 2:9-16).

Todo esto nos enseña, en primer lugar, que las autoridades de este mundo no perciben la realidad, que aparece ante sus ojos, un tanto oscurecida. Dios tenía un propósito antes que el mundo fuese: *“conforme al propósito eterno* (Griego = de los siglos) *que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad* (Griego = franqueza) *y acceso con confianza por medio de la fe en él;* (literal = de Él) *por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones* (Griego = aflicciones) *por vosotros, las cuales son vuestra gloria”* (Ef. 3:11-13).

A continuación en este capítulo 3 de Efesios, el apóstol Pablo, ante esta realidad, entra en una petición al Señor, en cuanto a sus deseos respecto de lo que quería que ocurriese, con aquellos que estaban preocupados por sus prisiones y por su cautiverio, en relación con su testimonio cristiano: *“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre* (la traducción de Reina Valera que añade *“de nuestro Señor Jesucristo”* no es original), *de quien toma nombre toda familia* (Griego = patria, parentela) *en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior* (Griego = en el de dentro hombre) *por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede* (Griego = que sobrepasa) *a todo conocimiento, para que seáis llenos* (Griego = llenados) *de toda* (Griego = hasta toda) *la plenitud de Dios”* (Ef. 3:14-19).

Este pasaje, bastante conocido, que repetimos en múltiples ocasiones, yo no estoy muy seguro, que tal y como lo vi-

vimos, habitualmente, sea así; por ejemplo, se dice o se piensa que, aquí, la petición de Pablo es, para que nosotros tengamos un conocimiento del amor de Cristo, y que este conocimiento es que *“seamos plenamente capaces de comprender con todos los santos, cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo”*; yo creo que la interpretación de este pasaje tiene otro sentido hermenéutico: la anchura, la longitud, la profundidad y la altura es el Plan Económico de Dios (porque así está en el original), y se encuentra perfectamente traducido en la versión Reina Valera, donde dice: *“Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo”*. Este sentido se deduce por el análisis del contexto. Se está hablando del Plan Económico de Dios, se está hablando del Plan de la Salvación de Dios que ha sido revelado al apóstol Pablo, que ha sido revelado a los apóstoles y profetas, y ahora el apóstol está pidiendo a Dios que los creyentes sean plenamente capaces de comprender toda la dimensión de este Plan; naturalmente, que el centro de ese Plan es la figura del Señor Jesucristo, pero yo creo, sinceramente, sin querer sentar ningún principio inamovible, que la anchura, la longitud, la profundidad y la altura se refieren al Plan Económico de Dios, y además se pide reconocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento. Que excede quiere decir que sobrepasa. No hay ninguna fuente de información que permita conocer el amor de Cristo o desentrañar este misterio de la Salvación. Ni por investigación filosófica, ni por ningún tipo de investigación o verificación científica se puede llegar al fondo de esta realidad, la cual sólo es cognoscible por la Revelación de Dios. Lo que conocemos lo conocemos

por Revelación. *“Conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”*. Aquí nos encontramos con una cosa muy seria; en el capítulo primero, habíamos visto que Cristo había sido dado por cabeza a la Iglesia sobre todas las cosas y se decía *“la cual es Su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”*, y nos preguntamos cómo era posible que la Iglesia fuese la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. Aquí nos encontramos con que la finalidad, de este Plan de Salvación, es que seamos llenados hasta toda la plenitud de Dios. ¿En qué nos va a convertir esa realidad? Cuando nosotros seamos llenados de toda la plenitud de Dios ¿en qué nos convertiremos? Yo creo que esta realidad a devenir es un pensamiento para la reflexión: ¿Cuál es nuestro futuro? Cuando se habla de nuestra esperanza, se está esbozando, la realidad de nuestro devenir cristiano. Por la gracia de Dios estamos donde estamos, y nuestro futuro ha sido diseñado por Dios para nuestra realización y para Su gloria; lo que vamos a ser en el futuro coincide con la culminación del proceso por el cual vamos siendo llenados hasta la plenitud de Dios; es decir, que un día habitará en nosotros toda la plenitud de Dios. Eso es el sentido que expresa el texto bíblico. Esa es nuestra esperanza: Ser llenados hasta toda la plenitud de Dios. Este momento coincidirá con nuestra realización escatológica, con nuestra resurrección.

En Filipenses 2:12, leemos: *“ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”*. Ocupaos significa, literalmente, desarrollad vuestra salvación. El desarrollo de nuestra salvación es una cosa verdaderamente solemne y coincide con el proceso de ser llenados de toda la plenitud de Dios. Antes de nuestra conversión no éramos nada, ni nada somos ahora, pero lo que somos lo somos por la gracia de Dios; lo

somos porque Dios ha querido que lo seamos. En el futuro llegaremos a un nivel de realización jamás imaginado, un nivel que nos conecta con la participación de la misma divinidad. El mundo anda buscando una alternativa para el hombre; la filosofía y la ciencia se esfuerzan en conseguir que el hombre llegue a las alturas, a una dimensión excelsa y sublime, y que supere su propia condición, de ser humano, trascendiéndola. Se busca un *superhombre* desde hace mucho tiempo, desde mucho antes que la filosofía centro-europea de Federico Nietzsche hablase del mismo. La idea del superhombre nace en el huerto de Edén, en el paraíso, cuando el diablo se acercó al hombre para decirle: serás como Dios (Gn. 3:5). Desde entonces se está buscando la superación de la propia condición humana, que aunque, es verdad, no se busca por los caminos de Dios, se busca como una alternativa a Dios.

Uno de los científicos genetistas, más eminentes de nuestra era, escribió, hace unos años, un libro con un título impresionante: *“¿Quién sustituirá a Dios?”*. La pregunta apuntaba hacia una respuesta en el futuro. El desarrollo de nuestra Salvación tiene una relación estrecha y vinculante con este tema, en el sentido de que la plenitud de la Salvación coincida con la posibilidad de que el hombre participe de la misma naturaleza de la Deidad. En este sentido, el apóstol Juan escribió: *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado (revelado) lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro”*. (1ª Juan 3:1-3).

Ser semejantes a Él, es ser llenados de toda la plenitud de Dios. La Escritura enseña que en Jesucristo habita corporalmente toda la plenitud de Dios (Col. 2:9). Cuando dice *corporalmente*, expresa, literalmente, en el griego, *somáticamente*. Entendemos que esta plenitud de Dios en Cristo se realiza en Su cuerpo de gloria. Este es nuestro destino. El alcance y la trascendencia de lo que vamos a ser en el futuro, cuando se culmine el proceso “de ser llenados hasta toda la plenitud de Dios” debemos dejarlo a la consideración de cada creyente, según el conocimiento y la conciencia que cada uno posea del misterio de la salvación de Dios en Cristo. En definitiva la culminación del proceso salvífico se consuma en esta realidad suprema: “para que Dios sea todo en todos” (1ª Co. 15:28). La generosidad de Dios se pone de manifiesto en compartir con los hombres lo más sublime de Su propia Realidad. Somos coherederos de la misma herencia que el Hijo de Dios; somos copartícipes y somos co-miembros de ese cuerpo que es la Iglesia, y aspiramos a ser llenados hasta toda la plenitud de Dios. ¡Verdades sublimes que trascienden nuestras posibilidades! Como el apóstol Pablo, no podemos por menos que manifestar: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios, e inescrutables Sus caminos!” (Ro. 11:33)

El apóstol Pablo concluye este capítulo 3 diciendo: “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, (Griego = pensamos) según el poder que actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, (Griego = generaciones) por los siglos de los siglos. Amén”.

Capítulo 6

La unidad y la edificación de la Iglesia (Efesios 4:1-16)

Vamos a continuar nuestro estudio, abordando el capítulo 4 de esta epístola. Haremos, por consiguiente una exégesis y una interpretación de los primeros dieciséis versículos de este capítulo.

Enlazamos nuestras consideraciones, justo en el lugar donde las habíamos dejado en nuestro estudio del capítulo 3:19: *“y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”*. Conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, quiere decir que está más allá y por encima de cualquier conocimiento y de cualquier metodología para intentar investigar lo que es el amor de Cristo no es suficiente; es decir, el amor de Cristo no se puede llegar a conocer, desde la perspectiva de ninguna disciplina humana, por muy elaborada y sublime que ésta pudiera ser. Nuestra perspectiva de futuro, o nuestra esperanza, nuestra vocación, en realidad, evoca a una circunstancia de importancia trascendental: aquella en que nosotros llegaremos a vivir como realidad, lo que expresa el final del versículo

19: *“para que seáis llenos (o llenados) hasta toda la plenitud de Dios”*.

En nuestras consideraciones al final del capítulo 3 decíamos, que justo, éste es el futuro al que estamos abocados todos los cristianos. Vamos a ser llenados de toda la plenitud de Dios con todo lo que esto conlleva, lo cual resulta verdaderamente impresionante. Hacíamos la consideración de que en el momento histórico de la persona de Jesucristo, y en el actual, es decir, en Él, en Jesús, habita toda la plenitud de Dios; esa plenitud de Dios que habita, corporalmente, en Cristo, es con la que nosotros vamos a ser llenados. Esta es nuestra vocación, nuestro destino, y también nuestra esperanza. En relación con esta realidad, enlaza el apóstol Pablo su capítulo 4: 1: *“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”*. Esta vocación con que hemos sido llamados corresponde, exactamente, con lo que acabamos de describir; es decir, la vocación con que fuimos llamados es la que acabamos de explicitar en el versículo 3. *“Os ruego que andéis como es digno de la vocación (o el llamamiento) con que fuisteis llamados”*. Más adelante volveremos a examinar, con más detalle, el significado del término andar, que se repite varias veces en esta epístola. Por ahora diremos que es un término muy importante, muy significativo y que no expresa el andar de cualquier manera; es decir, se trata de andar de acuerdo con la vocación con que hemos sido llamados. Y hemos sido llamados con un llamamiento que supone que nuestro devenir, nuestro futuro, será aquel en que seremos llenados de toda la plenitud de Dios. Es necesario que tomemos conciencia de esto: es decir, no se trata de que andemos de cualquier manera, sino de que andemos teniendo en cuenta para qué se nos llamó, y en qué vamos a convertirnos.

En otro lugar de la Escritura se nos dice: *“El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo”* (1ª de Juan 2:6). En Él, en el Señor Jesucristo, habita corporalmente, somáticamente, toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9) y nosotros somos llamados para ser llenados (hasta ser llenados) con toda la plenitud de Dios. Por consiguiente, resulta consecuente que se nos invite a andar como Aquel en el que habita toda la plenitud de Dios corporalmente; es decir, llamados a andar de una manera muy especial, y en este contexto, se nos dice que este andar debe de estar relacionado con la humildad y la mansedumbre (Ef. 4:2). El sentido de estos dos términos, *humildad* y *mansedumbre*, especialmente el último, expresa andar conforme a la voluntad de Dios. Una persona mansa, no es una persona que se somete dócilmente a cualquier dictado, ni muchísimo menos. Identificar mansedumbre con sometimiento en el terreno del devenir humano, social y político, es un concepto extraído espuriamente del Cristianismo y no deja de ser en parte, una concepción masoquista que se corresponde con sentimientos de culpa devenidos a nivel inconsciente. La vocación del cristiano no se corresponde con la de aquél que pasa por todo y se calla ante todo, entre otras razones porque esa actitud puede ser contraria a la voluntad de Dios. La Escritura nos enseña, que hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar (Eclesiastés 3:7). Pero de ninguna manera todo el tiempo devenido en una vida, tiene un marco referencial al silencio; también se debe dar en el devenir cristiano un tiempo de hablar y de denuncia de todas aquellas realidades, que alejándose del reino de Dios, generen injusticia, opresión y vejación de los seres humanos. Manso es aquél que anda conforme a la voluntad de Dios, lo que en tantas ocasiones supone no hacerlo conforme a la voluntad de los hombres. Manso era

Moisés, y se constituyó en el primer gran libertador de la Historia de la humanidad oponiéndose a los poderes del Imperio faraónico que se consideraban legítimamente establecidos. Manso era Juan el Bautista que no ahorra esfuerzos para denunciar la injusticia de los soberanos y la corrupción ética de la sociedad de la que era contemporáneo. Jesucristo dijo de Sí mismo: *“Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón”* (Mateo 11:29), y el que está considerado como el fundador de la no violencia, se constituyó en el ejemplo vivo y palpante del que denunciaba todas las injusticias, detecciones, vejaciones y opresiones que cualquier ser humano pudiera padecer. Jesucristo dijo, en el Sermón de la Montaña *“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”* (Mateo 5:5). Aquellos hombres y mujeres que ciñen su vida a la voluntad de Dios son los mansos. A estos se les llama a andar *“como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre”*, con la finalidad de que entren en la esfera de la realidad más sublime de Dios.

Dentro de este contexto, también se nos sigue diciendo que tenemos que andar *“soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”*. Consideramos que esto es algo difícil de asumir, pero que realmente es muy necesario: *“soportándoos con paciencia los unos a los otros”* La traducción literal del término es más que gráfica y significativa: *“aguantándoos los unos a los otros”*. La crítica, sin más, hay que descalificarla desde el punto de vista cristiano. Es decir, la crítica tiene que tener un fundamento, y el fundamento tiene que corresponder a la vocación con que hemos sido llamados. Se nos enseña que no se puede criticar sin más ni más. La crítica es necesaria para crecer y para depurar la realidad, pero no vale cualquier tipo de crítica. La crítica cristiana legítima, es

aquella que se realiza en la experiencia de *“soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”*; porque esto supone el paso siguiente en este caminar cristiano: *“solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”* (Ef. 4:3); es decir, un Espíritu por el que tenemos todos entrada al Padre, o por el que todos somos constituidos en un cuerpo; o dicho de otra manera: por el que todos somos uno. *“Solicitos en guardar la unidad del Espíritu”*; no tenemos nosotros, como tantas veces se ha dicho, que hacer la unidad de la Iglesia, ésta la realiza Dios, y la liga y la dinamiza su Santo Espíritu. A nosotros nos corresponde guardar esa unidad que Dios hace en Jesucristo.

Siguiendo con los textos de este capítulo 4, voy a pasar un poco por encima de diversos conceptos que tenemos expresados aquí, no porque no sean interesantes, sino porque son bastante conocidos.

“Guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”; y además se nos dice que somos uno y que tenemos en común *“un cuerpo, un Espíritu, un bautismo, una esperanza, un Señor, una fe y un Dios y Padre, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos* (literalmente: *“por medio de todos y en todos”*). Podríamos ir bastante lejos analizando este último elemento tan importante de nuestra unidad, que es Dios mismo. *“Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por medio de todos y en todos”*; quiere decir que, de alguna manera, Dios se acerca a los seres humanos a través de Su Iglesia y en la presencia de Sus hijos, y esto supone un gran sentido de responsabilidad por nuestra parte. Cuando se dice que nosotros seremos llenados hasta toda la plenitud de Dios, está hablándose de este aspecto. Ahora, a pesar de que hay una unidad; unidad no significa uniformidad; es decir, el hecho de que seamos uno, no quiere decir que en Cristo todos somos

“lo mismo”. Unidad no es mismidad; y aquí abrimos un paréntesis para que prestemos nuestra atención, con este fondo, a lo que nos vamos a encontrar en el capítulo 5 cuando se hable de las relaciones hombre-mujer dentro del matrimonio. Unidad no es mismidad, y tener los mismos derechos o ser iguales, no es equiparable a ser lo mismo; es decir, hay unidad pero existe una pluralidad en esa unidad. En el contexto de todo este capítulo sigue diciéndose que la Iglesia es *“un hombre colectivo”* (lo hemos visto ya en el capítulo 2 cuando se dice que de los dos, se entiende que de los dos pueblos o de las dos etnias, judíos y gentiles, se ha hecho un solo y nuevo hombre). Somos un hombre colectivo, es decir, una persona formada por muchos individuos personales; por lo tanto, hay unidad, pero hay también pluralidad. Después de hablar de la unidad, el apóstol Pablo habla de la diversidad en la unidad y nunca de la mismidad. Lo dice de la siguiente manera: *“Pero a cada uno de nosotros (a pesar de esta unidad vamos a ver la diversidad dentro de la misma) fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo (Cristo es el don que da dones a los hombres; es decir, quien hace la unidad define la diversidad. Es la misma persona quien realiza la unidad y quien clarifica la diversidad dentro de la unidad). Por lo cual dice: “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo”*.

La idea que se maneja en todo este contexto es que somos un cuerpo constituido por muchos miembros. Dicho de otra forma, el cuerpo no es un sólo miembro. Este concepto lo tenemos, en otras muchas partes del Nuevo Testamento, tales como Romanos 12 y 1ª de Corintios 12, donde

se desarrolla el concepto de que el cuerpo está formado por diversos miembros y que constituiría una aberración un cuerpo formado por un solo miembro, que es lo mismo que un cuerpo en el que todos los miembros fuesen iguales.

Tampoco me voy a detener demasiado en la consideración de los textos anteriormente mencionados, sobre los que por cierto, se elucubra mucho. A mí me llama muchísimo la atención, lo que ocurre con algunos comentaristas bíblicos, y cómo se detienen con minuciosidad en aspectos y cosas que, realmente, son intrascendentes para la vida cristiana; sin embargo lo importante de las lecciones de la Palabra de Dios suele pasar desapercibido en tantas ocasiones. Si ahora pudiésemos contar y abarcar todo lo que se ha escrito y elucubrado para dilucidar qué es esto de subir a lo alto, que es esto de llevar cautiva la cautividad y que es esto de bajar hasta lo más profundo de la tierra, nos asombraríamos al ver el tiempo y el espacio que se dedica a la exégesis y hermenéutica de estas cuestiones, y resulta que sobre lo más importante, es decir, sobre lo que podría comprometemos más, se pasa como sobrevolándolo. Lo que ocurre es que nos gustan demasiado los discursos esotéricos, las teorías, las elucubraciones y las filosofías, y demasiado poco la praxis que se desprende del compromiso coherente con la Palabra revelada. Para los que quieren vivir el Evangelio de una manera mística, y que consideran, por consiguiente, a la Iglesia como el cuerpo místico de Cristo, la posibilidad de convertir la Revelación en mera abstracción, se constituye en una tentación permanente. Pero esta vivencia del Evangelio y de la Palabra revelada significa en la realidad práctica y cotidiana implementar un divorcio entre la Iglesia como cuerpo de Cristo, formado por hombres y mujeres que se devienen en el “aquí y ahora” de las

realidades concretas, y el mundo material y socioeconómico en el que viven inmersos.

Lo que a mí me parece fundamental, en el pasaje que estamos tratando, es que la base sobre la que el Señor Jesucristo tiene autoridad para dar dones a los hombres, no es ni más ni menos que Su resurrección. Y a este asunto no hay que darle más vueltas. Cristo muere y Cristo resucita y es hecho Señor y Cristo y, como consecuencia de Su resurrección, puede impartir dones a los hombres. Esto es lo que importa. Esto es lo que vale, y lo que tiene para nosotros un carácter vinculante, porque nosotros morimos con Él, resucitamos con Él, funcionamos con Él; y El, ahora, debe de vivir en nosotros; es decir, El debe de vivir nuestra propia vida, como el apóstol Pablo nos enseña. Esto es lo importante y lo que constituye el fondo de la cuestión de lo que venimos tratando.

Vamos a ver, como consecuencia de todo este proceso de la cautividad, que lo que nos tiene cautivos a los hombres, lo que nos tiene esclavizados, a la luz del Nuevo Testamento, es el imperio de la muerte. Y eso es lo que el Señor Jesucristo vence cuando resucita: la muerte. Creo que esto constituye el aspecto esencial que se revela en estos textos, y que no hay que buscar otra serie de derivaciones, que terminan casi siempre, en un mensaje de tipo especulativo, cuando no esotérico, que no tiene nada que ver con lo que hay revelado en la Palabra de Dios. En este lugar se está recogiendo una cita del Antiguo Testamento que tiene que ver, precisamente, con la resurrección de Cristo y nada más. Bien, como consecuencia de este hecho, histórico y trascendente, el Señor Jesucristo da dones a los hombres, o dones a la Iglesia, con una finalidad clara.

En nuestro estudio, a lo largo de esta epístola, habíamos ido siguiendo una división esquemática, que a modo de guía

orientativa, nos servía de instrumento didáctico para mejor comprensión de la misma: la concepción o la gestación del Plan de la Salvación, la realización de este Plan, la revelación del mismo y finalmente, cuando llegamos a este capítulo 4, nos encontraríamos con lo que defino como la confirmación del Plan de la Salvación. Ya sabemos cómo se gestó, como se reveló, como se realizó y ahora entramos en los aspectos concretos de cómo se confirma en la praxis salvífica que se deviene en la experiencia dinámica de la misma Iglesia. La confirmación del Plan supone entrar en la plena dimensión de la Economía de la Salvación, en cuanto que lo económico son los recursos que el mismo Dios dispone para llevar el Plan adelante. Nos encontramos aquí revelados los recursos, para el desarrollo de la Economía de la Salvación, de una manera muy concreta. Estos recursos los constituyen los dones que da a la Iglesia, los cuales están descritos de la manera siguiente: *“Y Él mismo constituyó (habría que leer literalmente “dio”) a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”* (Ef. 4:11-13).

Entramos ahora en un momento importantísimo de la Revelación de Dios a nivel de ésta epístola. Epístola que se escribe en un momento determinado de la Historia, y en la que se nos revelan aspectos importantes para la vida y desarrollo de la Iglesia; es decir, para la realización plena de la vocación a la que fuimos llamados. En definitiva, se nos dice que es necesario realizar un servicio para Dios. Este servicio ¿quién tiene que hacerlo? Hay que realizar un servicio para

Dios que es “la obra del ministerio” (literalmente: es la obra de la diaconía. La palabra diaconía significa servir, y diácono es el que sirve, y el que sirve conforme a la voluntad de Dios y de acuerdo y dentro de ese Plan Económico de Dios que se cumple con Su servicio).

Hay pues que realizar un servicio, y cuando estamos hablando de diaconía (servicio) no es necesario que estemos pensando en una acción concreta y parcelaria que correspondería a determinadas personas dentro de la Iglesia. Diaconía en este lugar, es el servicio de la Iglesia para Dios, o dicho de otra manera, es el servicio a Dios por parte de Su Iglesia. Eso es diaconía. ¿Quién tiene que llevar todo el consejo de Dios al mundo de los hombres? ¿Quién tiene que cumplir con este ministerio? Probablemente alguien pensaría, que los pastores de las iglesias, o que los ancianos de las asambleas cristianas y en definitiva, que los obreros y los misioneros que consagran todo su tiempo al servicio del Evangelio. Pero esto ¡no es así! No puede la Iglesia sacudirse de encima la responsabilidad que le es consustancial, que le es imputada por designio divino; y si lo hace, no estará cumpliendo con su ministerio. Es decir, que cuando Jesucristo, cuando Dios, cuando el Espíritu Santo da dones, a los miembros de la Iglesia, los da para que sean utilizados, aquí y ahora, para la proclamación y difusión del Reino de Dios.

Los denominados “dones especiales” (apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros) no son los que tienen que hacer el trabajo que le corresponde a la Iglesia. Antes al contrario, su misión consiste en preparar y perfeccionar (Griegoliteral, equipar, equipamiento) a todos los creyentes (la Iglesia) para llevar adelante la obra del ministerio, la edificación del Cuerpo de Cristo. El constituyó a unos apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros a fin de perfeccionar a los

santos (los santos somos todos) para la obra del ministerio. O dicho de otra manera: Jesucristo quiere una Iglesia viva, que se mueva, y que funcione. Los miembros muertos no sirven para cumplir con la función que la Iglesia tiene encomendada. La Iglesia tiene que mantener una actitud en cuanto a unos dones que tienen que estar a su servicio, para que convenientemente preparada pueda cumplir, conforme a la voluntad de Dios, con su ministerio. Porque exactamente el sentido es así: que estos dones que aquí se mencionan; es decir, apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, tienen como fin, perfeccionar a los santos: es decir, equipar a los santos para que éstos puedan cumplir con su misión. Para cumplir dicha misión se necesita un equipo, y la finalidad de estos dones especiales, no es hacer el trabajo de la Iglesia por la Iglesia, sino el hacer su trabajo para la Iglesia, a fin de que la misma se encuentre perfecta y armoniosamente equipada para cumplir con la misión para la que Dios la tiene en este mundo. La Iglesia tiene que evangelizar y dar su testimonio, y alguien tiene que ayudar a que los santos, la Iglesia de Dios, se formen para poder cumplir con su misión. Dios da unos dones, para que la realización de los mismos, en el ámbito de la Iglesia, sirva para que ésta pueda realizar su vocación más sublime en esta tierra. La Iglesia es un organismo vivo y constituye un cuerpo formado por muchos miembros. Todos sus miembros son necesarios, y es conveniente que todos funcionen al unísono, para que en el trabajo que la Iglesia realiza, no se den divergencias y contradicciones que perjudiquen o distorsionen el testimonio que la misma tiene que dar en el mundo. Los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los pastores y los maestros son miembros de ese cuerpo, pero no son los únicos. El cuerpo tiene otros miembros que son necesarios e imprescindibles para que la Iglesia pueda

dar un testimonio coherente en medio de un mundo contradictorio. Los miembros en los que recae la responsabilidad de la realización de un don tan importante como los anteriormente mencionados, deben de ser plenamente reconocidos por los demás miembros que constituyen el cuerpo que es la Iglesia, y su misión debe de estar clara: el equipamiento de los santos para la obra del ministerio. Si cumplen con la misión asignada estarán favoreciendo la proclamación y la extensión del Reino de Dios. Naturalmente que lo que tiene que hacer el santo “de a pie” (cualquier creyente) también lo tiene que realizar el apóstol, pero éste tiene que ayudar, a que se equipe la Iglesia para que sus diversos miembros puedan funcionar de acuerdo con la vocación a la que fueron llamados.

Si en el devenir prático de la Iglesia, se funcionase conforme al esquema anteriormente dibujado nos encontraríamos con la realidad sociológica de Iglesias vivas; pero si por el contrario se profesionaliza el testimonio, nos encontramos iglesias donde solamente un número muy reducido de personas “hacen todas las cosas”, mientras que los demás mantienen una actitud pasiva con un testimonio escasísimo e intrascendente. Este último modelo de funcionamiento, que por otra parte es el más abundante en nuestros medios, no es el que tenemos recomendado en la Palabra de Dios. La profesionalización de los dones, constituye un asunto muy grave, máxime cuando dichos dones se establecen “por decreto” o se considera a una persona capacitada para ejercer determinado ministerio, en función del título o diploma que aporta. Esta postura crítica, no pretende tener una finalidad iconoclasta, sino poner sobre el tapete, de la realidad, lo que se deviene en la mayoría de las iglesias que conocemos. Los dones de Dios, no se imparten por derechos hereditarios, ni

se reparten de manera graciosa a nivel de cualquier seminario. En ningún seminario ni escuela del mundo, se pueden fabricar pastores, ancianos u obreros; algunas personas que pasan por estas instituciones tienen las cualidades o dones para serlo, pero no por el hecho de haber pasado por allí, sino porque Dios les ha dado, graciosamente, determinado don a fin de que le utilicen en el marco de la Iglesia, con la finalidad de que esta sea edificada. Si a la luz del Nuevo Testamento se puede vislumbrar una escuela para la formación de los creyentes, ésta se denomina: la Iglesia.

Con lo anteriormente expuesto, no se quiere decir que escuelas, seminarios o universidades teológicas no sean necesarios o convenientes. Pero una cosa es la formación y otra la vocación. La primera por sí misma no tiene la virtud de convertir a nadie en columna de la Iglesia; si por el contrario, la formación se aplica a alguien que ha recibido “un don especial”, la persona y la Iglesia saldrán beneficiadas. Posiblemente se han cometido y se están cometiendo serias equivocaciones con aquellas personas que a la vuelta de un seminario, y equipadas con el diploma correspondiente, al llegar a su Iglesia, pasan automáticamente a desempeñar roles de la máxima responsabilidad, ya sea como pastores, o como miembros del Consejo de ancianos. Este tipo de actuaciones, pueden resultar nefastas tanto para las personas que son puestas en eminencia, como para la Iglesia en la cual pasan a ejercer su ministerio. Si realmente quienes vuelven de un período de formación, en un seminario o escuela, poseen el don que su titulación parece acreditar deben de ejercerlo primero, en el ámbito de su propia comunidad, y cuando la Iglesia haya visto y reconocido dicho don, habrá llegado el momento de que puedan ejercer con autoridad y humildad su ministerio.

Esta lista de dones que se recoge en el capítulo cuarto de ésta epístola, tiene la máxima importancia porque se establece en un momento determinado de la Historia de la Iglesia, y cuando ya se han dado, con anterioridad, otras listas que se recogen en otros documentos del Nuevo Testamento. Querría llamar la atención sobre este hecho. Vivimos unos tiempos que resultan un tanto comprometidos, en cuanto a la visión que se tiene sobre los dones en la Iglesia; estamos asistiendo a una resurrección, revivificación o revitalización, como se quiera llamar, de carácter pentecostal. El pentecostalismo no es algo que se pueda asumir desde contenidos novotestamentarios basados en hechos acaecidos el día de Pentecostés (Hechos 2). Lo que ocurrió en Pentecostés, no tiene nada que ver con “los números” que se montan hoy en nombre del pentecostalismo. Lo ocurrido en Pentecostés fue único: ocurrió una vez y para siempre. Esto está claro en la Palabra de Dios. Sin embargo vivimos días de la máxima confusión, al respecto, porque alguien puede decir si cogemos la primera epístola a los Corintios y leemos en el capítulo 12, nos encontraremos con que en el marco, de la Iglesia, se dan diversos dones; y que es verdad que hay apóstoles, y que hay profetas, y que hay maestros, pero que también hay los que hablan lenguas, los que hacen sanidades y los que hacen milagros. Se llega entonces a la conclusión, de que si el Espíritu Santo es el mismo y si Dios permanece inmutable ¿por qué hoy no va a haber hermanos o hermanas que tengan dones de este tipo?; es decir, dones para hablar lenguas, dones para hacer milagros y dones que suponen la posibilidad de tener revelaciones especiales. ¿Por qué hoy no se pueden dar estos dones si el Espíritu Santo es el mismo? La argumentación parece factible, pero desde el punto de vista bíblico y teológico carece de un fundamento

sólido sobre el que edificar tal posibilidad carismática. A parte de que la Biblia no apoya la tesis de que los dones impartidos por el Espíritu Santo, en la primera época de la Iglesia, son trasplantables a períodos ulteriores de la misma; se da el hecho, de que la verificación real, in situ, de dichas manifestaciones, demuestran, en la inmensa mayoría de los casos, que se trata de un fraude que se produce consciente o inconscientemente.

El manejo consciente de una actividad fraudulenta, implica una responsabilidad de gran trascendencia delante de Dios. Las exacerbaciones de tipo pentecostal llegan a límites insospechados, cayendo finalmente, en una escenificación plástica que ridiculiza el testimonio cristiano. No se puede reunir a un número determinado de personas en un local, colocarlas en fila, y luego decirles, por parte de la persona que supuestamente está investida del poder de Dios, que cuando les vaya tocando, si se caen para un lado u otro se estará produciendo una manifestación objetiva del Espíritu Santo. Resulta lamentable, que todavía, existan supuestos pastores carismáticos que funcionen de semejante modo. Lo que se demuestra con espectáculos de este tipo, no es el poder de Dios, sino la manifestación profunda de la más crasa ignorancia. Con este modelo, de exhibiciones psico-emocionales “primitivas”, se pone en evidencia la total falta de conocimiento sobre el funcionamiento de la mente humana. No es necesario hacer ninguna reunión de carácter pentecostal, ni hacer que actúe ningún iluminado, para conseguir que una persona, influenciada por estímulos verbales, e inmersa en un contexto psico-socioemocional determinado, reaccione de una determinada manera. Todos los días ocurren fenómenos parecidos a los que se viven en las sesiones de excitación carismática. En cualquier consulta de

Psicología, de Psiquiatría o de Medicina, para proceder a establecer diagnósticos diferenciales, entre las causas orgánicas o psíquicas de una enfermedad, se utilizan técnicas de sugestión, que hacen que las personas reaccionen emocionalmente de determinada manera. Dichas técnicas se instrumentalizan sin engaño, y sobre la base de un conocimiento científico sobre el funcionamiento de la mente humana, explicándole posteriormente al sujeto, objeto de la experimentación, cuál es el sentido de su reacción psico-emocional ante la prueba verificada. Es decir, el médico, el científico, el psicólogo o el terapeuta, utilizan su conocimiento para esclarecer un diagnóstico o producir un beneficio terapéutico, pero nunca hacen uso de sus posibilidades de actuación, envolviendo las mismas en un manto oscurantista o taumatúrgico. En cuanto a la posibilidad de que determinados dones “carismáticos” se puedan dar en la Iglesia de hoy, de la misma manera y forma de expresión que en los primeros momentos de la Historia del Cristianismo, el Nuevo Testamento, en mi criterio, deja las cosas bastante claras. En toda la Biblia se nos enseña que la Revelación de Dios es progresiva. La lista de dones que se explicitan en el capítulo 12 de 1ª de Corintios se da en un momento histórico determinado; la lista de dones que se plasma en el capítulo 12 de Romanos es otra y se da en otro momento histórico determinado, y después, la lista de dones que se relata en Efesios 4 es otra, y es la ante última que tenemos revelada en las Sagradas Escrituras. No hay más lista: Si observamos los tres momentos históricos diversos, en que las listas van apareciendo, se puede comprobar cómo cada lista ulterior va reduciendo el número de dones, respecto de la precedente, de tal manera que muchos de los dones que al principio “fueron necesarios” van desapareciendo con el devenir del tiempo histórico

que la Iglesia vive. Pero además, no podemos pasar por alto, la propia dinámica interna que se revela en el capítulo 12, 13 y 14 de la epístola a los Corintios. Capítulos que están dedicados a la revelación y estudio dinámico-histórico en la vida de la Iglesia. Con respecto al don de lenguas el apóstol afirma que en determinadas circunstancias no desea que en la Iglesia se hable en lenguas, porque tal acontecimiento carismático en lugar de redundar para la gloria de Dios, podría suponer un escándalo frente al mundo, y la gente podría llegar a creer que determinadas manifestaciones carismáticas de una asamblea cristiana podrían constituir, otras tantas formas de expresión de alienación o de locura colectiva. (1ª de Corintios 14:1-5 y 23-25). Los supuestos dones carismáticos, que pretendidamente se dan hoy, en el marco de algunas iglesias evangélicas, constituyen una manifestación de infantilismo, en el devenir histórico de la Iglesia. En 1ª Co. 12, se habla de una serie de dones, en el capítulo 13, que no es un cántico de amor «como experiencia que nace espontáneamente del corazón humano», se sigue hablando de lo mismo, y la exaltación que del amor se hace, se realiza apuntando al amor como un don del Espíritu Santo. En este capítulo 13, se insta a los creyentes a buscar los mejores y superiores dones; en ese contexto se halla el amor como don más excelso y sublime, pero también en este capítulo 13 de 1ª de Corintios, se dice claramente que determinados dones que en ese momento histórico estaban funcionando, iban a dejar de hacerlo poco tiempo después. Sobre el mismo asunto se insiste en el capítulo 14, donde se establece una línea de prioridades, en cuanto al ejercicio de los dones en la Iglesia. Se dice qué dones son preferibles y mejores. Se establece la preeminencia del don de profecía sobre el don de lenguas, y se da la razón del por qué: “Porque el que habla

en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, (Griego= oír, escuchar) aunque por el Espíritu habla misterios. Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación. El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia. Así que, quisiera que todos vosotros hablasteis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor (Griego = mayor, grande, importante) es el que profetiza que el que habla en lenguas”. (1ª Corintios 14:2-5). Todo esto está ocurriendo ya en la propia época novotestamentaria; se están produciendo circunstancias que obligan a los apóstoles a ir introduciendo correcciones en la visión y utilización de los dones carismáticos en la vida de las iglesias. Todo esto nos lleva a la conclusión de que lo que percibimos hoy en cuanto a la errónea concepción de los dones, y su mala utilización posterior, encaja con lo que el apóstol Pablo nos decía que estaba ocurriendo ya en la vida de las iglesias de su época. La mala utilización de los dones le obligó a intervenir, de manera incisiva, para evitar los escándalos públicos en la vida de las iglesias. Pablo escribía, en su primera epístola a los Corintios: “el amor nunca deja de ser” (el amor como un fruto del Espíritu Santo, como un don) pero las profecías se acabarán”. De las profecías estamos hablando. En esta epístola a los Efesios hemos visto que el Plan de la Salvación de Dios, el Plan Económico de Dios, nunca había sido revelado antes como ahora ha sido revelado a sus apóstoles y profetas por el Espíritu. Es decir, hay profetas del Nuevo Testamento, profetas en la época del Nuevo Testamento. El apóstol Pablo decía que “las profecías se acabarán y cesarán las lenguas”. Debemos entender que este acabarse y cesar no se dará en el fin de los tiempos, sino que cesarán las lenguas y la ciencia acabará como dones particulares y especiales en la época

novotestamentaria. Se acabarán *“porque en parte conocemos y en parte profetizamos”* (1ª Co. 13:9); es decir, profetizamos en el sentido de lo que va a pasar en el futuro porque no lo conocemos todavía: *“mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará”* (1ª Co.13:10).

“Cuando yo era niño, (y esto es lo importante) hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño” (1ª Co. 13:11). Mi impresión general es que las manifestaciones carismáticas actuales, dentro de la Iglesia, son manifestaciones infantiles; es decir, estamos experimentando una regresión, a estadíos primarios del desarrollo de nuestra personalidad, como Iglesia. Estamos volviendo hacia atrás en cuanto a aspectos de madurez cristiana se refiere, dicho de otra manera: estamos, desde el punto de vista espiritual, emocionalmente enfermos. Para clarificar el sentido de lo que estamos diciendo tenemos que echar mano de conceptos científicos, pertenecientes al área de la Psicología y de la Psiquiatría. En determinadas enfermedades mentales, lo que caracteriza el deterioro psíquico que producen es una regresión, a estadíos primarios del desarrollo de la personalidad, es decir: una regresión a la infancia. Esto es lo que creo que se está produciendo en muchos sectores de la Iglesia Cristiana Evangélica a nivel universal. La Iglesia sufre, en parte, una regresión a estadíos primarios de su desarrollo histórico-neumático. Es decir, desde el punto de vista eclesíástico se está produciendo una regresión a la infancia, y las manifestaciones de infantilismo no son de recibo, en el presente, para la Iglesia. Ante tales manifestaciones el mundo (los seres humanos) se escandaliza; y las expresiones públicas de dicho escándalo se divulgan en los medios de comunicación para mayor vergüenza del testimonio cristiano.

Algo no funciona bien en el ámbito de la Iglesia cuando se dan manifestaciones de infantilismo, primitivas, en el desarrollo de su personalidad colectiva. La Iglesia es una Persona Colectiva, es un Varón, es un Hombre (Efesios 4:13) y pasa por diversos estadíos en el desarrollo de su personalidad. En esta epístola somos llamados a crecer hasta alcanzar *“la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”*. En lugar de ir hacia esa plenitud, enfermamos realizando una regresión a la infancia. Proceso semejante se da en determinadas enfermedades mentales, como la esquizofrenia, en la que las personas que la sufren experimentan una involución desde el nivel de madurez, alcanzado en el desarrollo de su personalidad, hasta estadíos infantiles de la misma. Como consecuencia de esta regresión se comportan como niños, encontrándose incapacitados para evitar esta vuelta a estadíos primarios de su desarrollo psico-emocional. Para curar a estas personas, es necesario ayudarlos a que, desde el estadío regresivo, vuelvan a alcanzar un nivel de madurez adecuado. Las manifestaciones de infantilismo deberían ser descartadas de nuestros deseos de realización como Iglesia.

Cuando se llega a la epístola a los Romanos (capítulo 12) ya se recorta la lista de los dones; y desaparecen, de la misma, algunas de las manifestaciones carismáticas más espectaculares. Cuando años más tarde aparece la epístola a los Efesios el recorte es aún más manifiesto y patente, y cuando llegamos a la última lista de dones novotestamentaria en la de Pedro capítulo 4, cuando prácticamente todo el Nuevo Testamento está escrito, encontramos: *“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para*

que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén” (1ª de Pedro 4:10-11). Esta es la situación a la que debemos atenernos hoy, y que ya queda definida en los últimos tiempos del primer siglo: la referencia para el ejercicio de cualquier don es a la Palabra de Dios revelada en las Sagradas Escrituras.

Conviene matizar algunos aspectos de la lista de dones que tenemos revelada en el capítulo 4 de la epístola que venimos estudiando, especialmente aquellos que sean vinculantes para nosotros en los días actuales: “Y Él mismo constituyó a unos, apóstoles, a otros, profetas; a otros evangelistas; a otros, pastores y maestros”.

Los apóstoles, en el sentido que lo tenemos expresado en Efesios 4:11, no se dan hoy en la Iglesia. No se dan hoy en la Iglesia en el sentido como a mí me parece que se utiliza aquí la palabra apóstol; en el mismo sentido se emplea en 1ª Corintios 12:28: “Ya unos puso Dios en la Iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros...”. Casi siempre el orden en la revelación de los dones es el mismo. Considero que en la época actual no se dan apóstoles, porque nadie puede hoy reunir las condiciones y características que tenían los apóstoles mencionados en las listas carismáticas (dones) del Nuevo Testamento. Eran personas escogidas por Dios, para ser testigos, ante el mundo, de la vida, muerte y resurrección de Cristo. Esta realidad la encontramos historiada al final del capítulo primero de los Hechos, y a propósito de la sustitución de Judas Iscariote como apóstol, en el marco de los doce: “Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue

recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de Su resurrección”. (Hechos 1:21-22). En este sentido es obvio que testigos oculares de estas cosas hoy no son posibles, y por consiguiente apóstoles, con esa autoridad y llamamiento especial de Dios, no existen. Pero en el Nuevo Testamento se llama apóstoles a más que a los doce o trece (incluido el apóstol Pablo); y yo creo, particularmente, que algunos que son llamados apóstoles en la época paulina y novotestamentaria podrían estar incluidos en el don de apóstoles de esta lista del capítulo 4 de la epístola a los Efesios. Debe de quedar claro que esta es una opinión particular a manera de postura personal, sin que de la misma puedan extraerse conclusiones teológicas definitivas o dogmáticas. Vamos a ver dos citas bíblicas al respecto: primero, en Hechos 14:14, se habla de una persona que trabajaba en la obra de Dios junto al apóstol Pablo. Se dice que esa persona y Pablo son apóstoles por igual: “Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas, y...”. Viendo todo el contexto; de este texto, se llega a la conclusión de que Bernabé es apóstol exactamente y en el mismo sentido que lo es el apóstol Pablo. Por otra parte, en el Nuevo Testamento se habla de dos familiares, del apóstol de los gentiles, que conocieron el evangelio y fueron convertidos por el Señor con anterioridad a la conversión de Saulo de Tarso: “Salud a Andrónico y a Junias, (literal = Junia) mis parientes y mis compañeros de prisiones, los cuales son muy estimados entre los apóstoles, (Griego literal = los cuales son insignes entre los apóstoles-Nuevo Testamento interlineal) y que también fueron antes de mí en Cristo” (Romanos 16:7). La lectura de Reina Valera del 60 puede dar lugar a equívocos, ya que de la misma se puede desprender que los parientes de Pablo, Andrónico y Junia, eran muy estimados por los apóstoles, pero que ellos mismos

no eran apóstoles; el sentido literal del texto recoge la verdadera enseñanza del mismo: no solo eran apóstoles, sino que además eran insignes entre los mismos. En este sentido, en mi criterio, en el Nuevo Testamento se habla de unas cuantas personas, que no pertenecen al grupo de los trece, y que sin embargo son denominados como apóstoles. Estos apóstoles reciben una revelación del plan económico de Dios para que la trascendan a los demás. La palabra apóstol significa enviado, embajador y emisario. Los apóstoles son enviados con una comisión del Señor y en este sentido se podría hablar hoy de “misiones o servicios apostólicos”; pero apóstoles, en cuanto dones en el sentido de Efesios 4 pertenecen a la época novo-testamentaria y a un período de tiempo, después del cual desaparecen como tales.

Otro de los dones que se menciona en Efesios 4 es el de profetas. Ya hemos visto, en esta epístola, que la Iglesia está edificada sobre el fundamento de apóstoles y profetas del Nuevo Testamento que son los que reciben esta nueva revelación. Conocemos los profetas pertenecientes a la época del Antiguo Testamento y hasta donde llegaba la revelación que Dios les había hecho. En el Nuevo Testamento nos encontramos con profetas con una función fundamental en la vida y desarrollo de la Iglesia. Es necesario considerar algunos aspectos de estos profetas y cómo funcionaron durante un período de tiempo, para entender lo que el apóstol Pablo dice en 1ª de Corintios 13:8: *“Pero las profecías se acabarán”*. En este sentido es ilustrativo el ministerio del profeta Agabo (Hechos 11:28 y 21:10-11). Se trata de un profeta de la época novotestamentaria que funciona con las características de los profetas del Antiguo Testamento; entendemos que cuando Agabo y otros profetas contemporáneos suyos, hombres o mujeres, (Hch. 21:9) mueren, desaparece con ellos este tipo

de ministerio profético. Es en este sentido que interpretamos la afirmación del apóstol Pablo *“pero las profecías se acabarán”*. En consecuencia se acabarían también los profetas al uso del Antiguo Testamento.

En Efesios 4:11, se nos habla del don profético, para el equipamiento de la Iglesia, en un momento determinado de la Historia; quiero decir que en este momento de la Historia de la Iglesia es necesario equiparla con algo que no tiene: la Revelación de Dios, que durante un período de tiempo se transmitió de forma oral en una época donde las Iglesias no disponían de los documentos escritos que constituyen el Nuevo Testamento. Por consiguiente, mientras que el Nuevo Testamento se escribía eran necesarios no sólo los apóstoles, sino los profetas, en el sentido de aquellas personas que recibían una revelación de Dios y sin adulterarla la transmitían a los hombres. Los profetas de la época del Nuevo Testamento, corresponden a dos facetas o tipos de ministerio: los que tienen una visión del futuro y la anuncian, y los que ejercen un servicio de enseñanza en la Iglesia, por disponer de un conocimiento especial, mediante revelación de Dios. Los profetas son personas, que en definitiva, poseen una Revelación especial de Dios; ya sea esta de acontecimientos futuros, o que les capacita para la enseñanza en la Iglesia (en este caso se trataría de la Revelación contenida en el Nuevo Testamento). Tendremos que volver nuestra mirada, al libro de los Hechos de los apóstoles, a fin de seguir un poco el orden, en la Historia de la Iglesia, de la aparición de los profetas y del ejercicio de su ministerio. En el capítulo 11 del libro de los Hechos y a partir del versículo 26, encontramos: *“Ya los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía. En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. Y levantándose uno de ellos, llamado*

Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio” (Hch. 11:26-28). En este relato encontramos un profeta, con características y funcionamiento semejante a los profetas del Antiguo Testamento. Es decir, Agabo tiene una visión de lo que va a suceder y profetiza en cuanto a la misma. Los creyentes reciben su mensaje y actúan en consecuencia (Hch. 11:29-30) porque le conceden una autoridad de parte de Dios. El ministerio de Agabo se desarrolla tiempos más tarde con las mismas características; es decir: anunciando cosas que iban a ocurrir después (Hch. 21:10-11).

En el capítulo 13 del libro de los Hechos nos vamos a encontrar con una dimensión profética distinta y que se puede acercar a lo que pudiera ser el ministerio profético en la actualidad. En la Iglesia de Antioquía se daban las siguientes circunstancias: *“Había entonces en la Iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor”*. Es importante destacar como en esta descripción se nos enseña que el don de profeta y de maestro va unido; es decir, que las personas que ejercen el ministerio en la Iglesia de Antioquía son, al mismo tiempo, profetas y maestros. Tenemos que reconocer que aquí, y en este momento histórico, ya está cambiando el sentido y el ministerio de los profetas. Están dejando de ser videntes del futuro para convertirse en portavoces de la Revelación de Dios y ejercer una enseñanza de la misma en la Iglesia para su edificación. Los profetas se van convirtiendo en personas que edifican a la Iglesia mediante un ministerio de enseñanza que abarca todo el consejo de Dios. *“Ministrando éstos al Señor”* (Bernabé, Simón, Lucio, Manaén y Saulo); se nos dice claramente a que se de-

dicaban: estaban cumpliendo, exactamente, la misión que Pablo describe como propia en el capítulo 4 de la epístola que venimos estudiando; estaban “equipando” a la Iglesia para que ésta pudiese cumplir con su obra de ministerio o de diaconía.

En el capítulo 15 del libro de los Hechos de los Apóstoles, se nos describe lo que ha sido considerado como el primer concilio celebrado por las iglesias cristianas en la ciudad de Jerusalén. Las conclusiones del mismo son enviadas por diversas personas a la Iglesia de Antioquía. A partir de Hechos 15:30, leemos: *“Así, pues, los que fueron enviados descendieron a Antioquía, y reuniendo a la congregación, entregaron la carta; habiendo leído la cual, se regocijaron por la consolación. Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas, consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras”* (Hch. 15:30-32). Aparecen aquí dos personajes importantes: Judas y Silas. El sentido de su ministerio en esta Iglesia, especificado en la frase “con abundancia de palabras”, tiene el sentido literal de discursos muy amplios, de exposición fundamental para la edificación de la Iglesia. Hay que tener en cuenta el contexto en el que se realiza su ministerio, y este contexto viene marcado por una carta que expone conclusiones fundamentales para la vida y desarrollo de la Iglesia. Entiendo que los larguísimos mensajes de Judas y Silas constituyen mensajes interpretativos, y explicativos para la exhortación, la edificación y la formación de la Iglesia, posiblemente en relación al contenido de la mencionada carta. Vemos como en el devenir histórico, de la Iglesia, el sentido del don profético va cambiando desde el concepto de profetas videntes o expositores de acontecimientos futuros hasta el de profetas enseñadores, cuyo ministerio está al servicio de la edificación de los creyentes.

En el capítulo 21 de los Hechos de los apóstoles nos vamos a encontrar con un aspecto singular, y muy interesante, del ministerio profético en la época novotestamentaria. En Hechos 21:8-9, encontramos: *“Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él. Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban”*. Es decir, que dentro de los profetas del Nuevo Testamento no sólo hay hombres sino que también tienen y ejercen el ministerio profético mujeres. Mi impresión personal, y la de muchos otros expositores y exégetas, es que el ministerio profético de las hijas de Felipe se corresponde con el desarrollado por el profeta Agabo. Esta dimensión del ministerio profético de varones y de mujeres la volvemos a encontrar mencionada, por el apóstol Pablo, cuando escribe su primera epístola a los Corintios: *“Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta su cabeza. Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta su cabeza”* (1ª Co. 11:4-5). La cita es concluyente para comprobar el ejercicio del ministerio profético, por hombres y mujeres, en la época novotestamentaria.

En este capítulo 4 de la Epístola que estudiamos, se mencionan otros dones, tales como evangelistas. ¿Quiénes son los evangelistas?

La respuesta parece obvia: son los predicadores del Evangelio. Entonces alguien podría decir que lo que veníamos pretendiendo enseñar, con anterioridad, podría carecer de sentido. Porque parece que existe un don, muy definido, que es el don de evangelista. Para esclarecer esta cuestión es necesario hacerse una pregunta, fundamental, a la luz del Nuevo Testamento: ¿Qué es la predicación del Evangelio? O dicho de otra manera: ¿Qué es el Evangelio que hay que pre-

dicar? A la luz del Nuevo Testamento es necesario reconocer la realidad carismática de los evangelistas. El don de evangelista en la época novotestamentaria es el asunto que nos interesa. ¿Cómo se ejercía y en qué consistía? Es decir, en la época del Nuevo Testamento, el don de evangelista ¿era igual que el que se contempla hoy? Hagamos una especie de inciso y un esfuerzo de abstracción particular. Reunidos, para dictar estas conferencias sobre la epístola a los Efesios, en éste lugar concreto, para muchos hermanos el ministerio que se realiza no correspondería a la visión de estar predicando el evangelio. Pero yo sostengo que en el ejercicio de este ministerio, si se está evangelizando. Que a la luz del Nuevo Testamento, lo que yo estoy haciendo, es predicar el Evangelio. ¿Qué es el Evangelio? A la luz del Nuevo Testamento, la respuesta la encontraríamos en libros como la Epístola a los Romanos: *“Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma”* (Romanos 1: 15). Aquí nos encontramos con que el anuncio del Evangelio implica exposición teológica, profundísima, del Plan Económico (salvífico) de Dios, desarrollo doctrinal de escatología bíblica, enseñanzas sobre la vida, comportamiento y relación de los creyentes frente al mundo, las autoridades, etc. Por consiguiente, a la luz del Nuevo Testamento, el don de evangelista tiene que ver con un conocimiento amplio y profundo de toda la Revelación de Dios y un ministerio expositivo de la misma. Y no tiene nada que ver con la representación parodiada de cualquier persona que pretende predicar el Evangelio leyendo un sólo texto y desarrollando un discurso donde, tantas veces, la riqueza doctrinal que lo informa la constituyen los gritos estentóreos que emite. El don de evangelista, con este sentido reduccionista y espúreo, no se corresponde, para nada, con el don de evangelista del que se

nos habla en el Nuevo Testamento, y de manera particular en la carta que venimos estudiando. ¿Era el apóstol Pablo un evangelista? La respuesta no ofrece la más mínima duda de que lo era; pero para muchos hermanos y hermanas sólo sería un enseñador de la Palabra. Para clarificar el sentido del don de evangelista es necesario tener en cuenta el estilo, el modo y el contenido del Evangelio que Pablo predicaba. La Palabra de Dios nos dice que Él “dio dones a los hombres”. No está diciendo la Revelación que cada hombre o que cada mujer tiene un don. No se nos especifica el número de dones dados a una persona. El apóstol Pablo tenía el don de apóstol, de profeta, de evangelista, de pastor y de maestro. La posesión de un don no excluye ni incluye la posibilidad de tener otros. ¿Era Timoteo un evangelista? A la luz de la distorsión y adulteración que del concepto de evangelista se ha venido haciendo, y de manera muy especial en los últimos tiempos, Timoteo no sería un evangelista. Se le podría reconocer como un enseñador y un maestro de la Palabra, pero no como un evangelista. Timoteo era un hombre serio, un hombre profundo, y quizá tímido, que sería incapaz de montar los números y shows a la usanza del día de hoy por los pretendidos “evangelistas modernos”. Pienso que Timoteo, como tantos otros hermanos, por respeto a la solemnidad ya la dignidad del Evangelio, presentaría el mensaje de reconciliación de Dios a los hombres con la honestidad que dicho ministerio requiere. Sin embargo el apóstol Pablo que le reconoce su don de enseñador y maestro (1ª Ti. 4:6-13) caracteriza y tipifica su ministerio como el de un evangelista: “*Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio*” (2ª Ti. 4:5). Este ministerio que Pablo reconoce en Timoteo era el mismo que él desarrollaba (1ª Co. 1: 17). En consecuencia tenemos que preguntarnos: ¿Se

puede predicar el Evangelio y no ser evangelista? ¿Se puede exponer el Evangelio y sus contenidos y no ser evangelista? ¿O es que evangelista es aquella persona que, con facultades o cualidades especiales, es capaz de despertar determinados sentimientos o emociones en los demás?

La respuesta afirmativa a este interrogante no tiene nada que ver con el concepto de evangelista que se presenta y desarrolla en el Nuevo Testamento. En este sentido si asumiésemos que el concepto evangelista, a la luz de la Palabra de Dios, es tal y como se concibe en los días actuales, podríamos llegar hasta a dudar de que el mismo Jesucristo lo fuera; porque, desde luego, el ministerio y los mensajes de Jesús de Nazaret, poco o nada se parecen a lo que hoy se suele calificar como mensajes de evangelización. Mensajes, que en tantas ocasiones, están planificados desde una perspectiva táctica que asume y maneja la sugestión, la persuasión y el condicionamiento psicológico como armas lícitas al servicio del testimonio cristiano. Pero el apóstol Pablo ya descalificó la utilización de tales recursos, de manera clara y tajante, cuando escribiendo su primera carta a los Corintios, manifestaba: “*Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse* (Griego = decidí) *no saber* (literal = conocer) *entre vosotros cosa alguna* (Griego = nada) *sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad,* (Griego = astenia) *y mucho temor y temblor; y ni mi palabra* (discurso) *ni mi predicación* (proclamación kerygmática) *fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios*” (1ª Co. 2: 1-5). El poder de Dios, el dinamismo de Dios, no necesita manipular

las conciencias de las personas para ejercer un efecto liberador sobre las mismas. El poder de Dios no manipula las conciencias, las libera. Si conocemos qué es el Evangelio y sus contenidos, podremos saber qué es un evangelista. *“En cuanto a mí, (decía Pablo) pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma”* (Ro. 1:15). El Evangelio y sus contenidos coincide, en este lugar, con los contenidos de la Epístola a los Romanos; y dicha epístola, constituye una exposición sublime y exhaustiva del plan económico de Dios. En la epístola a los Romanos hay consejos prácticos y orientaciones para el espíritu, para el cuerpo, para las relaciones entre los hermanos, para los problemas sociales y para los problemas proféticos y escatológicos. La epístola a los Romanos es una especie de compendio de todo lo que constituye el Plan Económico y Salvífico de Dios. Hoy se podría decir que toda esta exposición evangelística que se realiza en dicha epístola resulta un tanto pesada, y que mejor hubiera sido que el apóstol se hubiese decidido, por echar mano de medio versículo de Isaías, y a partir de ahí realizar una elucubración exegética con diversas conclusiones espiritualizadas y aplicadas fuera de todo contexto, para que sus oyentes quedasen impresionados, deslumbrados, y quizá visiblemente emocionados ante el discurso del evangelista diestro en la manipulación de los sentimientos humanos.

Cuando hablamos de evangelistas tenemos que ser serios y considerar como a tales a aquellos que poseen el don con las características evidenciadas en el Nuevo Testamento. Todavía en la lista escrita por el apóstol Pablo se mencionan otros dones: pastores y maestros.

Lo que son los pastores lo considero, en general, bastante conocido por todos. La propia palabra pastor define un poco, en parte, el carácter y el contenido del ministerio de estas

personas. Sabemos por el Nuevo Testamento, que en la época contemporánea, del siglo primero, los pastores, los ancianos, y los obispos, eran «semánticamente hablando» diversos nombres para definir, en el marco de una Iglesia local, a las mismas personas. Para tener una idea más clarificadora sobre este tema, es necesario estudiar lo que se nos enseña en el Nuevo Testamento sobre los obispos, los ancianos y los pastores. Y para entender en qué consiste el don de pastor; también es muy importante tener en cuenta que pastores se asocia, en esta carta, con maestros. Cuando el apóstol Pablo escribe a Tito, y le habla de los ancianos, de los pastores o de los obispos, habla también de la faceta y del ministerio de estas personas; y manifiesta, entre otras cosas, que su responsabilidad ministerial entraña la responsabilidad de la enseñanza de todo el Consejo (Palabra) de Dios. El mismo apóstol Pablo es un ejemplo viviente de tal enseñanza, y así se lo recuerda a los ancianos de Éfeso cuando los reúne en Mileto para despedirse de ellos (Hch. 20:26-28). Los maestros son los instructores que enseñan a la Iglesia, o a las Iglesias, la Palabra de Dios. El término maestros, en ocasiones, también se podría traducir por doctores, en cuanto que son enseñadores de la Revelación de Dios. En la Palabra de Dios se habla bastante acerca de estas personas con estos dones y de cómo deben ser establecidas en las Iglesias. (Hch. 14:23). Este texto, contiene una enseñanza básica y fundamental, por lo que merece la pena reproducirlo: *“Y constituyeron ancianos en cada Iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en Quien habían creído”* El término *constituyeron* significa literalmente “extendiendo la mano” y su sentido, en este lugar, debiera de ser entendido con el significado de “levantar la mano para VOTAR”. Encontramos pues aquí, una fórmula de participación democrática de toda

la congregación, para la elección de sus pastores, bajo la dirección del Espíritu Santo y la guía espiritual de los apóstoles Pablo y Bernabé. En cuanto a las características que deben reunir los ancianos, pastores o maestros para ser reconocidos por la Iglesia como tales, encontramos abundante enseñanza en 1ª Timoteo (3:1-7; 4:6-16), 2ª Timoteo (2:1-7; 2:15-26; 4:1-5) y Tito (1:5-9 y 2:1-15).

El funcionamiento armónico e integrado de todos los dones, en el marco de la Iglesia, tiene como finalidad la que se expresa en Efesios 4:13: *“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento (es decir, del conocimiento pleno) del Hijo de Dios, a un varón perfecto, (Griego = maduro, competente) a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. ¿Para qué? “Para que ya no seamos niños (Griego = niños pequeños) fluctuantes, (Griego = sacudidos por las olas) llevados por doquiera de todo viento de doctrina, (es decir, zarandeados de todo viento de enseñanza) por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error” (Ef. 4:14).*

De lo anteriormente dicho se desprende la gran importancia del ejercicio ministerial de los diversos dones en la Iglesia. Hoy no se dan los profetas en el sentido de personas con un don para revelar el futuro, en el sentido de Agabo o de las hijas de Felipe el evangelista. Pero sigue existiendo la necesidad de un mensaje profético, y profeta sería quien expusiese la Palabra de Dios, sin adulterarla, delante de la asamblea de Dios y ante el mundo. El ministerio profético puede coincidir con el don de maestro, pastor o evangelista. El mensaje profético a través de la Historia de la Iglesia, ha sido considerado de diversas maneras pero esencialmente, en sus dos facetas más importantes, a la manera de como lo consideraba el gran reformador y erudito bíblico, Juan de Val-

dés. Juan Valdés pensaba del don profético dos cosas; primero, que tenía una dimensión de pronóstico, de vidente del futuro; y segundo, que entrañaba el sentido de enseñador de las Sagradas Escrituras. Esta última faceta, del don profético, es aplicable a los días que vivimos hoy. De todas maneras el lenguaje profético supone, siempre, el ejercicio del don profético; un ejercicio de un don ministerial de denuncia. Los profetas están para denunciar, en nombre de Dios y a la luz de Su Palabra, las cosas que no van bien; es decir, los profetas, ya desde la época vetero-testamentaria, tienen una importante misión de denuncia; por lo que resultan incómodos y normalmente no se les tolera, como en su día no se toleraba un Isaías, un Amós o un Jeremías. La intolerancia hacia el ejercicio de un ministerio profético no invalida la necesidad del don en la vida de la Iglesia. Los profetas son personas a las que, especialmente, Dios llama y las capacita para ejercer esa función crítica y de denuncia que condicione a reflexionar al pueblo de Dios, y en general a todos los seres humanos. Ante una revelación completa, la misión del profeta consiste en conocerla y saber aplicar el contenido de dicha revelación a las circunstancias concretas de carácter espiritual, moral, social, económico y político que se dan en el tiempo en el que el profeta vive y desarrolla su ministerio. El maestro puede tener una visión profética, o no, pero, por el contrario, el profeta siempre es un maestro. Los profetas son necesarios en la Iglesia de hoy hasta que todos lleguemos a esa dimensión de la realización plena de la Iglesia como un hombre colectivo, como un varón perfecto. Los dones están al servicio de la realización colectiva de la Iglesia, y para que los santos no sufran fluctuaciones ni sean sacudidos por las olas doctrinales; para que los miembros de la Iglesia no permanezcan en una estada infantil: niños pequeños sacudidos

por las olas, llevados por cualquier viento de enseñanza. Los dones en la Iglesia están al servicio de los miembros del cuerpo de Cristo para que semejantes cosas no ocurran; y estas cosas no ocurrirán si los creyentes están formados, están edificados y equipados. Los dones están al servicio del equipamiento de la Iglesia que tiene que luchar contra *“la estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error”*. Hay una estrategia que supone las artimañas del error; es decir, la mentira, el ministerio pseudológico, el ministerio de la mentira, el ministerio de los falsos profetas y de los falsos *cristos* que se puede dar en el seno de la Iglesia.

Personalmente, desde hace algún tiempo he tenido una percepción que durante mucho tiempo carecí de ella. Dicha percepción surgió de estudiar las Iglesias de las que se habla en el capítulo 2 y 3 del libro de Apocalipsis. Como se sabe, en el Apocalipsis se mencionan una serie de Iglesias en las que van ocurriendo o deviniéndose una serie de circunstancias y acontecimientos. Del estudio de las siete Iglesias del Apocalipsis, he llegado a la conclusión de que Dios nos revela allí que hay una *iglesia paralela o alternativa*. Y además esa iglesia paralela o alternativa se encuentra incluida o está dentro de la Iglesia. En las siete Iglesias del Apocalipsis, si miramos y meditamos bien las características que las describen, encontraremos, que en las mismas, se da, además de un ministerio cristiano, un ministerio de otra naturaleza. Hay una Sinagoga de Satanás (asamblea, iglesia, dentro de la Iglesia) que constituye la denominada *iglesia paralela o alternativa*. Pero en realidad es más que una iglesia paralela, dado que esta iglesia, no está fuera o al lado de la Iglesia verdadera, sino dentro de la misma. Esta iglesia alternativa funciona y tiene una estrategia; su ministerio alcanza pro-

fundidades, cosas profundas e interesantes y que llaman la atención; con su ministerio la iglesia alternativa impide el normal funcionamiento de la verdadera Iglesia (Ap. 2 y 3). Por consiguiente, es necesario estar bien equipados para evitar, como Iglesia y como individuos, ser sacudidos, zarandeados, manipulados o instrumentalizados por la estrategia de las artimañas del error, para que así podamos *“siguiendo la verdad en amor”, crecer en todo, en Aquél que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”* (Ef. 4:14-16).

En los últimos textos, citados, nos encontramos con un pensamiento muy hermoso en relación con el problema del crecimiento. Primeramente en Ef. 4:13 se nos enseña que somos un hombre (Griego = varón) constituido por varios individuos; también se nos enseña que en la Iglesia hay una unidad y una diversidad, que somos un cuerpo y que tenemos una Cabeza. En definitiva se nos enseña que constituimos un varón (un hombre) cuya cabeza es Cristo.

Para conocer cómo crece la Iglesia es necesario preguntarnos: ¿Cómo crece un ser humano? Normalmente, el pensamiento popular, piensa que crecemos fundamentalmente por los alimentos que ingerimos. Dejando por sentado que esto es cierto, debemos de añadir, que, no obstante la creencia popular sólo corresponde a una parte de la verdad científica y real. Lo que comemos no nos serviría para crecer, sino se diesen otras circunstancias o realidades fisiológicas o biológicas más importantes; o sea, es verdad que crecemos porque comemos, y que cuando nos faltan determinados alimentos esenciales para nuestro desarrollo somático

se producen fenómenos patológicos como el raquitismo; pero el crecimiento de una persona no se da tanto por lo que viene de afuera como por lo que aporta o fluye desde adentro. Crecemos, exactamente, de la cabeza. En la base del cerebro, órgano que regula todas las funciones del organismo humano, o dicho de otra manera, todo el funcionamiento económico del cuerpo (el funcionamiento del hígado, del corazón, de los nervios, etc.), hay una glándula, muy importante, llamada *hipófisis* que regula todo el funcionamiento fisiológico del cuerpo humano, segregando o produciendo unas sustancias denominadas hormonas que, vertidas en la corriente sanguínea, actúan sobre otras glándulas distribuidas en diversas partes del cuerpo (tiroides, suprarrenales, glándulas sexuales, etc.). Todas las glándulas de secreción interna (hígado, páncreas, tiroides, suprarrenales, etc.) segregan sustancias hormonales que vierten a la sangre, y que son las encargadas de activar determinadas funciones y procesos vitales. Pero las glándulas de secreción interna, no son autónomas y autóctonas en su funcionamiento, sino que el mismo depende de la acción y estimulación que sobre ellas producen las hormonas segregadas por la glándula rectora que se encuentra situada en la base del cerebro, y que se conoce con el nombre de *hipófisis*. Pues bien, una de las hormonas más importantes que segrega esta glándula cerebral, es la denominada hormona somatotropa, somatotropina u hormona del crecimiento; sin la cual, como resulta obvio, es imposible crecer desde el punto de vista físico o corporal. La hormona somatotropa regula todos los procesos biológicos del desarrollo y crecimiento de un individuo. Cuando falta dicha hormona se produce un enanismo, y cuando existe un exceso de producción de la misma se origina un gigantismo. Por todo lo anteriormente expuesto, resulta evidente que se

crece de la cabeza. Esta es la razón por la que entendemos que el apóstol Pablo escribe: *“Crecemos en todo en Aquel que es la Cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”* (Ef. 4:15-16). El apóstol Pablo destaca el crecimiento armónico del cuerpo de Cristo y la coordinación de unos miembros con los otros, de manera semejante al funcionamiento de un cuerpo humano, en el que cada órgano cumple con la función que le es propia en estrecho sincronismo e interrelación con los demás. Resulta verdaderamente extraordinario y maravilloso que en la época en que se escribe la carta que estamos estudiando, se desvelen verdades científicas que clarifican de manera determinante el conocimiento sobre el funcionamiento del organismo humano. Y resulta tanto más admirable, esta revelación, por cuanto el apóstol Pablo ni era médico, ni especialista en endocrinología; y la única elucubración que nos podríamos permitir estaría en relación con la amistad íntima que el apóstol mantenía con el evangelista e historiador cristiano Lucas. Lucas fue una persona excepcional, tanto en lo que se refiere a su formación científica, como a sus conocimientos históricos y a su erudición teológica. Desde sus escritos (Evangelio según Lucas y Hechos de los Apóstoles) podemos hacernos una idea bastante acertada de su rigor científico, y apreciar que sus conocimientos médicos eran muy adelantados en relación con la época en que vivía. Su mentalidad era eminentemente científica, hasta el punto de llevar a cabo una rigurosa investigación, sobre las cosas que por fe ya había aceptado (Lucas 1:1-4). Seguramente no es exagerado decir, que entre Pablo y Lucas se daba no solo una relación de compañerismo, fraternal e íntima,

sino también un intercambio de conocimientos; Lucas aprendería, sin duda, muchos conocimientos teológicos del apóstol Pablo, y por otro lado éste recibiría información médico-científica de su entrañable amigo Lucas. Es en esta línea de pensamiento que interpretamos la revelación científico-endocrinológica o científico médica, de los escritos paulinos, y muy concretamente de esta carta que comentamos. Naturalmente, esta interpretación personal, no da por excluida la posibilidad de que el apóstol de los gentiles recibiese esta información científica por revelación expresa y directa de Dios.

Siguiendo con el pensamiento de los últimos textos citados, podemos entender mejor, por qué tenemos que estar unidos al Señor Jesucristo, y por qué tenemos que depender absolutamente de Él. Nuestros dones pueden dar su fruto, pero necesitan estar dirigidos por Aquel, y desde Aquel, que es la cabeza. Los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los pastores y los maestros funcionarán adecuadamente cuando reciban del Señor Jesucristo la inspiración, la motivación y el poder para realizar su diaconía (servicio) de manera adecuada y conveniente.

Capítulo 7

El hombre nuevo

(Efesios 4:17-32)

Siguiendo con nuestras consideraciones exegéticas nos enfrentamos al contenido de Efesios 4: 17-32 que reproducimos a continuación: *“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por Él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.*

Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo. El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para

que tenga qué compartir con el que padece necesidad. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”.

A partir del verso 17 de este capítulo y en todo lo que resta de esta epístola, entramos en la última dimensión de la economía de la salvación en relación al libro que estamos estudiando. Esta parte de la carta correspondería, ya, a la “praxis”, a la realización práctica y objetiva de la economía de la salvación en nuestra vida.

Sin embargo, vamos a seguir desarrollando algunos conceptos que corresponden a realidades que se devienen en nuestras personas, y especialmente en la vida y esfera de nuestra intimidad, al mismo tiempo que entramos de lleno en la práctica de la salvación. Dicho de otra manera, la salvación se puede practicar, aunque para muchos corresponda a una experiencia que sólo es vivenciable a nivel mental, psíquico o espiritual como si correspondiese a una realidad un tanto esotérica. Nada más lejos de lo que la Escritura nos enseña: la salvación es para vivirla, y sobre todo, para practicarla. Esto es lo que corresponde a la esencia de nuestro llamamiento; como recordábamos, en otros momentos de nuestra exégesis, la vida de nuestro Señor Jesucristo es descrita por el historiador y evangelista Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles, con dos términos: *“Las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar”* (Hch. 1:1). Pues bien, es en ese orden, hacer y enseñar, en el que nosotros somos

llamados a trascender la experiencia de nuestra salvación en una realización práctica. Al principio de este capítulo 4, nos encontrábamos con un ruego del apóstol Pablo en función a la vocación a la que habíamos sido llamados; y esa vocación se realiza, en el contexto de este epístola, en la experiencia soteriológica de “hasta que seamos llenos o llenados, de toda la plenitud de Dios”. Es decir, para que la plenitud de Dios, habite, viva y se realice en nosotros; o dicho de otra manera, para que se produzca la realización de Dios en Su Iglesia (la cual es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo). En esta dimensión se extiende más el apóstol a partir de los versos que encabezan este capítulo, donde se matiza de manera más profunda y minuciosa en qué consiste el tipo de andar correspondiente a la vocación cristiana: “Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente”; el término que se emplea aquí, y en otras partes de esta carta, para *andar*, es un vocablo, precioso, que expresa muy bien lo que la Revelación de Dios quiere traer a la consideración de nuestra propia conciencia; este término entró a formar parte de la Historia del pensamiento humano por algo que ocurrió bastante tiempo antes de la época del apóstol Pablo. El término fue puesto en evidencia y en circulación, de manera clara, por una escuela filosófica griega, probablemente por la mejor escuela filosófica que los griegos hayan tenido en toda su Historia. Aristóteles es sin duda alguna, el filósofo más importante de toda la Historia de la humanidad, se compartan o no, sus concepciones. El término *andar* tiene que ver con su escuela, y especialmente, con su metodología de enseñanza; Aristóteles tenía una manera peculiar de enseñar: lo hacía paseando, y de ahí, que su escuela fuese denominada “*peripatética*”. El término bíblico andar es el mismo que corres-

ponde al vocablo griego que definía la escuela aristotélica. Somos pues llamados a enseñar mientras que caminamos; es decir, mientras que devenimos en la praxis nuestra experiencia existencial.

Recordamos que en la primera epístola de Juan, encontramos esta aseveración: “*El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo*” (1ª de Juan 2:6). ¿Y cómo anduvo el Señor? Se podría replicar: el Señor Jesucristo anduvo predicando; es cierto que el Señor habló en muchas ocasiones a los hombres, pero cuando la Biblia nos responde a la pregunta formulada, no lo hace diciéndonos que Jesucristo anduvo echando discursos; por el contrario, nos manifiesta que el Señor “anduvo haciendo bienes”; pero haciendo bienes, no es una aseveración que tiene un sentido simbólico o figurativo, sino real y práctico. Creo que a Jesús de Nazaret nunca se le hubiese ocurrido editar una revista cristiana, en cuya portada figurase una mano que ofrece un pan en el que está inscrita la frase “La palabra de Dios”, sobre todo si las manos receptoras del ofrecimiento corresponden a personas hambrientas, en el sentido físico y literal del término. La mistificación o espiritualización del Evangelio, no corresponde al andar de una vocación cristiana consecuente con las necesidades reales de los seres humanos. La oferta que se desprende del contenido implícito en la proclamación del Evangelio del Reino de Dios, no se puede concretizar en la experiencia vivida por tantos seres humanos que habiendo experimentado el arrepentimiento y la conversión, y al integrarse en una Iglesia local, comprueban con tristeza, que en el orden humano, afectivo y material, siguen teniendo las mismas carencias, dificultades y necesidades que sufrían antes de integrarse en el ámbito cristiano. Toda la ayuda que reciben tiene una dimensión religiosa, encaminada a una supuesta realización mística

reservada al campo exclusivo de la esfera anímica, pero sin ninguna trascendencia en cuanto a la realización integral de toda su personalidad. Se recibe un Evangelio dicotomizado, y mutilado en su dimensión social, material y humana.

Conocemos por el Nuevo Testamento, que Jesús de Nazaret no espiritualizaba las necesidades materiales de los hombres; sino antes, al contrario, las satisfacía de manera concreta, práctica y real: *“Dadles vosotros de comer”* (Lucas 9:13). Nuestra vocación debe de inclinarse a la realización mimética de andar como el anduvo. *“Anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos del diablo, porque Dios estaba con Él”* (Hch. 2:38). Jesucristo anduvo por este mundo, no sólo diciendo, sino, fundamentalmente, haciendo. Llama la atención que siendo Jesús de Nazaret, en el sentido patriótico, un aldeano y en el sentido económico y social, un hombre que pertenecía a los estratos más humildes de la sociedad de Su tiempo, despertase en las masas de contemporáneos que escuchaban sus enseñanzas la admiración y el reconocimiento *“de que hablaba con autoridad y no como los escribas”* (Mr. 1:22). ¿Por qué este reconocimiento? Naturalmente la respuesta estereotipada, tantas veces dada a lo largo en la Historia de la Iglesia, de que la autoridad que se le reconocía en Su ministerio, estaba en función de que Él era Dios, no es válida por obsoleta y teológicamente insostenible. Las gentes de Su tiempo, no tenían conciencia de Quién era y no tenían predisposición para aceptarle como Dios y como Mesías. Si habían llegado a la conclusión de que hablaba con autoridad y no como los escribas, no era tanto porque en Él vislumbraban al Dios encarnado, cuanto porque Su manera de vivir resultaba congruente y adecuada con Sus palabras y el contenido de Sus mensajes. Los hombres más elaborados de Su tiempo, los más eruditos, los teólogos y sabios de aquella época, era

hombres de auténtica categoría intelectual, y algunos de ellos de gran dimensión espiritual y humana; a pesar de todo esto, la mayoría de los ciudadanos daban más autoridad y credibilidad a los mensajes de Jesucristo, porque comprobaban, en la praxis la concretización y realización de los contenidos de sus enseñanzas. Jesús ofrecía a las personas no sólo palabras, sino hechos concretos que las respaldaban. Los escribas y los maestros fariseos, disertaban largamente, deviniéndose sus enseñanzas y el contenido de su doctrina, en la esfera de lo religioso y de lo meramente teórico y elucubrately; su método exegético y hermenéutico, se desenvolvía en el ámbito de la recopilación y de las citas sucesivas y grandilocuentes de los diversos intérpretes y autores, sin dejar en la conciencia de los oyentes un mensaje claro y conciso, que pudiese informatizar su conducta con una trascendencia práctica en la vida real y cotidiana. Pero este no era el método exegético de Jesús de Nazaret; Él no era un erudito, en el sentido académico que tanto se ambiciona en nuestros días. Sus mensajes, Su exégesis y hermenéutica, correspondían a un ministerio profético comprometido con Dios y con todas las necesidades (espirituales, anímicas y materiales) de los seres humanos.

Volviendo al método de enseñanza de Aristóteles, mencionado anteriormente, manifestamos que consistía, en esencia, *“en enseñar mientras que caminaba”*. En esto consiste el tema y el contenido del término andar. Y a esto es a lo que somos llamados, es decir: a caminar enseñando. En la proclamación Kerigmática tenemos que testificar hablando, y no podemos hacer dejación de ésta responsabilidad, pero al mismo tiempo nuestra manera de vivir debe avalar el sentido y el contenido de nuestras enseñanzas. Cada uno de nosotros como miembros del cuerpo de Cristo, y como Iglesia, somos llamados a caminar enseñando. La Palabra de Dios

nos exhorta a “*que ya no andéis (caminéis) como los otros gentiles, que andan (caminan) en la vanidad de su mente*” (Ef. 4:17). La vanidad de la mente expresa aquí el sentido de andar con una mente vacía, en situación de vacuidad mental, como si nuestra esfera noética estuviese vacía de contenidos.

La Iglesia, como persona colectiva, en la época en que ahora vivimos, que es la que más nos interesa ¿qué contenidos tiene? ¿Qué contenidos maneja? Podríamos hablar de muchos y diferentes contenidos. En diversas ocasiones oímos de algunos que nos resultan un poco extraños, y sentimos tristeza cuando comprobamos que el testimonio cristiano se reduce solo a palabras. Es entonces cuando tenemos que interrogarnos de nuevo: ¿Cuáles son nuestros contenidos? La pregunta podría ser planteada de otra manera: ¿Podemos permitirnos cualquier contenido? o ¿disponemos de unos contenidos esenciales y básicos que se encuentran en la Revelación de Dios, y con los cuales debemos de llenar los espacios noéticos de la esfera de nuestra intimidad? La Biblia nos enseña que “de la abundancia del corazón habla la boca”; cuando hablamos de la mente, hablamos del corazón, hablamos del espíritu y hablamos, en definitiva, de la esfera de la intimidad. De los contenidos que albergamos en esta esfera dependerá la verbalización que podamos hacer de los mismos. Según los contenidos que haya en nuestra mente, así se motivará y condicionará nuestra conducta, nuestra manera de vivir. Esta realidad constituirá la infraestructura dinámica que condicione nuestra manera de andar; y por lo tanto, la enseñanza que se va a producir en nuestro caminar, en nuestra vida. No andéis en la vanidad de la mente, quiere decir, no andéis con vacío de contenidos cristianos. La palabra vanidad significa también vacuidad y tiene el sentido de vacío; la exhortación es, a no caminar con contenidos tan frágiles

que no resistan la confrontación con la realidad. Es necesario disponer de contenidos auténticos: hay que estar seguros de lo que creemos; y para eso, tenemos que estar fundamentados dentro de nosotros mismos, para que de la esfera de nuestra intimidad surjan verdaderas motivaciones que nos impulsen a “andar como Él anduvo”. En otra parte de la Palabra de Dios, se nos hace la misma indicación cuando de manera gráfica se nos insta a que debemos de caminar “siguiendo Sus pisadas”. Aquí no sería válido el famoso verso del gran poeta Antonio Machado “caminante no hay camino, se hace camino al andar”. El cristiano no tiene que fabricarse un camino especial y particular, su deber es seguir el camino que Su Señor ha marcado. Sus pies deben de posarse sobre las pisadas que dejaron marcadas, en la Historia, los pies de Jesús de Nazaret. A nosotros nos corresponde colocar nuestros pies, exactamente, sobre las huellas de las pisadas del Señor; de tal manera que los hombres puedan tener la percepción vivencial, de un sólo camino que conduce a la misma interioridad de Dios.

¿Cómo se conocía a los creyentes de los primeros tiempos, que por lo visto se equivocaron, según algunos, por vivir en comunidad de bienes? ¿Cómo los conocía el mundo? ¿Cómo informaron ellos a las personas de aquella época, acerca de los contenidos esenciales de su fe? ¿Cómo impresionaron a la gente con su manera de vivir? Se les conocía como *los del camino* y la referencia era a Jesucristo. Parece que caminaban (vivían) recordando a los hombres la manera cómo caminó (vivió) el Señor. Ese estilo y modelo de conducta y de vida perduró en las primeras Iglesias, por un período bastante breve de tiempo, difuminándose en la medida que el modelo peristático que las circundaba, penetró progresivamente en las mismas y se barnizó con supuestos fundamentos

cristianos. La filosofía materialista, hedonista e individualista, de este mundo, fue introyectada en el mismo corazón del Cristianismo disfrazándose para mitigar el sentimiento de culpa de los cristianos, con el ropaje doctrinal de una filosofía acorde con los contenidos de la voluntad y la Revelación de Dios. Esta reconversión inmoral, desde el punto de vista de la ética cristiana, no nos es lícita delante de Dios. Es preferible que seamos sinceros con nosotros mismos y que confesemos que no vivimos como tendríamos que vivir, pero que al mismo tiempo seamos conscientes de nuestra falta de dimensión vocacional, y que no queremos ni vamos a utilizar la manipulación de la Palabra Dios para disculpar nuestros errores y falta de solidaridad cristiana. No debemos de caer en la tentación de la racionalización teológica, para justificar lo injustificable. La racionalización del Evangelio conduce a un oscurecimiento de nuestra propia conciencia y esto nos impide tener una percepción clara de nuestra misma realidad. Cuando vivimos vacíos de contenidos tenemos el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios, por la ignorancia y por la dureza de nuestro corazón. Ajenos de la vida de Dios es lo mismo que alienados o extrañados de Dios. Dios y Su vida, nos resultan extraños porque vivimos al margen. La alienación espiritual significa la posibilidad de no reconocernos a nosotros mismos y perder el sentido de nuestra identidad.

En Efesios 4:18, encontramos: *“Ajenos (alienados) de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza”*. En este texto hay algo muy importante; en el mismo hay una idea que no debe de resultar contradictoria con otros conceptos expuestos con anterioridad en el estudio de esta carta. El oscurecimiento de nuestra

mente, el oscurecimiento de nuestra conciencia, el endurecimiento del corazón y la pérdida de sensibilidad requieren una explicación clarificadora. Recurriré a una referencia analógica, de naturaleza médica para obtener el sentido de lo que el texto nos enseña. Supongamos que estamos describiendo los síntomas correspondientes a la historia clínica de una persona que le pasase lo que en el texto bíblico se describe. Nos preguntamos: ¿Qué le pasaría a esta persona? Encontraríamos que el paciente padece un problema en su corazón. Su corazón está endurecido, esclerótico. El corazón es un músculo, es un órgano musculoso que tiene varias cavidades, y su función primordial es recoger la sangre de todo el cuerpo, hacer que esa sangre pase por los pulmones, que se oxigene en los mismos, que pierda determinados gases nocivos para la salud y que vuelva otra vez al corazón para, desde el mismo, ser distribuida por todas las células del cuerpo, a fin de vitalizar y dar vida a toda la economía del organismo humano. Un corazón endurecido (esclerótico) no puede funcionar bien. Un corazón endurecido es un corazón viejo. En realidad, se puede dar el caso, de que nos encontremos con un corazón viejo en una persona joven, pero generalmente, el endurecimiento del corazón es algo que se va produciendo con el paso de los años; el corazón va perdiendo su elasticidad y se va produciendo en él un proceso que le aboca a un envejecimiento continuado; a la par que el corazón envejece lo van haciendo distintos vasos arteriales y venosos del organismo. Pues bien, un corazón duro, un corazón envejecido, es un órgano vital que tiene menos capacidad para lanzar al torrente circulatorio todos los litros de sangre que son necesarios para que se produzca el normal funcionamiento fisiológico del organismo; como consecuencia, al cerebro llega menos sangre, y cuando a este órgano rector de todo el funcionamiento económico

del cuerpo llega menos sangre, se producen zonas mentales de oscurecimiento. Para entender este salto de lo orgánico y fisiológico a lo mental es necesario realizar alguna aclaración que nos ayude a comprender mejor, la relación psica-somática o somato psíquica que se da en la esfera de la intimidad de los seres humanos. La esfera de la intimidad del hombre guarda una relación estrecha y vinculante con su cerebro. Con esto no se quiere decir que la mente del hombre es una especie de secreción del funcionamiento bioquímico de su cerebro; porque si esto fuera así, el espíritu humano no constituiría una realidad pneumática trascendente; entonces tendrían razón los que dicen que cuando una persona se muere todo se acabó. Es decir, que la mente o el espíritu no constituyen un epifenómeno de la materia, no son la flor que brota del rosal. Cuando la raíz del rosal se seca, todo el resto del arbusto también lo hace, y las flores se marchitan, se mueren y desaparecen; dicho de otra manera, la flor no tiene autonomía, no tiene independencia, no es trascendente al rosal, constituye sencillamente una realidad epifenoménica del mismo.

El espíritu del hombre tiene una relación con la materia muy estrecha, tan estrecha que sólo la muerte es capaz de introducir una separación, perentética y temporal, entre lo somático y lo neumático. El hombre con su dimensión somática, psíquica y pneumática es UNO y funciona como tal. El espíritu humano, desde el punto de vista funcional, se apoya y utiliza su infraestructura orgánica-cerebral para devenirse y manifestarse; pero el espíritu del hombre no es un epifenómeno de la materia; tiene su autonomía, tiene su independencia. La materia tiene una capacidad para actuar sobre la mente, que no es posible negar. Es fácil observar que cuando una persona padece determinados problemas orgánicos se pone triste; la

tristeza ya no se deviene en la esfera de lo orgánico, sino que se vivencia en el ámbito antropológico de lo que no es tangible, de la esfera del espíritu, de la psique del hombre. Por el contrario, cuando una persona padece preocupaciones o sufre tensiones, en la esfera de lo ánimicoespiritual puede padecer la consecuencia de las mismas en su realidad somática, en su propio cuerpo. Es bien conocido de todos que las tensiones intrapsíquicas generadoras de angustia y ansiedad pueden producir infartos de miocardio, úlceras de estómago, oscilaciones de la tensión arterial, alteraciones en la piel, etc. Por consiguiente, se da una influencia de la materia sobre el espíritu y de éste sobre la materia que la Ciencia y la Biblia ponen de manifiesto, y que debe de quedar más allá de cualquier interpretación parcializada en función de determinadas concepciones ideológicas.

Ya dijimos, con anterioridad, que la salvación del hombre es integral, y que en ninguna parte de la Revelación bíblica encontramos que sea más importante salvar al alma que al cuerpo. Lo que nos dice la Biblia es que la salvación es para las personas consideradas en su dimensión total o pneumo-psico-somática. La salvación de las personas, es la razón por la que Cristo murió y resucitó. Los beneficios salvíficos de su acto soteriológico, que en el presente se aplican a la esfera de lo psíquico-espiritual, se aplicarán, escatológicamente, a la esfera de lo biológico y lo orgánico cuando se produzca, en el devenir histórico -salvífica, la redención de los cuerpos en el día de la resurrección. La salvación no será completa hasta que el Espíritu de Dios no trascienda o pneumatice la materia.

Volviendo a la relación entre el espíritu del hombre y su cerebro, conviene recordar las enseñanzas del apóstol Pablo en el capítulo 7 de la epístola a los Romanos. Las enseñanzas que se dan en este capítulo (7:14-25) concuerdan con los

descubrimientos científicos más avanzados en lo que se refiere al funcionamiento psicosomático del ser humano, y de manera más especial con las realidades psíquicas puestas de manifiesto por los descubrimientos de la escuela psicoanalítica freudiana.

Teniendo en cuenta los puntos de referencia bíblico y científico, tenemos que admitir que existen al menos dos niveles en la esfera de la intimidad. La división en dos estratos o niveles es necesario realizarle por razones didácticas, pero la realidad psíquica del hombre se encuentra integrada en una unidad que está más allá de cualquier separación artificial que pudiésemos realizar. Estudiando la esfera de la intimidad, nos encontramos con que a nivel psíquico existen dos realidades incontestables: la esfera de lo consciente (el YO) y la esfera de lo inconsciente (el ELLO). La parte inconsciente de nuestro espíritu mantiene una relación con determinadas zonas cerebrales, y la parte consciente con otras. Toda la esfera de lo consciente se relaciona con la corteza cerebral, que es la estructura más externa, evolucionada y elaborada de nuestro Sistema Nervioso Central. La corteza cerebral se relaciona con la conciencia; no con la conciencia ética y moral, en el sentido del bien y del mal, sino con la conciencia en el sentido del damos cuenta de las cosas, o tener conciencia de las mismas. Con lo que llamamos cerebro interno, cerebro medio o cerebro emocional, se relaciona nuestra esfera inconsciente, que tiene que ver con todas las vivencias y tendencias instintivas más profundas del psiquismo humano.

La esfera de lo inconsciente corresponde a la parte más profunda e inaccesible de nuestro ser; corresponde a lo que las Escrituras llaman “el corazón del hombre” y a todos sus contenidos (Mr. 7:20-23). Los contenidos del inconsciente

ocupan esa esfera de nuestra intimidad, y constituyen todo el material reprimido en lo más profundo de nuestro ser. Se trata de contenidos que están dentro de nosotros, pero que no conocemos. Casi todo el material reprimido tiene que ver con lo que en su día fue consciente en nosotros y que por un mecanismo de defensa (represión y desplazamiento) frente a la angustia, expulsamos fuera de la conciencia sumergiéndolo en el mar profundo de nuestro inconsciente; otra parte de nuestros contenidos inconscientes corresponde a contenidos transmitidos por vía hereditaria y contenidos en el código genético que recibimos de nuestros progenitores; se trataría, en este caso, de los contenidos correspondientes al inconsciente colectivo descrito por C. G. Jung: son universales y afectan a todas las razas y a todos los tiempos, constituyendo los elementos arquetípicos del psiquismo humano. La conciencia es lo que llamamos “el yo” y constituye la realidad o entidad psíquica que regula y controla los contenidos conscientes e inconscientes de nuestra vida.

Cuando un corazón endurecido o esclerótico dificulta el riego cerebral, la corteza del cerebro recibe menos sangre, queda isquémica, con lo que se menoscaba su funcionamiento. La corteza cerebral, que se relaciona con el yo o conciencia, tiene una función de vigilancia, de centinela y de supervisión, sobre las estructuras más íntimas y profundas del cerebro. De ésta función dependen nuestros estados vigiles u oníricos. Durante el día predomina el gobierno de la conciencia, en nuestra vida, y estamos despiertos; pero cuando llega la noche, “se retira”, se recluye y entonces predomina el gobierno del inconsciente: estamos dormidos; no obstante, la mente continua su funcionamiento de manera inconsciente, al margen de que al despertar tengamos conciencia o no de haber soñado.

Cuando la corteza cerebral recibe poca sangre, la conciencia cede en su función de vigilancia, baja la guardia, y entonces el inconsciente tiene la oportunidad de actuar y liberar una parte de sus contenidos con la finalidad de que los mismos asciendan al campo de la conciencia. Con la disminución de la función vigila y supervisora del yo, se abre la puerta del inconsciente y contenidos reprimidos en el mismo (individual o colectivo), pueden invadir el campo de la conciencia del individuo (yo) desestructurándola. Es decir, el material reprimido en la esfera inconsciente en función de los denominados “tabúes”, al abrirse la puerta que comunica el yo con el ello, puede ascender al campo de la conciencia y desestructurarla. Volviendo al texto de Efesios: *“Teniendo el entendimiento entenebrecido (Griego = escotomas = zonas de oscurecimiento) ...por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad...”*; cuando los contenidos del inconsciente inundan la conciencia se pierde la sensibilidad y ocurre que lo que primero teníamos temor de hacer, ahora lo hacemos e incluso creemos que lo debemos realizar. ¿Qué significa perdieron toda sensibilidad y se entregaron a la lascivia? La palabra lascivia es clarísima, significa “desenfreno o quitar el freno”; es decir hay un control de los contenidos inconscientes que tenemos en nuestro “corazón”, y de repente se “quita el freno” y se abre la puerta del inconsciente, con lo que los mismos pueden ascender al campo de la conciencia. ¿Qué es lo que hay en el inconsciente, cuáles son sus contenidos? El Señor Jesucristo nos enseñó *“que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones (inmoralidades sexuales, pornografía, prostitución, etc.), los homicidios, los hurtos, las avaricias (ansia de tener más y más), las maldades, el engaño (lo doloso), la lascivia*

(desenfreno de los instintos sexuales, desvergüenza, libertinaje, quitar el freno o quitar la vergüenza), *la envidia (mal de ojo), la maledicencia, la soberbia, la insensatez (los contenidos inconscientes de la enfermedad mental, la locura). Todas estas maldades (cosas malas) de dentro salen, y contaminan al hombre”*. Todos los contenidos que existen en el corazón del hombre, están controlados, por el yo o conciencia de los individuos; pero cuando el corazón se endurece (y llevémoslo a la aplicación no médica sino espiritual) entonces se producen zonas de oscurecimiento, se pierde el control que el yo ejerce sobre las instancias psíquicas inconscientes, se quita el freno, se abre la puerta del inconsciente y se da vía libre a la lascivia. En esas circunstancias se producen vivencias y conductas en nuestra vida que son contrarias a la voluntad de Dios, y que van a perjudicar nuestro devenir peripatético cristiano.

Según las Escrituras novo-testamentarias, en el desarrollo de nuestra personalidad, el nivel más alto a que podemos aspirar es el de convertirnos en un hombre perfecto. Esta idea, se expresa en diversas partes del Nuevo Testamento... *“Todos los que somos perfectos”* (Fil. 3:15). *“Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado perfección”* (1ª Co. 2:6) La palabra griega que se emplea para *perfectos* en estos textos, y que pertenece fundamentalmente al ámbito de la teología paulina, no quiere significar perfectos en sentido absoluto; sino que corresponde a un término original que traducido a nuestra lengua, significa *hombres competentes o de edad madura*. Por otra parte la Escritura nos enseña que un creyente recién nacido en Cristo, es un niño en Él; pero que en el desarrollo de nuestra personalidad como creyentes podemos pasar por el estadio de jóvenes en Cristo y alcanzar el nivel de padres en Cristo, y que el apóstol Juan expresa en su 1ª epístola (1ª de Juan 2:12-14). El nivel más alto de desarrollo

(padres en Cristo) en la terminología antropológica de Juan se corresponde con el de hombre perfecto (competente o de edad madura de la antropología Paulina). La perfección en sentido absoluto no se puede devenir en este período dispensacional de nuestra realización salvífica; sólo después de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo (parusía) y de nuestra resurrección (es decir de la pneumatización de nuestro cuerpo material) podremos alcanzar una perfección integral, trascendente y eterna. (1ª Ts. 5:23); (1ª Jn. 3:1-2).

La idea que se expresa en Efesios 4:22-24, *“en cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos,... y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”*, corresponde a una idea dinámica que afecta a nuestra conducta o manera de vivir. En realidad se apunta a un único proceso conductual y vivencial en el que mientras nos vamos despojando del viejo hombre estamos, al unísono, vistiéndonos del nuevo. Tenemos que volver otra vez a aquella visión teológica que contemplábamos al analizar los primeros capítulos de esta carta: se trata de la concepción teológica “del ya, pero todavía no” del teólogo Oscar Cullman. Ya somos hombres nuevos en Cristo, ya estamos justificados en Él, ya estamos redimidos en Él, ya estamos santificados en Él; pero todavía no se ha devenido salvíficamente, y de forma completa, nuestra salvación, nuestra redención y nuestra justificación, en tanto en cuanto no se produzca la redención somática de nuestro cuerpo. Cuando los beneficios del acto soteriológico de Cristo, en la cruz del Calvario, se apliquen a nuestra estructura material y biológica, y nuestro cuerpo psíquico (cuerpo gobernado por el alma) se transforme en un cuerpo neumático (cuerpo gobernado por el espíritu) se producirá el abocamiento al verdadero hombre perfecto en

Cristo, al que escatológicamente estamos destinados. El apóstol Pablo escribió a los filipenses: *“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”* (Fil. 2: 12b). *“Ocupaos”* significa, literalmente, *desarrollad vuestra salvación*; es decir, ir despojándoos del viejo hombre y revistiéndoos del nuevo, para que seáis transformados, día a día, conforme a la imagen de Aquel que nos amó hasta lo sumo (Ro. 8:29). El nuevo hombre, creado según Dios, corresponde a una nueva creación *“en la justicia y santidad de la verdad; por lo cual desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”* (Ef. 4:24-25)

La Biblia enseña que entre Dios y el Diablo hay una confrontación dialéctica, y que esa confrontación se expresa, proyecta y explicita en el gobierno de este mundo. La confrontación entre Dios y el Príncipe de este mundo, se manifiesta en realidades tales como la que apuntó el Señor Jesucristo en el Sermón de la Montaña: *“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá (Griego = odiará) al uno y amará al otro, o estimará (se adherirá) al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mamón (las riquezas)”* (Mateo 6:24). El ídolo más peligroso es el dinero. Desde el punto de vista escatológico, la última confrontación dialéctica será entre Dios y las riquezas; pero la misma Revelación nos enseña que existen formas diversas de devenir esa confrontación entre Dios y el Diablo en la vida de los creyentes. Un ejemplo, paradigmático, es el que nos ofrece la vida de Job, donde se expresa una seria y profunda confrontación dialéctica entre Dios y el demonio; es decir, en el corazón de Job, en la esfera de su intimidad, se libra una batalla, una confrontación impresionante entre Dios y el anti-Dios. También nosotros podemos constituir, y de hecho constituimos, ese campo donde la confrontación dialéctica entre Dios y el

diablo se realiza. Es por eso que el apóstol, nos exhorta de la siguiente manera: *“Ni deis lugar (Griego = ocasión, posibilidad, oportunidad) al diablo”*. Estas batallas o confrontaciones dialécticas, se libran o se pueden librar, en el corazón de los creyentes o de los incrédulos, en el corazón de la Iglesia o en el corazón del mundo. En esta epístola la confrontación dialéctica entre Dios y el diablo no se expresa como una contradicción entre Dios y las riquezas, sino como una contradicción entre la verdad y la mentira. Entramos aquí, en algo tan importante como la dinámica de la vida de la Iglesia. El contexto de lo que venimos analizando nos habla, más que para individuos, para la realización del cuerpo colectivo que constituye la Iglesia como entidad donde se deviene la acción salvífica de Dios.

La confrontación entre la verdad y la mentira, constituye un hecho esencial con trascendencia en el campo de la ética cristiana. Dios es y representa la verdad, y el diablo es y representa la mentira. En el griego se emplea un término para mentira que transliterado no es otro que “pseudo”. La mentira corresponde a lo pseudológico; es decir, corresponde a una falsificación de la verdad. Lo “pseudo” constituye la política del diablo y engloba todo aquello que es falso; pero lo “pseudo” es también aquello que puede presentarse con la apariencia de lo verdadero. “Desechando”, es una palabra muy gráfica que significa “poner a parte”. La enseñanza es que hay cosas, en cuanto a nuestro vivir, que es necesario poner a parte, para que podamos realizarnos como pueblo de Dios, y para que la voluntad de Él se pueda devenir en nuestra conducta. “Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”. Vemos que el pensamiento del apóstol, no se refiere tanto a individuos aislados como al conjunto de los diversos miem-

bros que constituyen el cuerpo de Cristo, es decir a la Iglesia. Miembros los unos de los otros implica que si a mí me ocurre alguna circunstancia, la misma, debiera de afectar a los demás miembros como si les hubiese ocurrido a ellos mismos. Se trata de un problema de interdependencia e interrelación de los diversos miembros del cuerpo. Cuando la Palabra de Dios dice que “somos miembros los unos de los otros”, habla de una comunicación y de un sentido de pertenencia, de los unos con los otros y de los unos hacia los otros, que constituye la infraestructura de la comunión cristiana.

En el marco de esta confrontación entre la mentira y la verdad es oportuno considerar lo que dice el verso 26: *“Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo”*. Este texto debiera de hacernos meditar en lo que conlleva el rechazo firme de lo “pseudo”, de lo falso y que provoca una reacción fuerte que aquí se califica de “ira”. Yo no voy a entrar a ser más papista que el Papa; es decir, no voy a caer en la tentación de racionalizar la Revelación de Dios o bien para criticarla, o bien para desplazar su sentido. Dios no necesita que nosotros le justifiquemos de ninguna manera, y menos aún en el campo de la dimensión ética. Lo consecuente, por nuestra parte, es aceptar la Revelación de Dios tal y como Él ha querido entregárnosla, y no revestir los vocablos o términos de Su Revelación con una pintura de racionalismo humanista que desfigura y tergiversa el pensamiento y el sentimiento del mismo Dios. Dios sabe lo que dice y sabe por qué lo dice. “Airaos pero no pequéis”; parece ser que hay una manera de airarse que no implica necesariamente el hecho amárlico, el pecado. A veces pensamos que cualquier manifestación de ira tiene que corresponder a una acción pecaminosa, y por consiguiente contraria a la voluntad de Dios; pero parece ser que desde un punto de vista teológico serio,

esto no es necesariamente así. No obstante se mantiene la recomendación de que “no se ponga el sol sobre vuestro enojo”. El contexto de la porción que venimos estudiando, nos invita a andar enseñando, a andar como el Señor anduvo. ¿Se da algún momento en la vida de Jesús de Nazaret, en que podríamos encontrar verificado el contenido de la frase “airaos pero no pequéis? En realidad no se da un momento sino dos, coincidentes con el principio y el final de su ministerio público. Estos momentos son recordados con muy escasa frecuencia en las predicaciones habituales en nuestras Iglesias; yo creo que si pudiesen muchos estarían tentados a eliminar de los relatos de los Evangelios aquellos textos que hacen referencia a los acontecimientos que ocurrieron en el Templo, en la ciudad de Jerusalén, al principio y al final del ministerio público de Jesús de Nazaret. La actitud, el estado de ánimo y la motivación que impulsa al Galileo a proceder, tal y como lo hace en el Templo de Jerusalén, queda definida por la propia interpretación que la Escritura realiza de la misma: “*El celo de Tu casa Me consume*” (Jn. 2:17). A mí, particularmente, me parece que en estas ocasiones Jesús de Nazaret estaba airado. Pienso que esta constatación de su estado de ánimo, no debe de crearnos contradicción alguna; antes al contrario, debiéramos poder comprender, con claridad meridiana, la actitud, los gestos, las acciones y el estado de ánimo del Nazareno. Desde un punto de vista antropológico y psicológico estos momentos, de la vida de Jesús, constituyen la plasmación palmaria de la enseñanza teológica profunda que encontramos explicitada en la carta a los Hebreos: “*Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado*” (He. 4:15). Cuando el Hijo de Dios se hizo hombre y se convirtió en el postrer Adán; es decir, en el

hombre escatológico, lo hizo con todas las consecuencias e implicaciones antropológicas que este hecho supone. Jesús de Nazaret como segundo Adán, no echó mano de sus recursos divinos para defenderse de las tentaciones del diablo, sino de aquellos recursos de los que podía disponer como siervo de Dios, y que también estuvieron al alcance del primer Adán antes de su caída. Jesús de Nazaret oraba a Su Padre Celestial pidiendo Su ayuda e intercesión a Su favor, vivía en el poder del Espíritu y funcionaba como un siervo de Dios que deseaba cumplir Su voluntad en esta tierra. Es importante que nos acostumbremos a contemplar la figura de Jesús de Nazaret en su dimensión humana; y es desde esta perspectiva que podemos entender el estado de ánimo que embargó a Jesús ante el espectáculo deplorable que se ofrecía en la Casa de Dios, en el Templo, en la ciudad de Jerusalén. Él dijo: “*habéis convertido la casa de Mí Padre en una cueva de ladrones y en una casa de mercado*”. La vivenciación de esta realidad desencadenó la reacción de Jesús de Nazaret, que se relata en los escritos evangélicos, como expresión dinámica y operativa de la justicia de Dios. Esta reacción en el Templo de Jerusalén ha sido contemplada por algunos exegetas como un fallo en la vida y la conducta de Jesucristo. Quienes así piensan, se convierten en tergiversadores, manipuladores y adulteradores de la Verdad. Tales intérpretes de la Escritura son los gestores responsables de un Evangelio de carácter místico, teorizante, religioso y desprovisto de su dimensión ética, social y revolucionaria. Hoy más que nunca acucia la necesidad de presentar a los hombres un Evangelio integral, con todos sus contenidos espirituales, morales, sociales, económicos y políticos. La adaptación al Sistema del mundo en que vivimos, no nos puede cegar hasta el extremo de llegar a desnaturalizar los contenidos esenciales del Evangelio del Reino de

Dios. La inmensa mayoría de la humanidad (tres cuartas partes de la misma) vive de manera paupérrima; el hambre, la injusticia, la humillación, la desolación y la muerte prematura son los ingredientes básicos de su existencia. Estos miles de millones de seres humanos necesitan un mensaje de esperanza y de consolación que no quede reducido al ámbito de la retórica demagógica de los supuestos intereses vehementes por la salvación de sus almas. Resulta más que sospechoso que los que tanto se preocupan por la salvación eterna de las almas de los más desposeídos, ultrajados y vejados de los seres humanos, caminen impasibles ante el espectáculo injusto y sangrante de sus necesidades humanas y materiales. Fue precisamente porque Jesús de Nazaret tomó conciencia de las necesidades de los pobres y desarraigados de su tiempo que reaccionó airándose ante el espectáculo que ofrecía el Templo de Jerusalén convertido en cueva de ladrones y casa de mercaderes. Ladrones y mercaderes, que explotaban, extorsionaban y manipulaban, no sólo los escasos recursos económicos y materiales de la mayoría de los hombres de su tiempo, sino también sus conciencias. Cuando después de un corto tiempo Jesús de Nazaret volvió a Galilea, dice la Escritura, que *“Cuando vino a Galilea, los galileos le recibieron bien, habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén, en la fiesta; porque también ellos habían ido a la fiesta”* (Jn. 4:45). Entiendo que le recibieron bien, esencialmente, porque había actuado con equidad en medio de la rapiña, con fidelidad en medio de la infidelidad, con justicia en medio de la injusticia, y con amor en medio del desamor. Jesús de Nazaret con Su espectacular acto profético de denuncia de la corrupción, de la inmoralidad y de la injusticia de las superestructuras de poder, estaba jugándose Su vida en defensa de todos los pobres y débiles de esta tierra. Otra con-

cepción del Evangelio que no tenga en aprecio y consideración, lo que supone el sentido profundo de “el celo de tu casa me consume”, será una concepción espúrea y reaccionaria. Si los que decimos ser creyentes tuviésemos, aunque solamente fuese dos veces en nuestra vida, un verdadero sentido de la dignidad y de la justicia, probablemente nuestro mensaje cristiano tendría mejor acogida entre los seres humanos. Los galileos le recibieron bien, porque fueron testigos presenciales de lo que hizo y de lo que dijo. El desenmascaró la hipocresía religiosa, social y política de los gobernantes; Él atacó de manera abierta y frontal lo que había que atacar y a lo que nadie se atrevía. Él, en definitiva, se enfrentó al poder más allá de las consecuencias que dicha actitud pudiese acarrearle; como ciudadano judío se expuso a la ira de los poderosos, y a las consecuencias que el ejercicio arbitrario del poder y de las instituciones pudieran infringirle; consecuencias tales como ser desprovisto de todo tipo de derechos ciudadanos, ser expulsado de la Sinagoga y marginado en el ámbito material, cultural, espiritual, económico y laboral.

“Airaos pero no pequéis”. Esta fue la vivencia del Señor y también podría ser la nuestra. “No se ponga el sol sobre vuestro enojo”. Enojo tiene, aquí, el significado de irritación; una irritación que surge ante cualquier circunstancia que suponga la confrontación con la injusticia. La recomendación del texto nos habla de la necesidad de controlar nuestras reacciones emocionales: de calmarse; es necesario afrontar las situaciones difíciles con la actitud y la paciencia con la que el Señor Jesús lo hizo. Él fue capaz de tener amor, paciencia y consideración con todos aquellos que incluso cuestionaban los principios esenciales de sus enseñanzas: Recordando estos textos me viene a la memoria lo que ocurría entre los miembros de una escuela griega que tenía como maestro a uno de

los hombres más inteligentes de su tiempo: Pitágoras. Este insigne matemático creó una escuela denominada “de los pitagóricos”; parece ser que los discípulos de Pitágoras tenían como costumbre, para avanzar en el conocimiento de la realidad, la práctica de establecer entre ellos largas discusiones. En general, las escuelas griegas lo discutían todo, porque tenían un alto concepto de la confrontación dialéctica, y albergaban la esperanza de que de la discusión pudiera salir la luz que alumbrara el conocimiento de la verdad. Las discusiones en la escuela de los pitagóricos suponían largos debates en los que incluso se llegaba a la irritación y al acaloramiento emocional; pero tenían una costumbre muy loable que consistía en que cuando había pasado un período de tiempo de la enardecida confrontación dialéctica, terminaban dándole un afectuoso apretón de manos; esta costumbre, de darse las manos, se realizaba, siempre, antes de que oscureciera; es decir: “antes de que el sol se pusiera sobre su enojo”. Sería muy saludable que aquellos que nos llamamos cristianos, fuésemos capaces de desplegar esa generosidad de los discípulos de Pitágoras, después de haber debatido y confrontado los diferentes puntos de vista a los que la multiforme sabiduría de Dios diera lugar.

Efesios 4:28, sigue diciendo “*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad*”. Sobre este texto podríamos decir muchas cosas, pero considero necesario llamar la atención sobre una cuestión hermenéutica, que la mayoría de los comentaristas suelen tomar en relación al mismo. Mi impresión personal es que la exégesis y hermenéutica del texto se deforma de manera evidente. Para *hurtar* se emplea una palabra transliterada del original a nuestra lengua y que se aplica a las acciones lleva-

das a cabo por personas que, en determinadas circunstancias, sienten el impulso de robar cosas. El término es *cleptomanía* y a las personas que practican la cleptomanía se las denomina cleptómanos. Un cleptómano es, desde el punto de vista psicopatológico, un enfermo que tiene la costumbre reiterativa y compulsiva de robar cosas. Los cleptómanos son personas emocionalmente enfermas, y los impulsos que les llevan a cometer los actos del robo, corresponden a complejos psicológicos inconscientes, que quedan fuera de su capacidad volitiva (voluntad). Dichas persona cuando son sometidas a un tratamiento psicológico y psicoanalítico adecuado, que sea capaz de descubrir los móviles o impulsos inconscientes de su acción cleptomanígena, pueden curarse y dejar de practicar el robo. Para mí, Efesios 4:28 no emplea el término cleptómano en relación a personas emocionalmente enfermas, en el sentido anteriormente apuntado, sino que el texto se referiría a personas que están enfermas en relación al dinero, que es otra cosa distinta. Normalmente los comentaristas, (y no digo que no tengan cierta parte de razón) suelen explicar el texto diciéndonos que en la época en que la Epístola fue escrita había muchos esclavos y que los esclavos robaban a sus dueños. Podría tratarse de una especie de robo compensatorio por medio del cual los esclavos intentaban compensar, de forma mínima, las múltiples vejaciones a que eran sometidos por sus dueños; los cuales en la mayoría de los casos, no les daban ni los alimentos mínimos para el sustento vital cotidiano. Yo no comparto este tipo de interpretación, ni por el contexto en el que el texto está enclavado, ni teniendo en cuenta la zona geopolítica a donde esta epístola va dirigida. Yo creo, que aquí habla de las personas que viven, sino todo lo contrario; se trata de los que roban y no son pobres, sino ricos, y que aumentan su riqueza explotando

y expoliando a los más humildes e indefensos para seguir incrementando “sus riquezas injustas”. Me parece escandaloso, desde el punto de vista de una ética cristiana, hacer un comentario sobre un texto de la Palabra de Dios deformando su sentido y su contenido para adaptarlo a los principios “supuestamente justos” del sistema injusto en el que socio-políticamente y socio-económicamente vivimos inmersos. En definitiva, en Efesios 4:28, no solo se habla del trabajo y de una forma determinada de realzarlo, sino que se habla de algo muchísimo más importante: la finalidad que se pretende conseguir mediante la realización del trabajo: (“para que tengamos que compartir con el que padece necesidad”). Se trata de un llamamiento que, especialmente, se realiza dentro de la esfera de la Iglesia. Llamamiento que, por otra parte, se explicita en términos socio-laborales, socioeconómicos, de repartimiento equitativo de la riqueza y de aplicación de los principios básicos de la justicia social, en el capítulo 5 de la epístola de Santiago.

“Ninguna palabra corrompida (Griego = podrida) salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (“a los que oyen”). La palabra corrompida, podrida, y la imagen sobre la que se edifica esta palabra, es la de una fruta en estado de putrefacción orgánica. Por ejemplo: una manzana. Si dicha manzana, la metemos en medio de un montón de manzanas sanas, ocurre que, al cabo de un tiempo nos podemos encontrar con que la totalidad de las manzanas han sufrido el mismo proceso de putrefacción y degeneración orgánica. Cuando hablamos de manzanas, simbólicamente, lo estamos haciendo de personas, de hermanos y hermanas en la fe, y de Iglesias; es decir; estamos hablando de nosotros mismos y de nuestro devenir ético-existencial en el marco de nuestra vocación cristiana y

en el ámbito en que la misma debe de realizarse. Se nos exhorta a que dejemos a parte, a que desechemos el ministerio de la mentira, el cual corresponde a Satanás y a sus ministros y diáconos (Juan 8:44).

Nuestra responsabilidad como cristianos que den una respuesta adecuada, al llamamiento de Dios, consiste en practicar la diaconía (ministerio) de la verdad; y que dentro de esa dinámica funcional, e interrelacional, ninguna palabra corrompida salga de nuestra boca (en el original dice literalmente: *toda palabra corrompida que no salga de vuestra boca*). La recomendación es que nuestra aportación semántica en el servicio a Dios y en el marco de la Iglesia, redunde para la edificación de los oyentes sean estos creyentes o incrédulos. Nuestro discurso evangélico y profético debe de estar al servicio de la edificación del cuerpo de Cristo, y jamás servir como punto de apoyo para la desestructuración o desequilibrio de la Iglesia o de cada uno de los miembros que la componen. Por eso en Efesios 4:30, se nos sigue exhortando: *“Y no contristéis (Griego = afligir, disgustar, molestar) al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”*. A fuerza de ser sincero debo de reconocer, que se me escapa el sentido más profundo de este texto, y como diría Juan Valdés: no lo entiendo, pero lo acepto, y creo en la verdad que contiene, porque forma parte de la Revelación de Dios a los hombres; considero que el texto pretende enseñarnos una cosa tan seria como que nosotros, los creyentes, podemos influir nada menos que en el estado timopático (afectivo) del Espíritu Santo; es decir, que nosotros, podemos, afligir, disgustar y molestar al Espíritu Santo de Dios en su acción pneumática y santificante en la Iglesia de Cristo. Por otra parte no me resulta difícil entender que nuestra manera de vivir, o sea, que nuestra conducta cotidiana la

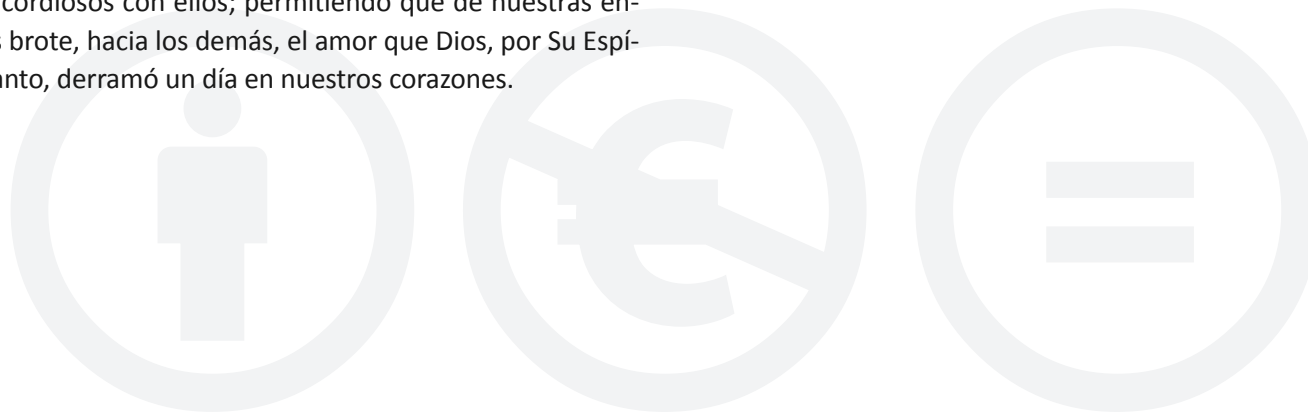
estemos realizando de tal manera, que a Dios le resulte molesta, incómoda y desagradable; sencillamente, porque nuestra vida no se deviene, en la praxis cotidiana, conforme a Su voluntad. Teniendo en cuenta lo que la Palabra de Dios enseña sobre lo que es la Iglesia como cuerpo de Cristo, podemos acercarnos un poco más a lo que puede significar el contristar al Espíritu Santo de Dios. La Biblia revela que existe una analogía entre el funcionamiento de un ser humano y la relación, que se da entre el cuerpo de Cristo (la Iglesia constituida por todos los creyentes) y Cristo como cabeza de ese cuerpo. Un ser humano, tiene un cuerpo (en el sentido anatómico, fisiológico) que funciona gobernado por la cabeza (el cerebro). Resulta imposible que se dé un sufrimiento en el cuerpo (*soma*) de una persona, sin que su cerebro lo perciba y lo registre. La vida de un ser humano resultaría imposible sin el funcionamiento adecuado de su cerebro. Generalmente cuando sentimos una molestia, en alguna parte de nuestro cuerpo, pensamos que el dolor o la sensación de disestar experimentada sólo ocurre en el lugar donde nosotros percibimos dicha molestia. La realidad del funcionamiento psicosomático de una persona viene a demostrar que las cosas no son así. El dolor que yo experimento en una parte de mi cuerpo sólo es el reflejo, secundario, de la sensación primaria de dolor que ocurre en alguna parte de mi corteza cerebral; lo mismo podríamos decir de las sensaciones agradables o desagradables que percibimos a través de los órganos de los sentidos (oído, vista, gusto, tacto y olfato). En definitiva, quien primero sufre, “se aflige, se disgusta o se molesta” no son los diversos miembros que constituyen mi cuerpo (esquema corporal), sino el cerebro que vitaliza y dirige el funcionamiento del mismo. Quien primero sufre, huele, ve o siente, no son los órganos de mis sentidos, sino las dis-

tintas partes de mi cerebro que mantienen una relación con los mismos, y dirigen y orientan su funcionamiento vital. De la misma manera cuando la Iglesia sufre como cuerpo de Cristo, el displacer que experimenta en todos o en algunos de sus miembros ocurre primero en la cabeza que es Cristo. Esto es así, teológicamente hablando, hasta el punto de que el apóstol Pablo, escribiendo a los creyentes de Colosas, les decía: *“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumpla (Griego = estoy completando) en mi carne lo que falta (término griego que significa literalmente, las deficiencias) de las aflicciones de Cristo por Su cuerpo, que es la Iglesia”* (Col. 1:24).

Efesios 4:31, añade: *“Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia”*. En el verso anterior (Ef. 4:30) se nos recordaba que fuimos sellados, con el Espíritu Santo de Dios, para el día de la redención; es decir, el Espíritu Santo actúa en, y desde, la esfera de nuestra intimidad psico-pneumática, para ir realizando la salvación en nosotros hasta que lleguemos a una liberación total y absoluta, ayudándonos a desprendernos de una conducta o manera de vivir que no sirve como modelo a devenir, escatológicamente, para aquellos que constituimos el cuerpo de Cristo. Por eso Ef. 4:31 nos insta a que desaparezca, de nuestra vida, toda una serie de circunstancias que son consecuencia de la desestructuración amártica ocurrida en el hombre por la acción del pecado. Para el creyente es necesario “poner a parte”, con la ayuda del Espíritu de Dios, la amargura, el enojo, la ira, la gritería, la maledicencia, y toda la malicia.

Finalmente, Ef. 4:32, nos exhorta a ser *“benignos unos con otros, misericordiosos, (Griego literal = de buenas entrañas) perdonándonos a unos a otros, como Dios también nos perdonó a nosotros en Cristo Jesús”*. Y termino estas

consideraciones haciendo énfasis, en que el término *miseri- cordiosos* nos convoca a andar enseñando mientras que pa- samos por la vida, mientras que transitamos, mientras que peregrinamos, hacia la realidad suprema de nuestra reden- ción y realización. Nuestro caminar debe de constituir un ejemplo que refleje que somos nuevas criaturas en Cristo, que estamos integrados en el Hombre Nuevo y que queremos dar gloria a Dios, en y con, nuestras vidas. Asimismo nuestro tes- timonio cristiano debe de devenirse en una experiencia de co- munion fraterna con nuestros hermanos, manifestándonos misericordiosos con ellos; permitiendo que de nuestras entrañas brote, hacia los demás, el amor que Dios, por Su Espí- ritu Santo, derramó un día en nuestros corazones.



Capítulo 8

Andar como hijos de luz

(Efesios 5:1-20)

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.

Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, partícipes con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. Más todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo. Por lo cual dice:

*Despiértate, tú que duermes,
Y levántate de los muertos,
Y te alumbrará Cristo.*

Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 5:1-20).

Esta parte de la epístola tiene una relación estrechísima con lo que veníamos diciendo anteriormente, y con todo lo que resta de la misma (Ef. 5:21-33 y Ef. 6). Estos primeros veinte textos del capítulo 5, como ya comentábamos respecto de otros de esta carta, también tienen su complejidad y su dificultad exegética y hermenéutica. Tendremos que pasar de consideraciones de carácter devocional e intentar profundizar, lo más que podamos, en esta parte de la Revelación de Dios.

En el capítulo anterior prestamos atención a un pensamiento, importante, que giraba alrededor del verbo caminar. Verbo que comprobábamos se repetía en diversos textos; aquí volvemos a encontramos con el mismo vocablo (*andad*; Griego = *peripateite*), que nos llamaba a *caminar* de una manera peculiar y especial; comprobábamos cómo el significado del término que se emplea para caminar resultaba muy significativo. Volvemos a recordar su sentido: *caminar enseñando*; es decir, no se trata de caminar de cualquier manera, sino de caminar con trascendencia didáctica; caminar enseñando, en referencia fundamental a la manera como lo hacía el Señor Jesucristo cuando estuvo en esta tierra. Se nos invita

y se nos motiva a que andemos como Él anduvo. (1ª Jn. 1:6) Anteriormente habíamos llegado a la conclusión de que el Señor anduvo haciendo algo más que pronunciando discursos. Llegados a esta conclusión, debemos de recordar un importante texto que el apóstol Pedro nos dejó plasmado en su primera epístola. *“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis Sus pisadas”* (1ª P. 2:21). Debiéramos de tener claro que en el devenir cristiano no hay diversos caminos, de tal manera que cada uno pudiéramos realizar un camino distinto al de los demás; sino, antes al contrario, existe un solo camino marcado por el Señor; camino en el que han quedado plasmadas unas huellas, unas pisadas, que corresponden al paso, por la vida, de Jesús de Nazaret; a nosotros se nos invita a que sigamos exactamente esas huellas; es decir, a que pongamos nuestros pies donde los puso, el Señor, de tal manera que nuestras pisadas coincidan con las de Él, para que no desfiguremos, ante el mundo, el único camino que a través y por medio de Jesucristo conduce a la realidad inefable de la reconciliación con Dios. El Señor Jesús dijo: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí”* (Jn. 14:6). A nosotros se nos ha lanzado el desafío de ser los portavoces de Dios en el mundo; se nos ha constituido en embajadores de Dios en la tierra, y estamos aquí, para exponer a los hombres, no un camino (que pudiera ser el nuestro), sino el único camino que conduce a la realización salvífica del mundo. Así lo entendieron los primeros discípulos y apóstoles del Señor; siendo el resultado del ejercicio de su comisión y ministerio, mientras que se iba edificando la Iglesia en los primeros tiempos, el que los discípulos fuesen conocidos *“como los del Camino”*. (Hch. 9:2; 18:26; 19:23; 22:4).

El estudio del capítulo 5, no solo nos va a enseñar cómo tenemos que andar, sino que nos va a enriquecer con contenidos muy importantes de esa andadura: *“Sed, pues imitadores de Dios como hijos amados”*. Imitadores de Dios, es una frase en la que se intercala un término que supone e implica un gran compromiso; compromiso, que conforme a nuestro llamamiento, debemos asumir plenamente. Este llamamiento no se realiza a la humanidad, en términos generales, sino a un pueblo escogido por Dios, *“para que anuncie las virtudes (proezas) de Aquel que nos llamó de las tinieblas a Su luz admirable”* (1ª P. 2:9). El significado del término *“imitadores”*, es extraordinario, y guarda una relación con algunas actividades que los hombres habían puesto en marcha, de manera magistral, en la antigüedad, y en la época de los griegos: intentar, de alguna manera, escenificar la realidad, tratando de presentarla como un espectáculo en el que los oyentes y asistentes al teatro pudiesen participar vivencialmente. El testimonio de la Iglesia proclamando la muerte del Señor Jesucristo, tiene que ver con el mayor y más grande espectáculo que se haya podido representar ante el mundo y a través de toda la historia de la humanidad; este espectáculo intenta servir como medio que permita, a los seres humanos, percibir de manera más clara y manifiesta la realidad salvífica del hecho soteriológico de Cristo en la cruz del Calvario.

El término, imitadores, tiene que ver con una manera especial de escenificar la realidad: la representación sin palabras, es decir: el mimetismo. Una obra de teatro se puede representar con palabras o sin ellas (miméticamente). Cuando en Ef. 5:1 se nos exhorta a *“ser imitadores de Dios como hijos amados”*, no se nos está invitando a elaborar y propagar discursos en Su nombre, sino que se nos está comprometiendo a representar, ante el mundo, la propia acción de Dios, dado

que el término “imitadores” (*Griego = mimetismo*) así nos lo indica. Mimetismo, pues, significa representar con gestos la realidad; es decir: representar la acción salvífica de Dios con hechos, con obras, y sin palabras. Esta afirmación no excluye la predicación verbal del Evangelio, pero presupone que la credibilidad ética para realizarla tiene que apoyarse en la manera de vivir de la persona que tiene la responsabilidad de la proclamación kerigmática.

“Y *andad en amor*”. ¿Pero en qué tipo de amor? En el Nuevo Testamento, hay al menos, dos términos y dos significados de la palabra castellana *amor*. Los términos son *fileo* y *agapao* que corresponden a dos verbos griegos para expresar el amor; el primero, de los mismos, es aquel que nos habla del amor que nace en el corazón de cualquier ser humano hacia una cosa o una persona; y es el amor que es posible que brote en la esfera de la intimidad del hombre (su corazón) a pesar de la desestructuración amártica que el pecado realizó en el mismo; en lo que denominamos, antropológicamente, como “el momento de la caída adámica”. Este amor se verifica en la relación de los padres con los hijos, de los novios, de los esposos, y de los amigos entre sí. Mi criterio personal, es que en Efesios 5:2, el amor que se nos demanda, en nuestra experiencia cristiana, no corresponde al que se expresa con el término *fileo*, sino con el vocablo *agapao*; es decir, con aquel amor que se verifica y se realiza, de manera especial, en la vida y la obra del Señor Jesucristo. Este amor es el que sólo puede nacer en el corazón de Dios; es el primer fruto del Espíritu Santo (Gá. 5:22), y es el amor “*de Dios que ha sido derramado por Su Espíritu Santo en nuestros corazones*” (Ro. 5:5). Es en este amor en el que se nos invita a andar. Este amor, si se da en nuestra praxis cristiana, supondría que estamos realizando, o escenificando, el mimetismo de Dios;

es decir: estaríamos haciendo una representación exacta de la misma realidad salvífica divina. Andad en amor, significa, en definitiva, andar enseñando el amor de Dios a los hombres por el testimonio de nuestra vida cristiana: es decir, enseñar con hechos, sin palabras. Jesús de Nazaret no realizó el amor de Dios entre los hombres con discursos, o con escritos, sino con realidades prácticas a favor de todos los seres humanos; “*andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*”. La invitación que aquí se nos extiende es a que ese amor de Cristo, en nosotros, tiene que concretarse en una entrega, solidaria, en y por los demás; en eso consistiría el mimetismo de Cristo y la representación del mismo en nuestra vida. “*Andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros*”. El Señor Jesús dijo, en cierta ocasión, lo siguiente: “*Nadie me quita la vida, sino que Yo la pongo de mí mismo*” y añadió: “*Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos*”. En estos textos se nos está invitando a entregarnos por los demás si queremos andar en amor; no existe otra manera de andar en el amor de Dios que entregándose por los otros. Trabajar en la obra de Dios no puede tener como motivación suprema conseguir honores, privilegios, y escalar a altos puestos “de supuesta representación” de un pueblo que no te ha elegido; sino todo lo contrario, trabajar en el servicio del Evangelio y para la gloria de Dios, supone que nuestros pensamientos y nuestros hechos, constituyen una entrega incondicional al servicio de los demás: es decir, la plasmación de la representación mimética de la voluntad de Dios en medio de los hombres.

Como contrapunto y contraste de todo lo que venimos diciendo, existe la posibilidad de que, a pesar de ser cristianos,

andemos de otra manera, como nos dice la Escritura, en este mismo capítulo 5:

“Pero fornicación y toda inmundicia o avaricia, ni aún se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias” (Ef. 5:3-4). Los términos acciones de gracias o acción de gracia, los vamos a encontrar alguna vez más, en esta epístola. Lo que se traduce en castellano, por *acción de gracias*, corresponde a un término griego que cae dentro de la terminología religiosa del cristianismo; y que normalmente, *se utiliza* fuera de nuestros medios cristiano evangélicos. El término griego que traduce acción de gracias es el vocablo *eucaristía* que como sabemos por la evolución teológica, a través de la Historia, ha sufrido una gran deformación dogmática; convirtiéndose, lo que en principio era una expresión bellísima para manifestar nuestro agradecimiento al Señor, en un sacramento. Se cambió el dar *gracias a Dios*, por el de recibir *la gracia de Dios*, mediante el misterio eucarístico de la transformación del pan y del contenido de la copa, en el cuerpo y en la sangre reales de Jesucristo: tal como acontece en el ámbito del Catolicismo Romano. Según la Biblia, la verdadera participación eucarística, en la mesa del Señor, es aquella que nos permite expresar nuestra gratitud a Dios; dándole gracias por Su salvación expresada, materialmente, en el pan y en la copa como símbolos del cuerpo y de la sangre de Cristo “entregado por nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación”. Por consiguiente, discernir el cuerpo y la sangre del Señor supone tomar conciencia del hecho salvífico, soteriológico y vicariante de Jesús de Nazaret muriendo, para reconciliar todas las cosas con Dios, en la cruz del Calvario. Considero que los que nos denominamos cristianos evangélicos cometemos un error, al no emplear el término

eucaristía, y permitir que otras denominaciones religiosas manipulen y distorsionen su verdadero sentido teológico y novotestamentario. Debíamos luchar contra el oscurantismo en el que este término se deviene y explicar, de manera clara, a la gente, el verdadero significado y sentido bíblico de la eucaristía; que no significa otra cosa que una expresión griega por medio de la cual damos gracias a Dios.

Volviendo a Ef. 5:3, nos encontramos con el término *fornicación*. Esta palabra mantiene una relación empática, en los días actuales, con todo lo pornográfico, y se recomienda a los creyentes, que tal término “ni aun se nombre entre vosotros”. Hoy en día, todavía muchos expositores bíblicos cuando quieren, o cuando pretenden aconsejar a la juventud para que no viva una vida pornográfica y fornicaria, la orientan hacia un texto de la Escritura que dice: *“Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor”* (2ª Ti. 2:22). La psicología, y más concretamente la llamada psicología profunda, nos enseña que nadie resuelve un problema, que nace de la esfera más profunda de la intimidad de un ser (el inconsciente del hombre), intentando huir del mismo. Resulta obvio que nadie puede huir de aquel deseo instintivo que emerge de la esfera más profunda de su corazón. La resolución del problema no se consigue huyendo, sino superando las pulsiones instintivas que pretenden elevar el deseo a la conciencia, para que después, el mismo, se realice conforme al principio del placer. Es por eso que en la conversión el creyente recibe el Espíritu Santo, que va a morar para siempre en la esfera de su intimidad, con la finalidad de ayudarlo a resolver sus contradicciones y pulsiones instintivas, que pueden abocarlo a vivir una vida que no se adapte a la voluntad de Dios. Es en este sentido, que el apóstol Pablo nos dejó escrito, en la epístola a los

Romanos, lo siguiente: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; (Griego = astenia, cansancio, falta de fuerzas) pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, (Griego-literal = porque que oremos conforme que es menester no sabemos) pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles (inexpresables; es decir, inconscientes). Mas el que escudriña (examina profundamente, sonda) los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, (Griego = manera de pensar) porque conforme a la voluntad de Dios (Griego = de acuerdo con Dios) intercede por los santos” (Ro. 8:26-27).

“Huye de las pasiones juveniles” no significa, ni por el contexto de la epístola, ni por el de toda la teología paulina sobre la psicosexualidad, ni por el de toda la Biblia, que la frase se refiera a problemas sexuales, eróticos o pornográficos. El término griego que se utiliza para *pasiones*, carece, en esta epístola y en el contexto de todo el Nuevo Testamento, de connotaciones sexuales específicas y únicas, y su ámbito se extiende a problemas como el orgullo, la vanidad, el engreimiento y la falta de madurez, en la que un obrero de Dios, joven y neófito, pudiera caer, perjudicando el testimonio del Evangelio que proclama.

Es necesario reconocer que el tema de la sexualidad, sigue siendo un tema tabú en los medios cristianos evangélicos; y que sobre el mismo existen muy variadas y diversas interpretaciones, que van desde aquellas que inducen a la conciencia ética de las personas a ejercer sobre su Yo una fuerte censura, que a su vez incide provocando una represión sobre los instintos sexuales inconscientes, hasta aquellas otras que caen en liberalidades que vienen a favorecer la desinhibición de cualquier componente del instinto sexual por patológico que este sea. La realización del instinto sexual, que con lleva la gra-

tificación placentera del mismo, es necesaria y deseable para que el equilibrio psico-emocional de las personas se mantenga dentro de los límites de la normalidad. Está demostrado que la represión sexual genera diversas y muy importantes patologías, que inciden, fundamentalmente, en el amplio campo de la salud mental, y que pueden generar trastornos de la personalidad, alteraciones psicoafectivas, neurosis e incluso trastornos psicóticos. Una vida sexual sana resulta importantísima para la realización de las personas, y constituye un elemento muy importante para la comunicación con el otro que constituye el objeto de nuestro amor; pero las experiencias pornográficas son desestructuradoras del equilibrio psico-emocional de las personas, y su realización resulta nefasta para la vida afectiva de las mismas.

Efesios 5:3, continua hablando de las diversas realizaciones o experiencias que resultan negativas en la vida de una persona cristiana, así Pablo habla de *la inmundicia*, palabra que significa suciedad, impureza y depravación; también menciona, *la avaricia* y *el amor al dinero*, y recomienda que tales términos y experiencias, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; sigue recomendando que en la vida de un creyente no deben de tener cabida *las palabras deshonestas*; palabras deshonestas constituyen, palabras vanas, o vanidad de palabras; asimismo no deben de darse en el ámbito prático de la vida cristiana, *la necedad*, ni *las truhanerías*. *Las necedades*, se refieren a las cosas falsas o cosas necias. Para *truhanerías* se emplea un término, muy significativo, pero que en los días actuales ha caído en desuso en el lenguaje castellano, especialmente en aquel que utilizamos en la vida cotidiana. El término *truhanería*, tiene una relación con el vocablo *bufón*. Los bufones eran personas que ejercían un trabajo, en las cortes reales, consistente en realizar una serie de

actividades mímicas y en decir o contar cosas, para divertir al rey y a sus cortesanos. Es importante destacar que los bufones no eran sinceros nunca, y que su actividad y sus relatos tenían un marcado acento sarcástico; de tal manera que al mismo tiempo que hacían el payaso con sus dichos y saltos, delante de la corte, intentaban burlarse del rey y de sus acompañantes. El autor de Efesios, recomienda que tales actuaciones y actitudes no se den en el ámbito de la Iglesia y en las relaciones entre las personas que la constituyen. La interrelación entre los diversos miembros del cuerpo de Cristo debe de estar marcada por la sinceridad y la transparencia.

En Efesios 5:5, se continúa diciendo “Porque sabéis esto, que ningún fornicario, (literal en el original = pornográfico) o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”. Y en el verso 6 de este capítulo añade “*Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia*”; considero que aquí se nos hace una llamada de atención importante. Con anterioridad hablamos de la diaconía de la mentira y de la diaconía de la verdad; es decir, del ministerio de la mentira y del ministerio de la verdad. Resulta triste y deprimente comprobar que en el ámbito de la Iglesia se pueda ejercer, o se ejerza, la diaconía de la mentira. Leyendo las cartas que se dirigen a las Iglesias en los capítulos 2 y 3 del libro de Apocalipsis, uno llega a concienciarse de que la realidad vivencial, la experiencia práxica de las Iglesias y el contenido de la enseñanza y ministerio que se ejercía en las mismas, ponía de manifiesto una realidad muy peligrosa: la existencia de una iglesia paralela adherida e incrustada en el seno de la verdadera Iglesia; es decir, otra iglesia dentro de la Iglesia. A esta iglesia paralela, que deviene su existencia en el seno de la verdadera Iglesia de Cristo, se la describe como la sinagoga de Satanás.

Esta realidad eclesiológica se puede detectar en todas y cada una de las siete Iglesias que se describen en el libro de Apocalipsis; esta revelación de Jesucristo nos demuestra hasta qué punto tiene importancia el que se dé en la Iglesia un ministerio o diaconía de la verdad al unísono con un ministerio o diaconía de la mentira. El ministerio de la mentira, según Apocalipsis 2 y 3, tiende a desarrollarse en el seno de la Iglesia, y se deviene semántica y kerygmáticamente con argumentos que intentan presentar a quienes lo ejercen como maestros o enseñadores de realidades muy profundas. El resultado de la influencia de la denominada iglesia paralela, a la luz de lo que se nos revela en Apocalipsis 2 y 3, es el hecho de que la verdadera Iglesia de Jesucristo va perdiendo terreno frente a la denominada sinagoga de Satanás que vive en su mismo seno. Si nos fijamos en lo que se le dice en la carta a la primera Iglesia (Efeso), y en lo que se le dice a la última (Laodicea), nos encontramos con un hecho de la mayor importancia y trascendencia. El hecho es el siguiente: en la medida que decrece la verdadera Iglesia de Jesucristo, va creciendo la denominada sinagoga de Satanás o iglesia paralela; el ministerio y la influencia de ésta última, va desplazando al ministerio que Cristo desea que se proclame y se viva en toda Iglesia cristiana. En Apocalipsis 2 y 3, se nos describe la situación y la realidad espiritual, moral y material de las siete Iglesias; pero sobre todo, se nos revela que el resultado del ejercicio del ministerio de la mentira trae como consecuencia el que Jesucristo vaya siendo desplazado progresivamente, desde el corazón de la Iglesia, hasta el punto de que cuando se describe la realidad de la Iglesia de Laodicea (la última de las siete), Cristo ya no vive dentro de la Iglesia, sino que se encuentra fuera de la misma. Esta realidad demuestra como la influencia del ministerio de la mentira va transformando la verdadera Iglesia (el cuerpo de Cristo) en una

entidad religiosa que sigue denominándose iglesia cristiana, aunque Cristo ya no viva en el corazón de la misma y la Palabra de Dios ya no sea el contenido esencial que en dicha entidad se proclama. Cuando la Iglesia se convierte en una entidad religiosa, ocurre lo que el apóstol Juan nos describe en Apocalipsis 3:20: *“He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; (Griego literal= golpeo con la mano) si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”*.

Yo creo que, a la luz de lo anteriormente expuesto, sería conveniente realizar una revisión del concepto de Iglesia que hemos ido elaborando a lo largo de la Historia; de manera muy particular, y dentro del campo evangélico, considero que se ha realizado un gran reduccionismo etimológico del término “iglesia”, en el sentido de que solo se considera aplicable, novo-testamentariamente, a la Comunidad constituida por los creyentes; es decir, por aquellas personas que han experimentado la experiencia salvífica del nuevo nacimiento y que han sido regeneradas por la acción santificadora del Espíritu Santo en la esfera de su intimidad. Si bien, esto último que acabamos de decir es cierto, no lo es menos que el Nuevo Testamento nos presenta una visión más amplia sobre el concepto bíblico o teológico de iglesia; sin duda alguna, la Iglesia verdadera, está y estará constituida por creyentes auténticos, cuya fe se conforma al modelo novotestamentario de la revelación de Dios; pero por otra parte, el Nuevo Testamento aplica el término Iglesia a colectivos muchísimo más amplios, dentro de los cuales se da cabida a personas que se consideran cristianas aunque en realidad no lo sean, dado que en ningún momento de su devenir existencial pasaron por la vivencia de la experiencia transformadora y trascendente de la conversión y el arrepentimiento; es decir, que en definitiva en el Nuevo Testamento se emplea el tér-

mino Iglesia para englobar, dentro del mismo, a colectivos formados por creyentes genuinos, en el sentido bíblico, y por otras personas que se consideran creyentes, pero cuya experiencia personal no ha pasado por la metanoia (Griego = *cam-bio de mente o de la manera de pensar*), y en consecuencia solo se les puede englobar, en el campo de lo meramente religioso. Como es obvio, estas personas religiosas no formarán parte, escatológicamente hablando, del Cuerpo de Cristo que constituye la verdadera Iglesia, pero figurarán incluidas en el concepto de Iglesia mientras vivan en esta tierra. Si esto no fuera así, jamás se podría explicar teológicamente, y con un fundamento bíblico, lo que constituirá el hecho de la gran apostasía, que surgirá en los últimos tiempos antes de la segunda venida del Señor Jesucristo (2ª Ts. 2: 1-3). Si a las siete Iglesias del libro del Apocalipsis, se les aplicase una hermenéutica escatológica, nos encontraríamos con que la última Iglesia (Laodicea), que precedería a la segunda venida del Señor, estaría compuesta por personas religiosas, pero no cristianas, y Cristo estaría excluido, marginado y fuera de dicha Iglesia (Ap. 3:14-20) Si esto fuera así, probablemente, nos ayudaría a clarificar, en nuestra mente y en nuestra conciencia, el sentido de esta frase novotestamentaria: *“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”* (Lc. 18:8). Teniendo en cuenta estas realidades bíblicas nuestra mirada hacia la Iglesia del futuro no puede ser muy optimista, y así lo entendía, también, el apóstol Pablo cuando escribiendo su segunda carta a Timoteo (sobre el año 64 D.C.), entre otras cosas, le decía: *“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas”* (2ª Ti. 4:3-4). Desde mi punto de vista, siento una inquietud

preocupante, que me lleva a pensar en una Iglesia del futuro que se aparte, de manera notable, del modelo novotestamentario de Iglesia, y cuyos contenidos doctrinales tendrán que ver más con las ideas de los hombres que con la Revelación de Dios. Cada día se experimenta como el estudio serio, enjundioso y edificante de la Palabra de Dios, resulta menos atractivo para los miembros de las diferentes Iglesias; e incluso supone una carga, casi insoportable, para muchos de ellos. El lugar que la proclamación kerygmática y profética del Evangelio debiera de ocupar en el ministerio cristiano, va siendo desplazado por contenidos lúdicos y folklóricos, cuando no melodramáticos, que convierten las reuniones de la Iglesia, y su culto al Señor, en un espectáculo circense.

Volviendo a Efesios 5:6, *“nadie os engañe con palabras vanas”*; es decir, con palabras vacías de contenido, vacías de trascendencia, y sin fundamento, *porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia*, el apóstol continúa diciendo: *“No seáis, pues, partícipes con ellos* (copartícipes). *Porque en otro tiempo* (Griego = en un tiempo cualquiera) *erais tinieblas*, (Griego = escotomas o zonas de oscuridad) *mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz* (andad como hijos de luz, significa, ni más ni menos, que andar miméticamente respecto de Dios, escenificando nuestra vida, de tal manera, que en ella se refleje la realidad de nuestra vocación cristiana) *porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad, comprobando lo que es agradable al Señor*”. Este último texto (Ef. 5:9) no está bien traducido en nuestra versión Reina Valera-60, dado que teniendo en cuenta el texto griego original, la traducción debería de ser así: *“Porque el fruto de la luz (no del Espíritu) es en toda bondad, justicia y verdad, comprobando que es agradable al Señor (no comprobando lo que es agradable al Señor, sino*

comprobando que es agradable al Señor). *“Y no participéis* (Griego = compartáis) *en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto”*. Estos textos vuelven a ponernos de manifiesto la realidad nefasta de encontrarnos con la denominada iglesia alternativa; es decir con la realidad de una iglesia, dentro de la Iglesia, que funciona con criterios diferentes a aquellos que la Palabra de Dios revela, como expresión de la voluntad divina, para el buen funcionamiento del Cuerpo de Cristo. Por eso la Palabra de Dios en este pasaje de Efesios, continúa diciéndonos: *“Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo* (Griego-literal = porque todo lo que es manifestado luz es).

Por lo cual dice: *“Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”*.

Esta cita de Efesios 5:14, no corresponde a ninguno de los libros del Antiguo Testamento; se piensa que aquí se está citando como un himno, como una poesía o como parte de alguna fórmula, que los creyentes de la época recitaban en relación a alguna circunstancia especial o determinada; por ejemplo, hay quien ha pensado que la fórmula se manifestaba cuando se producía el bautismo de alguna persona; no sustituyendo a las fórmulas novo-testamentarias conocidas (trinitarias o monotarias, Mt. 28:19, Hch. 10:48, etc.), pero en relación con el acto del bautismo por inmersión. Consideramos que este texto es conveniente tenerlo muy en cuenta, aunque resulta difícil de analizar; su traducción, tal como se refleja en la versión Reina Valera del 60, es adecuada, al sentido y contenido del mismo, pero quizá se puede afinar un poco más, en cuanto al significado del texto. Tal y como lo tenemos traducido, parece que su exhortación podría referirse

a lo que puede hacer una persona como acto volitivo: es decir, como acto que se desprende de una acción libre que se ejerce por decisión voluntaria de la misma persona que la realiza. Se trataría de un acto y determinación que la persona lleva a cabo porque ella quiere; sin embargo, profundizando más el estudio del texto, se llega a la conclusión de que el sentido del mismo expresa más bien todo lo contrario. Para eso recurrimos a una traducción más adecuada: “Levanta el que duerme (no tanto levántate), y ponte en pie de entre los muertos y resplandecerá sobre ti Cristo”. La palabra *levantar* significa despertar. Se trataría de despertar a una realidad sobre la que antes no se tenía conciencia. Esto es lo que ocurre, exactamente, en la conversión de una persona. El término que se utiliza en el original, para *despertar*, significa también sanar, curar, y sobre todo significa resucitar; o sea que la idea, que aquí se está revelando, es que tiene que haber en el acto o realidad a la que se exhorta una resurrección. Y nadie puede resucitarse a sí mismo. Por consiguiente levanta o levántate iría dirigido al que duerme, invitándole a ponerse en pie de entre los muertos, para que sobre él resplandezca Cristo. Cristo resplandece sobre una persona cuando ésta, ha pasado desde las tinieblas a la luz, por la conversión y por la gracia de Dios.

Todo lo que, en el texto que venimos analizando, se está diciendo es que la luz que somos en el Señor tiene que ser manifestada e irradiada desde nuestra experiencia salvífica; por el hecho de la conversión nosotros nos convertimos en la luz que puede alumbrar a los demás hombres para que, los mismos, tengan la posibilidad de tomar conciencia de la necesidad de Dios en sus vidas. Por eso la exhortación dice: “*Sois luz en el Señor; andad como hijos de luz*”.

Siguiendo con nuestras consideraciones, exegéticas en este capítulo 5, llegamos al verso 15, que dice: “*Mirad, pues,*

con diligencia (Griego-literal = precisión, esmero) *cómo andéis, no como necios sino como sabios*”. Nos volvemos a encontrar con el verbo exhortativo *andar*, cuyo significado literal, y prático, es el de andar enseñando, andar en amor, y sobre todo, *andar con diligencia*. Andar con diligencia, como ya queda reflejado anteriormente, significa andar con esmero, es decir, esmerarnos en nuestro andar. Esta última invitación, en cuanto a la praxis cotidiana de nuestro testimonio cristiano, nos incita a confrontarnos con la realidad del mundo en el que vivimos inmersos. Tenemos que tomar conciencia que nuestra conducta es más importante que nuestras palabras; cuando hemos dicho que en nuestro andar, como peregrinos en este mundo, tenemos que poner, exactamente, nuestros pies, donde los puso el Señor, estamos haciendo referencia a la palabra del versículo 15, diligencia; cuyo sentido es el de no ser perezosos, sino el de ser ágiles, y fundamentalmente el de actuar con precisión. Andar con precisión, tendría el sentido de andar con esmero y con rigor, “no como necios sino como sabios”. Estos dos últimos vocablos, y sus correspondientes términos griegos, expresan lo opuesto el uno del otro; si uno significa la sabiduría, el otro expresaría la falta de sabiduría. Ef. 5:16, continúa diciendo: “*aprovechando* (Griego = redimiendo) *bien el tiempo, porque los días son malos*”. Aprovechando bien el tiempo, significa, literalmente, redimiendo el tiempo, rescatando el tiempo. En los días difíciles que nos toca vivir, el problema del tiempo, resulta de la mayor importancia y trascendencia; podemos vivir una vida llena de complicaciones, ansiedades, angustias y dificultades que nos lleva a decir “que no tenemos tiempo para nada”, lo que conlleva e implica el que tampoco tengamos tiempo para Dios. Por eso la Palabra de Dios nos enseña, aquí, a ser precisos, a ser esmerados y a ser diligentes en nuestro caminar,

redimiendo y rescatando el tiempo que, como cristianos necesitamos para dedicarlo a nuestra comunión con el Señor y a nuestro servicio como testigos de la proclamación del reino de Dios entre los hombres. El texto viene a decirnos que el tiempo está preso, y que nos corresponde a nosotros ponerlo en libertad. En realidad, resulta una verdad incontrovertible nuestra afirmación de que el tiempo está preso del sistema (filosofía de la vida en el mundo actual); es decir, el sistema pretende que todo el mundo esté ocupado durante todo el tiempo, y al servicio de sus intereses que son contrarios a los intereses de Dios (Stg. 4:4). En el libro de Eclesiastés, y en su capítulo 3 encontramos la más completa descripción de cómo el hombre vivencia y deviene su vida en el tiempo (Ec. 3:1-11). El estudio de estos textos nos aboca a la experiencia de que la vida del hombre debajo del sol se realiza teniendo tiempo para todo, menos para Dios. El resultado de este devenir existencial, lleva al ser humano a vivir, en la esfera de su intimidad, una experiencia de vanidad y de frustración continua: *“Vanidad de vanidades, todo es vanidad”*. Esta experiencia, también se explicita en Eclesiastés 1:14 de la siguiente manera: *“Y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu”*. (Literal = todo es variedad y correr tras el viento); por consiguiente, para no vivir una vida de alienación y frustración es necesario que entre el tiempo de nacer y el tiempo de morir (Ec. 3:2) nos demos la oportunidad de encontrar (redimir, rescatar), en nuestra experiencia existencial, tiempo para Dios. De esta manera, nos adaptaríamos a la voluntad del Señor y traduciríamos en nuestra experiencia cotidiana el deseo de Su voluntad que se expresa en el versículo 17 del capítulo 5: *“Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor”*. La palabra *insensatos*, es un término cuyo significado tiene que ver con la problemática in-

trapsíquica que se vivencia en los trastornos mentales; insensatos es un término, que en el original griego, expresa lo contrario de otra palabra (*phronesis*), que significa paz, tranquilidad y armonía interior; así pues, insensato es todo creyente que funciona en esta vida sin paz, sin tranquilidad, sin armonía y sin equilibrio psicoemocional.

Los versos 18, 19 y 20, de este capítulo nos dicen: *“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; (Griego = desenfreno, libertinaje) antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros (literal = a vosotros mismos) con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, (Griego = cantando y entonando salmos en el corazón de vosotros al Señor) dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”*.

En estos textos hay muchas cosas que llaman la atención; por ejemplo: los creyentes no deben emborracharse. La expresión va mucho más allá de lo que se desprende de vivir una experiencia de intoxicación etílica aguda. En nuestros días, vivimos en una época donde el problema del alcoholismo alcanza una trascendencia humana, familiar, social, laboral, psicológica y psico-patológica de la mayor relevancia, y redundante de manera negativa en el seno de la sociedad de la que formamos parte; su trascendencia en términos de menoscabo de la salud física y mental de las personas, de las familias, de los pueblos y de toda la sociedad en su conjunto, desborda la escasa conciencia, que sobre esta problemática toxicomanígena tenemos. Si la humanidad de hoy tiene un problema prioritario y fundamental, éste, es sin duda alguna, el problema de la drogadicción. Uno de cada tres o cuatro seres humanos necesita el consumo de drogas, estupefacientes o sustancias alteradoras de la conciencia y del funcionamiento mental, para vivir agonizando cada día. No existe,

desde el punto de vista socio-sanitario, un problema de salud más universal que éste.

La Iglesia de Jesucristo, y los diversos miembros que la integramos debemos de posicionarnos ante esta realidad desestructuradora y alienante, como es el problema de la drogadicción a nivel universal; pero por constituir el alcoholismo el problema toxicomanígeno más importante en el mundo occidental, nuestra postura frente al mismo debiera de ser la de aquellos que tomando conciencia de su trascendencia desestructuradora y desequilibradora de las familias y de la sociedad, están dispuestos a vivir una vida cristiana que excluya los hábitos de consumo de las drogas en general y del alcohol en particular. *“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu”*. Debemos fijarnos en el pensamiento de fondo que contiene esta amonestación-exhortación del autor de la carta. La captación del sentido más clarificador del texto, nos lleva a realizar algunas consideraciones sobre lo ocurrido el día de Pentecostés; y cómo hombres eminentes y conocedores de las Sagradas Escrituras (maestros, escribas, sacerdotes, etc.) supieron dar una explicación científico-psicológica del fenómeno de la glosolalia, sin admitir, que por la intervención sobrenatural y excepcional de Dios (Espíritu Santo) se estaba manifestando y cumpliendo lo que el Señor había revelado, hacía siglos, al profeta Joel. La gran multitud que en Pentecostés fue testigo del fenómeno de lenguas allí ocurrido *“estaban atónitos (Griego = sacar de razón, poner fuera de sí) y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? (Hch. 2:7-8) “Mas otros, burlándose, (mofándose) decían: Están llenos de mosto (Griego = vino dulce bebida alcohólica)” (Hch. 2:13)*. Como se puede

apreciar los líderes religiosos y políticos del pueblo judío, que rechazaban a Jesús como Mesías, eran personas que poseían conocimientos muy profundos sobre el funcionamiento y los contenidos de la mente humana, y podían dar una explicación psicológica “del fenómeno de las lenguas” sin necesidad alguna de recurrir a una interpretación teológica de la Escritura que clarificase dicho fenómeno como un acto excepcional y de génesis sobrenatural. Cuando el apóstol Pablo emplea el término *disolución*, está utilizando un vocablo griego que significa desenfreno o quitar el freno; el apóstol contrapone la disolución que se produce como consecuencia de la actuación del alcohol sobre las estructuras encefálicas (corteza cerebral) de las personas, con la acción inspiradora y dinámica del Espíritu Santo en el corazón del hombre; por eso añade, *“sino sed llenos del Espíritu Santo”*.

Cuando una persona consume bebidas alcohólicas, el alcohol etílico que las mismas contienen pasa a su corriente sanguínea a través del aparato digestivo, y actúa de manera preponderante sobre el Sistema Nervioso de las personas (encéfalo-cerebro y cerebelo). La consecuencia de la ingesta del etanol se manifiesta a nivel noético (intelecto) y afectivo (emocional) y produce una serie de cambios en el funcionamiento bioquímico del cerebro, y de manera especial, de la corteza cerebral, que se traducen en una alteración de la conciencia de la persona con los consiguientes cambios en su carácter y en su conducta. En la Biblia no existe una sola ocasión en la que se recomiende el consumo de bebidas alcohólicas, salvo aquella en la que el apóstol Pablo le recomienda a Timoteo, a causa de los problemas de hipo acidez o dispepsia gástrica que dicho hermano padecía a consecuencia de las alteraciones digestivas que con llevaba el consumir el agua (de muy mala calidad y perjudicial para la salud) de la ciudad de

Éfeso: “*Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades*” (1ª Ti. 5:23). En esta ocasión el alcohol es recomendado como un elemento terapéutico para aumentar la secreción del jugo gástrico mediante la estimulación del nervio neumogástrico que procedente del cerebro actúa sobre las paredes del estómago (mucosa gástrica) incrementando la secreción de jugo gástrico, y por consiguiente aumentando el contenido de ácido clorhídrico (CLH), lo cual redundaría en una disminución o desaparición de las molestias digestivas que Timoteo padecía. Pero la recomendación, que en esta ocasión se realiza de tomar un poco de vino, es una recomendación terapéutica cuyo sentido es el de utilizar el alcohol etílico como remedio farmacológico para resolver un problema de dispepsia gástrica, en una época en que no existían otros medicamentos alternativos al alcohol. Cuando en diferentes partes de la Biblia se habla de las bebidas alcohólicas (sidra, vino, licor) no se recomienda el consumo de las mismas como algo bueno y deseable para alcanzar niveles óptimos de salud somática, psíquica y mental, sino que, la Escritura se limita a la descripción de las alteraciones fenomenológicas que la ingesta del alcohol produce, ya se trate de sus efectos euforizantes o de los trastornos somáticos o psicopatológicos, que dicha sustancia, puede llegar a producir, al interactuar con el funcionamiento neumático, psíquico y somático (neurofisiológico y bioquímico) del organismo humano. (Gn. 9:20-27; Pr. 20:1; 23:29-35; 31:4-7; Is. 5:11-13; 22:13; 24:7-11; Dn. 5:1-31; etc.).

Como decíamos anteriormente, el término *disolución* que el escritor de esta carta emplea en 5: 18, se traduce, más literalmente por, desenfreno o quitar el freno. ¿Qué freno es el que se quita? Recordaremos un ejemplo, al que hacíamos referencia en otra parte de este comentario: sintetizando la tec-

tónica de la parte psicopneumática de la esfera de nuestra intimidad, nos encontramos que la misma, está constituida por tres estratos: el súper-yo, la conciencia o YO, y el inconsciente o Ello o Id; el conjunto de estas tres instancias psíquicas constituye lo que denominamos esfera de la intimidad psicopneumática o corazón (véase el libro de Proverbios para entender estas estructuras no materiales de la esfera interior del hombre, y la relación interdinámica que se da entre las mismas: Pr. 2:7-8; 4:20-23; 9:10; 12:18 y 25; 14:10 y 13; 14:30; 15:4; 16:9 y 24 y 32: 20:9; 25:20 y 25). La conciencia está relacionada con la corteza cerebral de nuestra masa encefálica, y el inconsciente con otras partes más profundas de nuestro cerebro, (aquellas que corresponden a lo que denominamos, cerebro medio o cerebro límbico y emocional). La corteza cerebral controla, vigila, supervisa y dirige las partes más profundas del cerebro, y entre ellas aquellas que se relacionan con la esfera psíquica, que denominamos inconsciente. Por otra parte, el súper yo, es el último estrato de nuestra personalidad que se desarrolla, tanto desde el punto de vista antropológico como filogenético (Gn. 3:22). Cuando el alcohol que ingerimos, llega a las estructuras de nuestra corteza cerebral, anestesia o “adormece” la misma, con lo que ésta, cesa o menoscaba su función de vigilancia y control sobre el cerebro límbico o emocional que está relacionado con los contenidos de nuestro inconsciente individual y colectivo; como consecuencia de éste hecho neuro-psicológico, la puerta del inconsciente se abre, y algunos de los contenidos negativos, que el mismo contiene, ascienden al estrato superior de la conciencia (Yo), invadiendo el campo de la misma, y favoreciendo la desestructuración yoica de nuestra personalidad; entre estos contenidos inconscientes se encuentran todos aquellos que el Señor Jesucristo, hablando de antropología y

psicología bíblica, nos enseñó que salen del corazón del hombre y contaminan nuestra personalidad, abocándonos a una conducta desenfrenada en la que nuestras tendencias instintivas reprimidas intentan conseguir su realización plena, en el sentido del principio del placer (Mr. 7:20-23).

Es por todo lo que venimos manifestando, que se establece una relación entre los efectos que las bebidas alcohólicas pueden ejercer, actuando sobre el sistema nervioso central de los seres humanos y la acción del Espíritu Santo, que en las personas convertidas, ejerce en y desde la esfera de su intimidad.

Aunque suponemos que lo afirmado en el párrafo anterior, debiera de estar en el conocimiento de todo creyente, no obstante queremos insistir en que cuando una persona experimenta la metanoia o conversión el Espíritu Santo viene a morar en la esfera de su intimidad, de una manera definitiva, para controlar los contenidos negativos de su inconsciente y favorecer que la conducta (manera de vivir) de dicho ser, se adapte, lo más posible, a la voluntad de Dios. Aunque a lo largo del comentario, de este libro, hemos venido afirmando que el corazón del hombre contiene una serie de instintos, pensamientos, afectos y complejos que constituyen el substrato o infraestructura del mal, es necesario, también reconocer, que a nivel inconsciente se dan contenidos arquetípicos que tienen que ver con el bien, o sea con aquello que el autor del Eclesiastés denominó “el deseo vehemente por la eternidad”, (Ec. 3:11); Y que el gran psiquiatra Viktor Frakl reconoce como la presencia ignorada de Dios en el corazón del hombre. Es decir, que en la esfera de la intimidad del ser humano existen contenidos psicopneumáticos positivos que permiten la conexión del hombre con Dios; o dicho de otra manera, que esos contenidos están

puestos ahí para que el hombre busque a Dios y pueda ir satisfaciendo las demandas más profundas y trascendentes que emanan del centro de su personalidad interior (el hombre interior del apóstol Pablo, 2ª Co. 4:16).

Esta cuestión nos lleva a preguntarnos, desde el punto de vista antropológico y de la tectónica (estructura) de la personalidad, lo siguiente: ¿Cuándo nació o se formó el inconsciente humano? Aunque la respuesta a esta pregunta, desde el punto de vista ontogenético, es complicada y difícil; a mí entender, y desde el punto de vista de lo que yo encuentro en la revelación de Dios, y he podido contrastar a lo largo de más de 30 años de ejercicio profesional como médico psiquiatra, el inconsciente humano tuvo que nacer, necesariamente, cuando se produjo la desestructuración integral del hombre (somática, biológica, fisiológica, anímica y pneumática): es decir, en el momento histórico-antropológico de la caída adámica (Gn. 3). La nueva situación que se dio como consecuencia de la transgresión del hombre (varón y varona = heb. Ishshah y Ish) convirtió al mismo, en lo que el Nuevo Testamento denomina el hombre viejo. Cuando el autor de la epístola a los Romanos analiza esta realidad antropológica, moral, existencial y espiritual (Ro. 1:18-23) llega a la conclusión que anteriormente he apuntado: *“Porque la ira de Dios se revela (Griego = apocalipsis) desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad”*. El término griego que se emplea para *detener*, significa literalmente *reprimir*; y siguiendo lo que el apóstol describe, desde el vs. 19 a 23 del capítulo 1 de la carta a los Romanos, llegamos a la conclusión de que *el nacimiento del Inconsciente humano coincide con la represión que el hombre realiza de la imagen de Dios*, al desplazar ésta, fuera del campo de su conciencia (YO), creándose así la denominada

esfera subconsciente o inconsciente, en la cual se encuentra la Imago Dei (imagen de Dios reprimida). Por eso el autor de Romanos nos explicita esta realidad psicológica y espiritual en los siguientes términos: *“Pues habiendo conocido a Dios, (los hombres) no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, (Griego = eucaristía) sino que se envanecieron en sus razonamientos, (Griego = reflexión) y su necio corazón fue entenebrecido (Griego = escotomas). Profesando ser sabios, se hicieron necios, (Griego = locos) y cambiaron (Griego = transformaron) la gloria de del Dios incorruptible en semejanza de imagen (Griego = eikonos) de hombre corruptible”*.

El término *“entenebrecido”* que corresponde al vocablo griego *“escotomas”*, se emplea en la actualidad, con un carácter técnico científico, en el campo de la medicina; y más concretamente, en el de oftalmología, para describir determinadas afecciones patológicas de los ojos que dan como resultado que en el campo visual de las personas aparezcan zonas de oscuridad que impiden, a las mismas, ver con claridad la realidad que queda enmarcada en el ámbito de su campo visual. A estas realidades escotómicas corresponden esas zonas de oscuridad, que llenas de contenidos negativos, se ubican en el corazón del hombre y en los niveles más profundos e inconscientes de su personalidad.

La acción del alcohol en el cerebro humano permite que disminuyan o desaparezcan las fuerzas represivas que el Yo (conciencia) ejerce sobre el Ello (inconsciente), con el resultado de que los diversos contenidos del subconsciente emerjan al campo de la conciencia, y por consiguiente también pueda ascender a dicho campo la imagen reprimida de Dios en el corazón del hombre y que corresponde a ese deseo vehemente que el mismo tiene por la eternidad (Ec. 3:11). Por consiguiente, el alcohol al quitar el freno favorece que los di-

versos contenidos negativos y positivos del inconsciente inundan el campo de la conciencia del ser humano; entre esos contenidos puede surgir la imagen arquetípica de Dios que el hombre mantiene reprimida en el nivel más profundo de su psiquismo, y es por esta circunstancia, que muchísimas personas (quizá millones), en el mundo, ingieren bebidas alcohólicas con la finalidad de modificar el estado de su conciencia yoica, y conseguir vivencias de tipo místico-religioso. La contradicción que se produce en el campo de la conciencia, de un ser humano, cuando en la misma gravitan contenidos positivos y negativos del inconsciente individual, aboca a vivenciar la experiencia que el autor de Efesios nos revela en el vs. 18 del capítulo 5: *“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución (Griego = desenfreno, libertinaje); antes bien sed llenos del Espíritu Santo”*.

Para ilustrar esta última realidad, que la exégesis bíblica nos pone de manifiesto, podemos recurrir a recordar algunos ejemplos que la Biblia nos presenta y destaca de manera especial; dichos ejemplos ponen de manifiesto las nefastas consecuencias que el consumo de bebidas alcohólicas puede producir en la vida de cualquier ser humano afectándole a nivel corporal, mental, moral y espiritual. Muchas personas, creyentes, no tienen conciencia de las realidades toxicománigenas que se producen en la vida de cualquier persona que consuma bebidas alcohólicas, y lo que es más grave, piensan que por el hecho de ser creyentes están a salvo de cualquier perturbación que la ingesta de alcohol les pudiera producir. Esta falta de conciencia se debe, por un lado al peso de la tradición, que de manera especial en los países vitivinícolas y mediterráneos crea en la conciencia la idea de que el vino (léase cualquier bebida alcohólica) es bueno para la salud, y que la Palabra de Dios lo recomienda. Solo la ignorancia, de

lo que la Biblia enseña sobre el consumo de bebidas alcohólicas y las consecuencias que de dicho consumo se derivan, pueden crear un pensamiento tan distorsionado sobre lo que la Revelación de Dios nos aclara al respecto. Para ilustrar mi posición no voy a recurrir a la experiencia científica que me ha dado el hecho de haber podido tratar clínica, psicológica y psico-patológicamente a miles de alcohólicos, sino a los hechos que se revelan y constatan en la misma Biblia. Empezaremos por el de un personaje muy importante, en la Revelación de Dios, y que fue recordado por el Señor Jesucristo en el sentido de que antes de su segunda venida a esta tierra se darían las circunstancias socio-patológicas y psico-sociales que ocurrieron en la época de Noé; en esas circunstancias el alcohol jugó un papel importante, y el libro de Génesis en su capítulo 9: 18-20, nos deja plasmado un hecho, cuyos alcances históricos llegan hasta nuestros días: concretamente en el verso 20 se dice: *“Después (del diluvio) comenzó Noé a labrar la tierra, y plantó una viña; y bebió del vino, y se embriagó, (heb = se emborrachó) y estaba descubierto en medio de su tienda (heb = y yació desnudo en medio de su tienda)”*. En este pasaje de Génesis no se habla de un hombre, Noé, que tuviera un problema de alcoholismo, como enfermedad, sino de las consecuencias personales, socio-familiares e históricas que se siguieron después de su episodio de intoxicación etílica aguda (borrachera). La Palabra de Dios habla de Noé en términos elogiosos y lo presenta como un pregonero de la justicia de Dios en el mundo, pero ni su fe, ni su fidelidad al Señor, ni su vocación kerigmática, evitaron el que su embriaguez diera lugar a problemas de dimensión tan grave en el orden personal, moral, social, familiar, como los que ocurrieron el día que se intoxicó con una bebida alcohólica. Es conveniente recordar que el con-

sumo de bebidas alcohólicas permite que determinados instintos-componentes, del instinto sexual, que permanecen reprimidos en la esfera subconsciente de las personas, que al ingerir bebidas alcohólicas, y al producirse un efecto desinhibidor de la conciencia de los individuos, se permite que esos instintos componentes asciendan a la conciencia; y como consecuencia, la conducta del individuo se modifique en el sentido de realizar actos de carácter libidinoso y sexual que en condiciones de un control equilibrado del yo, sobre el psiquismo humano, no se producen. En el caso de Noé, no solo se nos describe el hecho de su embriaguez, sino que también se nos explicitan algunas consecuencias que del mismo se derivaron; como por ejemplo, el exhibicionismo que practicó delante de su propia familia. En el sentido más literal y exacto del texto hebreo, no se nos dice que Noé “se emborracha y se desnuda”, sin más; lo que el original da a entender es que el patriarca se quitó la ropa en un acto en el que intentaba conseguir la realización de un instinto-componente exhibicionista que permanecía oculto, en las partes más recónditas, profundas y oscuras de su corazón. Las consecuencias de esta realización erótica, entre otros aspectos negativos, condujo a la ruptura de la comunión fraternal entre los miembros de su propia familia.

Otro ejemplo clarificador de aceptar la filosofía de una sociedad donde el alcohol ocupa un lugar importante en la vida cotidiana, y se constituye en un elemento importante que impulsa la realización de una filosofía hedonista, es lo que le ocurrió a otro hombre de Dios llamado Lot. De este personaje dice la Biblia en 2ª de Pedro 2:7-8: *“Y libró (Dios) al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados (gentes de Sodoma y Gomorra) porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los*

hechos inicuos de ellos”. La misma Escritura narra en Génesis 19 lo que ocurrió en la vida de Lot y de su familia, el día que Dios decidió la destrucción de Sodoma y Gomorra. Lot mantenía una fe auténtica en su corazón y confiaba en el Señor, pero poco a poco, pudo experimentar que el vivir y convivir con los habitantes de Sodoma y Gomorra iba contaminando moral y espiritualmente su vida. Las costumbres de estas importantes ciudades, adelantadas en su época, y que hoy serían ejemplo paradigmático, de una sociedad libre y permisiva, incluían un libertinaje sexual que no conocía más limitaciones que aquellas que les imponía el agotamiento de la perversidad humana. Y aunque la Biblia dice que Lot vivía afligido por los hechos que se daban en la sociedad en la que se encontraba inmerso, la verdad es que él mismo, y sobre todo su esposa y sus hijas, aprendieron y se identificaron con las supuestas costumbres y hábitos liberadores de los tabúes sexuales de su época. Otro de los instintos-componentes del instinto sexual, es el incesto; es decir: la relación sexual entre seres consanguíneos. Considero que el tabú incestuoso es aun más fuerte que el tabú que se desprende del mandamiento *“no matarás”*. Para que un ser humano pueda ser capaz de realizar un hecho incestuoso, necesita sufrir una profundísima transformación en su propio yo, es decir, en su conciencia. Solo los enfermos mentales, más graves, tales como los esquizofrénicos, o aquellas personas que bajo la influencia de sustancias desestructuradoras de la mente (alcohol, estupefacientes, etc.) sufren trastornos mentales que les alienan, es decir, que les transforma en otro, son capaces de transgredir el tabú que supone la realización sexual incestuosa. Y fue esto, precisamente, lo que ocurrió en la vida de Lot. La narración de este hecho histórico y psicopatológico y las consecuencias éticas, afectivas y socio-históricas del mismo se encuentran

narradas en Génesis 19:29-38, en los siguientes términos: *“Así, cuando destruyó Dios las ciudades de la llanura, Dios se acordó de Abraham, y envió fuera a Lot de en medio de la destrucción, al asolar las ciudades donde Lot estaba.*

Pero Lot subió de Zoar y moró en el monte, y sus dos hijas con él; porque tuvo miedo de quedarse en Zoar, y habitó en una cueva él y sus dos hijas. Entonces la mayor dijo a la menor: Nuestro padre es viejo, y no queda varón en la tierra que entre a nosotras conforme a la costumbre de toda la tierra. Ven, demos a beber vino a nuestro padre, y durmamos con él, y conservaremos de nuestro padre descendencia. Y dieron a beber vino a su padre aquella noche, y entró la mayor, y durmió con su padre; mas él no sintió cuándo se acostó ella, ni cuándo se levantó. El día siguiente, dijo la mayor a la menor: He aquí, yo dormí la noche pasada con mi padre; démosle a beber vino también esta noche, y entra y duerme con él, para que conservemos de nuestro padre descendencia. Y dieron a beber vino a su padre también aquella noche, y se levantó la menor, y durmió con él; pero él no echó de ver cuándo se acostó ella, ni cuándo se levantó. Y las dos hijas de Lot concibieron de su padre. Y dio a luz la mayor un hijo, y llamó su nombre Moab, el cual es padre de los moabitas hasta hoy. La menor también dio a luz un hijo, y llamó su nombre Ben-ammi, el cual es padre de los amonitas hasta hoy”. He aquí un ejemplo histórico y clarísimo de cómo la acción de la droga alcohol actuando sobre el cerebro humano, puede modificar el estado de la conciencia de una persona y favorecer la relación incestuosa entre seres consanguíneos tan cercanos como un padre y una hija. Como corolario a esta aberración sexual, recordamos que de la transgresión incestuosa de Lot y de sus hijas descendieron dos pueblos de triste memoria para la Historia

de la humanidad, y que jugaron un nefasto papel en sus relaciones con el pueblo de Israel; pueblo descendiente de Abraham que había recibido la promesa de que en su descendencia serían bendecidas todas las familias de la tierra.

Por si todas las razones apuntadas, anteriormente, no fuesen suficientes, recomiendo que sea lea el primer tratado serio y riguroso que realiza Salomón en el capítulo 23:19-35 del libro de Proverbios (Véase mi libro *“Economía de la Muerte”* sobre la problemática del alcoholismo¹).

Efesios 5:19-20 son textos que, normalmente, se aducen para apoyar bíblicamente nuestros cánticos de alabanza y agradecimiento al Señor. Personalmente creo que dichos textos no apoyan la intención anteriormente indicada; y la culpa, del error hermenéutico (interpretativo), creo que se encuentra en la traducción que, de los mismos, tenemos en la Versión Reina Valera del 60, que dice así: *“hablando entre vosotros (Griego = a vosotros mismos) con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones (Griego = cantando y entonando salmos en el corazón de vosotros al Señor); dando siempre gracias (Griego= eucaristía) por todo (en pro de todos) al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”*. Si razonamos que los salmos son espirituales porque son Palabra de Dios, ¿tendríamos que pensar lo mismo de los himnos? Un creyente puede estar inspirado por el Espíritu de Dios y reflejar en sus cánticos el sentido de la Palabra Dios, sin que se llegue a considerar el contenido de los mismos, como si de la misma Palabra de Dios se tratara. El sentido que aquí se quiere reflejar de esta actividad espiritual, en su intencionalidad original, es que se trata de salmos generados por el espíritu, de himnos generados por el espíritu: es decir, cantos generados por el espíritu en el corazón del hombre, en contraste con los pensamientos y sentimientos

que la ingesta de bebidas alcohólicas puede generar, actuando sobre la corteza cerebral, en la esfera de la intimidad del ser humano. Es precisamente por eso que cuando se produce la conversión de una persona, el Espíritu Santo se asienta y anida en el centro de la personalidad psico-pneumática para controlar todos los contenidos negativos que la esfera inconsciente del ser humano puede extrapolar en forma de verbalizaciones que expresan algo contrario a la voluntad de Dios; como diría el apóstol Pablo en Romanos 7:16: *“De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí”*.

La frase *“hablando a vosotros mismos”* manifiesta, claramente, que no se trata de una persona que habla a otra, sino de un ser que se comunica con las esferas más profundas de su intimidad; se trata de un diálogo intra-psíquico que se deviene en la esfera pneumática del hombre como expresión noética (pensamientos) de sus sentimientos, más profundos, en lo que afecta a su relación con lo trascendente (con Dios). Toda esta elaboración dinámica está originada, guiada y dirigida por el Espíritu Santo que vive y permanece en el corazón del creyente. *“Hablando a vosotros mismos con salmos, con himnos y cantos espirituales”*, es decir, teniendo y manteniendo una vida de realización espiritual y de dimensión interior: *“cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo (literal = en pro de todos) al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”*.

1. José Manuel González Campa: *Economía de la muerte*. Editorial CLIE, Terrasa (Barcelona).

Capítulo 9

Trabajo, familia y salvación

(La realización de la salvación a nivel conyugal, familiar y laboral)

(Efesios 5:21-6:9)

Vamos a proseguir con nuestro análisis de los últimos versículos del capítulo 5 (5:21-33) y de los primeros del capítulo 6 (6:1-9).

Con el análisis de los textos anteriormente mencionados casi concluiremos nuestro estudio exegético de esta epístola y pondremos de manifiesto la interpretación que de la misma concebimos. La finalidad de este libro es dar una visión generalizada, de la carta que venimos estudiando, que nos ayude de alguna manera, en nuestro caminar en este mundo y en el devenir, aquí y ahora, cotidiano.

Cuando comencé a comentar esta carta, hice una división, o esquema de la misma, con finalidades fundamentalmente didácticas. Así dije en el primer apartado, que realizaría un estudio sobre el Plan Económico de Dios, es decir, sobre el plan de la salvación. Este aspecto, trascendente de la carta, lo fuimos analizando en el capítulo 1. En el capítulo 2 estudiamos la realización de dicho plan; en el tres, la dinamización

salvífica o acción soteriológica del plan de la salvación; en el cuatro entramos en la confirmación del plan económico de Dios, abarcando el estudio de este último aspecto hasta la última parte del capítulo 5.

Ahora llegamos a la consideración de la realización práctica del plan salvífico de Dios en algunos aspectos, que me parecen muy interesantes, siempre sin perder de vista todo lo que anteriormente hemos venido diciendo; vamos a estudiar aspectos de la Revelación de Dios que pueden resultar polémicos; especialmente aquellos que se refieren al matrimonio y a la relación marido-mujer dentro del mismo; así mismo estudiaremos cuestiones delicadas en cuanto a la relación padres-hijos, y amos-siervos.

Respecto de los temas apuntados, muchas personas creyentes y no creyentes, han llegado a manifestar, a la vista de los textos que nos restan por estudiar, diversas afirmaciones que tienen una gran importancia:

- 1) “Que la Biblia es machista”. En esta cuestión la respuesta, en lo que a mí respecta es rotundamente negativa. Considero que esta afirmación apriorística no tiene peso específico, sino que se puede demostrar todo lo contrario de manera clara, y sin dar lugar a la más mínima duda.
- 2) “Que la Biblia favorece la represión de los hijos por sus propios padres”. Mi respuesta es la misma que la que se apunta en el apartado anterior.
- 3) “Que la Biblia está de acuerdo con la esclavitud y con el servilismo”. Yo mantengo que esta afirmación es absolutamente falsa, y que quien la sostiene no entiende bien ni la letra ni el espíritu de las Sagradas Escrituras.

Todas las afirmaciones que acabamos de mencionar, considero que se desprenden de una lectura superficial de las Sagradas Escrituras, y que son apuntadas por personas con

escaso sentido de la responsabilidad y muy poco respetuosas con el espíritu de la Revelación de Dios. Por otra parte existe la posibilidad de que no se sepa discernir entre lo que se revela en la Biblia y las actitudes de los cristianos en su praxis cotidiana; resultando cierto, que para desprestigio del Cristianismo, muchos cristianos caen en una actitud machista, represora y favorecedora de la esclavitud. Pero la actitud de Dios, que se revela a través de las páginas del Libro Sagrado es que: “EL (Dios) ES AQUEL QUE NO HACE ACEPCIÓN DE PERSONAS”, Y que por consiguiente no proyecta en Su Revelación ninguna de las actitudes antes apuntadas.

En Efesios 5:20, decía: “dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”, y en los textos originales se sigue con los versos siguientes: “Someteos (Griego = sometiéndolos) unos a otros en el temor de Dios” (versículo 21). Debemos recordar que en el capítulo anterior estuve analizando las diversas facetas del andar o del caminar del cristiano, y de la iglesia, en el marco en que vivimos socio-históricamente. Ahora tenemos que volver a considerar a la Iglesia como un hombre o como una persona colectiva. La Iglesia como cuerpo de Cristo es invitada a andar de diversas maneras que se conformen a la voluntad de Dios. Una de esas formas colectivas de andar, como Iglesia, es andar sometiéndonos unos a otros en el temor de Dios (traducción más correcta del original), que no es igual que andar sometiéndonos los unos a los otros. La recomendación del sometimiento mutuo y recíproco es vinculante para toda la Iglesia de Cristo como entidad colectiva constituida por todos y cada uno de los creyentes. Naturalmente esta invitación debe condicionar la conducta o la manera de vivir de los cristianos en este mundo, ya se proyecte, la misma, en el ámbito eclesial, conyugal o familiar.

El cristiano debiera de saber y entender que para su conducta, o manera de vivir, existe una normativa de Dios con carácter vinculante; normativa que se revela y deviene al margen del pensamiento o las diversas filosofías de este mundo. Que nuestra vida y el pensamiento que la inspira y la sustenta, no se apoya en la última norma elaborada por partido político en el poder, o por la moda que marque el último pensamiento filosófico en el pensar. Muchos argumentan que la normativa de Dios, a la que nos venimos refiriendo, se dio en la segunda mitad del primer siglo y que no puede ser aplicable a las circunstancias y características del mundo actual. Pero si la Palabra de Dios es tal, tiene que tener vigencia para todos y cada uno de los diversos momentos en los que la Historia humana se deviene. Lo que supone aceptar la afirmación bíblica de que la Palabra de Dios permanece para siempre.

Llegados a este punto tenemos que preguntarnos ¿Qué parte de la Palabra de Dios es la que permanece para siempre? ¿La que nos conviene? ¿La que va más acorde con nuestros intereses personales o colectivos? Podríamos también preguntarnos si tenemos autoridad, por nosotros mismos, para admitir o desechar de la revelación bíblica, aquello que nos gratifique o que nos moleste. La Palabra de Dios es un todo integrado e inspirado, y creo, firmemente con el apóstol Pablo, que toda la Palabra de Dios es útil, y que ninguna parte de la misma ha dejado de tener sentido para iluminar nuestra conciencia y favorecer nuestras decisiones, a cualquier nivel que las mismas hubieran de llevarse a término. Concretamente el apóstol San Pablo, escribió: “*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, (Griego = proporcionado, adecuado, cabal,*

íntegro y equilibrado) *enteramente preparado para toda buena obra*” (2ª Ti. 3:16). Este testimonio, gráfico e inspirado del apóstol, lo considero fundamental y vinculante para cualquier época de la Historia. A nosotros nos corresponde, como creyentes, asumirlo en todas sus consecuencias; si somos cristianos tenemos que demostrarlo en nuestro testimonio como Iglesia, como familia, como cónyuges e individualmente como personas. El plan de Dios para nuestra vida no tiene, ni puede, ni debe adaptarse a las filosofías humanas preponderantes o hegemónicas correspondientes a los diversos momentos que se devienen en la Historia de los hombres; sino que por el contrario, somos los creyentes los que asumiendo los presupuestos de Dios para nuestra vida debemos de proyectarlos con nuestra proclamación profética y kerigmática en el mundo que nos rodea. Nuestra contemplación de la realidad, debe realizarse desde la perspectiva de Dios y de Su plan salvífico, y tenemos que estudiar, la misma, a la luz de lo que Dios nos revela. A partir de Efesios 5:22-33, se habla de las relaciones de los hombres y de las mujeres en el marco del matrimonio, y se compara esta relación con la que se da entre Cristo y Su Iglesia. Muchas mujeres se sienten molestas y ofendidas por el contenido de estos textos del apóstol Pablo. Mi criterio personal, es que las cosas que se dicen en esta parte de la epístola, podrían resultar, en la praxis conyugal cotidiana, más duras para los hombres que para las mujeres; en realidad, a las esposas se les pide muy poco, y a los hombres muchísimo. En mi ejercicio profesional y en la experiencia de mi ministerio cristiano me he encontrado a muy pocos esposos ofendidos por el contenido vinculante de estos textos, pero por el contrario, es muy abundante el número de mujeres indignadas por lo que en los textos aducidos se afirma. Considero que la indignación femenina, no se

justifica a la luz de una exégesis minuciosa y una hermenéutica, adecuada, de esta porción de las Escrituras; sino que la misma se apoya y refuerza por los ecos reivindicativos, y en parte justos, de los movimientos feministas dentro y fuera del marco de las Iglesias cristianas. Las esposas o las mujeres solteras indignadas, por lo que se dice en ésta perícopa de la Escritura (Ef. 5:22-33), no debieran de orientar su desacuerdo, contra los textos bíblicos, contra el autor de los mismos o contra el Autor de la Revelación. Por mi parte creo que sería necesario, que las mujeres se acercasen a esta parte de la Palabra de Dios, con dignidad, pero con prudencia, porque las cosas que aquí se dicen no son el resultado de la elaboración del pensamiento particular y personal de ningún misógino, sino nada menos que del hombre que Dios escogió para que llevase Su mensaje salvífico a todos los gentiles que viven en esta tierra. Creo que ante los textos que estamos considerando, tanto varones como mujeres, debemos de tomar un posicionamiento, asumiendo cada uno de nosotros la responsabilidad que de parte de Dios se nos demanda. En Ef. 5:21, recordamos que dice: *“Someteos unos a otros en el temor de Dios”*. El mismo sometimiento que Dios nos pide, como miembros del cuerpo de Cristo; es decir como Iglesia, es el que se le pide a la mujer respecto del marido. Si esto fuese así, no entiendo donde está el motivo por el que tendríamos que escandalizarnos; dado que resulta, que yo (varón) tengo que tomar una actitud con mi hermana o hermana en la fe, similar a la que mi esposa tendría que tomar conmigo, en cuanto que ambos somos cristianos, y nuestra vida y conducta debe de estar enmarcada en lo que es el sentido de la voluntad de Dios para nuestro devenir conyugal y familiar. El apóstol Pablo no está pidiendo a las esposas, más de lo que se pide a cada uno de los miembros del cuerpo de

Cristo en su relación de los unos con los otros. ¿Es eso pedir demasiado? ¿No entraña esa petición la verificación práctica de lo que caracteriza, esencialmente, a la comunión cristiana? En el capítulo anterior decíamos que la Palabra de Dios nos instaba a *“andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros”*. Decíamos que la Palabra del Señor nos enseña que caminar en amor, como Cristo caminó, es entregarnos unos a los otros, y resulta obvio, que en el contexto de estas afirmaciones no se está hablando de esposos y esposas, sino de hermanos y hermanas como miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Entiendo que el mismo sometimiento, que Dios nos demanda en las relaciones de los unos con los otros como Iglesia, es decir, como hermanos en la fe, es el que pide de la mujer al marido. Así que el sometimiento que se da en el marco conyugal está enmarcado por un sometimiento que es más vinculante y trascendente: por la comunión de los hermanos y hermanas en el marco de la Iglesia. Desde mi punto de vista no hay ninguna excepción aquí para las esposas de las que los maridos no tengan que participar como miembros del cuerpo de Cristo; además debemos de considerar, en qué condiciones se pide el sometimiento y por qué se pide. Efesios 5:22, dice: *“Las casadas estén sujetas (lo de estén sujetas no es original; es decir, no se encuentra en los textos griegos más antiguos que se conocen) a sus propios maridos, como al Señor”*. Yo entiendo, que la Palabra de Dios nos enseña, que el sometimiento de las esposas a los maridos es semejante al que éstos y ellas deben al Señor. El término sometimiento no es una mera palabra simbólica, tiene el sentido de subordinar, de someterse, o de ponerse debajo de algo, pero hay que entenderlo en el contexto de tomar la misma actitud por la que tenemos que someternos los unos a los otros en la comunión

fraternal de los miembros del cuerpo de Cristo. *“Las casadas a sus propios maridos”*, esta frase mantiene una relación vinculante con lo que se expresa en 5:21: *“Someteos unos a otros en el temor de Dios”*. Cuando la Palabra de Dios enseña, *“las casadas a sus propios maridos”*, nos está diciendo que los maridos son de ellas; si esto no se entiende así, y una persona casada considera que su cónyuge no le pertenece, ni forma parte de sí misma, entonces las consecuencias que se pueden sacar del análisis de los textos que venimos estudiando no serán aquellas que se desprenden de la exégesis y hermenéutica de los mismos, sino de los prejuicios apriorísticos y preexistentes en la mente de dicha persona. Como consecuencia de lo que venimos diciendo, la Palabra del Señor consideramos que enseña, que si el marido es de la mujer, y la mujer del marido, el resultado resulta obvio: son el uno del otro. Respecto de la actitud de la esposa hacia su marido, lo que está pidiéndola la Palabra de Dios es que se someta a algo que por derecho inalienable la pertenece. En definitiva, se la está pidiendo que se someta a alguien que es idiosincrásico de ella misma, propio de ella y solo de ella. Lo idiosincrásico de una persona es aquello que la caracteriza, es lo esencial de la persona misma. Por otra parte lo que el Señor nos enseña aquí, es que el sometimiento de la esposa a su marido está sometido a determinados condicionamientos matizados, de manera muy clara, por la Palabra de Dios; no se trata de someterse de cualquier manera, ni en cualquier circunstancia, ni en cualquier medida, sino que la Biblia matiza, lo siguiente: *“Las casadas (Griego = mujeres) estén sujetas a sus propios maridos, (Griego = varones) como al Señor”*. Dios considera que el que se de esta relación, marido mujer, mujer-marido, es bueno. El sometimiento de la mujer al marido como al Señor está en función de la relación que

se establece entre Cristo y Su Iglesia. *“porque el marido (Griego = esposo) es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, la cual es Su cuerpo, y Él es su Salvador”* (literal = como también Cristo es cabeza de la Iglesia, el Salvador del cuerpo). Lo que acabamos de decir expresa el pensamiento y la voluntad de Dios, que tenemos plasmada en Su Revelación, en esta carta que venimos estudiando. La relación esposo-esposa entendemos que tiene vigencia en relación a la revelación que se nos hace de Jesucristo como cabeza de la Iglesia. La enseñanza aquí plasmada no se puede circunscribir, exclusivamente, a la situación del primer siglo. Cuando la Biblia afirma *“que el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, el Salvador del cuerpo”*; entendemos, que esta fórmula está comprometiéndolo al marido en la medida que el Señor Jesús está comprometido con su Iglesia (esposa de Cristo). Esta implicación del marido abarca elementos que en la realización conyugal tienen una dimensión salvífica en relación con la mujer; digamos que al marido se le están demandando actitudes y compromisos muy serios, ya que la relación con su esposa debe de ser semejante a aquella que Cristo mantiene con la Iglesia: *“Así que, como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo”*. No se trata pues de que la esposa se sujete a los caprichos o a las determinaciones arbitrarias y machistas de los maridos, sino a que su relación con el marido se base en principios similares a la que Cristo como cabeza de la Iglesia, mantiene con ella como su esposa. La autoridad de esta relación viene dada por la que se desprende de la relación entre Cristo y la Iglesia; es decir, que así como la Iglesia está sujeta a Cristo, las casadas lo estén a sus maridos en todo. La esposa o el marido que no asumen el fundamento bíblico que constituye la infraestruc-

tura de su relación conyugal, estarían fuera de lo que constituiría la voluntad de Dios para sus vidas.

Teniendo en cuenta que Dios es mucho más sabio que nosotros y nos conoce mejor que nosotros a nosotros mismos, sabe por qué ha dicho las cosas y por qué ha matizado las diversas actitudes de la mujer hacia el marido y del marido hacia la mujer. En este sentido, a los creyentes nos atañe el respetar el plan establecido por Dios para el desarrollo conyugal en el marco del matrimonio. Cuando un matrimonio respeta y acepta la Revelación de Dios, en lo que al funcionamiento dinámico, del mismo se refiere, está sentando las bases sólidas que consoliden una interrelación con posibilidades de realización individual y colectiva entre los cónyuges. A los maridos se les realiza una llamada de la mayor importancia y trascendencia: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella”*. El alcance de la petición que al marido se le demanda tiene una trascendencia soteriológica semejante a la que expresó el amor de Dios en Cristo, al entregarse, Él mismo, por Su Iglesia. En definitiva, la mediación sobre la que pivota la relación marido-mujer está asentada sobre el amor; por consiguiente, si se desea que un matrimonio funcione, cada uno de los miembros del mismo, tendrá que poner la parte que le corresponde. Y en cuanto a la relación del marido con la mujer, la Palabra de Dios sigue diciendo: *“para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a Sí mismo, una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha (Griego = irreprochable, sin tacha). Así también los maridos deben amar a sus mujeres”*. La Palabra de Dios en este lugar es clara: el compromiso vinculante, para los maridos, es aquel que se basa en amar a sus esposas

como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella. Si en la convivencia conyugal se diese este tipo de relación, veríamos en la vida y realización de los cónyuges cristianos unas posibilidades de comunión y comunicación que en la mayoría de los casos no se da. Lo que un marido demande de su mujer estará en función de la entrega que el mismo realice hacia ella. El aspirar a una esposa irreprochable, supone por parte del marido, una actitud consecuente y semejante a la de Cristo respecto de su esposa que es la Iglesia; es decir, que la realización conyugal para que se verifique hay que pagar por ella un alto precio. En este sentido, de una relación conyugal realizadora, la Palabra de Dios sigue exhortándonos, en el siguiente sentido: *“Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció (Griego = odió) jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de Su cuerpo. Entramos ahora, a la luz de estos textos, en consideraciones muy importantes; la Revelación de Dios nos va indicando cómo se pasa de lo moral, de lo ético, a lo intelectual, a lo espiritual, y de esto último a lo orgánico, a lo somático, a lo corporal. Este momento exegético al que hemos llegado, es de la mayor trascendencia, porque si espiritualizamos la Palabra de Dios, donde no estamos autorizados para hacerlo, es cuando elaboramos el pensamiento de que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo. Y llegados a esta conclusión podríamos también espiritualizar la relación entre los cónyuges en el marco del matrimonio; si esto ocurre el resultado, para la vida y convivencia de una pareja, será nefasto. Hay que poner las cosas donde deben de estar. Los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos, dado que el que ama a su mujer de esta manera, a sí mismo se*

ama: “Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia. No aborrecer a su propia carne supone no aborrecer a su propio cuerpo, y la interpretación del contenido de los textos que venimos analizando nos lleva a la conclusión de que el propio cuerpo del marido es de la mujer, y no le pertenece en exclusiva, a sí mismo. Llegados a este punto tenemos que abordar un tema que a mí me apasiona, y que .en los últimos veinte años de mi ministerio cristiano vengo insistiendo en él, como fundamento antropológico para entender mejor, desde la perspectiva de los seres humanos, la Revelación de Dios en cuanto a aquella pregunta trascendente, que encontramos en diversos lugares del Antiguo Testamento: ¿Qué es el hombre? Si queremos acercarnos a la realidad antropológica del ser humano es necesario que llevemos nuestro pensamiento a lo que Dios nos revela en el libro de Génesis cuando decide crear al hombre: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre (Martín Lutero traducía este término por “hombres” dándole un sentido colectivo) a nuestra imagen, (heb. = copia, sombra) conforme a nuestra semejanza; (heb. = apariencia, similitud, correspondencia) y señoree (heb. = tengan ellos dominio) en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó (heb. = bara, término que significa que Dios crea, por primera vez, algo nuevo y maravilloso) Dios al hombre a Su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Gn. 1:26-27). Esto quiere decir que el hombre que Dios creó, en el principio, estaba formado por un varón (heb.= Ish) y una varona (heb.= Ishshab); es decir, por un masculino y un femenino; y aunque orgánica y biológicamente tenían dos cuerpos, desde el punto de vista antropológico es igual que si tuviesen uno. Por consiguiente,

cuando analizamos el sentido orgánico, funcional, antropológico, psicológico y teológico del matrimonio, no teniendo claro este concepto sobre el hombre; y si la pareja conyugal se piensa, a sí misma como dos, no puede funcionar en sus interrelaciones de manera adecuada y armónica. Cuando al Señor Jesucristo le plantean, los escribas y los fariseos, la problemática del divorcio, quizá en función de intereses egoístas de características y naturaleza machista, o por razones de disfuncionalidad de la pareja, le presentan la problemática, que venimos analizando, bajo la pregunta de “si era lícito al marido repudiar a su mujer por cualquier causa”. Ante este posicionamiento, el Señor Jesús, a su vez, les preguntó *“¿Qué os dijo Moisés?, y ellos le respondieron: “Moisés permitió dar carta de divorcio, y repudiarla”. El Señor les respondió: “Por la dureza de vuestro corazón os escribió este mandamiento, pero al principio de la creación, varón y hembra (Griego = masculino y femenino) los hizo Dios. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno. (Griego = una sola carne) Por tanto, lo que Dios juntó, (Griego = unió; literal = unió en matrimonio) no lo separe el hombre” (Mr. 10:1-9 y Mt. 19:1-8).*

La afirmación de Jesús “por la dureza de vuestros corazones”, nos habla de la etiología o causa primaria o fundamental que constituía la infraestructura dinámica, psicológica y afectiva, del divorcio. La dureza del corazón expresa, en el original griego, la verdadera realidad que subyacía al hecho socio-jurídico de la disolución de los lazos conyugales. En griego la expresión “dureza del corazón”, aparece como *la arteriosclerosis del corazón*; esta realidad arteriosclerótica, del órgano que representa la esfera de nuestra intimidad, nos habla de un corazón esclerosado y rígido; es decir, de un co-

razón que no funciona de manera adecuada y que ha ido, progresivamente, endureciéndose; que no recibe sensaciones ni afectos, y por consiguiente tampoco los transmite.

Considero que la exégesis y hermenéutica que el Señor Jesucristo realiza de Génesis 2:24, quiere llevarnos a una comprensión bíblico-teológica del verdadero sentido del matrimonio considerado desde el punto de vista cristiano, y desde la perspectiva soteriológica y salvífica que se relaciona con el sentido más profundo de la unión de un hombre y de una mujer bajo el yugo conyugal. Cada pareja, unida en matrimonio, debe de tener conciencia de que han dejado de ser dos individuos para convertirse y funcionar como una sola persona; naturalmente cuando este pensamiento no ocupa un lugar clarificador en la conciencia resultará muy difícil aceptar el sometimiento del uno al otro, tanto en lo que respecta a la actitud de la mujer hacia el marido (Ef. 5:22-24), como del marido hacia su mujer (Ef. 5:25-28). Esta realidad que explicitamos es la que se deviene de un análisis, sin prejuicios, del pasaje de Ef. 5:21-33, donde se expresa la voluntad de Dios en orden al buen funcionamiento de la pareja. La realidad matrimonial tiene mucho que ver con la realidad de la salvación, pero esto no quiere decir que por el hecho de casarse se produce un acto sacramental por lo que ambos cónyuges reciben la gracia especial de Dios. El matrimonio como sacramento no es una realidad que tenga una apoyatura teológica; pero si es cierto que en el matrimonio se expresa algo muy importante: El modelo de funcionamiento y de relación entre Cristo y la Iglesia. Dicho de otra manera, la vida de un matrimonio cristiano está hablando de una relación salvífica que le trasciende; y es la relación entre Cristo y la Iglesia; lo cual constituye la posibilidad de asumir un serio compromiso en el devenir cotidiano, del testimonio cristiano,

de ese matrimonio. El buen funcionamiento de una pareja, como venimos afirmando, está expresando la relación entre Cristo y la Iglesia; y así la matiza el autor de la epístola, cuando dice: *“Porque nadie aborreció (Griego = odió) jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia”*. Sustentar significa alimentar, nutrir y criar. Para explicar el rico contenido del término *sustentar*, tenemos que recurrir al vocablo griego correspondiente y que, en la actualidad, transliterado al campo de la medicina, cuando hablamos de la alimentación o de la economía de nuestro cuerpo, corresponde al término *trofismo*; una realidad trófica, es aquella que nos habla de alimentación, nutrición y vida; mientras que una realidad atrófica, es la que nos habla de carencia y precariedad alimentaria, de debilidad y de muerte. El trofismo constituye la alimentación del cuerpo, y esa alimentación tiene que ver con todas las funciones vitales que el organismo corporal desempeña: es decir, con la propia vida del cuerpo y con el nivel vital del mismo. Es esta imagen la que tenemos representada en las palabras *“Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia”*. En este sentido, el marido, está invitado a ser el elemento del trofismo y de la nutrición y vitalización de la esposa; y asimismo, la esposa, también debe de constituirse en una realidad trófica para su marido. En este pasaje de Ef. 5, que venimos analizando, se produce algo muy importante; se pasa, al hablar del marido y de la mujer, a tratar las relaciones entre Cristo y Su Iglesia. Y este paso se realiza hablando del vínculo somático (corporal) y no del vínculo pneumático (espiritual), porque la Escritura dice: *“Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de Su cuerpo, de*

Su carne y de Sus huesos. (La frase traducida en la Versión Reina Valera “de su carne y de sus huesos” no es original). La relación vinculante Cristo-Iglesia, marido-mujer o esposa-esposo, se realiza a través y mediante el cuerpo (Griego = soma). Este cuerpo no es un cuerpo místico, o un cuerpo ajeno a la materia, a no ser que entendamos por cuerpo místico un cuerpo vitalizado y trascendido por el espíritu; es decir, un cuerpo pneumatizado, en el cual se realiza la acción salvífica del acto soteriológico de Cristo, y se produce, como enseña el apóstol Pablo en el capítulo 15 de la epístola a los Corintios, el paso de un cuerpo animal (Griego = soma-psíquicón), a un cuerpo espiritual (Griego = soma-pneumaticón) (1ª Co. 15:44). El cuerpo de Jesús de Nazaret resucitado, no era un cuerpo místico, era un cuerpo glorificado e inmortal, un cuerpo que había trascendido la materia, pero que se podía verificar de manera organoléptica; es decir, un cuerpo verificable mediante los órganos de los sentidos, un cuerpo que se podía ver, tocar, palpar, etc. El mismo Señor Jesús invitó a sus discípulos a que comprobasen materialmente la realidad de Su cuerpo espiritual, es decir, de Su soma-pneumaticón, cuando les instaba a la comprobación orgánica de las señales que habían quedado, en Su cuerpo, como elemento testificador de las heridas que le habían infringido al crucificarle.

Cuando la Escritura dice en Ef. 5:30: *“porque somos miembros de Su cuerpo”*, no está hablando de que nuestra vinculación al cuerpo de Cristo tiene un carácter inmaterial o inorgánico, sino todo lo contrario. Es mediante nuestros cuerpos orgánicos que establecemos una relación vinculante, trascendente, metafísica y somática con el cuerpo de Cristo. La Escritura afirma en una perspectiva escatológica, que *“Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos*

al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo (Griego = soma) de la humillación nuestra (Griego = nuestro humilde cuerpo), para que sea semejante (Griego = conforme, de idéntica forma) al cuerpo de la gloria Suya, por el poder con el cual puede también sujetar a Sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20-21). Si se habla de un cuerpo que va a ser transformado y vitalizado por el espíritu, el sentido místico del cuerpo nunca se puede clarificar, teológicamente, de manera inmaterial o inorgánica. Yo creo que la Palabra de Dios, de manera clara y seria, nos revela algo muy importante: *“que somos miembros del cuerpo de Cristo”* con todas las consecuencias; es decir, que somos miembros orgánicos, somáticos del cuerpo de Cristo. La concepción mística (no somática) de nuestras personas como miembros del cuerpo de Cristo, considero que es ajena a la letra y el espíritu de la Escritura, y que en cualquier caso solo sirve para “espiritualizar” el mensaje del Evangelio y producir un reduccionismo del alcance de la redención, que Jesús de Nazaret realizó, por su muerte y resurrección, para reconciliar todas las cosas con Dios. (Col. 1:20).

Y tiene sentido, desde mi punto de vista, esta manera de ver las cosas, el que se diga en Colosenses 1:24, lo siguiente: *“Y cumplo (Griego = estoy completando, término derivado del verbo antanaplero, que tiene el significado de poner como complemento, compensación) en mi carne lo que falta (término griego que significa: carencia, necesidad, y literalmente las deficiencias) de las aflicciones de Cristo por Su cuerpo, que es la Iglesia”*. Lo que nos lleva a la conclusión de que nuestros cuerpos biológicos son miembros orgánicos del cuerpo (Griego = soma) de Cristo. Por consiguiente en el devenir de nuestra vida, como creyentes, es de una gran importancia y trascendencia, lo que pasa con nuestros cuerpos materiales. Y es por eso que el apóstol, en Efesios 5:30, dice:

“Porque somos miembros de Su cuerpo”, y relacionándolo con el matrimonio continua el autor de la carta, diciendo: *“Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia”*.

(Ef. 5:31-32). Pablo afirma en estos textos, que el contenido de los mismos es un misterio grande; pero yo creo que lo que verdaderamente se nos está revelando en esta parte de la Escritura, es la vinculación somática y orgánica de nuestros cuerpos al cuerpo de Cristo, y que el Señor sufre en nosotros, es decir en nuestros cuerpos, de manera auténtica y verdadera, y conforme al sentido del texto, anteriormente mencionado de la epístola a los Colosenses. Al creer en el Evangelio somos salvos por la gracia de Dios, y recibimos el Espíritu Santo que viene a morar en nuestro corazón y en el templo que constituyen nuestros cuerpos biológicos, según se afirma en la 1ª epístola a los Corintios en el capítulo 6:19-20, donde dice: *“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo”*. Corresponde al Espíritu Santo la acción transformadora del cuerpo de la humillación nuestra (nuestro humilde cuerpo) para que sea semejante (Griego = conforme, de idéntica forma) al cuerpo de la gloria Suya. (Fil. 3:21). Esta transformación de nuestro cuerpo biológico, que en el presente ya está siendo llevada a cabo por el Espíritu de Dios, será realizada de manera completa y total en el día de la resurrección de nuestros cuerpos, es decir, en el día en que se efectúe la aplicación del acto soteriológico de Cristo a nuestros cuerpos orgánicos, en el día de la redención de la materia y de la pneumatización de la misma.

Por consiguiente, en Efesios 5:31 para hablar de la vinculación somática, de un hombre y de una mujer, en el matrimonio, se está citando Gn. 2:24: *“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne (heb. = basar = el yo en su forma CORPORAL)”*. El término *basar* que se traduce por *carne*, es una palabra que al expresar el yo en su forma corporal, nos viene a enseñar que la unión de dos individuos (heb. = varón-varona) constituye una sola persona; es decir, que el matrimonio al unir dos individualidades en una sola persona, representa y refleja, en la vida histórica y real, la esencia fundamental de la unión de Cristo con Su Iglesia; unión, que se deviene como una sola persona, o lo que es lo mismo, como una persona colectiva. La Iglesia tiene una cabeza, que es el Señor, y un cuerpo, que somos nosotros. La persona colectiva, que como Iglesia unida a Cristo, constituimos, es lo que se califica como misterio grande.

Y esta realidad es la que expresa nuestra relación orgánica y corporal con Cristo.

El versículo final de Efesios 5, termina diciendo: *“Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido”*. Diversos comentaristas e intérpretes de la Escritura, consideran que la relación primaria, sobre la que se asienta la unión de Cristo con Su Iglesia, está prefigurada por la fórmula matrimonial de Gn. 2:24; pero la verdad es, justamente, todo lo contrario: la unión de un hombre y una mujer está fundamentada y prefigurada en la unión de Cristo con la Iglesia; la cual es anterior a la creación del mundo, y por consiguiente a la fórmula matrimonial que se expresa en el libro de Génesis, y sobre la cual se fundamenta la interpretación o hermenéutica respecto de la realidad conyugal que se explicita en Efesios 5.

La base teológica de estas afirmaciones considero que se desprende del estudio exegético de Colosenses 1:15-20, donde se afirma, hablando de la economía divina, que Cristo *“es la imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas”*. Es decir, en el momento que Cristo se da en la realidad de Dios como Dios, como Hijo de Dios, como Verbo, él mismo, se nos está presentando como alguien preexistente al Jesús de Nazaret histórico, y al Adán de la raza humana. En ese primer momento, de la economía divina, en que todo se crea en Él, es decir, en Cristo, se nos está diciendo, que en Él mismo también se creó el matrimonio, antes de que el varón y la varona fuesen una realidad personal en la Historia humana; por eso el apóstol Pablo al hablar del matrimonio como de una persona colectiva dice: *“Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia”*. Todo esto supone que la relación entre el marido y la mujer está fundamentada en una relación arquetípica, que, como tal, trasciende la realidad histórica y corresponde a una relación que se da en la misma interioridad de Dios: entre Cristo y Su Iglesia desde antes de la creación del mundo. El Nuevo Testamento enseña, por una parte, en Hebreos 11:3 *“que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”*, y por otra, que *“en Él (Cristo) fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra”* (Col. 1:16). Los elementos arquetípicos están contenidos y son creados en la realidad del Dios invisible. Cuando el Nuevo Testamento afirma que en Él (el Hijo de Dios) fueron creadas todas las cosas, nos está revelando que todo lo que apreciamos y aparece en este mundo visible estaba con anterioridad, al mismo, creado en Cristo. Lo que supone que en el Hijo de Dios se crea el arquetipo del primer hombre Adán como una persona bisexual (masculino y femenino), como

una persona colectiva constituida por un varón y por una varona, como nos enseña el capítulo 1 y 2 del libro del Génesis. Es decir, que con anterioridad al primer matrimonio, existía un arquetipo del mismo en el ámbito de la economía divina y que correspondía a la relación entre Cristo y Su Iglesia, antes de que este mundo fuera creado. Teniendo esto en cuenta, y aplicándolo a la esfera de nuestra realidad, tenemos que llegar a la conclusión de que el modelo de relación entre Cristo y Su Iglesia es el que tenemos que admitir como punto de referencia para la relación entre los cónyuges en el ámbito vinculante del matrimonio.

La conclusión de todo lo que venimos diciendo es que el análisis exegético de los dos primeros capítulos del libro de Génesis y los textos de Efesios 5:22-33, nos lleva a tomar conciencia de que desde la perspectiva de una hermenéutica bíblica consecuente “la mujer (heb. = varona) también es el hombre” (Griego = antropos); y dentro de ese hombre, constituido por el varón y la hembra (varona), en el marco del matrimonio se da, entre ambos cónyuges, una relación de igualdad. No obstante, es necesario matizar que la igualdad no es lo mismo que la mismidad. En la Biblia nunca se presenta la relación varón y mujer en relación al coeficiente o capacidad intelectual de los mismos; la Revelación de Dios jamás plantea el tema de una supuesta superioridad intelectual o emocional del varón hacia la mujer o viceversa. Lo que si plantea la Escritura, es un problema de relación entre los cónyuges en función del servicio que pueden realizar, en el marco del plan de la economía salvífica de Dios; y en ese sentido se dice, en la Sagrada Escritura, que Jesús de Nazaret como Hijo de Dios se sometió a Dios (siendo Él mismo Dios) para hacer posible la realización, en el ámbito de la Historia, del plan de la salvación, a fin de que todas las cosas pudiesen

ser reconciliadas con Dios por medio de Su muerte y de su resurrección. El apóstol Pablo en su carta a los Filipenses y en los versículos 5-9 del capítulo 2, dice: “*Haya, pues, en vosotros este sentir* (Griego = pensar-término que se refiere, aquí, a una realidad de la esfera de la intimidad, que abarca afectos, pensamientos y sentimientos que se dieron en la persona histórica de Cristo Jesús como el autor de la salvación) *que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, (el término forma corresponde a un vocablo griego que se puede traducir, en el sentido más original, por la realidad en manifestación), no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse*” (Esta última frase, siempre ha resultado difícilísima de traducir para los mejores eruditos y exegetas, y después de muchas consideraciones teológicas y de una profunda investigación del texto, se pudo llegar a la conclusión de que el significado de dicha frase, podría ser el siguiente: “que siendo Dios no consideró que era un acto de usurpación o de rapiña considerarse como tal; es decir, tomar conciencia de que era Dios y de que en esa concientización no robaba nada a Dios que no le perteneciese a Él mismo), sino que se despojó (Griego-literal = vació) a Sí mismo, y tomando forma de siervo, hecho semejante (Griego = igual, parecido) a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre”. Es también el mismo apóstol quien escribiendo su primera carta a los Corintios, nos manifiesta “que el varón es cabeza de la mujer”; por consiguiente la Biblia enseña que la relación que debe darse entre la mujer y el varón es la misma que la que se dio entre Cristo y Dios. Dicho de otra manera, Cristo que era Dios no consideró que estaba rebajándose, humillándose,

al admitir a Dios como Su cabeza, a fin de que por medio de esa actitud se pudiera realizar el plan económico y salvífico de Dios. Para que dicho plan se canalice y tenga trascendencia en el matrimonio, el modelo de relación entre la mujer (que también es el hombre) y el varón debe de ser el mismo que la que se da o dio entre Cristo y Dios. Las desavenencias y las desarmonías entre el varón y la mujer ocurren cuando se confunde igualdad con mismidad. Si la mujer quiere ser varón habrá conflictos, y lo mismo ocurrirá si el varón desea ser mujer; por el contrario, los conflictos, desavenencias y tensiones desaparecerán o serán superados si ella y él tienen conciencia de que ambos son el hombre. En Cristo Jesús se realiza la relación de igualdad que se rompió por la *desestructuración amártica* (del pecado) que se produjo cuando el hombre Adán (varón y varona) cedió a la sugerencia diabólica, del Príncipe de este mundo, y transgredieron los límites que Dios les había marcado, como condición indispensable, para su realización como persona colectiva.

Como consecuencia de la concepción que venimos exponiendo, en cuanto a la relación varón-mujer, podemos hablar de igualdad, pero no de mismidad. A parte del sentido de igualdad en el ámbito de la relación conyugal, dentro del Plan Económico de la Salvación, hay que tener en cuenta otros aspectos de la relación varón-mujer, donde también se proyecta y se ve la relación de igualdad a la que hacemos referencia. Un campo, muy importante, donde esta relación de igualdad debe de manifestarse, es aquel que corresponde a la educación de los hijos. En el capítulo 6 de esta carta y a partir del versículo primero, leemos: *“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, (Griego = progenitores) porque esto es justo”*. En algunos de los manuscritos más antiguos, que de esta carta se conservan, no figura la frase “en el Señor”;

pero el contexto deja suficientemente clarificado el sentido que dicha interpolación pretende poner de manifiesto. El que el apóstol Pablo para padres emplee el término progenitores, no deja lugar a dudas respecto a la actitud de los hijos, de obediencia por igual, al padre y a la madre. Quien entienda que los hijos deben de tomar una postura de obediencia al padre superior a la que deben a su madre, se equivoca y mantiene una postura anticristiana y ajena a los contenidos de la Revelación de Dios. Los padres unidos por el vínculo del matrimonio, constituyen una sola persona (Mr. 10:8), es decir, lo que venimos denominando como una persona colectiva. Si el hijo pretende dividir o escindir dicha persona colectiva, en función de sus intereses particulares, está actuando contra sí mismo y contra el deseado equilibrio de la familia. Los dos (padre-madre) tienen la misma autoridad ante y sobre los hijos, y en este sentido los dos se devienen como iguales. El hijo, que a su vez constituye un ser personal indivisible, se convierte en el exponente, por antonomasia, de la igualdad de sus progenitores.

Un ámbito, si cabe más importante, donde la igualdad varón mujer, se pone de manifiesto, es aquel que corresponde a la relación de ambos cónyuges en la esfera de la intimidad; es decir, en la esfera de las relaciones sexuales. Es también el apóstol Pablo quien clarifica, de manera meridiana, dicha relación, cuando refiriéndose a la misma, escribe en el capítulo 7 de la primera epístola a los Corintios, lo siguiente: *“El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, (en los manuscritos más antiguos, se lee el deber) y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad (Griego = autoridad) sobre su propio cuerpo, sino la mujer”* (1ª Co. 7:4). Es como consecuencia de esta realidad

que el apóstol sigue diciendo: “*No os neguéis* (Griego = defraudéis) *el uno al otro, a no ser por algún tiempo* (Griego = kairós = momento) *de mutuo consentimiento*, (Griego = sinfonía) *para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia* (literal = falta del dominio de sí mismo)”. (1ª Co. 7:5).

El apóstol Pablo es quien deja más claro, entre todos los escritores del Nuevo Testamento, y los seculares de su época, que las relaciones que deben darse en el ámbito conyugal, entre el marido y la esposa, deben de estar fundamentadas “en el mutuo acuerdo”. Esta frase que Pablo utiliza en 1ª de Corintios 7, corresponde a un término griego, que traducido, literalmente a nuestra lengua, es la palabra “*sinfonía*”; el sentido del término tiene un significado suficientemente clarificador, con el que se da a entender que la relación entre los esposos debe de realizarse de manera sinfónica, es decir, el funcionamiento del hombre como entidad antropológica bisexual (Griego = antropos. Gn. 1:26-27; Gn. 2:23-24), con sus componentes masculino y femenino, se deviene en su realización dinámico-funcional, psico-social, anímica y espiritual, como una realidad personal de acordes sinfónicos.

En Efesios 6:2 el apóstol escribió: “*Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida* (Griego = makrokosmos) *sobre la tierra*”. Considero que este sentido bíblico-afectivo de relación de los hijos con los padres se ha ido perdiendo de manera progresiva, en el devenir histórico de la humanidad. Alguien ha dicho que una sociedad que no valora a sus mayores, está perdida y está colaborando a su propia destrucción y deshumanización. En toda la Revelación de Dios, se da un contenido de gran Sabiduría; la Palabra de Dios

deja las cosas claras: en el texto anteriormente mencionado se habla de que hay una promesa de bendición, para aquellos hijos que honran y obedecen a sus padres, no solo en el ámbito ético-moral y espiritual, sino incluso en el ámbito biológico y físico. Está suficientemente demostrado por las ciencias biológicas, antropológicas y sociales que cuando el desarrollo psico-emocional de una persona (que implica una relación armónica en el terreno afectivo y emocional con sus progenitores) se realiza de forma adecuada, ésta alcanza una vida biológica más larga. La salud emocional y mental de una familia es fundamental como infraestructura básica del desarrollo psico-emocional equilibrado de los hijos, y a su vez repercute sobre la salud física de todos sus componentes. Una familia en la que se producen tensiones en la interrelación de los diversos miembros que la constituyen, (padres e hijos, hablando de la familia nuclear de la época actual), termina enfermando emocionalmente y constituyendo un caldo de cultivo idóneo, para el padecimiento, en todos y cada uno de sus miembros, de trastornos de tipo emocional, caracterológico, social y espiritual. En muchas ocasiones es un problema psicopatológico, que afecta a un miembro de la familia, el que da al traste con el equilibrio emocional u homeostático, de la misma, descompensándola. Por el contrario, una familia globalmente enferma, expresa su padecimiento, a través de los diversos miembros que la componen, mediante la presentación de diferentes cuadros psicopatológicos o psicorgánicos, tales como alcoholismo, psiconeurosis, depresión, trastornos psicósomáticos y psicóticos.

Para que la familia funcione de manera armónica, no solo es conveniente y necesario que los hijos obedezcan y honren a sus padres, sino que éstos sepan tratar, con la debida consideración y sabiduría a sus hijos. En este sentido, el apóstol

Pablo en Efesios 6:4, continua diciendo: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos (Griego = nutrir, término que tiene que ver con el fenómeno del *trofismo* o *nutrición* de las células del organismo humano) en *disciplina* (Griego = educación de los niños) y *amonestación* (Griego = corrección) del Señor”. En consecuencia a lo que la Biblia nos estimula tanto en lo que respecta a los padres como a los hijos, es que cada uno de nosotros desempeñemos nuestro rol, en el seno de la familia, en una integración psicoemocional y psicoafectiva que esté dirigida y moderada por el diálogo, la empatía, y el mutuo entendimiento. Una familia constituye una persona colectiva, donde todos sus miembros deben de funcionar con un sentido de servicio afectuoso, fraternal y de consideración de los unos hacia los otros. La obediencia y la honra de los hijos hacia los padres, es considerada como una actitud y una acción justa por parte de Dios. Una acción justa es aquella que establece, pragmáticamente, la justicia en el interior y en el devenir de una familia. También Dios advierte, de manera seria y solemne, a los padres en cuanto a su comportamiento, adecuado, para que redunde en bien de la relación con sus propios hijos. “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos”; el término que se traduce para *provoquéis*, corresponde a un vocablo técnico, en español, que se utiliza, con muchísima frecuencia en medicina; y que es la palabra *paroxismos*. Este término es el que se aplica a los movimientos convulsivos que se producen al desencadenarse un ataque epiléptico. La recomendación del Señor es clara en cuanto a la imagen (paroxística) que la expresa. Los padres no deben de mantener una actuación que irrite y descompense, paroxísticamente, a sus hijos. Los padres deben de tener en cuenta que los hijos no son ni sus esclavos, ni sus criados, sino que son personas

a las que hay que respetar su idiosincrasia y favorecer el desarrollo de su propia personalidad, teniendo en cuenta que sus hijos, en última instancia, solo le pertenecen por completo a Dios, y que es el Señor el que los pone en sus manos para que sean educados conforme a Su divina voluntad, y no dependiendo del criterio, a veces arbitrario, de los padres. “*Criadlos en disciplina y amonestación del Señor*”. El término *criadlos*, como anteriormente mencionábamos, corresponde a un vocablo griego que habla de la nutrición o el trofismo de un organismo; es decir, *criadlos* significa nutrirlos, y aquí este vocablo implica la nutrición material, moral, ética, cultural y espiritual de una persona. Esta responsabilidad corresponde a todos los padres, y por consiguiente para los padres cristianos resulta un compromiso vinculante e ineludible, del que tendrán que dar: cuenta al mismo Dios y Creador de todos los seres vivientes. Nutrir a los hijos supone darles la oportunidad de que desarrollen todas sus cualidades en todas las dimensiones posibles y deseables; ahora bien, la Palabra de Dios habla de “*criadlos en disciplina y amonestación del Señor*”. Esta frase ha sido mal entendida, y peor predicada y enseñada en las Iglesias, donde tantos padres la han interpretado como una justificación para castigar de manera cruel y física a sus propios hijos, considerando que de esta forma estaban cumpliendo con un mandamiento del mismo Dios. Pero el término *disciplina* significa, literalmente, *la educación de los niños*; y corresponde a las primeras etapas de la vida, alcanzando, como mucho hasta el final de la adolescencia; y no se refiere, en absoluto, a la educación de hijos adultos y mayores de edad, sobre los que no se justifica, desde el punto de vista cristiano, ninguna imposición que suponga un factor alienante de su conciencia y de su propia personalidad.

El capítulo 6 de esta carta en los versos 5 al 9, habla de las relaciones laborales y domésticas entre los siervos y los amos. Dicha relación resulta, realmente, conflictiva, y sería interesante abordarla con la mayor profundidad y dimensión posible; pero vamos a tocar, solamente, algunos aspectos relevantes de la misma. Para ello tenemos que transcribir los textos antes aludidos: *“Siervos, obedeced a vuestros amos ((Griego = señores) terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo”*.

Con *sencillez* significa con honradez, con franqueza. Sin duda tenemos aquí, puesto de manifiesto, un aspecto muy importante de la relación siervos-amos; se nos enseña que la actitud de los siervos respecto a sus amos terrenales debe corresponder con aquella que, como creyentes, mantenemos con Cristo. Por consiguiente aunque se emplea la frase “con temor y temblor” ésta no significa, que la obediencia a los amos o patronos, para los que podemos trabajar o a quien tenemos que servir, debe de estar mediatizada y fundamentada en el miedo en el sentido más literal y etimológico del término. También se nos enseña, aquí, que nuestra actitud de servicio a otros, debe de realizarse “con sencillez de corazón”, es decir, no con un ánimo doble, en el sentido del doble ánimo que encontramos en el capítulo primero y versículo 8 de la epístola de Santiago. En el original griego, el término *doble ánimo*, se expresa por una palabra que, traducida literalmente, significa: el hombre de dos almas. Se trataría, por consiguiente, de un ser humano que no se expresaría, en sus relaciones laborales, con sinceridad en el contexto de una ética cristiana consecuente. Por otro lado, el que nuestra relación laboral con los señores para los que trabajamos, tenga que reflejar a la que como hijos de Dios mantenemos con Cristo Jesús, excluye de la misma cualquier forma o actitud

de servilismo. Por descontado, que hay que tener en cuenta que las relaciones laborales, en la época en que escribe el apóstol Pablo, (época que corresponde a una sociedad, dominada por los principios del estado imperialista de la sociedad romana: sociedad precapitalista) comparadas con las que se dan en nuestra sociedad capitalista, son, en sus manifestaciones fenomenológicas, diferentes; pero en el fondo, deben de estar asentadas sobre los mismos principios: de la no explotación del hombre por el hombre. Trabajar es digno, pero además debe de hacerse con dignidad. El apóstol Pablo nos enseña que un cristiano, debe de manifestarse, en el ámbito socio-laboral, con sinceridad, honradez y honestidad, pero nunca con un espíritu de servilismo que aliene su conciencia y el sentido de auto-estima de su propia personalidad; personalidad que le ha sido dada por su Creador como un don inalienable, y el cual no debe ser enajenado en cualquier esfera de su devenir existencial. El trabajador, el obrero, debe de realizar sus funciones respetando a los patronos, pero sobre todo respetándose a sí mismo, y teniendo en cuenta lo que Pablo sigue diciendo en 6:6: *“No sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón (Griego = desde el alma) haciendo la voluntad de Dios”*. La exhortación del apóstol va dirigida a enseñarnos, como trabajadores asalariados, a saber decir sí o no, según las diversas circunstancias laborales, pero siempre teniendo en los contenidos de nuestra conciencia social nuestra relación con Cristo, como punto de referencia, al que debemos aferrarnos. Considero, que escribir en la época de Pablo *“no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres”*, suponía toda una actitud revolucionaria y progresista. Dicho posicionamiento invitaba a aquellos que eran más débiles y pobres a no venderse a los patronos; es decir,

a trabajar con la cabeza alta, manteniendo su dignidad humana. Por eso el apóstol sigue diciendo: *“sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ese recibirá del Señor, sea siervo o sea libre”*. Recogiendo todo esto que venimos diciendo, se podría concretizar, en una mejor traducción de los textos, así: *“sirviendo, como siervos de Cristo, desde el alma, haciendo la voluntad de Dios”;* y la voluntad de Dios se expresa al final de 6:9, cuando el apóstol escribe: *“que para Él (Dios) no hay acepción de personas”*.

Por otra parte, el verso 9 del capítulo 6, contiene un mensaje solemne y de advertencia, de parte de Dios, para los amos: *“Y vosotros, amos, (Griego = señores) haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para Él no hay acepción de personas”*. Lo que el apóstol, aquí, afirma es algo realmente serio, recomienda a los amos que en sus relaciones socio-laborales con sus siervos deben de mantener la misma actitud hacia sus subordinados, que la que desean que éstos mantengan con ellos. Naturalmente que esta recomendación va dirigida, de manera primordial, a los amos creyentes, pero por antonomasia podemos hacerla extensiva, desde un punto de vista cristiano de la ética del trabajo, a cualquier situación de relaciones laborales entre patronos y obreros en cualquier momento de la Historia. Todo lo que en este capítulo 6 he venido analizando, corresponde al deseo de expresar, o poner de manifiesto, la objetivización, en la praxis cotidiana, del devenir histórico del Plan Económico de la Salvación de Dios en las diversas esferas en las que, el mismo, se proyecta: la familia, las relaciones conyugales, las relaciones padres-hijos y las relaciones en el ámbito socio-laboral.

De todo lo expuesto en la exégesis y hermenéutica de este documento novotestamentario podemos deducir que el apóstol Pablo, jamás fue un defensor de la esclavitud, en ningún ámbito vertical u horizontal en el que la misma pudiera darse, sino que en su exposición del Plan Económico de la Salvación, solo expone lo que es la voluntad de Dios para las personas, para las familias y para los pueblos. Voluntad que se concretiza en dos palabras: libertad y liberación.

Capítulo 10

Confrontación Iglesia-mundo

(Efesios 6:10-24)

Resta por analizar la última parte de ésta epístola, que para su exégesis y hermenéutica la dividiremos en dos secciones: Efesios 6:10-20 y Efesios 6:21-24.

Efesios 6:10-20

Esta sección, de la Revelación de Dios, suele analizarse e interpretarse de una manera personalista y muy individualizada; en términos generales, se la suele denominar como aquella parte de la Palabra de Dios que hace referencia “a la armadura del cristiano”. Sin querer entrar en discrepancia o controversia con esta visión, creo que si prestamos una atención más profunda y enjundiosa al pasaje del que estamos hablando, nos daremos cuenta de dos aspectos fundamentales de la misma:

- 1) No se trata tanto de la armadura del creyente sino, real y verdaderamente, “de la armadura de Dios”.
- 2) Por otro lado, el estudio pormenorizado de esta sección nos lleva a la conclusión de que “la armadura de Dios”, de la que aquí se habla, no es tanto para que se la coloque el

cristiano a nivel personal, como para que se la vista la Iglesia como una persona colectiva”.

Como a lo largo de todo este comentario seguimos utilizando la versión Reina-Valera del 60. El verso 10 de este capítulo 6, se traduce de la siguiente manera: “*Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza*”. La versión de Reina-Valera. Actualizada omite los términos “hermanos míos” y pone una nota en la que aclara que “algunos manuscritos antiguos incluyen el término “hermanos”. La traducción que me parece más adecuada mirando al texto griego de NESTLE es la que realiza el Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español: “Por lo demás, robusteceos en el Señor y en el vigor de la fuerza de él”.

Pasando al estudio exegético del versículo nos encontramos que el término *fortaleceos* de Reina-Valera-60, es traducido en el N.T. Interlineal por *robusteceos* y que además este vocablo significa literalmente *sed llenos de poder*. En el original griego se emplea un término derivado del verbo *endunamou*, que tiene el sentido de fortalecerse “de forma endógena” (versión VHA = llenos de poder), desde adentro, desde la esfera de nuestra intimidad donde habita el Espíritu de Dios.

Para “*poder*”, se emplea un término griego derivado del verbo *crateo*, que significa ser fuerte, tener fuerza o poder, dominar, reinar, conservar en su poder, vencer, prevalecer, ser dueño y ser el amo. El término “*fuerza*”, mirando al original habría que traducirlo por vigor, poder, potencia, fuerza militar y fuerza armada.

Como podemos comprobar, la exégesis del versículo 10 empieza a generarnos luz para poder valorar todo lo que se nos va a revelar, especialmente, en los versículos del 11 al 18. Nuestro fortalecimiento surge del poder de Dios, que se

deviene en la esfera de nuestra intimidad, y emerge a nuestra conciencia llenándola, en toda su dimensión cognoscitiva, con la seguridad de que el Señor pone a nuestra disposición una fuerza espiritual, suficientemente equipada, para poder vencer en la batalla que como persona colectiva; es decir, como Iglesia tenemos que librar con el poderoso sistema que gobierna el mundo en el que vivimos inmersos.

Pasando al versículo 11 nos encontramos con el vocablo “*vestíos*” que corresponde a un verbo griego que podríamos traducir por vestir y revestir (se trata del mismo término que en 4:24 se emplea para *vestíos*). El término que estamos analizando tiene el sentido de revestirse del hombre nuevo; por lo que resulta obvio que la sección que estamos estudiando hace referencia y tiene que ver con la Iglesia como PERSONA COLECTIVA; también el vocablo “*vestíos*”, puede traducirse por renovarse, purificarse, penetrar y entrar. Se trata, por consiguiente también de algo que surge “dentro de”, “en el interior de”; es decir, se trata de algo endógeno que se deviene en la esfera de nuestra intimidad. El vestido que constituye “*el nuevo hombre*” es aquél que reviste nuestro corazón y que, trascendiendo todos los estratos de nuestra personalidad (espíritu-alma-cuerpo), nos aboca a una manera de vivir, en el sentido de la confrontación dialéctica con el mundo, conforme a la voluntad de Dios.

El versículo 11 nos habla de vestirnos de toda armadura de Dios. El término armadura corresponde al vocablo griego *panoplian* y designa toda la *armadura* de un hoplita (soldado con: escudo, espada, lanza, grebas y coraza). La armadura completa, en el tiempo en el que el apóstol Pablo escribe, incluía todos los elementos a los que aquí hacemos referencia; no obstante, es necesario que nos percatemos de que Pablo omite la lanza y añade algunos elementos que no están re-

señados en la lista de Polibio, tales como el cinto y el calzado, que en sí mismo no son elementos constituyentes de la armadura, pero que si son artículos necesarios e indispensables para el soldado. No cabe ninguna duda de que Pablo describe los elementos de esta armadura teniendo en cuenta la que utilizaban los soldados romanos, ya que no en vano estuvo encadenado, a los mismos, durante tres años. El que la Iglesia como nuevo hombre (2:15), como un varón perfecto (4:13) y como una persona colectiva, tenga que vestirse de toda la armadura de Dios, tiene como finalidad el que pueda “estar firme” contra las asechanzas del diablo. La expresión “estar firmes” se vuelve a repetir en el versículo 13. En la versión de Reina-Valera Actualizada el “estar firmes” se traduce por “para que podáis hacer frente”; sin duda esta expresión tiene el sentido de “mantenernos en pie” y “resistir”; también significa levantar, alzar, erigir, establecer, instituir y parar o detener a la tropa: en definitiva, mantenernos en pie y resistir frente a las “asechanzas” del diablo. El término *asechanzas*, lo traduce el N. T. Interlineal por “*artimañas*”; esta palabra corresponde al término griego *metodeias* y puede traducirse por asechanzas, cerco y rodeo. Se trata de un término que no aparece en otros lugares del Nuevo Testamento y que tiene el sentido de: seguir detrás o en pos y practicar el engaño. Indudablemente que el vocablo original hace referencia a las estrategias, artimañas Y a la metodología que el Príncipe de este mundo utiliza, dirigiendo su sistema, para enfrentarse a la Iglesia como persona colectiva y equipada con toda la armadura de Dios.

Para comprender mejor, todo lo que venimos diciendo, será conveniente recordar lo que el apóstol Pablo nos dice en Efesios 1:19-23: “*La supereminente grandeza de su poder, para con nosotros los que creemos, según la operación de su*

fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo". Así mismo también debemos de tener en cuenta Ef. 3: 10, en cuanto a la trascendencia de la proclamación kerigmática del Evangelio del Reino de Dios: *"Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer, por medio de la Iglesia, a los principados y potestades en los lugares celestiales"*. En definitiva, la Iglesia como persona colectiva y como cuerpo de Cristo se reviste con toda la armadura de Dios, es decir, se reviste de Cristo mismo para enfrentarse a las artimañas del dios de este siglo.

La corroboración de lo anteriormente expuesto la encontramos en el versículo 12 de la sección que estamos analizando: *"Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra (huestes) espirituales de maldad en las (regiones) celestes"*.

Algunos términos del verso 12, aquí reseñado, merecen una atención más pormenorizada. La palabra *lucha* corresponde al vocablo griego *pále* y se deriva de un verbo que significa arrojar y balancear. El término nos da la idea de que se trata de una lucha cuerpo a cuerpo entre dos, hasta que uno arroja al otro al suelo y lo mantiene caído. Es un conflicto cuerpo a cuerpo hasta el fin.

Por otro lado se nos habla de *principados* (término que también se utiliza en Ef. 1:21, y que se puede traducir por poder, autoridad, magistratura, dignidades, cargos y potencias

celestiales; y que puede hacer referencia al comienzo y origen de las mismas), *potestades* (término griego que también encontramos en Ef. 1:21 y en otras partes del Nuevo Testamento tal como Romanos 13:1, Y que expresa la realidad de las autoridades celestiales que están detrás, supervisan y condicionan la actuación de las autoridades que gobiernan esta tierra) y *gobernadores de las tinieblas de éste siglo*; para gobernadores de éste siglo, se emplea en el original griego un solo término *kosmokratoras*. Esta palabra la traduce el N.T. interlineal por dominadores del mundo; aquí el término mundo implica más que a todos los seres humanos; en realidad se refiere a toda la creación de Dios; es decir, se refiere al COSMOS. La palabra *kosmokratoras* se encuentra en los Himnos Orfícos de Satanás, en los escritos gnósticos del Diablo, en los escritos rabínicos que hacen referencia al ángel de la muerte y en las inscripciones del emperador Caracalla. Se trata, en consecuencia, de describirnos lo que a continuación se nos define como *pneumatika tes ponerias*, expresión que en castellano se traduce por "las (huestes) espirituales de la maldad".

El verso 13 vuelve a recordarnos sobre lo que ya se insistió en el verso 11: *"Por esto, tomad la armadura toda de Dios, para que podáis resistir en el día malo y todas las cosas habiendo llevado a cabo, estad firmes"* (traducción del N.T. Interlineal). La expresión estar firmes tiene todos los significados que ya señalamos al estudiar el versículo 11.

A partir del versículo 14 empieza la descripción de los distintos elementos que constituyen toda la armadura de Dios; a cada uno de los cuales dedicaremos una breve consideración:

Ceñidos vuestros lomos con la verdad. El término *ceñidos* corresponde a un verbo que significa ceñir alrededor; y en este lugar su sentido, más adecuado, es el de habiendo

ceñido vuestros propios lomos. Entendemos que el término *aletheiai* hace referencia a la verdad como Revelación de Dios, con la expresión de “ceñir los propios lomos”. Se refiere sin duda a un ancho cinturón de cuero o ceñidor que sujetaba y articulaba, a nivel de la cintura del soldado, otras piezas de su armadura y servía, al mismo tiempo, para protegerle; en algunas ocasiones lo llevaban los oficiales como señal de su rango.

Vestidos con la coraza de justicia. El término griego *thoraka*, hace referencia a la parte de nuestra anatomía humana que denominamos pecho o tórax; encontramos la misma referencia metafórica de “justicia”, que la coraza expresa, en 1ª Ts. 5:8: “habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor”. La coraza que llevaban los romanos consistía en una especie de chaleco de cuero o de metal que protegía la parte superior del cuerpo. Considero que esta coraza hace referencia por una parte a la justificación que la Iglesia, como persona colectiva, ha alcanzado ante Dios en Cristo (1ª Co. 1:30), y por otra a la misma justicia de Dios que desea realizarse en el mundo.

Calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. El soldado romano llevaba una especie de botas o de sandalias que hacía más firme su marcha, teniendo en cuenta esta circunstancia el verso 15 también podría traducirse así: preparaos con firmeza para anunciar el evangelio de la paz (versión V.R.V-95). El término *calzados* significa literalmente habiendo atado abajo, y el término *apresto* tiene el significado y el sentido de preparación, disposición y presteza. Por consiguiente, el verso 15 nos presenta las circunstancias y actitudes que se deben de dar en la realidad somática y pneumática de la Iglesia para llevar adelante, con éxito, la misión de proclamación kerigmática, al mundo, que Dios le ha encomendado.

Tomad el escudo de la fe. Siguiendo con la analogía de las diversas piezas de la armadura de un soldado romano, el autor de Efesios nos presenta aquí el escudo de la fe; se trata de un escudo grande, cubierto de cuero o de una placa de metal, capaz de detener los dardos de fuego que podía arrojar, o que arrojaba el enemigo. Estos dardos se encendían, a veces, a fin de incendiar la ropa, el campamento o las casas del enemigo. Volvemos a recordar aquí lo que ya analizamos al tratar el verso 8 del capítulo 2 de ésta carta: La fe es un don de Dios, y la misma debe de constituir la infraestructura que sirva de base y sostenga nuestra fidelidad al Señor en el contexto de nuestra conducta o manera de vivir.

Y tomad el yelmo de la salvación. Algunos traductores prefieren la expresión “y recibid”. Tomar o recibir el yelmo de la salvación supone colocarse un casco de cuero, de bronce o de otro metal, que proteja nuestro macizo craneal. Lo que denominamos masa encefálica (cerebro y cerebelo) constituye aquella parte de nuestro cuerpo mejor resguardada por un casco óseo, constituido por varios huesos, unidos entre sí, de manera tan vinculante e intrincada, por las diversas suturas, que lo configuran como única pieza que protege el órgano más importante de nuestra anatomía: aquél que regula y dirige todas y cada una de las funciones de nuestro cuerpo; que supone tanto como decir, que todas nuestras funciones motrices, sensitivas, sensoriales, biológicas y psicológicas; es decir: vitales, dependen de diversos centros, ubicados en nuestra masa cerebral o de la actuación de sustancias hormonales segregadas por nuestro sistema nervioso central. Colocarse el yelmo de la salvación para proteger el órgano que dirige el buen funcionamiento psicosomático y somatopsíquico de la Iglesia, como Persona Colectiva, es tanto como saber que disponemos de todos

los recursos de la Economía divina para poder combatir, con éxito, en las diversas luchas que tenemos que sostener contra las potestades, los gobernadores de las tinieblas de éste siglo y las huestes espirituales de maldad. Por otro lado Cristo no es sólo nuestro Salvador, sino que constituye nuestra salvación. Revestirnos de Cristo supone pues, tanto, como recibir el yelmo de la salvación. Cristo es el centro de la economía divina y el Agente dinamizador de la misma.

La espada del Espíritu. Aquí la Revelación de Dios clarifica que la espada del Espíritu es la Palabra de Dios. De todas las piezas de la armadura, que se describen en esta sección, la espada es la única arma ofensiva que se menciona. El término griego utilizado para *espada*, es el vocablo *machairan*, y hace referencia a un arma corta, de doble filo, y especialmente eficaz en la lucha cuerpo a cuerpo. Para *palabra*, en éste texto (vrs.17), se utiliza el término griego *rema*, que se puede traducir por doctrina, y que tiene los siguientes significados: dicho, palabra, lenguaje, discurso, mandamiento y precepto. No se refiere, por consiguiente, en este punto, el término palabra al *Logos* (Hijo de Dios o Verbo Divino) sino a toda la Revelación de Dios escrita. Así que la Iglesia, como persona colectiva, debe de utilizar como arma de ataque y de defensa, en su confrontación con el mundo, la Palabra de Dios escrita; lo cual supone un conocimiento profundo y exhaustivo de la misma, a la manera como Cristo la utilizó (Mt. 4:1-11). La carta a los Hebreos en su capítulo 4 y versículo 12 nos habla de una relación analógica entre la Palabra de Dios y una espada de dos filos: “*Porque viva es la Palabra de Dios y operante (lit. = eficiente) y más cortante que toda espada (gr. = macairan) de dos filos y que penetra hasta la división (gr. = partir, dividir y distribuir) del alma y del espíritu, tanto de las coyunturas como de los tuétanos, y capaz de juzgar (discernir) los pensa-*

mientos e intenciones del corazón” . Traducción del N. T. Interlineal). La diferencia entre Ef. 6:17 y Heb. 4:12, en cuanto el sentido del término palabra, es que en Efesios se emplea, en el original, el vocablo griego *rema* (doctrina) con referencia a la Palabra de Dios escrita, y en Hebreos para palabra se utiliza el término griego *logos* con alusión al Verbo de Dios. De todos modos, la utilización de la espada del Espíritu, tanto en el sentido de Revelación escrita, como de Encarnación del Verbo, hace referencia a la misma realidad o arma ofensiva y defensiva que la iglesia debe de utilizar.

Orando en todo tiempo. Una vez que el autor del libro ha terminado de describir todas las piezas de la armadura de la Iglesia, como Persona Colectiva, exhorta a los destinatarios, de esta carta, a que tengan en cuenta que el elemento imprescindible para poder salir victoriosos en la confrontación que la Iglesia sostiene con el sistema de este mundo, es la oración. La oración que debe practicar la Iglesia como Cuerpo de Cristo se realiza en dos dimensiones o estados de la conciencia; existe una posibilidad consciente de la praxis de la oración, por medio de la cual pedimos al Señor que nos comprenda y empatice con nosotros, en nuestra realidad existencial, al mismo tiempo que rogamus su ayuda para que nos de la fuerza y el poder necesarios para salir victoriosos en las diferentes confrontaciones, o luchas, contra principados, potestades, gobernadores de las tinieblas de este siglo y huestes espirituales de maldad; por otro lado, la oración, en su dimensión trascendente y transcendental se deviene a nivel inconsciente, tanto en lo que afecta a la Iglesia como Comunidad de fe, como lo que alcanza a los individuos que constituyen esa Comunidad cristiana (Ro. 8:26-27).

La oración, que la Iglesia debe de realizar a nivel consciente, debiera de tener todos y cada uno de los contenidos

de la denominada oración modélica (el Padrenuestro), que fue explicitada por el Señor Jesucristo y que el evangelio de Mateo la registra en su capítulo 6 y versos 9 al 13. El Nuevo Testamento insiste de manera constante, en la necesidad de: “orar sin cesar” (1ª Ts. 5:17). Este orar sin cesar no debe entenderse de manera literalista cuando se trate de practicar la oración, por parte de nuestro YO (ya sea el YO colectivo o el YO individual), sino que tiene el sentido que se nos enseña en Ro. 8:12: “constantes en la oración”. El término griego que se emplea para “*constantes*” debe de traducirse, más conforme al original, por los vocablos perseverantes y pacientes; también en el libro de los Hechos de los Apóstoles 2:42, se relaciona la oración de la Iglesia como Comunidad con el término perseveraban. En este caso el vocablo griego empleado para *perseverar* es diferente del que se emplea en Ro. 8:12; Lucas utiliza un término procedente de un verbo que significa “estar ocupados asiduamente ó incansablemente, y que tiene el sentido de “ser fielmente adictos”. La conclusión a la que podemos abocar es aquella que nos aconseja el que tanto como individuos o como Iglesia (Comunidad cristiana) establezcamos una dependencia, sólida y vinculante, con Dios.

Volviendo al estudio exegético de Ef. 6:18, debemos matizar que el término griego traducido por *tiempo* no corresponde al vocablo *kronos*, sino al término *kairós*. Este último término no tiene un sentido temporal cronológico, sino que corresponde a un concepto del tiempo que debe de ser traducido por momento u ocasión oportuna; en definitiva, la concepción kairótica del tiempo viene a coincidir, en lo que se refiere al ejercicio consciente de la oración, con aquellos momentos oportunos en los que es necesario que nuestro espíritu, bajo la influencia del Espíritu Santo, se ponga en co-

municación con Dios. En Ef. 6:18 se nos insiste en la actividad yoica o consciente de la oración: “*Y velando (estado de conciencia vigila) en ello con toda perseverancia y súplica (gr. = petición) por todos los santos*”. El término *perseverancia* empleado en éste texto, es el mismo que analizábamos anteriormente, con referencia a Hechos 2:42. Queda pues, claro, que el deseo y la voluntad de Dios para su Iglesia, como el Hombre Nuevo, es el de practicar la oración de manera consciente y perseverante hasta el punto de establecer una dependencia con Él, que cree en nosotros un estado de necesidad que sólo puede ser satisfecho, mediante la comunicación consciente de nuestro espíritu, con la Divinidad.

En cuanto a la actividad inconsciente de la Iglesia como Persona Colectiva, considero que tenemos ejemplos, importantes, a lo largo de toda la Revelación de Dios. En el Antiguo Testamento podemos considerar dentro de los libros Poéticos o Hagiógrafos, el libro de Cantar de los Cantares que, en mi opinión, nos presenta de una manera magistral, y extraordinaria, *la actividad inconsciente de la Iglesia*. Dicha actividad queda puesta de manifiesto en la carta del apóstol Pablo a los Romanos en su capítulo 8 versos 26 y 27: “*Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad (gr. = astenia o cansancio físico o psíquico); pues que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos (gr.-Lit. = porque que oremos conforme es menester no sabemos), pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles (gr.= inexpressables). Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu (gr. = manera de pensar del Espíritu), porque conforme a la voluntad de Dios (gr. = de acuerdo con Dios) intercede por los santos*”.

En estos textos queda puesto de manifiesto que el Espíritu Santo que viene a morar en el corazón del hombre, o en

la esfera de su intimidad como consecuencia de la conversión, actúa desde lo más profundo de nuestro ser intercediendo por nosotros ante Dios y pidiendo, conforme a la voluntad de Él, lo más conveniente para que dicha voluntad divina sea devenida en nuestra praxis existencial. Y esto que es aplicable a cada hijo de Dios como miembro del Cuerpo de Cristo, lo es, al Cuerpo de Cristo como Iglesia, es decir, como Persona Colectiva ó como Comunidad. (1ª Co. 3:16 y 6:19; Ef. 2:21-22).

Los versículos 19 y 20 de éste capítulo 6 constituyen un claro exponente de todo lo anteriormente dicho a partir del versículo 10. El apóstol Pablo solicita, que dentro de los contenidos de la oración comunitaria, ejercida de manera consciente por el YO COLECTIVO de la Iglesia, se incluyan peticiones a su favor, a fin de que su testimonio cristiano pueda manifestarse, de manera clara, en la penosa situación en la que se encuentra: *“A fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra (gr. = logos) para dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio”*.

El versículo 20 nos presenta al apóstol encarcelado como consecuencia de su testimonio cristiano. Esta condición de testigo del “misterio del evangelio” le convierte en mártir a los ojos de Dios. Ser *“embajador en cadenas”* es el resultado de su confrontación dialéctica y práxica con el sistema que gobierna este mundo; es decir: con aquellas potestades o autoridades invisibles que están detrás y controlan a las autoridades visibles que gobiernan los pueblos y naciones de la tierra. Un ejemplo clarificador de ésta realidad lo encontramos explicitado en la respuesta que Jesús de Nazaret dio al procurador romano Poncio Pilatos cuando éste le preguntó: *¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte? A lo que respondió Jesús: ninguna*

autoridad tendrías contra mí si no te fuese dada de arriba” (Juan 19:10-11). En estos textos para *autoridad* se emplea el mismo término griego que se utiliza en Efesios 6: 12 para *potestades*.

Esta carta concluye con unas palabras de despedida que se explicitan en los versos 21 al 24: en estos textos el apóstol expresa su deseo de que los creyentes de la Iglesia, o de las iglesias a las que escribe, conozcan sus circunstancias personales: *“y para que sepáis también vosotros lo tocante a mí, qué estoy haciendo, todo os lo dará a conocer Tíquico el amado hermano y fiel ministro (gr. = diácono) en el Señor, a quien envié a vosotros para esto mismo, para que conozcáis lo concerniente a nosotros y que consuele vuestros corazones”*. Es de destacar la comunión íntima que se daba entre el apóstol y los destinatarios de éste documento novotestamentario; comunión que se pone de manifiesto por la interrelación psicoemocional y psicoafectiva que se daba entre ellos como expresión palmaria de una comunión que iba más allá de las palabras.

Finalmente, Pablo termina su carta a manera de una doxología, mediante la cual les desea paz, amor y fe de parte del Dios Padre y del Señor Jesucristo; al mismo tiempo que les asegura que la gracia de Dios será con todos aquellos que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable o con incorruptibilidad.